Joaquín Berges

LA LÍNEA INVISIBLE DEL HORIZONTE

colección andanzas

Huyendo de algo que no quiere confesar, Javier, un neurólogo maduro, viaja en coche rumbo a las montañas cuando, en la oscuridad de la noche, atropella a un jabalí que le destroza parte del vehículo. El accidente le obliga a quedarse varios días en Sinia, un pueblo levantado junto a un pantano en el Pirineo aragonés.

De manera inesperada, los vecinos le implicarán en un torneo de cartas y le brindarán su ayuda, especialmente Marina, una mujer enérgica y atractiva que le ofrece además alojamiento en su casa. Javier no tarda en descubrir que, como otros en el lugar, ella arrastra una historia secreta que ocurrió en el pueblo antiguo, sumergido bajo las aguas del embalse. Los nueve días que pasa en las montañas, entre personajes que han rehecho sus vidas, y con los que vivirá la emoción de la naturaleza y la intriga de las relaciones humanas, servirán para que Javier se enfrente a sus propios miedos y comprenda los de los demás. Y serán las aguas del pantano, reflejadas en el cielo, las que se conviertan en su horizonte invisible.

Joaquín Berges

La línea invisible del horizonte

ePub r1.0
Titivillus 15.07.2023

Joaquín Berges, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

a Bux,
a Marcos,
a Miguel.

El fuego ayudó a ahuyentar a los predadores y a endurecer maderas para elaborar lanzas. Compartir los alimentos alrededor del fuego debió de consagrar la tendencia al comensalismo, a la vida comunitaria, al intercambio de información y con ello a la generación de cultura.

El cerebro del rey,

Nolasc Acarín

1

Viajo solo, a lomos de mi coche, atento al murmullo del motor y a la intermitencia con que se traga la línea que divide la carretera en dos sentidos. Está hambriento de asfalto. Digiere los segmentos que va comiendo y evacua los excrementos en forma de humo por el tubo de escape. Es un ser vivo de sangre caliente. Respira irregularmente, se excita y se calma, inspira ante una curva y suspira en las rectas, como cualquier animal. Como yo.

No es así como suelo viajar. La mayoría de las veces lo hago en compañía de mi esposa o con mi hijo, mi nuera y mi nieto. A veces incluso todos juntos, los cinco. Entonces el coche no me parece un ser vivo sino una simple máquina de tracción haciendo su trabajo. En cambio, cuando estamos a solas, la máquina se convierte en un dócil animal y me conduce por carreteras desconocidas, como un caballo que tuviera los ojos vendados y cabalgara sin rumbo, llevando sobre su grupa a un jinete con los ojos descubiertos pero igualmente perdidos.

No sé adónde voy. No voy a ningún sitio. Quizá esté huyendo, aunque sea inconscientemente. Tan sólo conozco el lugar al que no quiero volver, nada más. Ignoro si tomar el sentido contrario es forzosamente una huida. No tengo vocación de fugitivo pero tampoco me incomoda serlo. Al fin y al cabo huir es una forma de moverse, no importa en qué dirección ni en qué sentido, un modo de no permanecer, de no perpetuarse en el espacio. Ni en el tiempo.

Tal vez esté dirigiéndome hacia el horizonte, aunque tampoco sabría decir exactamente a cuál de ellos, porque sospecho que hay tantos horizontes como direcciones. A lo lejos, en cualquier dirección, siempre hay un horizonte. Puede ser una línea recta al final del mar, la suave loma de una meseta, las aristas de unos edificios o los relieves de unas montañas como las que se ven desde la ventana de mi dormitorio. Son unas sombras lejanas y por ello

minúsculas, blancas en invierno y grises en verano, detrás de las cuales no parece haber nada más, salvo quizá otro horizonte. Siempre he creído que esas montañas señalaban la frontera de la libertad y tal vez me esté dirigiendo hacia ellas por ese motivo. Por qué no. Todo el mundo sabe que los fugitivos huyen hacia las fronteras.

Ha oscurecido. El animal abre sus pupilas y encara la carretera con luz propia, como un espeleólogo de la noche. La línea es cada vez más continua y el animal la traga con menos ansiedad, más despacio. El horizonte ha dejado de verse frente a mí. A cambio percibo una bandada de estrellas sobre mi cabeza, tan remotas e inmóviles que facilitan mi huida, supongo que porque no me alejo ni me acerco a ellas, como si no estuviera dirigiéndome a ninguna parte.

Siento frío, sobre todo en los pies, e inmediatamente el animal exhala su cálido aliento sobre mí. También siento el estómago vacío y la vejiga llena, pero el animal no puede hacer nada por ayudarme. Sólo indicar que, pese al atracón de línea continua que se está dando, su depósito de combustible está a punto de vaciarse también. Jinete y montura compenetrados, el indicador de combustible compartido, quién sabe si también el de las revoluciones por minuto. Lástima que no haya uno que indique la autonomía que le queda a la vejiga de la orina.

Tengo que buscar un lugar para detenerme y restaurar todos los líquidos. Llenar y vaciar los distintos depósitos. Necesito una estación de servicio o un simple surtidor de gasolina, pero no veo ninguno en el horizonte del cielo, que es adonde miro. Entonces sucede. Primero un inesperado golpe, luego un lamento ahogado y por último el brusco rebote que sucede a un tropezón de mi montura, que se detiene jadeando en mitad de la carretera. No muevo ni un músculo. No sé qué ha sucedido y temo salir a comprobar quién ha emitido ese lamento. Ojalá haya sido mi montura. O yo sin darme cuenta.

Abro la puerta y me apeo. Desmonto. Doy dos pasos hacia delante y miro donde iluminan los ojos del animal. Una nube de vapor de agua asciende al cielo desde el asfalto de la carretera, tan negro como la noche. Me doy la vuelta. Detrás del vehículo vislumbro un cuerpo cubierto de pelambre, tendido a un lado de la

carretera, casi en el arcén, inmóvil. Deduzco que lo he golpeado primero y atropellado después. El cuerpo rojea entre la pelambre, no sé si porque sangra o porque refleja la luz de los pilotos traseros del coche. Suspiro con fuerza, casi con violencia. Estoy tratando de reunir el valor necesario para acercarme a ese reflejo y tocar el cuerpo. Lo hago con el pie derecho. Primero suavemente, como si quisiera despertarlo, luego dejando que mi peso caiga sobre él, una vez que doy por hecho que no va a despertarse. Me agacho. Las pupilas de mis ojos se han abierto a la oscuridad. Las suyas a la muerte.

Me tranquilizo y me preocupo a la vez. Me alivia comprobar que he atropellado a un animal cuadrúpedo y me aturdo pensando en la forma de proceder. Tengo que revisar los daños que pueda tener el vehículo, moverlo hasta el arcén, ponerme el chaleco reflectante y colocar las señales de advertencia en la carretera. Y llamar a algún número de emergencias. No estoy seguro de si me olvido de algo ni sé en qué orden debo acometer todas esas tareas. Ni falta que hace porque justo entonces unas luces y unas voces me alumbran y reclaman desde el otro lado de la carretera. Tengo el teléfono móvil en la mano. Tal vez ya he llamado a alguien sin darme cuenta.

—¿Qué ha pasado?

—¿Se encuentra bien?

—Sebastián, ponte en la curva con el farol y avísanos si viene alguien.

Los dueños de las voces me rodean. No sé de dónde han salido. No tienen aspecto de guardias civiles ni de policías, y además no he visto ningún vehículo deteniéndose cerca de donde me encuentro.

—¿Ha llamado al uno uno dos?

—Se ha reventado el radiador.

—Ha atropellado a un jabalí. Aquí. Mirad.

Son cuatro, más el del farol, cinco. En ese momento forman un cuadrado alrededor del animal muerto. Me sumo a ellos, un pentágono. A la luz de sus potentes linternas tengo la oportunidad de observar el hermoso ejemplar que acabo de matar.

—¿Ha llamado al uno uno dos o no?

—¿Se ha golpeado la cabeza?

—Llama tú, Rafael, que este hombre no se encuentra bien.

Los miro alternativamente sin saber qué decir. No sé si he

llamado a algún número, ni creo que sea necesario hacerlo. La prueba es que tampoco a ellos los he llamado y aquí están. Lo único que sé es que mi vejiga no aguanta más.

—¿Adónde va? ¿Qué le pasa?

—Igual es extranjero y no nos entiende.

—Ve con él, Rafael.

Me aparto unos metros y orino con tantas ganas que casi pierdo el equilibrio. Me dan dos escalofríos y siento un alivio inmediato que manifiesto en forma de profundo suspiro. Detrás de mí está Rafael con su pequeña linterna de leds.

—Ya hemos llamado a emergencias —dice con una entonación ajena a la musicalidad regional de los demás—. No tardarán en llegar. A estas horas suelen estar tomando café en Aínsa.

Me rasco el mentón y abro las manos. Aun habiendo pasado buena parte de la mañana y media tarde rodeado de decenas de personas, no he pronunciado una sola palabra en todo el día y ahora me cuesta comenzar a hablar. Es la inercia del silencio, tan poderosa o más que la del discurso.

—Gracias —logro decir.

Rafael hace un expresivo gesto con los hombros por culpa del cual la luz de su linterna me acierta en los ojos. Las pupilas se cierran y las retinas se velan. Volvemos a la carretera. El jabalí ha sido arrastrado hasta la maleza que crece junto al asfalto. Mi coche tiene las luces de avería activadas y el que se llama Sebastián sigue en la curva.

—Es una hembra —dice el que lleva la linterna más potente—. Seguramente se disponía a bajar al río para beber y ha cruzado la carretera en el momento equivocado.

—No la he visto —digo.

Pero no menciono que estaba mirando al infinito cuando se ha producido el atropello.

—No es fácil verlos —me tranquiliza él—. Son mucho más rápidos de lo que aparentan. Es probable que fuera acompañada de sus jabatos.

Miro a un lado y otro de la calzada con el temor de encontrar más cadáveres esparcidos en ambos sentidos.

—No se preocupe. Sólo ha atropellado a la madre —continúa tranquilizándome mi alumbrador—. Además, los jabatos son

pequeños y pueden pasar por debajo del coche.

Asiento y tuerzo el cuello hacia el coche para calibrar si lo que dice es posible.

—Se ha cargado el parachoques y el radiador —me informa el único de ellos que no lleva linterna—. El circuito de refrigeración se ha quedado sin una gota de líquido. No va a poder continuar viaje. ¿Iba muy lejos?

Lo observo sin despegar los labios. Elevo mi mano izquierda para indicar una dirección pero acabo cerrando el puño sobre mi boca, como si fuera a toser. Ellos se miran entre sí. Deben de creer que me he golpeado la cabeza contra el parabrisas.

—No sé —confieso—. Llevo mucho rato conduciendo.

Vuelven a mirarse, esta vez con recelo. No me extraña. Me han preguntado por el espacio y yo he respondido aludiendo al tiempo. Todo al revés, como si en efecto me hubiera golpeado la cabeza.

—¿Quiere que avisemos a alguien?

No me gustaría repetir mi respuesta, pero lo cierto es que no sé si quiero que avisen a alguien, así que no respondo. Me encojo de hombros y levanto la vista. Se acerca un vehículo.

—Son los del uno uno dos.

—Ya le he dicho que estaban cerca.

El vehículo se detiene detrás del mío con las luces encendidas. El cadáver de la jabalina provoca una sombra alargada, como si fuera su espíritu. Dos sujetos se acercan a ella con sendas linternas en la mano y chalecos reflectantes de color naranja sobre el pecho.

—Menudo bicho —exclama uno de ellos agachándose sobre la víctima—. ¿No deberíamos llamar a algún restaurante o carnicería de por aquí? Igual lo quieren aprovechar.

—No llames a nadie —responde el de la linterna potente—. Ya es tarde. Si no se desangra inmediatamente después de la muerte, la carne de jabalí no puede comerse.

—¿Hace mucho que lo ha atropellado? —me pregunta el del uno uno dos.

Tampoco lo sé.

—Hemos oído el golpe hará un cuarto de hora o veinte minutos —responde alguien por mí—. Estábamos echando una partida en mi bodega y hemos salido a toda prisa. El coche de aquí, el caballero, ha sufrido daños en el radiador. Habrá que avisar a la grúa.

—¿Y usted? —Un chaleco naranja se acerca a mí—. ¿Se encuentra bien? ¿Llevaba puesto el cinturón de seguridad?

—Sí.

¿Me encuentro bien o llevaba puesto el cinturón de seguridad? Soy consciente de que debo recomponerme y aparentar un mayor grado de coherencia si no quiero acabar soplando por la boquilla de un alcoholímetro. En ese momento un todoterreno de la Guardia Civil toma la curva de Sebastián y se detiene detrás del coche del uno uno dos.

—Quitarme a ese abuelo de ahí, por lo que más queráis —vocea el guardia civil que baja del asiento del copiloto señalando a Sebastián—. ¿No veis que no lleva chaleco reflectante y está en mitad de una curva?

—Lo hemos puesto ahí para avisar del accidente —responde mi alumbrador.

—No me jodas, Tomás —el guardia civil desvela su nombre—, que para eso están los triángulos de avería, no las personas de la tercera edad. —Se vuelve hacia la curva y grita—: Abuelo, venirse para aquí.

Sebastián obedece. El guardia se incorpora a la circunferencia que rodea al animal y nos hace partícipes de su sorpresa.

—Su puta madre —dice echándose las manos a la cabeza—. Este es más grande que el de la semana pasada, ¿no?

El otro guardia civil se acerca, observa y mueve la cabeza. No parece tan sorprendido. Quizá el de la semana pasada fuera más grande. O tal vez él es menos impresionable que su compañero. Ambos se levantan y se dirigen hacia mi automóvil. Lo rodean con sus linternas y se detienen frente a él.

—Vaya pedazo de hostia —exclama el guardia civil más impresionable. Luego alumbra hacia el grupo reclamando mi presencia—. ¿De quién es este todoterreno?

Alguien me da un empujón y doy un paso al frente.

—Buenas noches —me saluda el guardia con la mano en la sien y una cumplida sonrisa de camaradería—. Este vehículo no puede circular tal como está. ¿Tiene usted seguro de asistencia en carretera?

—Creo que sí.

—Darle los papeles a mi compañero —dice mirando a este con

un gesto de autoridad—. Él llamará a la grúa y se encargará de todo. —Luego se vuelve hacia el grupo—. A ver, los del uno uno dos, apagarme las luces del coche, me cago en mi sombra, que vais a fundir la batería.

Abro la guantera, saco una carpeta llena de papeles y se la entrego al guardia civil tal como está, con la esperanza de que en su interior esté la póliza del seguro. Nunca me he preocupado de los papeles y los documentos, menos aún de los del coche. Laura siempre se ha encargado de esas cosas. Hasta ahora.

—¿Adónde se dirige? —me pregunta el primer guardia, una vez que los del uno uno dos apagan las luces de su coche.

—No iba a ninguna parte —confieso.

—¿De dónde viene, entonces?

—Sólo quería conducir un rato.

Afirma una sola y rotunda vez.

—Ya veo —dice—. Quería dejarse llevar por la carretera, sin pensar en nada, como si el coche tuviera activado el piloto automático…

No sé qué responder. De pronto temo que sus palabras sean una trampa para denunciarme por alguna infracción de tráfico.

—Lo comprendo perfectamente —concluye dándome una palmada en la espalda—. La carretera tiene un no sé qué especial para ayudarnos a resolver los problemas de la vida. O al menos para evadirnos de ellos.

Es la distancia, pienso. Pero no lo digo. El guardia se aparta de mi lado y vuelve a dirigirse al grupo, que sigue contemplando a la jabalina.

—Meterse en la maleza, coño —grita señalando la línea que separa la calzada del arcén—. No quiero ver a nadie en la carretera.

Su compañero me devuelve la documentación.

—Ya he llamado a la grúa —me informa con diligencia—. Y he dado parte al seguro. Ahora vamos a hacer un atestado. De este modo nadie le pondrá pegas. ¿A qué taller quiere llevar el vehículo?

—No sé.

—En Aínsa hay dos, pero ninguno está especializado en este tipo de marcas.

El rugido de un motor desvía nuestra atención hacia el extremo de la recta en la que nos encontramos. Es el rabioso lamento de un

coche que se incorpora a la carretera en el mismo sentido que circulaba yo. Desaparece tan rápidamente como ha aparecido, igual que una visión fantasmagórica. El guardia que no quiere ver a nadie en la carretera se acerca a nosotros negando con la cabeza para expresar el disgusto que le causa la presencia de un conductor temerario en su jurisdicción.

—No compliques más las cosas, hombre —le riñe a su compañero refiriéndose al taller—. Sólo hay que cambiar el radiador, no el carburador. Eso está al alcance de cualquier mecánico.

—No conozco a nadie —digo invitándolo a que me haga una recomendación.

—Llévelo a Lorién —lo hace con decisión—. Dígaselo al de la grúa: al taller de Lorién. Mañana pasaré por allí y hablaré con él.

—Mañana es domingo —replica el otro.

—Pues pasado.

—Muchas gracias —digo reconfortado por la energía que despliega—. ¿Y el animal?

El guardia civil mira hacia el aludido, tuerce los labios y vuelve a negar con la cabeza. Tal vez haya que llamar a otra grúa especializada en animales atropellados.

—Tomás —vocea con su volumen acostumbrado—. Venirse un momento.

Se acerca al bicho y se coloca frente a él.

—Vosotros dos —ordena señalando a otros tantos voluntarios—. Cogerme las patas traseras, una cada uno. Tomás a mi lado, en esa pata. A la de tres lo levantamos y lo echamos a ese campo. ¿Estamos?

—Oye, que ese campo es mío —replica Tomás.

—¿Y qué quieres que hagamos? ¿Dejarlo aquí para provocar otro accidente?

Tomás mira a los demás. Incluso me mira a mí, sin saber siquiera quién soy ni adónde voy.

—Venga —le apremia el guardia—, es sólo una medida temporal. Alguien vendrá a recogerlo el lunes. Agarra fuerte.

Lo levantan entre los cuatro y lo trasladan al campo de Tomás entre esforzados jadeos y alguna broma de complicidad. Asisto a la maniobra como si de nuevo me encontrara en un funeral, detrás del

cadáver, con la mirada en el suelo y las manos sujetas a la espalda. Sólo falta el responso del sacerdote y la silenciosa laboriosidad de los enterradores. El muerto y la comitiva están presentes.

El guardia menos impresionable me acompaña hasta su coche para elaborar el atestado. Mientras tanto, el grupo de espontáneos espectadores comienza a dar muestras de desinterés. Sin cuerpo del delito a la vista ya no hay nada que hacer allí. Creo que voy a echarles de menos. Es extraño. Apenas conozco sus nombres y ni siquiera podría reconocer sus rostros, que tan sólo he visto fugazmente a la exigua luz de las linternas, pero han tenido la virtud de llegar en el momento oportuno. Y quizá es pronto para que me dejen solo.

—Nosotros nos vamos ya —dice Tomás, acercándose al coche patrulla.

—Gracias. —Pocuro elevar la vista para que todos se den por aludidos.

Tomás me da la mano. Supongo que lo hace en nombre del resto porque nadie más se acerca a mí, aunque oigo un indefinido murmullo de despedida. Quisiera dedicarles unas palabras para prolongar su presencia a mi lado pero no se me ocurre nada que decir. En ese momento se escucha una voz al otro lado de la carretera. Todos volvemos hacia allí las linternas y los ojos. Es una mujer haciendo aspavientos con los brazos. Cruza y viene hacia nosotros.

—No me cruces la calzada por donde te salga de los cojones, Mari —vocifera el guardia de los gritos.

—Si te parece, me espero a que se ponga el semáforo en verde —replica ella con energía—, gilipollas.

Doy un incontenible respingo de sorpresa. Me aterroriza escuchar un insulto dirigido a una autoridad casi militar. Sospecho que fui educado para eso, para dar respingos. La tal Mari debe de pertenecer a otra generación y ha sido educada de otra manera. Además, es evidente que conoce a la persona que lleva el uniforme.

—¿Qué ha pasado? —pregunta—. ¿Por qué tardáis tanto en volver?

—Ha habido un accidente —informa el guardia con toda normalidad, tal vez acostumbrado a ser cariñosamente insultado por ella—. Este vehículo ha atropellado a un jabalí.

La luz de las linternas impacta en su cuerpo. Es en efecto una mujer de una generación bastante más joven que la mía, vestida con un chándal y unas deportivas. Su pelo es moreno y tanto su mirada como sus gestos tienen un punto de intrepidez. Lo compruebo mientras estudia la escena del atropello y se acerca a la cuneta, donde dos linternas iluminan el cuerpo del animal.

—Hemos llegado a las semifinales —explica dirigiéndose a Tomás cuando da por terminado su examen ocular—. Y nos toca jugar contra vosotros. Lo que pasa es que Lorenzo se ha marchado y tengo que buscarme otra pareja.

—Ya lo hemos visto —dice el guardia civil señalando la recta con la barbilla—. Tendré que hablar seriamente con él porque se ha largado a toda velocidad, como un demonio.

—No me extraña —responde ella cerca de la risa—. Hemos cortado.

—¿Otra vez?

—No sabe jugar.

—Por eso no se corta con nadie, Mari —le reprende el guardia.

—Explícaselo a él —contesta ella—. La decisión ha sido suya. ¿Venís o no?

—Ya vamos —responde Tomás—, pero dime: ¿con quién vas a jugar si Lorenzo se ha marchado? No hay nadie desparejado y ya sabes que los eliminados no pueden volver a entrar en el juego.

—Puedes jugar con Sebastián —propone el guardia civil.

Mari le lanza un rápido movimiento de cejas.

—Silencio, por favor, que no te oiga —le dice entre dientes—. El pobre no distingue los triunfos, enseña las cartas y es incapaz de seguir el juego… —Se calla un segundo y contraataca—. ¿Y tú? ¿No podrías jugar conmigo?

—Yo estoy de servicio hasta las seis de la mañana, guapa.

—Pues escaquéate un rato.

—Imposible.

El guardia civil se vuelve hacia mí con los restos de una traviesa sonrisa en el semblante. Le debe de resultar muy divertido foguearse con la chica.

—Disculpe —me dice recuperando la gravedad de su uniforme —. Nosotros también debemos irnos. Los de la grúa aún tardarán un rato en venir. Ha habido otro incidente más abajo, cerca de

Barbastro. Espéreles dentro del coche con las luces de avería encendidas.

—De acuerdo —digo con más resignación que convicción.

Los dos guardias me saludan con la mano en la sien y se marchan. No soy capaz de darles las gracias como se merecen. Su gestión ha sido rápida y eficaz, incluso entretenida. Demasiado para no dar señales de agradecimiento. Y pese a ello todo lo que logro hacer es mostrar la palma de mi mano derecha cuando su todoterreno pasa junto al mío.

—¿Te has hecho daño?

Mari se acerca a mí y me habla en un susurro que resulta inverosímil al lado del tono de voz que ha empleado con el guardia.

—No —respondo—. Estoy bien.

—No me extraña. Llevas un buen coche. Parece un tanque.

Tomás, Rafael y Sebastián la esperan en el borde de la carretera. El primero de ellos pronuncia su nombre a modo de reclamo.

—Ahora somos nosotros los que te estamos esperando —le dice.

—Voy —contesta ella, pero en lugar de irse extiende un dedo y me apunta con él—. ¿Sabes jugar al guiñote?

—¿Cómo?

—Que si sabes jugar al guiñote, el juego de cartas.

Los carrillos se me llenan de un aire que soplo antes de contestar.

—Hace años que no juego.

—¿Quieres jugar conmigo? Ya has oído lo que ha sucedido. Me he quedado sin pareja.

Miro el coche y lo señalo con el brazo extendido para dejar patente la singularidad de mi situación.

—No te preocupes por la grúa —dice Mari—. También has oído que tardarán en venir.

Compongo el gesto de quien se siente inútilmente halagado con la esperanza de que se dé por vencida.

—Escucha —insiste—. Es el campeonato del pueblo y los alrededores. He llegado a las semifinales y me he quedado sin pareja. No hay nadie más por aquí que pueda jugar conmigo. No puedes dejarme así.

Miro por encima de su hombro hacia donde señala con la mano pero soy incapaz de ver el pueblo al que se refiere. Sólo veo la

carretera con su curva y su larga recta.

—Sebastián puede quedarse a esperar la grúa —añade, usando su argumento definitivo—. En cuanto llegue nos avisará.

Sin darme tiempo a reaccionar, se dirige al abuelo y lo llama.

—Espera un minuto. —La tomo del brazo y estoy a punto de pronunciar su nombre—. No puedo consentir que ese pobre hombre se quede en mi coche hasta que venga la grúa.

—¿Por qué no? —replica ella—. Lo hará encantado.

La miro y achino los ojos. Por un momento creo estar ante un extraterrestre recién llegado del espacio, ignorante de las normas elementales que rigen la sociedad terrícola. El abuelo se acerca hasta nosotros.

—A Sebastián le encanta hacer favores —dice Mari pasándole un brazo por los hombros—, ¿verdad que sí?

El abuelo afirma con una sonrisa, mientras Mari me coge de la mano.

—No hay más que hablar —dice tirando de mí—. Dale las llaves. Él nos avisará cuando llegue la grúa. Venga.

Alentado por el poder medicinal de la energía ajena se las doy sin rechistar.

—No nos hemos presentado —añade ella satisfecha—. Me llamo Marina.

—Javier.

Hablo y actúo como un autómata, sin fuerzas para ejercer ninguna resistencia ni desobedecer ninguna orden. No quiero enfrascarme en discusiones inútiles ni hacer valer mi derecho a que me dejen en paz. Prefiero dejarme llevar. Es la actitud que puede esperarse de quien ha vivido lo que yo he vivido hoy. Y no me refiero al atropello de un animal salvaje.

2

Nada más cruzar la carretera y ascender por un camino, veo las luces del pueblo al que se ha referido Marina. Es un reflejo cobrizo procedente del alumbrado público que deja entrever un puñado de casas con las paredes de piedra y los tejados de pizarra. Permanecen en la distancia porque nos dirigimos hacia un caserón que hay a la derecha, junto a la curva. Es el bar de Tomás, en cuya bodega se está disputando el torneo de guiñote, según me explica él mismo mientras atravesamos una explanada llena de coches aparcados. No hay ningún cartel que señale que aquello es un local público. Lo que hay es una puerta abierta y unas escaleras que conducen a una estancia mal iluminada y poco acogedora, con paredes de ladrillo y mobiliario de propaganda. Y una máquina tragaperras de colores. Huele a humo aunque no hay fuego en el hogar. Varios hombres juegan a las cartas sentados frente a frente, por parejas. Otros siguen el juego de pie, detrás de ellos. Marina es la única mujer que hay en la bodega. Me mira y pronuncia mi nombre a modo de presentación.

—Va a ser mi pareja para las semifinales —dice.

—¿De dónde es? —pregunta uno de los que siguen el juego de pie.

Supongo que en un torneo de ámbito local la procedencia de los concursantes es un dato importante.

—Está de paso —responde Marina por mí.

—Mari, no puedes jugar el torneo cambiando de pareja en cada eliminatoria —le reprende uno de los jugadores.

—Yo no tengo la culpa de que Lorenzo se haya ido.

—Este señor también se irá en cuanto llegue la grúa.

Me miran como si quisieran conocer mi opinión al respecto, pero todo lo que consiguen es que niegue con la cabeza. No es fácil tomar partido en la discusión. Si lo hiciera tendría que decantarme

entre la camaradería genérica de los hombres y la ambición por el triunfo que muestra Marina. Quizá sería mejor tomar partido por el sentido común, excusarme por haberme entrometido en su torneo y regresar al coche.

—No me toquéis los cojones —exclama Marina con una mano levantada—. Si no me dejáis jugar con él, me voy a casa y aquí os quedáis.

No parece una amenaza muy intimidatoria, y por eso mismo me sorprende la inmediata reacción de los presentes.

—No te pongas así, mujer.

—Juega con quien quieras.

—No se te puede decir nada.

La miro buscando una respuesta a lo sucedido. Ella me sonríe con aire satisfecho. Es evidente que sabe manejar a sus rivales, aunque también es posible que a sus rivales les agrade su presencia femenina hasta el punto de pasar por alto alguna regla del juego. Me fijo en ella con más detenimiento. Rondará los treinta años. Mantiene las carnes apretadas, las caderas bien marcadas y el pecho firme. Su rostro tiene un punto de masculinidad implícita, tal vez por su forma cuadrada y su cuello ancho, pero sus ojos brillan con intensa feminidad. Y sus labios sonríen con una mal disimulada coquetería.

—Siéntate, Javier —me pide acercando una silla—. Ya conoces a Tomás y a Julio.

El primero se sienta a mi izquierda, el segundo a mi derecha. Nos damos la mano por encima de la mesa.

—¿Qué bebes? —Tomás ejerce sus obligaciones de anfitrión.

—Nada, gracias.

—De eso no tenemos. —Me hace sonreír.

—Un poco de agua, entonces —propongo—, si es que tenéis.

Mis palabras provocan un inesperado arrebato de risas que impactan en mis oídos como sonoras bofetadas.

—Agua, tenemos toda la que quieras —exclama Tomás—, más de doscientos hectómetros cúbicos.

Vuelven a reír, todos menos Marina. Tal vez esté cansada de sus bromas o puede que se haya dado cuenta de que no entiendo a qué se refieren.

—Estamos junto al pantano de Sinia —dice confirmando que se

trata de esto último—. El embalse de agua más grande del valle.

—Claro —respondo abriendo las manos en otro gesto automático.

Entonces comprendo por qué mi montura necesitaba repostar combustible. El pantano al que se refieren se encuentra en la cabecera de un valle de montaña flanqueado por bosques y arroyos, donde el cielo es tan liso como abrupto el paisaje, muy lejos de casa. Un sujeto pone un vaso de agua sobre la mesa. Le doy las gracias y bebo un sorbo.

—Jugamos al mejor de cinco cotos —explica Marina tomando asiento frente a mí—. ¿Me sigues?

A juzgar por la suya, he debido de poner cara de que no.

—Ya te he dicho que hace años que no juego al guiñote —me excuso.

Marina se pasa la mano por la boca, como si llevara una servilleta y quisiera limpiarse la impaciencia. Luego se recompone, inspira el aire ahumado de la estancia, se acoda en la mesa y se acerca a mí tanto como puede.

—Gana un coto quien hace tres partidas. Se canta con la sota y el rey. El as y el tres son guiñotes, el palo de la carta que se muestra indica el triunfo y las últimas bazas se juegan arrastradas. ¿Me sigues ahora?

—Creo que sí.

—No me marques con el caballo ni con ningún gesto. Si va mía, carga y, siempre que puedas, mata con un as o un tres. Trata de memorizar los triunfos que han salido y descártate del palo que puedas. ¿De acuerdo?

Esta vez no la entiendo pero no me atrevo a decírselo. No tengo humor para soportar una clase teórica sobre el guiñote. Prefiero sumergirme en el juego y confiar en mi memoria. O en la suerte.

—Oros, copas, espadas y bastos.

Julio reparte la primera mano con parsimonia. En cuanto recojo las cartas me doy cuenta del tiempo que hace que no juego a nada. Su tacto de cartón satinado me trae recuerdos lejanos, aunque no podría decir si pertenecen a mi infancia o a la de mi hijo. Me encuentro a muchos kilómetros de casa y a muchos años del pasado.

—Veinte en copas.

La suerte se alía conmigo. Quizá me considera un simple

principiante, en lugar de un reincidente, y por eso se muestra benévola. No me sorprende. Mi forma de jugar es torpe y lenta. Me veo obligado a hacer preguntas irrisorias tanto a mi compañera como a mis rivales y soy incapaz de memorizar las cartas que van saliendo, lo que provoca muecas de desesperación en el rostro de aquella y sonrisas de complicidad alrededor. Sin embargo, las sotas y los reyes acuden a mi abanico de cartas haciéndome cantar unos cuantos veintes.

—Las cuarenta.

Y algún cuarenta. El juego me une a Marina con los mismos vínculos que la guerra une a los soldados. Luchamos en el mismo bando y compartimos enemigos, que es tanto como compartir el sentido de la batalla. Supongo que nuestro cerebro de mamíferos se reencuentra con su memoria colectiva cuando lo ponemos al servicio de una causa común, aunque no sea más que sumar un mayor número de puntos que el rival a base de matar con los ases y los treses.

Me bebo dos vasos de un agua fresca que aplaca mi sed y el calor que siento en las mejillas. Tomás y Julio beben cerveza en lata y Marina toma chupitos de aguardiente. Vamos empatados a un coto cuando siento la necesidad de orinar. Me indican dónde puedo hacerlo. Subo las escaleras y entro en un aseo con dos urinarios y una ventana que da a la carretera. La abro mientras orino y veo el reflejo que dejan en el asfalto las luces de avería de mi montura. Inmediatamente me siento culpable por haber permitido que Sebastián se quedase esperando la grúa por mí. No sé qué demonios hago aquí, cerca del pantano de Sinia, sustituyendo a la pareja de juego de una morena que toma aguardientes y blasfema cada vez que roba una mala carta. Salgo del aseo y me doy de bruces con ella. Es como si me hubiera leído el pensamiento y temiese que fuera a escaparme, igual que ha hecho su exnovio. O quizá simplemente necesite orinar el aguardiente.

Regresamos a la bodega y perdemos el tercer coto. Marina vuelve a maldecir, pide otro vaso de chupito y me sirve un aguardiente. No lo rechazo. Es posible que me haga falta. Levanta el suyo y brindamos en silencio, con la esperanza de convocar a la buena suerte, como harían los soldados antes de la batalla. Con suerte o sin ella ganamos el siguiente coto y provocamos un empate

a dos, lo que significa que el siguiente es el decisivo. La última batalla. Antes de continuar, Marina solicita hacer un receso y picar algo. Está hambrienta.

—¿Tú no? —me pregunta.

No estoy seguro. Siento un indefinible vacío en el estómago que no es exactamente apetito. Y eso que no he comido nada desde esta mañana temprano, cuando Javier y Rebeca se han empeñado en que tomara un café con leche para poder soportar lo que me esperaba después. Marina interpreta mi gesto de desinterés en sentido afirmativo. Mueve la cabeza y enarca las cejas a modo de señal convenida, como si ella fuera la señora de la casa y aquellos rústicos jugadores unos eficientes lacayos a su servicio. Tomás se levanta para organizarlo todo. No hay que olvidar que estamos en su bodega. En menos de dos minutos la mesa se llena de platos de longaniza, chorizo, jamón serrano y cecina, acompañados de jarras de vino y pan de hogaza. Mi organismo reacciona a espaldas de mi voluntad, segregando unos jugos gástricos que mi cerebro no parece haber ordenado. De nuevo actúo como un autómata, esta vez al servicio de mi sistema digestivo. Y voy probando los alimentos, como si aquella cena fuera una eucaristía antes de la batalla. La última cena.

Los demás me acompañan. Comemos entre cumplidos y alabanzas hacia los embutidos y el vino. Tomás nos indica la procedencia de cada cosa. La longaniza de una carnicería de Aínsa, el chorizo de casa de uno de los presentes, el jamón de un secadero cercano y el vino de su pueblo de origen, que está a más de quinientos kilómetros de distancia, aunque no especifica en qué dirección. La comida sabe mejor si se adorna con palabras, da igual si aluden a su origen, a los ingredientes que la componen o a los detalles de su elaboración. Supongo que las palabras, ciertas palabras, sirven para adornar la vida en general. Y la comida en particular.

Me tratan como a un forastero recién llegado, que es justo lo que soy. Me van pasando los platos para que pueda comer de todo. Tomás me rellena el vaso de vino. Marina me mira y cierra el puño derecho en señal de victoria con la intención de contagiarme un poco de ánimo.

—Prueba este —dice Tomás, acercándome un plato nuevo—. Es

especial.

Según veo es un salchichón muy curado. Tomo una loncha, la huelo y me la meto en la boca junto con un trozo de pan. Es un embutido sabroso, grasiento y algo picante al final.

—Muy bueno —digo.

Y cabeceo un par de veces para confirmarlo.

—Es de jabalí —me informan.

Y todos ríen, incluido yo, excluida Marina. Tal vez le molesta el humor negro cuando se refiere a animales que todavía yacen de cuerpo presente o, sencillamente, no quiere perder la concentración necesaria para enfrentarse al último y definitivo coto.

—No hay embutido como el de jabalí —dice Tomás.

—El de ciervo tampoco está mal —apunta otro lugareño.

—¿Y qué me dices del de cerdo ibérico?

—También, también.

Tomás vuelve a rellenar los vasos y se dispone a cortar más jamón. La conversación sobre los embutidos nos anima a seguir comiendo. Es un efecto retroactivo que se manifiesta en forma de apetito. Mientras mastico la carne de jabalí pienso en Laura. Es la primera vez que lo hago desde esta mañana. Últimamente no me permitía comer embutidos de cerdo y mucho menos de animales de caza. Se preocupaba por mi colesterol y me compraba fiambres elaborados íntegramente con carne de pavo. Sonrío y niego con la cabeza, quizá no en ese orden, pero el sonido de mi teléfono móvil congela mi sonrisa. Y mi mirada.

—Un móvil —dice alguien—, suena un móvil.

—El mío no es.

—Es el tuyo, Javier.

Meto la mano en el bolsillo del pantalón y lo saco. Lo aparto de mi vista lo suficiente para poder enfocar la pantalla. Es Javier, mi hijo. Supongo que ha tratado de localizarme en casa o en la facultad y está preocupado. Marina me apremia desde el otro lado de la mesa.

—¿No vas a contestar?

La melodía del teléfono se hace molesta, casi insoportable. No quiero pulsar la pantalla. No quiero contestar, ni cortar la llamada. Sólo quiero que deje de sonar ya, que deje de sonar de una vez por todas, lo cual afortunadamente sucede enseguida. Suspiro aliviado,

dos veces, guardo el teléfono en el bolsillo y me enfrento a un coro de miradas inquietas. Nadie sabe quién soy, a qué me dedico, de dónde vengo ni adónde voy. Soy lo suficientemente desconocido para resultar sospechoso de cualquier cosa, incluso de rechazar una llamada de móvil, así que me siento en la penosa obligación de excusarme.

—Era del trabajo —digo.

Y no miento. La inquietud de las miradas se apacigua. Cualquiera puede entender que se rechace una llamada de trabajo un sábado por la noche. Sin embargo, temo que aprovechen este incidente para saciar su natural curiosidad hacia el forastero y se interesen por mi profesión, mi estado civil o cualquier otro aspecto de mi vida privada. Quizá por eso me meto en la boca dos lonchas más del salchichón de jabalí y una cumplida ración de pan, y un trago de vino, dando por hecho que nadie está obligado a hablar con la boca llena.

Mis temores se esfuman tan pronto como se oye la puerta de la calle y los pasos de alguien que baja a la bodega. Es Sebastián.

—La grúa —dice con una amable sonrisa.

Es la primera vez que escucho su voz, tal vez porque no es un hombre al que le guste adornar la vida con palabras. Ni siquiera se ha molestado en pronunciar una frase completa. Se ha limitado a pronunciar lo imprescindible, en un ejercicio de economía lingüística que, dadas mis particulares circunstancias, me reconforta.

—Voy.

Hago mención de marcharme. Cojo una servilleta de papel para limpiarme las manos y me dirijo a Tomás para agradecerle su hospitalidad, pero Marina se interpone en mi camino.

—No puedes irte.

—Ha llegado la grúa.

—Sal —dice señalando las escaleras con la mirada—, diles dónde quieres que te lleven el coche y vuelve.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no? ¿Dónde piensas pasar la noche?

Pestañeo molesto, como si una de esas dos preguntas se me hubiera metido en un ojo. Me siento abrumado por su artillería lingüística.

—No sé —respondo—. En un hotel de Aínsa, supongo.

—¿Y mañana qué vas a hacer?

—¿Mañana?

—Es domingo. El taller no abre hasta el lunes.

Me cruzo de brazos en actitud defensiva.

—¿Y qué quieres que haga? —digo.

—Quédate —me dice—. Terminamos las semifinales y pasas la noche en Sinia.

—¿Dónde?

—En cualquier sitio, aquí con Tomás o en mi casa. Tengo una habitación de invitados.

Su propuesta es práctica y tiene sentido, aunque resulte demasiado generosa para un simple forastero.

—Gracias, pero no puedo aceptar vuestra hospitalidad.

—¿Por qué no?

—Apenas nos conocemos.

Marina vuelve a señalarme con el dedo, como ha hecho antes.

—Eres mi pareja en el campeonato de guiñote —dice muy seria —. ¿Sabes qué pasará si ganamos el coto que tenemos pendiente con Tomás y Julio?

—¿Qué?

—Que mañana tendremos que jugar la final contra los ganadores de la otra semifinal. ¿Cómo vas a jugar la final si estás en Aínsa?

—Tendrás que buscarte otra pareja.

—Sabes que eso no es posible —replica ella con un gesto de disgusto—. Ya te lo he explicado antes.

—De verdad que lo siento.

—Y una mierda.

Me arrugo la frente con la mano izquierda, emito un corto suspiro y me voy acompañado por Sebastián. El operario de la grúa ya ha encadenado mi montura y la está subiendo a la plataforma del camión. Me acerco a él y me identifico. Mantenemos una breve conversación sobre las costumbres nocturnas de los jabalíes y sus consecuencias en la carretera, le firmo un comprobante y le indico el taller de Aínsa que me ha recomendado el guardia civil.

—¿Usted se viene con el coche o se queda aquí a pasar la noche?

La pregunta queda suspendida en el aire durante un segundo. Parece el rastro de una estrella fugaz o el deslumbramiento que

provocan las luces de un coche en movimiento. Me siento ciego, cegado, como si ciertas palabras tuvieran la capacidad de llegar a nosotros por los ojos en lugar de por los oídos, igual que sucede cuando leemos. Trato de examinar la situación con la poca cordura que me queda. Si me voy con la grúa me veré obligado a buscar un alojamiento en Aínsa y algo que hacer mañana, con la desventaja de que sin mi montura ya no soy un jinete, sino un simple transeúnte. Y la idea de un paseo en solitario no es nada tentadora.

—Me quedo —le digo al operario.

Él afirma con indiferencia, sube a la cabina del camión y se va. Me doy la vuelta para regresar a la bodega y me encuentro con la sonrisa de Sebastián al otro lado de la carretera.

3

Perdemos la primera partida del último coto pero nos hacemos con las dos siguientes. Marina no se relaja ni cuando ganamos ni cuando perdemos. La dinámica del juego la mantiene en tensión obligándola a fumar un cigarrillo detrás de otro. Mis rivales también fuman, en su caso, puros retorcidos que compran en un estanco de Barbastro, según me dicen cuando les pregunto. Por suerte la estancia cuenta con eficaces respiraderos a modo de ventanas altas, casi en el techo, y el humo se achica con facilidad. De lo contrario no podríamos ver ni las cartas que sostenemos en la mano.

Laura me prohibió fumar hace tiempo, entre otras razones porque nunca pude disimular mi condición de fumador compulsivo, igual que Marina. No fumaba para acompañar una conversación o una copa, sino para calmar mis nervios, y eso significa que fumaba demasiado. Necesitaba una prohibición expresa, un ultimátum como el que me dio Laura, gracias al cual nunca he vuelto a probar un cigarrillo, ni siquiera en los banquetes de boda o en Nochevieja. Esta noche siento la tentación de pedirle uno de esos puros a Tomás para comprobar a qué diablos sabe el oscuro humo que despiden y qué efectos produce en mi sistema nervioso. No obstante, logro contener mi curiosidad. La noche menos oportuna para contravenir los deseos de Laura es esta noche.

—Te toca, Javier.

Marina me apremia porque no he prestado la debida atención a la baza que estamos jugando. Ella ha matado a Julio y Tomás se ha descartado, así que debo cargar con la carta más alta que tenga. Por suerte llevo el as de oros. Me lo juego y provoco la exclamación de los presentes. Y encima me descarto de ese palo. A la siguiente baza no hay más cartas en el mazo de robar y nadie ha cantado las cuarenta. Yo no tengo ni el rey ni la sota y me da la sensación de

que Marina tampoco. No puedo arriesgarme a que un inoportuno cante de última hora nos arruine la partida, así que tomo el caballo de copas y lo dejo sobre el tapete. Inmediatamente sé que he acertado, tan pronto como escucho el ahogado lamento de Tomás, que se ve obligado a matarme con la sota, deshaciendo las cuarenta que, en efecto, se disponía a cantar.

—Me acaba de subir el rey —dice levantándose un momento y dejándose caer sobre la silla.

—Y decía que no sabía jugar… —exclama Julio señalándome con el puro.

Marina sonríe y me guiña un ojo a modo de recompensa. Su sonrisa es hermosa, el más femenino de los gestos que le he visto hasta ahora. Tan femenino que no puedo evitar una fugaz pero intensa sensación de triunfo, acompañada por sus correspondientes remordimientos. No quiero sonreír. No quiero divertirme. No después de lo que ha pasado.

Ni siquiera es necesario contar las bazas para saber que hemos ganado la tercera partida del coto y que por tanto hemos alcanzado la final del torneo. Choco las manos que me ofrecen tanto Julio como Tomás. El protocolo del guiñote no se diferencia mucho del de cualquier otro juego o deporte. Marina se acerca a mí y me tiende la mano sin intención de chocármela, sólo para que me levante. Una vez puesto en pie me abraza y deposita un beso en mi mejilla. Es un beso húmedo y cálido que va acompañado de un intenso aroma a perfume barato mezclado con esencias de cabello limpio.

Sonrío. Soy incapaz de articular palabra pero me queda al menos el recurso de Sebastián, que según veo también sonríe desde la distancia para darme la enhorabuena por la victoria. El tapete donde hemos estado jugando es sustituido por unos vasos de barro cocido en los que Tomás vierte un caldo con el que brindamos. Sabe a ponche y está caliente, como el beso de Marina. Como mis orejas. Mientras Tomás se dedica a rellenar los vasos, nos acercamos a la otra mesa para seguir el juego de la segunda semifinal. Una de las parejas se encuentra a una sola partida de alzarse con el triunfo. Es la compuesta por Rafael y otro sujeto cuyo nombre desconozco, pero al que también he tenido la oportunidad de ver en la carretera.

—Gracias.

Marina se ha colocado detrás de mí para susurrarme su agradecimiento al oído.

—¿Por qué? —replico—. El juego es una cuestión de suerte.

—Por quedarte.

—Ah —digo.

Y esbozo otra aturdida sonrisa.

—Puedes pasar la noche en mi casa —sigue susurrándome—. Si te quedas en casa de Tomás lo más probable es que pretendan tumbarte.

Me vuelvo hacia ella y veo que hace un gesto con el índice y el pulgar de su mano derecha extendidos hacia su boca. Asiento. Imagino que se refiere a la costumbre de tratar de emborrachar al forastero, un pasatiempo habitual en los pueblos que cuentan con bodegas bien abastecidas. Vuelvo a asentir. Tal vez sea el plan que más me conviene: quedarme y comportarme como un buen forastero y mejor huésped dejándome emborrachar por mis anfitriones. No creo que haya una manera mejor de pasar una noche en la que no voy a poder pegar ojo. Incluso es posible que el alcohol me ayudase a dormir con su poderoso aunque secundario efecto hipnótico.

—No te lo recomiendo —añade Marina, que parece leerme el pensamiento—. Mañana jugamos la final y, si te tumban, tendrás una jaqueca terrible.

Veo que su amabilidad es estrictamente interesada. Y me gusta. Prefiero servir a su ambición como jugadora que a cualquier otro interés de los posibles. El juego es noble, respeta unas normas determinadas y coloca a cada uno en su lugar sin hipocresías. Además, Tomás no me ha invitado todavía a quedarme en su casa, así que miro a Marina y le respondo en el mismo tono susurrante.

—Vale.

Accedo a ir con ella sin saber si vive sola o en compañía de alguien, sin preguntarme si eso molestará al que hasta hace apenas dos horas era su novio o si alguno de los presentes me considerará un seductor jugando las últimas bazas de su baraja. No me importa. Sólo necesito una cama donde poder tumbar mi cuerpo y un techo donde fijar mi mirada.

En ese momento el compañero de Rafael estampa el as de espadas en la mesa y recoge la última baza. Recuenta sus cartas y

lanza una exclamación de júbilo. Han ganado. Nuevamente se repite el protocolo de los apretones de manos, esta vez con bastante más campechanía que antes, acompañando el gesto con algún cariñoso insulto. Julio se aproxima hasta donde nos encontramos Marina y yo.

—Mañana nos veremos las caras, entonces —dice.

—¿A qué hora quedamos?

—A las tres sentados y abriendo la baraja.

—De acuerdo.

Marina se aparta para dejarme espacio.

—¿Conoces a Rafael? —dice ejerciendo de anfitriona.

Afirmo con un parpadeo. En realidad es la primera persona del pueblo en la que me he fijado.

—Este es Paco —añade presentándome al compañero de Rafael.

Es bastante mayor que este último, más o menos de mi edad. Le doy la mano y compruebo que la suya es de esas herramientas agropecuarias con tacto de lija y dureza de roca que se forman al cabo de años trajinando con la tierra y el ganado.

—Será mejor que sepas que vas a enfrentarte a los campeones del año pasado —me dice Rafael con una sonrisa.

—No empecemos a tocar los cojones con el juego psicológico —le corta Marina—, que nos conocemos.

—Sólo estaba informando a tu compañero —se defiende Rafael, elevando las palmas de las manos a la altura de sus orejas—. ¿O es que piensas volver a jugar con Lorenzo mañana?

—De eso nada —exclama Tomás con rotundidad, mientras se acerca con otro caldero de ponche—. Si cambias de pareja es hasta el final.

Dicho lo cual reparte el caldo con un cazo de madera y pronuncia un escueto brindis convocando a la justicia para que gane el mejor. No es consciente de que el mejor es siempre el que más suerte tiene, así que desear que gane el mejor no es más que una forma de hipocresía. Antes de que nos invite a sentarnos para seguir bebiendo, Marina se excusa en nombre de los dos.

—Nosotros nos vamos ya —dice e inmediatamente provoca un incómodo silencio alrededor—. Estoy muerta de sueño y tengo que preparar la habitación para mi invitado.

Por algún ridículo prejuicio creo estar a punto de asistir a un

espectáculo de risitas ahogadas y miradas de complicidad entre los presentes, pero no es así. Nadie parece inmutarse. Está claro que Marina despliega una rotundidad expresiva que deja pocos espacios para la réplica, y sin embargo, la ausencia de socarronería me sorprende. Puede que incluso me moleste. Supongo que hace demasiado tiempo que no convivo entre los habitantes de un pequeño pueblo de montaña y me cuesta comprender que el siglo XXI ha llegado a todas partes al mismo tiempo, cambiando costumbres y refrescando antiguos prejuicios en todos los paisajes y altitudes.

Sonrío para mis adentros y sigo a Marina, que ya está subiendo por la escalera, no sin antes dedicar un saludo de despedida colectiva a los presentes. Lo hago con el doble propósito de agradecer sus atenciones y permitir que ella ascienda lo suficiente para evitar que su trasero quede a la altura de mis ojos, que es lo que sucede cuando una mujer sube delante de un hombre por una escalera tan empinada como esa, especialmente si ella posee unos glúteos firmes y él unos ojos inquietos.

Marina sale al exterior y empieza a caminar a buen paso, sin esperarme, pero tiene el detalle de detenerse cuando escucha de nuevo la melodía de mi teléfono móvil. Miro la pantalla. Vuelve a ser Javier. Acerco la yema del pulgar sobre el símbolo de contestar y me doy cuenta de que no tengo nada que decirle. No puedo confesar que me encuentro en un lejano pueblo junto a un pantano y que voy a pasar la noche en casa de una total desconocida. No quiero que sepa dónde estoy. El móvil deja de sonar y Marina me mira a los ojos sin abrir la boca. No tiene ninguna intención de preguntarme nada, tan sólo espera mis palabras. Su mirada es una amable invitación para escucharme, si es que tengo algo que contarle.

Seguimos caminando y avistamos la primera farola que ilumina el pueblo. Me sorprende encontrar una calle en buen estado, con aceras perfectamente pavimentadas, calzada asfaltada y casas construidas siguiendo un patrón uniforme. Marina adivina una vez más mis impresiones.

—Estás en el pueblo nuevo de Sinia —dice señalando al frente —. El viejo quedó sumergido bajo las aguas del pantano hace años.

Trato de otear el horizonte en busca del reflejo del agua pero la

noche me niega la oportunidad de ver más allá de las farolas.

—El pantano está un poco más lejos —me indica Marina—, al final de la recta de la carretera. Mañana podrás verlo, aunque te advierto que no está en su mejor momento.

La miro sin decidirme a asentir o negar.

—Ha sido un invierno muy seco —prosigue—, pero hace unos días que ha comenzado a llover con regularidad y no tardará en volver a llenarse.

Me siento en la obligación de aportar una palabra a la conversación.

—Ya —digo.

—Entonces es cuando se ve precioso —añade ella en un tono cursi que llega a molestarme.

Marina se encuentra en las antípodas de la cursilería. Ha pretendido refinar su lenguaje en favor de la belleza del pantano y lo único que ha conseguido ha sido alejarse de sí misma. Conviene no olvidar que las palabras pueden confirmar nuestras intenciones o camuflarlas, pueden ser aliadas o traidoras de quienes las pronunciamos.

—Todas las casas parecen iguales —digo mientras doblamos una esquina y accedemos a otra calle.

No es un comentario muy perspicaz, pero sirve para que ella vuelva a mostrar su verdadera personalidad.

—Es lo que pasa cuando se expropia un pueblo de verdad y se construye uno de juguete, como este. —Se detiene un momento y señala a su alrededor—. ¿No lo ves? Parece la maqueta de un pueblo de montaña con sus callecitas de adoquines, sus casitas de piedra y sus banquitos de forja.

Guardo un respetuoso silencio, de casi un minuto, mientras ella reanuda el paso y el discurso.

—El pueblo viejo tenía calles estrechas y empinadas que confluían en la plaza de la iglesia. Eran calles de verdad, ¿sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque fueron formándose poco a poco entre las casas que se construían a sus lados o en sus esquinas. Por eso unas calles eran rectas, otras curvas y otras tan retorcidas que parecían laberintos que llevaran a algún lugar secreto.

Vuelve a detenerse con su mirada rebotando en el suelo.

—Estas en cambio son de mentira —dice—, entre otras cosas porque se construyeron antes de que hubiera una sola casa.

No puedo evitar una sonrisa de extrañeza, quizá de admiración, al escuchar ese reproche tan clarividente hacia los nuevos sistemas de urbanizar una población dando prioridad a las calles en lugar de a las viviendas.

—No me hagas caso —añade percibiendo mi gesto—. En realidad el pueblo viejo era una mierda. Estaba hecho una pena. Este es de mentira, es cierto, pero está limpio y ordenado. Ya hemos llegado.

Nos encontramos frente a una puerta de madera idéntica a las demás que jalonan la acera.

—Considérate en tu casa de muñecas —dice invitándome a entrar con una cómica reverencia.

—Gracias.

Accedo a un patio en el que hay un banco de madera, un perchero y un montón de bolsas de plástico en una esquina cuyo contenido no alcanzo a distinguir. Sobre el banco veo otra bolsa transparente llena de caramelos de fresa, espirales de regaliz y golosinas de colores. En el aire flota un aroma a flores frescas que sin embargo no encuentro por ninguna parte.

—Aquí está el salón.

Marina abre la puerta que hay a la izquierda pero no entra. Sólo lo hace para invitarme a usarlo. De la misma forma abre la puerta del aseo y de la cocina, frente a la cual asciende un vuelo de escaleras.

—Arriba están los dormitorios —dice subiéndolas con los ojos—. ¿Quieres un vaso de leche?

Entra en la cocina y enciende la luz.

—Yo siempre tomo leche antes de acostarme. ¿Tú no?

—Prefiero café.

—¿A estas horas? —se extraña—. Te quitará el sueño.

—De todas formas no creo que pueda dormir.

—¿Por qué no? —Me mira de arriba abajo como quien se encuentra ante un extraterrestre. Quizá la luz del fluorescente me dé una apariencia irreal—. ¿Tienes insomnio?

—Algo así.

—Pues no deberías tomar café a estas horas —dice sacando un tarro de cristal de uno de los armarios—. Aquí tienes.

Deja el tarro sobre la encimera y señala la cafetera que está desmontada sobre el escurreplatos.

—Espero que no sea una molestia —digo con una prudencia que tal vez resulte también algo cursi.

Ella esboza una sonrisa antes de contestarme.

—Una molestia sería tener un invitado que quisiera tomarse un café y considerase una molestia preparárselo.

Es una buena respuesta, ágil y certera, que vence mi natural resistencia a trajinar en una cocina ajena. Lleno el depósito de la cafetera con agua, dispongo el café en el filtro, la armo y la coloco sobre la vitrocerámica. Marina me observa sentada en una silla, acodada sobre la mesa ante su vaso de leche.

—¿A qué te dedicas?

No puede camuflar la curiosidad que todos tenemos por la profesión de los demás, especialmente de quienes acogemos en nuestra casa y usan nuestra cocina.

—Soy médico —respondo.

—¿Qué clase de médico?

—Neurólogo.

Frunce el ceño y piensa un segundo.

—¿Un médico del coco?

—Del coco y la espina dorsal.

Ella asiente y da otro sorbo a la leche. Me siento obligado a corresponder a su curiosidad con la mía, pero lo cierto es que no estoy realmente interesado en saber a qué se dedica.

—Yo soy esteticista —dice anticipándose a mis intenciones—. Trabajo en un cuarto que tengo arriba.

Miro hacia el techo como si pudiera verlo.

—Hago limpiezas faciales, depilaciones, manicura, pedicura y doy masajes.

Me rasco una patilla y miro de reojo la cafetera. Por un momento temo que vaya a hacerme alguna consulta sobre dolores de espalda, cervicales, lumbares y cosas así. Es algo que me sucede a menudo y que en este momento me resultaría muy molesto, seguramente porque quiero olvidar lo que sé. Lo que soy.

—También hago salidas —continúa ella ajena a mi desinterés—.

Tengo clientas en Aínsa, Boltaña y otros pueblos cercanos. Incluso tengo algún cliente masculino.

Asiento torciendo el cuello para indicar mi supuesta sorpresa. Muchos conocidos míos se someten regularmente a tratamientos de estética, pero sería muy desconsiderado por mi parte no sorprenderme.

—Tú tienes el cutis muy cuidado —dice fijándose en mí—. Seguro que sigues algún tratamiento.

Se levanta de la silla y se acerca a mí.

—¿Me permites?

Y me toca una mejilla con las yemas de su mano libre, la que no sostiene el vaso de leche, provocándome un escalofrío que inmediatamente recorre mi espina dorsal. Ella aparta la mano como si hubiera recibido una descarga eléctrica. No puede imaginar el tiempo que ha transcurrido desde la última vez que recibí una caricia.

—¿Cuántos años tienes? ¿Cuarenta y nueve?

—Cincuenta y cuatro —respondo aturdido—. No, cincuenta y cinco.

Vuelve a mirarme, pero esta vez como a un extraño. Quizá tenga la intención de tocarme la otra mejilla o tal vez me haga abrir la boca para comprobar el estado de mi dentadura. Por suerte, no hay tiempo para nada más porque el café borbotea en el fuego, poniendo fin a esta incómoda escena. Marina se rellena el vaso de leche y se sienta de nuevo.

—¿Vienes de Zaragoza?

Asiento mientras me sirvo el café en un pequeño vaso de cristal.

—¿Adónde te diriges?

Aun a riesgo de quemarme el paladar doy un primer sorbo.

—No lo sé —respondo con una calma impostada que tiene algo de provocadora.

Supongo que ya me he cansado de que me hagan esa pregunta. Ella se suelta la coleta, sujeta la goma con los dientes, se pasa una mano por la melena y vuelve a recogerse el pelo con la misma goma. Es un espectáculo intrascendente, el resultado de un movimiento automático mil veces ejecutado que sin embargo me hipnotiza durante un segundo.

—Te has perdido —concluye.

—Eso creo.

—No te preocupes. Mañana, a la luz del día, te indicaré dónde te encuentras exactamente.

Le sonrío con verdadera gratitud. Es evidente que no cree que me haya perdido, pero ha encontrado las palabras justas para adornar mi estado, lo cual es todo un mérito teniendo en cuenta cuál es.

—¿Vives sola? —La gratitud abre el camino a la cordialidad.

—Sí.

La cordialidad no quiere verse confundida con la curiosidad y por tanto es interrumpida por el silencio.

—No me queda familia —añade ella—. Mi madre murió y no tengo hermanos.

Confirmo sus palabras con repetidos movimientos de cabeza, cada uno de los cuales significa que no tiene por qué contarme nada más.

—Y además acabas de cortar con tu novio —señalo.

—Eso es.

Mi ocurrencia le arranca una carcajada sorda, casi un bufido, como si en lugar de reír quisiera resoplar de impaciencia.

—Lorenzo es un cabezota —dice.

Y espera en vano una reacción por mi parte.

—Y además tiene muy mal genio —añade—. Se está haciendo viejo.

—Es mayor que tú —afirmo.

—Bastante más mayor, sí. —Ahora es ella quien cabecea—. No hay muchos solteros de mi edad por aquí.

—Entiendo.

—¿Y tú? ¿Estás casado?

La pregunta está a punto de hacerme atragantar con la segunda taza de café que estoy bebiendo. Era totalmente previsible, casi obligada, y por eso mismo no creía que fuera a resultarme tan difícil de contestar.

—Soy viudo —digo mientras me limpio los labios con una servilleta de papel.

—Lo siento.

Encojo los hombros un segundo.

—No pasa nada.

—¿Desde hace mucho?
Inspiro el aire de la cocina y cierro los ojos.
—Desde ayer.

4

A la mañana siguiente me despierto con el turbador y estimulante desconcierto de no saber dónde me encuentro ni qué ha pasado. Es una sensación vaga, que apenas dura una décima de segundo, pero que consigue trasladarme muy lejos en el tiempo, hasta cuando era un niño y despertaba en una cama distinta a la habitual porque había ido a casa de mi abuela o de viaje con mis padres. Me siento raro, como un viajero en el tiempo, un fugitivo de los relojes y los calendarios.

Creía que iba a ser incapaz de dormir y lo he hecho tan profundamente como un bebé, quizá porque el cansancio emocional exige más horas de sueño que el estrictamente físico. Me incorporo para consultar la hora en el teléfono móvil y descubro que está apagado. Ahora recuerdo, yo mismo lo apagué después de que sonara a primera hora de la madrugada, al poco de acostarme, cuando de forma inesperada estaba a punto de sumergirme en el sueño. No quería que Javier me despertase. Ni que despertase a Marina, que duerme en la habitación de al lado.

Mi reloj de pulsera marca las diez y media. En general no suelo dormir más allá de las ocho de la mañana. El sueño no sólo ha sido intenso sino también extenso. Me levanto y busco mi ropa, que pende del respaldo de una silla, con la excepción del *slip* que me ha servido de pijama. Me visto y me acerco a la ventana sin poder evitar un hormigueo en las manos. Estoy ansioso por descubrir a la luz del día cómo es el lugar al que me ha traído mi montura, el destino de mi huida. Y junto con la ansiedad, como si no pudiera sentir la esperanza sin el desasosiego, percibo una nueva sombra de remordimientos que me nubla la vista.

La ventana está cerrada a conciencia. Tengo que soltar el pestillo, abrir las hojas y estirarme para desplegar igualmente los postigos de madera que cubren su vano exterior. Enfrente de mí hay

un tejado de lajas con una chimenea rematada por una piedra a modo de espantabrujas. Sobre ella un cielo azulado, con trazos de nubes y reflejos de sol matutino. Oigo el eco de la calle, el piar de los pájaros y un zumbido intermitente, casi rítmico, que me cuesta un rato identificar. Se trata de la estela sonora que dejan los coches que transitan por la carretera nacional.

Ni rastro del pantano. Ni de las montañas. A la derecha veo una calle que termina en un terraplén sobre el que se alza un pino joven. No es el paisaje que esperaba encontrar pero no importa. No me gusta encontrar lo que busco demasiado pronto. Los años me han enseñado a valorar el tiempo de espera. Y, además, así apaciguo los remordimientos hasta que decidan desaparecer, si es que finalmente lo hacen. Salgo de la habitación sin hacer ruido y me dirijo al baño. Recuerdo que era la última puerta del pasillo. Orino con la misma fruición que ayer, sufriendo un retroceso parecido al que provoca el disparo de una escopeta. Temo que Marina se despierte al escuchar la catarata que han producido en mi organismo las horas de sueño, el ponche de Tomás y los dos cafés que me tomé antes de dormir. Me lavo los dientes aplicando la pasta dentífrica sobre mi dedo índice y me aseo en el lavabo, sin atreverme a usar la ducha que hay sobre la bañera.

Antes de llegar a la escalera no puedo evitar un gesto de indiscreción y coloco la oreja sobre la puerta del dormitorio de Marina. Creo que necesito escuchar la cadencia de su respiración. Tan sólo eso. Puede que me haya convertido en un fugitivo, pero desde luego no soy un solitario. No escucho nada, ni siquiera el silbido de fondo que suele acompañar al silencio, así que decido bajar a preparar el desayuno tratando de no armar demasiado jaleo.

Enseguida comprendo que es una precaución inútil. Marina ha dejado sobre la mesa una caja de infusiones y una nota para mí: «Si antes de dormir tomas café, es probable que a la hora del desayuno tomes una infusión de tila. No tardaré. Estás en tu casa». Sonrío fugazmente. Es un mensaje cargado de camaradería, con una pizca de sentido del humor y abundante hospitalidad. Lástima que no pueda hacerme una infusión con los ingredientes del mensaje, porque son los que necesito para animarme un poco. De todas formas no tengo apetito. Sólo pretendía agradecer sus atenciones preparando un desayuno que compartir juntos, pero si ella no está,

el desayuno carece de sentido. Aun así abro la nevera y contemplo su interior. Esta nueva indiscreción proviene de la simple curiosidad y no tiene más justificación que tratar de conocer a mi anfitriona. La nevera de una persona que vive sola es el carné de identidad de su estómago, incluyendo su paladar y su olfato. La de Marina está llena de hortalizas y verduras, una botella de leche, media tortilla de patatas, huevos, mantequilla y varios botes de mermelada casera que huelen a lo que saben, según compruebo abriéndolos uno a uno. También hay mayonesa y salsa de tomate, cervezas, refrescos y dos botellas de agua en la puerta. Me abstengo de abrir el congelador y salgo precipitadamente de la cocina, no sé si espoleado por mi intromisión o por esos pertinaces remordimientos que siguen ligados a cualquier clase de curiosidad por mi parte.

Me encamino al salón. Está a oscuras y enciendo la luz. La ventana se halla cerrada con la pertinacia de las estancias olvidadas. Da la sensación de que Marina no pasa mucho tiempo aquí. Los muebles son viejos sin llegar a ser antiguos. Hay un tresillo de escay rodeando una mesita baja, una librería de pared y una mesa de comedor con cuatro sillas. La librería es un expositor de figuras de porcelana y alpaca, todas recuerdo de algún sacramento religioso de familiares o conocidos, según acierto a leer en sus peanas. No hay televisión ni ningún artefacto electrónico. No es un salón de este siglo.

Cuando lo abandono algo reclama mi atención desde el banco que hay en el patio, el mismo lugar que ayer ocupaba la bolsa de caramelos. Es un clavel blanco de tallo largo que perfuma el ambiente. No me atrevo a tocarlo y pese a ello me acerco a olerlo. Es un prejuicio absurdo porque resulta mucho más íntimo acercar mi nariz a sus pétalos que coger su tallo con dos dedos. No entiendo cuál es el significado de las flores, de modo que ignoro si ese clavel es una declaración de amor, un silencioso perdón o una prueba de amistad. Puede que Lorenzo se haya levantado temprano para desagraviar a su chica. O quizá tenga un avispado rival que conoce el momento oportuno para actuar.

Las coronas fúnebres que rodeaban el ataúd de Laura también estaban hechas de claveles, en su mayoría blancos y rojos, mezclados con fronda de un verde neutral. Supongo que es una flor fácil de cultivar, llamativa y muy manejable para componer

patrones florales. Seguramente por eso me sorprende que el clavel del banco posea una belleza tan singular, sin detenerme a pensar que su singularidad no reside en la flor misma, sino en su soledad. O en su misterio.

En el rincón del patio continúan las bolsas de plástico que también vi ayer. Me agacho junto a ellas para estudiar su contenido: un tubo enrollado de plástico negro y diversas abrazaderas, arandelas y tuercas de varias medidas. Parece un mecano de piezas desmontables, un juguete para pasar el rato. Abro la puerta de la calle y miro en ambos sentidos con la vana esperanza de encontrar a Marina. No quiero permanecer ni un minuto más a solas con mis remordimientos. Ojalá pasaran por allí Tomás, Rafael, Sebastián o cualquiera de los lugareños que conocí anoche jugando al guiñote.

La calle está vacía y no hay signos que anticipen la presencia del pantano. Ni una señal indicadora, una sombra, un destello de luz o una promesa de humedad. No acierto a comprender por qué pero quiero verlo, quiero sentarme en su orilla y contemplar la lisura de sus aguas remansadas. Y de buena gana saldría ahora mismo en su busca pero soy consciente de que no puedo abandonar la casa. No tengo llaves para volver a entrar y no sé cuándo va a regresar Marina. No me queda otro remedio que esperarla.

Enciendo mi pequeño estuche de voces humanas. Y también de palabras. Javier me ha llamado una docena de veces y me ha enviado siete mensajes, todos idénticos. Dónde estás. Llámame. Suspiro hondo, me siento en el banco del patio, junto al clavel blanco, y trato de pensar en la forma de liberarlo de su preocupación sin facilitarle ninguna información sobre mi paradero. Por nada del mundo quiero que venga a buscarme. Cierro los ojos y hago un supremo y baldío esfuerzo por encontrar las palabras justas que sirvan para decir y callar a la vez. Es imposible. Sólo un consumado embustero podría salir airoso de mi situación. Y yo no lo soy. Siempre digo la verdad. Y si la verdad no puede ser dicha guardo silencio. Es algo que he aprendido a lo largo de los años. Puede que incluso sea una deformación profesional después de llevar tanto tiempo tratando con los enfermos y sus familiares en el hospital.

El vacío de mi estómago se manifiesta con un sonoro e intenso rugido. Es la llamada de la supervivencia. Vuelvo a la cocina y me

caliento un vaso de café con leche en el microondas de Marina. Esta parte de la casa sí pertenece a este siglo. Mientras doy el primer sorbo el móvil suena de nuevo, lo que me hace maldecir en voz alta la idea de haberlo encendido. No quiero escuchar más su estúpida melodía, así que tan pronto como enmudece lo apago de nuevo. Ojalá actuara como yo y sólo sonara cuando estuviera dispuesto a decir la verdad. Por fortuna en ese momento oigo el chirrido de la puerta de la calle, los pasos y el trajín de la existencia humana.

—Buenos días. —Marina entra en la cocina con unas bolsas en la mano—. Me preguntaba si ya te habrías levantado.

—Hace un rato.

—Eso sólo puede significar que has dormido bien.

—Así es.

—Me alegro —dice abriendo una de las bolsas—. Te he traído esto.

Y me tiende un lote de tres calzoncillos blancos.

—Creo que son de tu talla. Los he comprado en el mercadillo ambulante de Aínsa. He pensado que te vendrían bien.

—Gracias, pero con uno habría sido suficiente.

—Estaban de oferta.

Dejo el café con leche en la encimera y me coloco uno de ellos sobre el pantalón, a modo de prueba, componiendo sin querer la imagen de un triste supermán. En efecto, parecen de mi talla.

—También te he comprado unas camisetas y unos calcetines.

Me siento en la obligación de detener su ímpetu.

—Marina.

—¿Qué? —replica ofreciéndome su mirada.

No sé qué decirle.

—Escúchame. —Ella toma el mando—. No pienso jugar la final de guiñote con un compañero que lleve los calzoncillos sucios. ¿Está claro?

Debo sonreír su picaresca. No es lo que quiero pero debo hacerlo. Y lo hago. Ella abre un armario de la cocina y saca una bolsa de magdalenas.

—Come algo —dice dejándolas junto a mi vaso de café con leche —. Si prefieres un bocadillo, hay media tortilla en la nevera.

—Una magdalena será suficiente.

—¿Cómo estás?

La pregunta encierra un tono de pesadumbre que me incomoda, quizá porque no es más que un eufemismo para referirse a mi reciente viudedad. Trago saliva con dificultad, como un alumno que ignorase las respuestas a las preguntas de un examen importante. Marina evita mis ojos. No ha querido hurgar en mis sentimientos. Tan sólo ha tratado de no parecer desinteresada, que es una pretensión mucho más sutil. Y seguramente más audaz.

—Será mejor que te des una buena ducha y te pongas la ropa limpia —añade.

Asiento como un niño bien mandado, me termino el café con leche, recojo las camisetas, los calcetines y los calzoncillos y subo las escaleras. Me ducho con cuidado de no derramar el agua fuera de la bañera, lo cual resulta más difícil de lo que parece porque la alcachofa del grifo tiene unos cuantos agujeros obturados y el agua sale por los demás sin respetar ningún ángulo. Gracias a este inconveniente el chorro alcanza una presión mayor, como mi orina, provocando un retroceso que convierte la alcachofa en un arma de fuego o un animal peligroso. Ducharse aquí es tan arriesgado como librar una batalla contra una serpiente venenosa, con la ventaja de que la serpiente se desvanece en cuanto se cierra el grifo.

Me pongo mis pantalones y una de las camisetas que me ha traído Marina. No combinan bien entre sí pero me hacen sentir cómodo. La ropa limpia tiene un efecto balsámico sobre la piel, como una loción para después del afeitado sobre el mentón. Cuando bajo a la cocina descubro que Marina ha vuelto a marcharse. Y el clavel ha desaparecido. Es posible que lo haya dispuesto en un jarrón con agua antes de marcharse o puede que se lo haya llevado consigo, tal vez para regalárselo a alguien. Una olla al fuego reclama mi atención desde la cocina. Contiene espinacas y patatas en agua hirviendo, una visión y un sonido que me encandilan durante un tiempo indefinido. El borboteo del agua resulta tan relajante como el discurrir de un arroyo entre burbujas de vapor.

—Espero que te guste la verdura.

Marina aparece detrás de mí. No la he oído entrar. Coge un tenedor y pincha una de las patatas para comprobar su grado de cocción.

—No tendrías que haberte molestado en cocinar —me siento obligado a decir—. Podríamos haber comido fuera.

—¿Dónde? —se extraña ella—. No hay ningún restaurante por aquí cerca. Además tengo mucha verdura. Me la trae Sebastián de su huerto. Es un hombre muy atento.

El recuerdo de la sonrisa del viejo me hace sonreír. Y me invita a seguir hablando.

—¿Siempre tiene esa sonrisa en la boca?

Marina asiente pero con palabras contradictorias.

—No es una sonrisa —señala—. Es el gesto natural de su rostro.

—No puede ser.

—¿Por qué no? —replica—. Hay gente que tiene cara de chiste, o de pena, o de enfado. Sebastián tiene un rostro risueño. Eso es todo.

Sonreír siempre es lo mismo que no hacerlo nunca, pienso, una condena tan inhumana como llorar eternamente.

—Te aseguro que no tiene ninguna razón para estar todo el día de buen humor —concluye Marina.

—¿Está enfermo?

—Está solo.

¿Y quién no?, continúo pensando. Tengo la impresión de que la soledad es una característica del ser humano, un grado supremo de la evolución natural. Marina me lee el pensamiento, aunque dudo que llegue a captar toda su audacia.

—En su caso, estar solo es casi una tragedia.

—¿Por qué?

—Porque era el mayor de siete hermanos —responde, busca mis ojos y aprieta el gatillo—, y es el único que queda vivo.

Guardo silencio. Algo me dice que va a volver a dispararme a quemarropa.

—Se casó y enviudó. Tuvo tres hijos pero hace años que no los ve. Desaparecieron del pueblo, del mapa. —Marina suspira—. Está solo, y debería ser el hombre más acompañado del pueblo.

Debo reconocer que es una biografía digna de contarse, aunque sólo se busque despertar la compasión. O simplemente para demostrar que, en efecto, la sonrisa de Sebastián no es más que un rasgo de su anatomía facial. Marina chasquea la lengua y apaga el fuego. Las espinacas ya están hechas. Antes de proseguir, me lanza una mirada furtiva.

—Perdona —dice—. No pretendía molestarte.

Le muestro las palmas de las manos para tranquilizarla. No hay nada que disculpar. La situación familiar de Sebastián es ciertamente singular. No importa que resulte poco afortunado contárselo a alguien que acaba de enviudar.

—¿Te gusta el caldo de la verdura? —pregunta Marina, cambiando el tono de voz hasta hacerlo jovial, casi dicharachero, supongo que para compensar su posible falta de tacto.

—Sí, gracias —respondo con sinceridad—. Es muy diurético.

—Es una pena derramarlo por el desagüe de la fregadera —añade mientras lo cuela y lo vierte en un bote de cristal—. Sobre todo si se ha hecho con buenos ingredientes. Y no me refiero sólo a las espinacas sino también al agua. ¿Has probado el agua de Sinia?

—Me acabo de duchar.

Asiente, coge un vaso y lo llena de agua del grifo.

—Toma, prueba —dice dejando el vaso frente a mí.

Ya bebí anoche en la bodega de Tomás, pero tomo el vaso y cato su contenido como si se tratase de un vino exquisito, paladeando con cierta afectación.

—Tiene mucha cal —digo.

—Eso lo dices porque te acabas de duchar —contesta Marina—. Y has visto cómo está la alcachofa de la ducha.

Sonrío. Tiene buenos reflejos dialécticos.

—No, en serio —insisto—. Es un agua dura. Muy mineral. ¿Procede del pantano?

Marina lanza una carcajada que tiene algo de magnanimidad, como si perdonase mi ignorancia sobre los pormenores de la comarca.

—Por supuesto que no —dice—. El agua del pantano es para que bebáis los de la capital. Aquí bebemos agua que procede directamente de un arroyo. La toma está más arriba, hacia las peñas del norte.

Y señala con la mano hacia donde se supone que está el norte.

—Tiene calidad para ser embotellada. ¿Comemos?

Sigo sin tener apetito. Me he levantado tarde y es demasiado pronto para comer, pero me abstengo de contradecir a Marina. Estoy en su casa y debo observar el protocolo de su vida cotidiana, aunque apenas soy capaz de comer medio plato de verdura y un triángulo isósceles de tortilla de patatas, todo ello regado con un

tazón de caldo de verduras.

—Rafael es un jugador atento —comenta Marina mientras sirve el café—, pero transparente. Mirándole a la cara puedes saber si lleva triunfo o va a cantar. Es inofensivo.

Sorbo y pestañeo. Me alegra que vuelva a mostrarse ambiciosa y competitiva.

—Sin embargo, Paco es muy peligroso —continúa—. Es un ganadero acostumbrado a controlar sus vacas con la vista. No se le escapa una. Se esconderá detrás de su puro y parecerá que no se entera del juego, pero estará controlando la baraja entera, incluso las cartas que tú y yo sostendremos en la mano. Tratará por todos los medios de que no podamos descartarnos para aprovechar las últimas bazas. Es su especialidad, así que te recomiendo que te deshagas de la carta que te convenga, incluso si se trata de un as o un tres, antes de que se agote el mazo de robar. ¿Estamos?

Asiento sin acabar de comprender la temeraria estrategia que me está proponiendo. Es un gesto dirigido a su voz, no a sus palabras.

—Veo que los conoces bien.

—Mejor de lo que ellos creen —concluye mientras suspira.

Y se levanta para recoger la mesa, labor que ejecutamos entre los dos con la compenetración de un buen equipo, que al fin y al cabo es lo que somos, al menos hasta que hayamos jugado la final del torneo.

—Voy a echarme un rato —anuncia después de poner en marcha el lavavajillas—. Me he levantado muy temprano y necesito descansar.

Me mira fijamente durante unos segundos al pie de la escalera, aunque no sé lo que espera de mí. Tal vez que le informe sobre mis planes. Sus párpados están inflamados por el sueño y su mirada se rasga bajo sus cejas formando cuatro sombras casi idénticas.

—Yo prefiero dar un paseo —digo a punto de tartamudear bajo el embrujo de sus ojos—. Me sentará bien.

—En ese caso necesitarás esto —responde.

Y me alarga un llavero con una llave.

—A las tres menos cuarto tienes que estar de vuelta.

Le doy las gracias y salgo de casa sin rumbo predeterminado, dejándome guiar por mi estómago, que en este momento es el órgano más activo de mi cuerpo. Asciendo la pendiente de la calle

hasta que accedo a una pequeña plaza en la que hay un pozo. Me acerco a la placa que señala su nombre. Es simplemente la plaza del pozo. Me asomo a su hondura con la esperanza de ver el reflejo del agua en la distancia y descubro que no es de verdad. Se trata de un simple adorno, parte del mobiliario urbano, como los bancos y los maceteros que hay en una esquina. Puede que Marina tenga razón y el pueblo sea en cierto modo una maqueta con casas de muñecas.

Continúo ascendiendo por otra calle y no tardo en dejar atrás las casas y sus adornos. A mi derecha, en lo alto, casi en el cielo, veo dos enormes peñas fijadas al suelo mediante sendas faldas tejidas de pinos. Parecen dos gigantes cogidos de la mano por un collado que los separa. Una pista de tierra arranca a continuación de la calle en dirección al collado. Delante de mí hay un prado de labor con una docena de vacas paciendo, un campo recién labrado y una leñera bien abastecida con rastro de serrín alrededor. Más a la izquierda y mucho más lejos, los afilados perfiles de unas montañas nevadas me indican dónde está el norte.

Circundo el prado por un sendero y llego a un hermoso huerto del que brotan unas coles abiertas como flores en la tierra. Está recién regado y debo mirar por dónde piso si no quiero acabar lleno de barro. El sendero deja el huerto a un lado y asciende hasta una pequeña loma que impide ver lo que hay detrás. Conforme la recorro presiento que estoy llegando al final de mi paseo. Y así es. La loma termina bruscamente, dejando paso al agua del pantano. Por fin. Me detengo y miro hacia delante con el temor de toparme de nuevo con los remordimientos, tal vez porque me encuentro frente a un espejo adornado por nubes inmóviles, como si de repente hubiera llegado al mismo cielo. La loma forma un acantilado sobre el agua, un lugar idóneo para sentarse y observar, aunque sea con los ojos nublados de culpa.

El pantano se pierde de vista en perspectiva. Es alargado como la huella de un gigante que hubiera pisado un terreno embarrado. Dos cigüeñas recorren su superficie, igual que peces nadando sobre sus aguas sin transmitirles ningún movimiento. Alzo la mirada al cielo y veo que se dirigen al pueblo. Me pregunto dónde habrán anidado, considerando que no hay ninguna edificación que sobresalga por encima de las demás. Echo de menos la torre de una iglesia, aunque sólo se trate de una edificación de juguete, la

maqueta de la iglesia. Donde sí hay un campanario casi en ruinas es en el centro del pantano, un inoportuno e insumergible vestigio del antiguo pueblo de Sinia. Parece una estalagmita que ascendiera desde el lodo del fondo. O una estalactita que pendiera del cielo invertido que forman las aguas. Es una visión fúnebre que rompe el hechizo del paisaje y recuerda lo que hay debajo, igual que esas fotografías que se colocan en algunas tumbas y muestran cómo eran los muertos cuando estaban vivos.

De nuevo tengo el móvil en una mano y el deseo de hablar con Javier en la otra. Me gustaría encontrar las palabras adecuadas para que no se preocupara por mí y me olvidara durante un tiempo. Necesito palabras de adorno, adjetivos y adverbios de juguete, frases hechas que me permitan seguir en paradero desconocido, lejos de él. Y de ella. Me concentro y trato de pensar. Podría decirle que estoy colgado sobre un cielo de nubes, viendo cómo los pájaros vuelan bajo mis pies. O que estoy postrado ante la inmensa tumba de agua de un pueblo expropiado, junto a dos gigantes de roca y pino, con los ojos muy abiertos y la boca muy cerrada, incapaz de pronunciar una sola palabra. Podría llamarle y no decir nada, pero entonces mi culpa se transmitiría al otro lado de las ondas convertida en una preocupación aún mayor. Lanzo una piedra al agua y provoco una onda circular entre las nubes. Ojalá hubiera tirado el teléfono. El cielo se mece durante unos minutos siguiendo un vaivén concéntrico hasta que recupera la quietud. Y el silencio.

5

Marina no ha exagerado nada al referirse a la estrategia de Paco, el compañero de Rafael, nuestros rivales de la final de guiñote. Es taimado y observador. Habla poco y ni siquiera parece escuchar a los demás, pero controla el juego hasta más allá de lo imaginable, demostrando tener una mezcla de memoria y anticipación que lo predispone para ganar todas aquellas bazas que dependen de la pericia de los jugadores. Menos mal que otras dependen de la suerte y siguen resolviéndose de forma aleatoria, unas veces de su lado y otras del nuestro. Perdemos el primer coto y a duras penas ganamos el segundo por un apretado tres a dos, levantando un coro de aplausos a nuestro alrededor. Nadie quiere asistir a una final rápida que se resuelva fácilmente a favor de una de las parejas, mucho menos si se trata de los campeones del año pasado. Los vecinos del pueblo que han acudido a la bodega quieren ver una final reñida.

Marina me ofrece la palma de su mano en alto para que se la choque ruidosamente. Lo hago a sabiendas de la importancia que tiene el grado de compenetración del equipo en cualquier juego colectivo. Sus ojos han perdido la belleza que adquirieron cuando estaban somnolientos. Ahora están adornados de maquillaje, despiertos y atentos. No parecen los mismos. Hemos tomado ya café y Tomás nos ofrece una copa. Marina pide un cubata de ron, yo un chupito de pacharán. Rafael y Paco beben coñac en el mismo vaso donde han tomado el café. La bodega se ha cubierto de humo. Sobre nuestras cabezas hay una nube de color gris que amenaza con mojarnos de un momento a otro.

Comienza el tercer coto. Paco está tan atento al modo de repartir de Marina que parece tener visión de rayos equis en los ojos. O quizá lo que mira son sus pechos, dos rocas gemelas separadas por un collado como las que se levantan junto al pueblo. Puede incluso que sea capaz de ver su esternón y sus costillas, si en

efecto tiene esa magia radiológica en los ojos. Las cartas pasan por mis manos con fluidez, provocando el silencio de los espectadores que siguen el juego detrás de mí. No me olvido del consejo de Marina y trato de descartarme antes de llegar a las últimas bazas, pero no siempre lo consigo. Paco se juega el rey o la sota sin contemplaciones. Prefiere ir haciendo bazas favorables que esperar a la suerte de cantar un veinte o las cuarenta. Rafael es más conservador, aunque tampoco se despeina si tiene que jugarse un triunfo antes de hora o dejarnos hacer una baza para descartarse a tiempo.

Durante unas cuantas partidas la suerte no hace acto de presencia. No hay cantes ni concentración de triunfos. El juego depende casi por completo de la estrategia de los jugadores y por consiguiente perdemos el coto sin opciones. Rafael se levanta de la silla y propone hacer un descanso. Marina acepta, estira los brazos y mueve el cuello hacia los lados, igual que si hubiera estado conduciendo mucho rato. Yo subo al retrete y orino con la líquida contundencia que acostumbro desde que llegué a Sinia. El ventanuco que da a la carretera filtra un aire fresco y perfumado. Salgo un momento al exterior para poder respirarlo. La nube de humo que hay en la bodega me está afectando los ojos y la garganta.

Contemplo las peñas. Una de ellas sobresale por encima del tejado de la casa de Tomás, como si quisiera seguir las evoluciones del juego. La otra se ha escondido detrás de una nube que vuela baja.

—La Peña Clara y la Peña Roya.

Alguien pronuncia estas palabras a modo de presentación, como un educado anfitrión entre dos invitados que no se conocen, tres en este caso. Es Sebastián, que me observa desde su escasa estatura con el rictus sonrisueño que lo caracteriza.

—Una no se ve —digo.

—La Clara.

Examino la que permanece a la vista y descubro unas vetas rojizas dispersas entre los distintos grises de la roca, lo que me confirma el origen de su nombre. Comparto mis deducciones con Sebastián pero él me ofrece una explicación distinta.

—Una recibe más sol, la otra más sombra —dice señalándolas

alternativamente.

—Comprendo.

Pese a las nubes bajas es fácil presumir que la Peña Clara es la que recibe el sol de la tarde y proyecta su sombra sobre la Roya. Una peña es la cara y la otra el envés, como una moneda, una mano, la hoja de un árbol. O la carta de una baraja. Sebastián eleva la mirada al cielo y me muestra su calva, el envés de su rostro.

—Clotilde y Bonifacio —dice.

Por un momento temo que se refiera a las dos peñas pero afortunadamente no es así. Las dos cigüeñas que he visto sobrevolar el pantano cruzan por encima de nuestras cabezas dirigiéndose al sur. Giran en dirección a las peñas, pierden altura y se posan sobre el ramaje de su nido, en lo alto de un poste eléctrico.

—¿Cuál es cuál? —pregunto siguiéndolas con la mirada.

—Clotilde es la de la izquierda.

Las miro tratando de descubrir algún rasgo que las identifique sexualmente.

—¿Cómo lo sabe?

Sebastián se vuelve hacia mí con los ojos entornados que ha usado para admirar las aves, como si tuviera dificultades para enfocar mis rasgos.

—¿No sabe distinguir a una hembra de un macho? —pregunta.

Estoy a punto de responderle que las cigüeñas, igual que otras muchas aves, no presentan rasgos de dimorfismo sexual, pero entonces percibo un brillo de provocación en su rostro y comprendo que me hallo ante la verdadera sonrisa de Sebastián, así que me limito a emitir una breve carcajada de camaradería.

—¿Vuelven todos los años al mismo nido? —pregunto.

—No se van —explica el viejo—. Viven aquí desde hace años. Por eso les hemos puesto nombres.

Me sorprende su forma de razonar. Y me gusta. Las dos aves tienen nombre como si fueran dos vecinos más del pueblo, con identidad, personalidad y domicilio propio. Lo único que les falta es empadronarse y pagar impuestos.

—Creo que tengo que volver a la partida.

—Que tenga suerte.

Desciendo a la bodega con la boca en forma de sonrisa, que no es lo mismo que volver sonriendo. Sebastián me ha contagiado la

mueca que el destino ha colocado en su rostro al cabo de tantas desgracias: una dulce expresión de simpatía, un gesto para evadir los fantasmas de la soledad. Marina está hablando con el guardia civil que conocí ayer, otro espectador que no ha querido perderse el espectáculo de la final. Apura su bebida y se sienta a la mesa. Paco y Rafael ya están sentados, hablando en voz baja como quien conspira. La que me han presentado antes como esposa de Tomás se acerca a mi lado y me rellena el vaso de pacharán. Luego vuelve junto a otras dos mujeres que la esperan en la barra.

—Tú das.

Marina me pasa el taco de la baraja con una mirada dura y casi mineral, como si quisiera rociarme con agua del arroyo. Creo que está tratando de contagiarme energía y entereza para afrontar este cuarto y puede que definitivo coto. Juega a las cartas de la misma forma que si vistiera una armadura y empuñara un arma de acero y un escudo, como una reina de espadas.

Doy. Paco lanza un exabrupto en señal de protesta, lo que significa que he dado bien. Según él, mal. Marina canta dos veintes y nos llevamos las diez últimas. Uno a cero. Las dos siguientes partidas caen de su lado. La siguiente del nuestro. Empate. Vuelvo a dar y otra vez escucho el exabrupto de Paco. Siento como si tuviera magia en las manos, impresión que se acentúa cuando Marina canta las cuarenta y nos hacemos con el coto. La bodega prorrumpe en aplausos y vítores. Está siendo la final que esperaban. Se rellenan los vasos con cubitos de hielo y bebidas de colores casi tan brillantes como los que exhibe la máquina tragaperras. Mi vaso es granate. El de Marina negro.

Nos repartimos las dos primeras partidas del último coto y ganamos la tercera. Estamos a una partida de ser campeones. Más bebidas de colores. Más murmullos entre los asistentes. Los ojos de Marina brillan de emoción con un punto de ebriedad que comienza a notarse en el desorden con que pronuncia las palabras. Es como si las hubiera barajado y las pronunciara según fuera robándolas de un diccionario. La miro y le muestro las manos. Ella responde a mi gesto, aunque dudo que comprenda lo que en realidad trato de decirle. Me toca dar y vuelvo a tener un presentimiento de fortuna. La clave del juego reside en el orden que guardan las cartas una vez que han sido barajadas. Y en esta partida ese orden depende de mis

manos.

La parroquia reunida en la bodega forma un compacto coro a nuestro alrededor, las tres mujeres incluidas. De pronto me parece estar sobre un *ring* de boxeo rodeado de voces que me vitorean para que conecte un gancho de derecha a mi rival. Calculo que vamos prácticamente empatados a puntos cuando en la última oportunidad me hago con el rey de triunfo. Tengo la sota pero no puedo cantar las cuarenta hasta que no hagamos una baza. Paco se vuelve hacia mí y mira mis cartas. De forma instintiva me las acerco al pecho y aun así temo que sea capaz de ver mi rey y mi sota a través de su visión de supermán. Quizá ha conseguido hacerlo, porque suelta sobre la mesa el caballo de triunfo con un sonoro resoplido más propio del animal que del jugador. Si mi compañera no lo mata con una carta superior me veré obligado a desprenderme de mi sota y no podré cantar. No tengo el as ni el tres. Marina suspira de intranquilidad. Se pasa la mano libre por el cabello y se lo retira del rostro. A continuación agarra el vaso con innecesario ímpetu y le da un buen sorbo al cubata. El público espera enmudecido su movimiento. Los que están detrás de ella hacen muecas de asombro que lo mismo pueden ser de victoria que de derrota.

—Te toca, Marina —Rafael se impacienta.

Marina escoge la carta que está en el extremo izquierdo de su abanico y la clava en el tapete con una calma no exenta de energía. Es un gesto que percibo en una dimensión temporal diferente, como si fuera ejecutado a cámara lenta, en ausencia de la gravedad terrestre y sin espectadores. Es la carta clave. Sólo el tres o el as pueden con el caballo de Paco, aunque no debo descartar la posibilidad de que haya lanzado una carta menor, aceptando la derrota con impetuosa resignación.

La mano de Marina se aparta de la mesa a la misma velocidad, sin prisas, con la parsimonia de quien ha matado usando la carta más valiosa de la baraja, el as de triunfo. Rafael tira un cinco y yo un cuatro. Después de depositarlo sobre las otras tres cartas, ante la mirada de incertidumbre de Marina y el bullicio que ha ocasionado la presencia del as entre la parroquia, me levanto de la silla y canto las cuarenta. Marina me imita con los brazos en alto, arrojando al aire las cartas que aún le quedan en la mano. Emite un grito triunfal muy poco femenino, rodea la mesa y corre a abrazarme entre más

aplausos y voces. El público comenta la jugada con la misma admiración que si uno de los boxeadores hubiera quedado tendido sobre el *ring*, noqueado por su oponente de un rotundo golpe en la mandíbula. Así es como se encuentra Rafael, y sobre todo Paco, ambos vencidos sobre la mesa, sirviéndose otra copa de coñac.

Marina me besa en las mejillas con el aliento adornado de alcohol. Nos damos un abrazo de camaradería, al estilo masculino, con dos palmadas en la espalda. Su cabello huele como el mío, ambos lavados en la misma ducha y con el mismo champú.

—Dejarse de tanto achuchón, cojones —oigo que dice el guardia civil entre grandes risotadas—, que los demás también queremos felicitar a los campeones.

Marina se vuelve hacia él y se cuelga de su cuello. El guardia la besa en una sola mejilla con una familiaridad desconcertante. Tomás y Julio se acercan a mí.

—Al menos fuimos eliminados por los campeones —dice Julio —. Enhorabuena.

Sonrío y devuelvo ordenadamente los saludos, pero no puedo dejar de mirar a Marina, que continúa desplegando su equívoca familiaridad entre los presentes, recibiendo besos en las mejillas, en la frente y hasta en las manos. Paco y Rafael se suman a las felicitaciones.

—Habéis cantado más que el orfeón donostiarra —dice el segundo con una traviesa mueca de disgusto—. A ver si os presentáis a la próxima edición del concurso de villancicos de la comarca.

Acepto la broma y el apretón de manos.

—No creo que te vaya muy bien en el amor —añade Paco, adoptando un tono a la vez cómico e impertinente—. Has tenido demasiada suerte. Y ya sabes lo que se dice de los afortunados en el juego…

—Tranquilo —le respondo con rapidez—. En el amor me va muy mal. Fatal.

—Es un alivio.

El guardia civil también se acerca para darme la mano.

—No recuerdo tu nombre —me dice.

—Me llamo Javier.

El guardia chasquea los dedos como recordándolo de pronto,

aunque no creo haberlo pronunciado en su presencia. Todas las diligencias y gestiones las llevó a cabo su compañero. Tomás abre unas botellas de cava y reclama la atención de los presentes. Se va a proceder al reparto de trofeos. Las mujeres de Tomás y Julio entregan dos bandejas plateadas a los subcampeones entre aplausos y bromas. «¿Quién se ha comido las olivas?». O: «Pon un poco de magra en esas bandejas, hombre». Y cosas así. Luego toma la palabra el guardia civil y anuncia el nombre de los campeones.

—Marina y Javier.

Nos miramos durante un segundo cargado de complicidad y nos damos la vuelta para recibir los aplausos de cara. De nuevo sonrío y saludo. Me siento bien, quizá demasiado bien. Supongo que los remordimientos me atacarán más tarde, cuando me encuentre solo y la multitud se haya callado, una vez que pueda escuchar mi propia voz. El guardia y otra de las mujeres, que resulta ser la esposa de Paco, se acercan a los trofeos con mucha ceremonia y nos entregan una copa a cada uno, acompañada de sendos y recíprocos besos. Marina levanta mi mano en señal de triunfo. Nuevamente oigo comentarios divertidos. «Parecéis dos sacerdotes a punto de dar la comunión». O: «Llena esas copas de vino con gaseosa, Tomás». Alguien inmortaliza el momento con una pequeña cámara para la que posamos, manteniendo los trofeos y la sonrisa en alto. Es una escena confusa. Y en cierto modo incoherente, porque no es lícito premiar a alguien que se siente tan culpable como yo. Es absurdo y puede que irrisorio.

La nube de humo que inunda el techo se cierne sobre mis pulmones y me provoca un inevitable ataque de tos. El guardia civil me atiza tres firmes golpes en la espalda y Marina me ofrece su trofeo lleno de cava a modo de improvisado remedio. Bebo un buen trago y la tos se calma pero no puedo mantener los ojos abiertos por más tiempo. Me pican aquejados de un exceso de humedad. Me disculpo y subo las escaleras en busca del aire fresco del exterior. Ignoro si mis lágrimas son de verdad o no. No soy capaz de saber si estoy llorando.

La noche ha cubierto el cielo con su sombra terrestre. Un resplandor me atrae con un brillo difuminado. Es la luna. Camino siguiendo su rastro luminoso como haría un insecto errático hasta presentarme en el pueblo. Lo cruzo por su calle más alta, sin

necesidad de pasar por la plaza del pozo, y continúo caminando hasta que llego a la loma que se precipita sobre el pantano. Tomo asiento muy despacio y trato de escuchar el sonido del agua, creyéndola audible como la de un mar entre montañas. No oigo nada, salvo el ulular de una rapaz nocturna a lo lejos o el zumbido de un coche que transita por la carretera.

Saco el móvil del bolsillo y lo enciendo. Su memoria se ha llenado de llamadas y mensajes. Salvo dos o tres del hospital todos son de Javier. No los leo. Sé lo que dicen. Sólo debo llamar a mi hijo y decirle que no se preocupe por mí, pero no quiero enfrentarme a sus inevitables preguntas. No quiero hablar con él. Tampoco puedo mandarle un mensaje. Sólo conseguiría preocuparlo aún más. Ni grabar un recado en su contestador, porque seguro que lleva el móvil en la mano y responde a mi llamada en cuanto suene. No sé qué hacer. Un parpadeo rojo sobre la pantalla indica que el móvil se está quedando sin batería y no tengo el cargador. Lo he dejado en la guantera del coche. Debo decidirme.

—¿Puedo sentarme contigo?

El silencio desaparece y, sin él, los remordimientos dejan de escucharse.

—Siéntate.

—¿Estás bien?

—No sé.

Marina pasa su brazo derecho por mis hombros y se acerca a mí, lo suficiente para que mis labios rocen sus casi invisibles cabellos. Trata de contagiarme el calor que a ella le sobra después de haber bebido las calorías del alcohol y haber vivido la euforia del triunfo. No es un gesto provocativo ni una insinuación, pero mi organismo reacciona al contacto provocándome una inmediata erección bajo los pantalones, además de la urgente necesidad de besar sus labios y tocar su cuerpo. Es una simple reacción natural, tal vez acentuada para compensar la frustración de no haber sido capaz de hablar con mi hijo. Mi cuerpo sabe perfectamente que un orgasmo paliaría la desazón que siento en el estómago. Sería un eficaz antídoto contra el veneno de la indecisión.

—¿Cómo se llamaba tu mujer?

Marina se aparta de mi lado y mira al frente, al oscuro vacío del pantano.

—Laura.

—¿Cómo era?

No es fácil responder a una pregunta como esa.

—Cambió mucho —digo.

—¿A qué se dedicaba?

—Era abogada pero hacía años que no ejercía.

Marina me observa un momento antes de seguir.

—¿Te molestan mis preguntas? —dice retirándose el pelo detrás de la oreja.

—No.

Prefiero no informarle del efecto balsámico que su interrogatorio está provocando en mi estómago. Es la primera vez que hablo de Laura desde que murió.

—¿Qué le pasó?

Pestañeo una sola vez.

—Es largo de explicar.

—¿Murió en un hospital?

—Sí.

—¿Sufrió?

No soy capaz de responder a esa pregunta, salvo dejando que mis párpados se desplieguen lentamente sobre mis ojos.

—¿Y no pudiste hacer nada para evitarlo?

Elevo la cabeza y la miro tratando de sondear la profundidad de su pregunta.

—¿A qué te refieres?

—Eres médico —dice casi como si pronunciara un insulto—. Podías haberle ahorrado el sufrimiento.

Es evidente que no se refiere a lo que un médico es capaz de hacer por la salud de sus pacientes, sino más bien a todo lo contrario, lo cual me sorprende hasta devolverme la inquietud. No esperaba una insinuación tan arriesgada por su parte. En cualquier otro momento me habría sentido agraviado, incluso puede que me hubiera levantado y marchado de allí, pero no esta noche. No, cuando necesito recibir una amonestación del tipo que sea, un castigo que sirva para cerrarle la boca a mi conciencia.

—Discúlpame —añade ella a continuación.

—Hice todo lo que pude por ayudarla.

Guardamos un silencio denso, incómodo, el que suele suceder a

la tensión de un diálogo como el que acabamos de mantener Marina y yo. Sin embargo, no quiero que se atormente creyendo que me ha molestado con sus temerarias palabras, así que decido romperlo.

—¿Cómo me has encontrado?

Ella sonríe sin mirarme, tan sólo con una ligera inflexión de su voz.

—Sebastián te ha seguido cuando has salido de la bodega de Tomás.

Yo también sonrío aunque sin acabar de comprender lo que dice.

—¿Por qué lo ha hecho?

—No lo sé —replica Marina—. Tal vez ha creído que necesitabas ayuda.

El anciano me ha seguido precisamente al ver que me dirigía hacia el pantano. Es probable que haya observado en mi comportamiento la vocación suicida que todos hemos tenido alguna vez, incluso después de proclamarnos campeones de un torneo local de guiñote.

—Ha vuelto a la bodega —añade ella— y me ha dicho dónde estabas.

Inspiro el aire oscuro de la noche como si fuera un manjar y quisiera catarlo. Me siento hambriento de aire, quizá sediento.

—Me gusta este sitio —declaro—. Ya he estado aquí esta tarde, mientras tú dormías la siesta.

—¿Has visto la torre de la iglesia?

—Sí —respondo señalando a ciegas—. Estaba por allí.

—Es la única construcción de Sinia que no se dejó anegar por las aguas —dice después de pronunciar un largo suspiro—. Nos sirve para medir el nivel del pantano.

—Se veía algo menos de la mitad.

—Espera a que llegue el deshielo y verás como se va cubriendo.

Me imagino la estampa del pantano lleno de agua, un inmenso cielo de nubes hambrientas tragándose la torre de la iglesia.

—¿Llega a desaparecer del todo?

—No.

Marina responde con una velada protesta, como si le molestara que el agua no fuera capaz de acabar con la visión de aquella torre.

—Siempre se ve la parte más alta —dice—, donde en tiempos estuvo la veleta y anidaban las cigüeñas.

—¿Te refieres a Clotilde y Bonifacio?

Marina lanza una carcajada al vacío y aprovecha para cambiar de postura, doblando una pierna que inmediatamente rodea con sus manos.

—Exacto —responde aún entre risas—. ¿Sabes que cuando se construyó el pantano permanecieron más de un año en su nido, en lo alto de la torre? No parecía importarles que estuviera rodeado de agua.

—Quizá veían el cielo reflejado en el agua y no notaban la diferencia —apunto recreando la escena.

—Muy poético —se burla Marina—, pero no. Simplemente no sabían dónde anidar. La iglesia que construyeron en el pueblo nuevo no tiene campanario.

—Ya me he fijado. ¿Y qué pasó?

—No te lo vas a creer —contesta soltando su pierna y poniendo una mano en mi brazo—. Sebastián y un hermano suyo que aún vivía esperaron a que el pantano estuviera bien lleno, consiguieron una barca y fueron hasta el campanario remando. Cogieron el nido con cuidado, lo llevaron a la orilla y lo subieron hasta una torre de electricidad que hay cerca del pueblo.

—La he visto.

—Por descontado, tuvieron que asegurarse de que las cigüeñas seguían toda la operación desde el aire —subraya con un dedo levantado—, de lo contrario se arriesgaban a hacerles una putada en lugar de un favor.

La miro con el cuello torcido, como miran los incrédulos.

—Me estás tomando el pelo.

—Pregúntale a él y podrás confirmarlo.

Devuelvo el cuello a su ángulo normal y cabeceo de admiración. Creo que es una historia muy sugerente, llena de magia y literatura, pero me abstengo de hacer comentarios cursis.

—Sebastián les tiene mucho cariño —añade Marina liberando mi brazo—. Son parte de su familia.

Nunca habría imaginado que unas cigüeñas pudieran ser las mascotas de nadie.

—Entiendo —digo—. Por eso les ha puesto nombres de persona.

—No estoy segura de que Clotilde y Bonifacio sean nombres de persona —contesta Marina, moviendo la cabeza de un lado a otro

—. Más bien parecen nombres de cigüeñas.

—Tienes razón.

Un soplo de aire frío remata mis palabras. Es hora de marchar. Marina se levanta antes que yo y me tiende la mano para ayudarme. Quizá me crea en peor forma física de la que estoy. O puede que trate de contagiarme su apoyo a través de la mano. Iniciamos el camino de vuelta dejando atrás la negrura del agua embalsada.

—¿Siempre has vivido en Sinia?

No pretendo ser indiscreto ni remover el pasado. Tan sólo quiero seguir conversando con ella mientras nos dirigimos hacia casa, pero en cuanto la formulo tengo la impresión de que mi pregunta no es bien recibida.

—No.

Su tono es tan seco como el aire de la noche y el silencio que provoca su respuesta es el que sucede a la tensión de un diálogo que esta vez no ha tenido lugar.

6

Vuelvo a despertarme extraviado en todas las dimensiones posibles. Durante unos segundos no sé dónde estoy ni qué día es. Ni quién soy. Miro el reloj que he dejado en la mesilla y compruebo que son más de las nueve y media. No comprendo cuál es el origen de la densidad y la longitud del sueño que vengo experimentando desde que llegué a este lugar, aunque no creo que se deba a la altitud del pueblo ni al escrupuloso silencio que reina alrededor de la casa de Marina. Ni a la cerrada oscuridad de la habitación. Tengo la sensación de que me estoy recuperando del insomnio del pasado, como si el sueño fuera un parámetro fisiológico que pudiera computarse, repartirse a lo largo de los años o concentrarse en una sola noche. Supongo que, pese a los muchos años que he pasado despertándome al amanecer, mi reciente liberación produce en mi organismo un efecto relajante que se antepone a cualquier costumbre adquirida.

Me incorporo y suspiro aliviado al ver el teléfono móvil al lado del reloj. Ayer por la noche se apagó definitivamente, completamente exhausto, así que ha dejado de ser una preocupación para mí. No voy a recibir más mensajes ni más llamadas de Javier. He quedado incomunicado del todo, igual que si me hallara en un remoto refugio de montaña sepultado por un alud de nieve.

Abro la ventana y libero igualmente el aire de la habitación. Orino y bajo a la cocina. No sé si Marina está en casa. Anoche se fue a la bodega de Tomás a festejar el triunfo con los demás lugareños. No quise acompañarla, ni ella me lo pidió. No parecía ella. Después de responder a mi incauta pregunta sobre su vida en el pueblo enmudeció con una brusquedad muy significativa, aunque ignoro por completo su significado.

—Buenos días.

Marina se encuentra en la cocina, sentada de espaldas a la puerta, fumando un cigarrillo ante una mesa que presenta signos de haber servido para que dos personas desayunasen.

—¿Te hemos despertado? —pregunta.

Y se vuelve hacia mí con ojos somnolientos. Balbuceo un poco antes de explicarle lo bien que duermo en su casa, declaración que ella escucha con una sonrisa de agradecimiento. No sabría decir si me sorprende más la persona verbal que ha utilizado o la belleza oriental que vuelven a tener sus ojos. No pienso hacer ninguna pregunta indiscreta esta vez, aunque no puedo negar que me gustaría saber con quién ha compartido el desayuno. Seguramente por eso miro hacia las escaleras y hacia el patio de la entrada, tratando de comprobar si estamos solos en casa. Y no veo a nadie. Lo único que reclama mi atención es la blancura de un nuevo clavel, que contrasta con la oscura madera del banco donde yace.

—Pasa y siéntate —dice Marina levantándose y recogiendo las dos tazas y los dos platos que hay sobre la mesa—. Le he comprado al panadero unas tortas buenísimas.

Su voz es grave, un poco gangosa y todavía cautiva de su resaca, como sus ojos, pero tengo la impresión de que vuelve a ser ella misma. No parece disgustada ni abatida como ayer por la noche, lo cual me produce un atisbo de euforia difícil de explicar. Es una delirante mezcla entre el alivio y el apetito, una reacción inoportuna que me avergüenza por un instante, haciéndome creer que soy, sólo durante ese preciso instante, un niño recién levantado de la cama ante un sabroso desayuno en perspectiva.

Marina abre una bolsa de plástico y saca dos piezas de panadería.

—Mira —dice—, esto es un dobladillo de cabello de ángel y esta es la torta de aceite con anisetes, una delicadeza. ¿Te sirvo café?

—Por favor.

Pruebo la torta de aceite y no puedo evitar un murmullo de placer. No hay sentidos tan elocuentes como el gusto y el olfato. Y cuando se combinan a la vez la elocuencia puede convertirse en vehemencia. Sin embargo, el sabor de la masa y el olor a anisetes de la torta me traen recuerdos tan lejanos que parecen ajenos, como si alguien los hubiera insertado en mi memoria conectándose al *software* de mi cerebro. Sonrío para mis adentros. Me he alejado

tan obstinadamente de mí mismo durante tantos años que me cuesta reconocer los olores y sabores de mi propia infancia.

—¿Te gusta?

Marina me mira con curiosidad.

—Hacía años que no probaba nada tan sabroso —digo, y a continuación leo el nombre y la dirección que hay impresos en la bolsa de la torta—. Campol, ¿dónde está esto?

—Es un pueblo que hay al oeste de Boltaña, cerca de Jánovas —me explica señalando dos puntos imaginarios en el espacio de la cocina—. El panadero viene cada día con una furgoneta. Reparte pan por todo el valle, pero sólo trae este tipo de repostería los lunes y los viernes.

No he visto una sola tienda en Sinia, así que supongo que sus habitantes se abastecen de distintos vendedores ambulantes que les traen pescado, frutas y repostería. Quizá sean autosuficientes en lo que se refiere a la carne y la verdura. Me sirvo otro café y pruebo el dobladillo de cabello de ángel.

—No olvides que hoy tienes que ir al taller.

Su voz seguirá siendo grave durante unas horas, pero su discurso ha alcanzado ya la familiaridad de un matrimonio de muchos años. No me atrevo a bromear sobre este particular y me limito a mirarla con ojos divertidos, aunque ella no se da por aludida.

—¿Hay algún autobús que pueda llevarme a Aínsa? —le pregunto antes de que los carroñeros de la culpa me agrien el desayuno.

—¿Un autobús para llevarte a Aínsa? —responde entre risas.

Y borra esa posibilidad con un tajante gesto de su mano derecha.

—León te llevará a Aínsa y yo te traeré de vuelta a la hora de comer —dice—. He quedado allí con una clienta a la una en punto.

Me cuesta comprender lo que me propone, tal vez porque no sé quién es León.

—No te quedes ahí parado como una estatua —me azuza con la voz y con las manos—. Sube a vestirte. León pasará a recogerte a las diez y media.

—¿Quién es León?

Ella me mira con cejas sorprendidas.

—¿No lo conoces? Es el guardia civil que estaba ayer en la bodega de Tomás. El que te atendió en la carretera cuando

atropellaste al jabalí.

Hago un gesto de asentimiento generalizado con los ojos, la cabeza, las manos y los brazos.

—Claro, claro que lo conozco —me apresuro a decir—, pero no sabía que se llamara León.

Creo que nunca he conocido a nadie que se llamara así.

—En realidad se llama Alberto —me informa Marina— y se apellida León. Desde siempre lo hemos llamado por el apellido, aunque no sabría decirte por qué.

—Quizá porque es así como lo llaman sus compañeros de la Guardia Civil —me aventuro a decir con un poco de lógica—. Suele ocurrir en los colectivos militares.

—Sí, y en los colegios de niños.

—También.

—Lo que pasa es que a León sus compañeros le llaman «mi sargento» —dice señalando el reloj de la cocina—. Y, si no te das prisa, tú también vas a tener que llamarlo así. No le gusta esperar.

Siento la urgencia de subir a asearme y vestirme, pero al mismo tiempo necesito agradecerle a Marina lo que está haciendo por mí. Y todo ello sin caer en la adulación que suele inspirar el agradecimiento.

—No sé cómo darte las gracias —logro decir, no sin hacer un ridículo esfuerzo.

—No tienes que agradecerme nada —concluye Marina a punto de darme un empujón para sacarme de la cocina—. Lo que tienes que hacer es ayudarme esta tarde en la mallata del monte. Venga, vuela.

Y entonces me da el empujón de verdad que me precipita escaleras arriba, como si la gravedad terrestre se hubiera desplazado al techo de la casa. Mallata. Mientras me ducho, trato de buscar en el diccionario de mi memoria el significado de esta palabra. Me suena y soy capaz de asociarlo con el campo semántico del campo y las montañas, pero nada más. Ignoro la clase de ayuda que puede proporcionar un hombre de ciudad como yo en un campo semántico tan rural.

Me pongo el calzoncillo limpio que me queda con la incertidumbre de no saber qué ropa interior voy a vestir mañana. Esta noche tendré que lavar mi ropa sucia o me veré obligado a

comprar prendas nuevas. Termino de hacer la cama justo cuando oigo el sonido de un claxon en la calle. Sin duda es León. Su coche patrulla tiene el mismo vozarrón que él. Bajo a toda prisa. Marina no está en la cocina ni en el patio. Ni por supuesto en el salón. La llamo para despedirme pero no responde. Dudo un momento, vuelvo a la cocina y miro encima de la mesa por si ha dejado una nota indicándome dónde debo esperarla y a qué hora exactamente. No encuentro nada y el claxon resuena de nuevo. Corro hacia la puerta y tan sólo me detengo un momento para constatar que el clavel ha desaparecido del banco.

—Darse prisa, coño —grita León en cuanto me ve aparecer—, que es para hoy.

—Perdona —me exculpo y lo saludo.

Él arranca el todoterreno con ansiedad contenida, acelerando en exceso sin soltar el embrague, lo que provoca un rugido en el motor que se oye en todo el pueblo. Parece el lamento de un animal herido de impaciencia. Torcemos a la derecha y seguimos la calle hasta llegar a la pequeña rotonda que hay antes de salir a la carretera. Entonces siento el apremio de una necesidad, casi una urgencia. Me asomo por la ventanilla y miro hacia atrás. Quiero tener una visión de Sinia desde la distancia, con las dos altas peñas al fondo, al lado del pantano que guarda su historia y que esta mañana, a la luz de un cielo despejado, me parece un mar caribeño de aguas verdes, un mar de juguete.

En cuanto cierro la ventanilla cumplo mis obligaciones de invitado.

—Gracias por llevarme —digo.

Luego miro hacia delante y veo las líneas discontinuas y el asfalto de la carretera desapareciendo bajo las ruedas del vehículo. El mismo rastro intermitente que me trajo hasta aquí ahora me está llevando a otra parte.

—No pasa nada —contesta él, estirando su cara hasta dar con la mueca de la indolencia—. Ha sido idea de Mari. Sabía que los dos teníamos que bajar a Aínsa y nos ha hecho coincidir.

Sus palabras me hacen reflexionar. Es posible que ambos trazaran este plan ayer por la noche, mientras se tomaban una copa en casa de Tomás, o que la idea haya surgido mucho después, quién sabe si ante un desayuno compuesto por café con leche, dobladillo

de cabello de ángel y torta de aceite y anisetes. Observo su perfil de piloto. Conduce doblado sobre el volante, como si necesitara unas gafas, y curiosamente esa postura lo hace parecer más alto que cuando está de pie. Es fuerte, lleva un tatuaje en el antebrazo, un enorme reloj analógico y ningún anillo en los dedos de las manos. Huele a loción para después del afeitado y a cuero, supongo que procedente de su cinturón de reglamento o de sus botas.

—Es una chica muy generosa —dice una vez que dejo de examinarlo.

—Y muy hospitalaria —añado yo, siendo consciente de que la hospitalidad no es más que una forma de generosidad.

—Así es. El pueblo no sería lo mismo sin ella.

—Pero ella no siempre ha vivido en Sinia —replico ágilmente—, ¿no?

No ha sido premeditado, pero no he podido dejar pasar la oportunidad que me han brindado sus palabras.

—Vivió lejos de aquí durante unos cuantos años, sí.

Trato de contener mi curiosidad. No quiero parecer un entrometido, aunque tampoco puedo mostrarme indiferente.

—¿Cuándo fue eso? —pregunto manteniendo la mirada al frente.

Noto cómo me observa con el ceño fruncido y el cuello estirado hacia atrás, como si necesitara algo más de distancia para comprender mis intenciones.

—Hará cosa de quince años —calcula—. Quizá algo menos. No sé.

—¿Y adónde se marchó?

—¿Por qué lo preguntas?

La suspicacia que adorna la entonación de su pregunta es totalmente comprensible, dado que me estoy entrometiendo en la vida de una habitante de su jurisdicción. He olvidado que me encuentro ante un agente de la ley.

—Sólo tenía curiosidad por saber adónde emigra la gente de la montaña —digo tratando, ahora sí, de hacerme el desinteresado.

—La gente de la montaña suele ir al llano —responde León, como si le hablara a un niño pequeño—, a las grandes ciudades donde hay empleo.

Guardo silencio, abrigando la esperanza de que León no me

imite.

—Se marchó cuando construyeron el pantano —añade.

—Quizá estaba en contra de su construcción.

León me mira con un nuevo gesto de recelo.

—¿Has hablado con ella del pantano?

—Algo me ha contado.

—Entonces sabrás que todo el pueblo estaba en contra de su construcción. —Esta vez se dirige a mí con el tono de voz de quien amonesta a un estúpido—. Todos los habitantes de todos los pueblos expropiados por culpa de un pantano están en contra de su construcción. Nadie quiere perder su casa, sus tierras y a sus seres queridos para que los señoritos de las ciudades rieguen sus parques, se bañen en sus piscinas y adornen sus plazas con fuentes de colores.

No estoy de acuerdo con todo lo que escucho, aunque comprendo la esencia del mensaje que las palabras y el tono de León no han sabido manifestar. Aun así hay algo que no entiendo.

—¿A qué seres queridos perdieron los habitantes de Sinia?

—A los muertos —dice él con firmeza, mientras golpea el volante con las manos—. Se quedaron enterrados en el cementerio del pueblo viejo y ahora descansan bajo tierra y agua. Están enterrados y anegados, llenos de barro.

Escuchando su vehemencia me pregunto si León mantiene algún lazo familiar con alguien del pueblo o simplemente ha logrado ese grado de solidaridad a fuerza de intimar con sus habitantes.

—Y también perdieron a la gente que se marchó —prosigue—, los que no aceptaron la casa que se les ofreció en el pueblo nuevo y se fueron a Huesca, a Zaragoza o a Barcelona, como hizo Marina.

Termina su parlamento y me mira fijamente durante un par de segundos, poniendo punto final a la conversación. Una lástima, porque yo siento la urgente necesidad de seguir preguntando. No sólo me interesa averiguar por qué se marchó del pueblo mi anfitriona, sino sobre todo por qué regresó después. Mi curiosidad es tan incómoda que me obliga a moverme en el asiento en busca de la postura adecuada para mantener la boca cerrada hasta que llegamos a Aínsa.

Sin contar la otra noche, cuando crucé por aquí rumbo a mi encuentro con la jabalina, hace años que no visitaba este lugar y

apenas me queda en la memoria un vago recuerdo con el que comparar la vida comercial y el tránsito de vehículos de sus dos calles principales. León se da cuenta de mi sorpresa y va nombrando los comercios que vemos. Parece un guía turístico especializado en compras. Hay dos panaderías, una ferretería, una tienda de alimentación, otra de electrodomésticos, una farmacia, una librería, una tienda de deportes de montaña y dos talleres, en uno de los cuales está mi montura. No veo sin embargo ninguna floristería.

León enfrenta su coche a la entrada del taller y se apea. Yo le sigo. En el interior del local hay un hombre de mi edad y otro de la edad de mi hijo. León me los presenta como Lorenzo y Lorién. Doy un paso al frente pero aborto a tiempo la intención de darles la mano. Los hombres que trabajan entre motores no acostumbran a saludar a sus clientes con apretones de manos. León se despide y se va. No sólo ignoro cómo agradecerle el favor que me ha hecho sino que ni siquiera sé cómo debo dirigirme a él, así que me limito a levantar una mano en señal de muda despedida.

—Tú debes de ser el vigente campeón de guiñote de Sinia —me dice el más mayor.

Entonces caigo en la cuenta de que me encuentro ante el exnovio de Marina. Afirmo con una sonrisa de cortesía y trato de leer la sombra del despecho en sus ojos, pero sólo acierto a ver la indiferencia de un desconocido.

—Espero que me disculpes por haberte sustituido en el juego.

Me enseña las palmas de las manos en señal de concordia, aunque su gesto resulta algo confuso porque sus palmas están bastante más oscuras que sus dorsos. Aun así comprendo que no me guarda rencor, quizá porque todavía no sabe dónde he pasado las dos últimas noches.

—Ahí lo tienes.

Lorién interviene en la conversación para reclamar mi atención y señalarme el elevador sobre el que reposa mi todoterreno. Me acerco a él despacio, con el pudor de quien visita a un enfermo en un hospital y teme encontrarlo medio desnudo. O medio muerto. Le han desmontado el morro y yace a media altura con el capó levantado. Más que en un hospital, parece estar en la consulta de un dentista.

—Debió de ser un buen bicharraco —conjetura Lorién, señalando el rastro del golpe—. El chasis ha sido dañado y tengo que cambiar el radiador y los manguitos.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

Hago la pregunta sin darme cuenta de lo mucho que significa para mí su respuesta. Es posible que Lorién sea el juez que dictamine cuántos días va a durar mi libertad, cuánta ropa limpia voy a necesitar, cuántas noches más voy a dormir en casa de Marina.

—No depende de mí —responde el mecánico—. Primero tiene que venir el perito de tu compañía de seguros y luego hay que esperar los recambios originales y es muy probable que tarden. Es lo que suele pasar con estos coches de importación.

Encojo casi imperceptiblemente los hombros pidiéndole que sea más explícito.

—Como pronto, estaríamos hablando del viernes —calcula agitando la cabeza como si fuera el péndulo de un reloj—, pero todo depende de esos recambios. Si necesitas un coche antes, tendrás que alquilarlo y pasarle los gastos a tu compañía de seguros.

No puede imaginarse el disgusto que me hubiera dado si llega a imponerme una condena de menos días. Me gusta ser un prisionero de las montañas.

—Lo que sí necesito saber es dónde puedo localizarte —añade Lorién—, por si los recambios llegasen antes.

Estoy a punto de sacar una tarjeta de mi billetera pero me doy cuenta de que sería un gesto inútil. Tan sólo serviría para informarle sobre mi nombre, mi profesión y el lugar de donde vengo, que nada tiene que ver con el lugar donde voy a estar. Tampoco puedo darle mi número de teléfono móvil dado que no pienso recuperar el cargador que guardo en la guantera del coche.

—¿Dónde te alojas? —insiste el mecánico.

Veo que Lorenzo se ha metido en un cuarto del taller donde hay una mesa con un ordenador y un montón de archivadores de cartón.

—Todavía no sé lo que voy a hacer —digo—. Si me necesitas para algo, ponte en contacto con León.

Lorién se extraña con una naturalidad que en ese momento me resulta envidiable.

—¿Con el sargento de la Guardia Civil?

—Él sabrá dónde estoy.

Ignoro si estas palabras sirven para encubrir la vaguedad de mi respuesta o si por el contrario me convierten en el sospechoso de un supuesto delito. Y además no me quedo para ver la cara que pone Lorién. Más bien al contrario, me dirijo a buen paso hacia el exterior, no sin antes volverme un segundo para despedirme desde la distancia.

—Gracias por todo.

Salgo a la calle con una estimulante sensación que parecía haber olvidado, la de la invisibilidad. Pasear por una pequeña ciudad desconocida me parece un ejercicio tan errabundo y anónimo como si de pronto me hubiera convertido en un ser invisible. Sólo recuperaré la visibilidad si me encuentro con algún vecino de Sinia, lo que por el momento no sucede. Llego al cruce de las dos calles principales de Aínsa. No hay tiendas de ropa a la vista pero sí un almacén bien surtido que vende de todo, como aquellas general store que había en los pueblos del Salvaje Oeste. Entro y paso un buen rato probándome pantalones y camisetas, zapatillas de deporte y botas. Parezco uno de esos *cowboys* que bajaban al pueblo a comprar utensilios y víveres para pasar una larga temporada en las montañas.

Una vez finalizadas mis compras, encuentro el lugar perfecto para esperar a Marina. Es una cafetería que ocupa uno de los chaflanes del cruce, desde cuyas grandes cristaleras se ve perfectamente el exterior. Descubro lo relajante que resulta observar el tránsito de coches y personas desconocidas al otro lado de la cristalera del bar, oculto en la penumbra interior, con una cerveza en una mano y un platillo de olivas en la mesa. La imagen de los vehículos y los transeúntes parece siempre la misma, pero no lo es. No lo son. Como las gotas de agua que forman un río, cada ser humano y cada vehículo son distintos de los demás, aunque se comportan de manera idéntica. Circulan, se detienen, cruzan, hacen lo mismo. Y en esa cadenciosa repetición reside el hechizo que me abstrae de la realidad y me libera de tener que enfrentarme a mi silencio.

Más tarde la magia desaparece y los remordimientos vuelven. Sucede cuando voy al lavabo y veo dos ordenadores dispuestos en una mesa que hay en un rincón, bajo un cartel que anuncia una

conexión a Internet que funciona con monedas. Nuevamente vuelvo a extrañarme de que el siglo XXI haya tomado todo el planeta, sin respetar siquiera los lugares más sagrados, como las montañas que hay en mi horizonte. Uno de ellos está ocupado por dos jóvenes montañeros que consultan la previsión meteorológica. El otro está libre. Miro mi reloj. Es la una y cuarto. No sé cuánto tiempo falta para que Marina pase a recogerme. Ni si es aquí donde debo seguir esperándola. Lo único que sé es que no puedo mantener por más tiempo mi pasividad, hipnotizado por el fluir de coches y desconocidos que discurre al otro lado de la cristalera del bar.

Introduzco una moneda en la ranura y enciendo el ordenador. Accedo a mi correo electrónico y veo que tengo más de cincuenta mensajes en la bandeja de entrada. No quiero leerlos. Tampoco quería saber cuántos eran. Sólo espero poder escribir algo coherente para Javier y apagar el ordenador cuanto antes. De momento logro poner su correo en la dirección de envío. Luego me enfrento al título del mensaje. «Tu padre». Mejor, «papá». Y por fin al contenido. Tecleo varias opciones, que es un método como otro cualquiera de pensar en voz alta. Teclear en voz baja. «Estoy bien, volveré pronto». Y lo borro rápidamente con la tecla de retroceso. «Perdona mi silencio. Necesitaba estar solo». Y vuelvo a borrar. «He tenido una avería en el coche».

Suspiro de impotencia y rabia, como supongo que harán los poetas cuando los versos no rimen o las palabras no tengan la musicalidad que buscan. No quiero preocuparlo aludiendo a la verdad. No puedo decirle que he atropellado a una jabalina y he destrozado el radiador del coche. Tampoco puedo decir que duermo hasta las diez de la mañana y me levanto con la sensación de ser un niño y estar de vacaciones. Ni que veo volar a las cigüeñas en las aguas de un pantano del que sólo despunta la torre de una iglesia insumergible. Ni mucho menos que esas cigüeñas se llaman Clotilde y Bonifacio. Ni que soy el campeón de guiñote del pueblo. No puedo contar nada que alivie mis remordimientos sin aumentar la perplejidad o la preocupación de mi hijo. O su curiosidad.

Apenas me quedan cinco minutos de conexión a Internet. He escrito y borrado más de quince frases.

—¿Qué estás haciendo?

La pregunta me sobresalta por inesperada, no por indiscreta.

Marina me pone la mano en un hombro mientras oigo que pide una cerveza.

—Estoy escribiéndole a mi hijo —respondo.

Y de inmediato siento el deseo de pulsar la tecla de retroceso para borrar esas palabras, seguramente porque no quiero confesarle a Marina que llevo casi media hora allí sentado y no he sido capaz de escribir una sola frase. Soy el peor poeta de mi generación. Ella se acoda en la barra para dejarme tranquilo.

—¿Vas a tardar mucho? —me pregunta desde la distancia.

—No —respondo señalando el número que hay sobre la ranura de las monedas—. Me quedan un par de minutos.

Hace un gesto de asentimiento y se gira para charlar con uno de los camareros que hay detrás de la barra. Tengo dos minutos para encontrar las palabras que no he hallado en treinta. Es una prueba contrarreloj. Dedico un minuto a cada palabra y trato de que mi mensaje sea lo más dinámico y sincero posible. «Viajo solo», escribo. Y pulso la tecla de enviar.

7

Marina conduce uno de esos utilitarios con portón trasero que pueden convertirse en furgonetas si se retiran los asientos posteriores. Es un modelo preparado para la montaña, con la tracción, la altura del chasis y los guardabarros adecuados. Vuelvo a ser un copiloto sentado en el lugar que me corresponde, una condición que tal vez desmienta o contradiga el significado de las dos palabras que le he escrito a Javier. O tal vez no, si consideramos que la vocación del viajero no depende de los compañeros que se encuentra en el camino sino de la voluntad de llegar a su destino.

—¿Cómo sabías que estaría en ese bar? —pregunto para subrayar la suerte que ha tenido al encontrarme.

—¿Dónde ibas a estar si no?

Abro la boca con intención de replicar algo pero no lo hago. En vez de eso, esbozo una cumplida sonrisa de camaradería. Siempre me ha gustado entenderme con la gente sin necesidad de recurrir a las palabras, aunque sea al abordar un asunto tan prosaico como fijar un lugar de encuentro. Marina advierte mi risueño silencio.

—¿De qué te ríes?

—He conocido a tu Lorenzo —digo recuperando la palabra y borrando la sonrisa de mi boca.

Entonces es ella quien sonríe con un gesto frío aunque amable, exento de sentimientos, que me sorprende, posiblemente porque esperaba una reacción más visceral.

—Ya te dije que era un viejo cabezota —dice, presumiendo que la suficiencia de mi sonrisa se ha debido a la diferencia de edad que los separa.

—Es un hombre atractivo —añado.

—Muy atractivo —remarca ella.

Y entonces sí, descubro en su sonrisa el rastro de coquetería de

una mujer seducida.

—¿Has conocido también a Lorién? —pregunta volviendo a mirar a la carretera.

Asiento. Cómo no iba a conocer al juez del que depende la duración de mi libertad condicional.

—Es su hijo.

Debería haberlo supuesto, más aún cuando Marina me hace saber que Lorién es Lorenzo en fabla aragonesa, que es la lengua que antiguamente se hablaba en algunos pueblos de la comarca. Supongo que es el signo de nuestro tiempo, que los hijos recuperen el nombre de los abuelos. O de los bisabuelos, justo ahora que las nuevas tecnologías nos obligan a usar un apodo y un avatar. Y una contraseña.

—¿Qué has comprado? —me pregunta mirando las bolsas por el espejo retrovisor.

—Muchas cosas —contesto. Y ante su expectante silencio, enumero—. Unos vaqueros, unas zapatillas de deporte, unas botas, media docena de calzoncillos, tres camisetas, dos camisas —hago una pausa para recontar mentalmente—, cuatro pares de calcetines, un cepillo de dientes, desodorante, un peine y útiles para afeitarme.

Marina aprieta los dientes y enarca las cejas. Creo que está tratando de no demostrar su sorpresa, probablemente porque se siente más anfitriona que confidente. Y un gesto de sorpresa podría delatar la molestia que supone seguir ofreciéndome su hospitalidad.

—Se te ha olvidado el pijama —dice muy seria.

Tal vez no esté tratando de esconder ninguna sorpresa. Quizá su gesto haya sido simple y llanamente un intento por contener la risa que le ha causado mi disparatada lista de la compra.

—No me gustan los pijamas —declaro.

—¿Por qué? —replica ella, esta vez sí, a punto de romper a reír.

—Me recuerdan al hospital.

Y guarda un respetuoso silencio hasta que la torre de Sinia asoma a la izquierda de la carretera, inmóvil, como una minúscula isla en mitad del pantano. El coche toma entonces el desvío hacia el pueblo. El silencio me incomoda. Siento la urgencia de romperlo para que Marina no crea que el recuerdo del hospital me ha molestado, aunque lo haya hecho.

—¿Qué es una mallata?

Ella cierra los ojos durante un segundo antes de responder, como si quisiera visionar algo en su mente.

—Es el único lugar de mi infancia que sigue en pie —dice.

Y sale del coche sin añadir nada más. Hemos llegado a casa. En la parte de atrás de la furgoneta lleva su maletín de esteticista y varias bolsas de víveres que ha comprado en Aínsa. Yo me ocupo de lo mío. Lo subo todo a mi dormitorio y lo extiendo sobre la cama. Creo que nunca había comprado tantas prendas a la vez, lo cual me ocasiona una inesperada sensación de alarma, como si fuera un náufrago y me hallara ante los restos recién recuperados de mi barco naufragado. La voz de Marina me rescata del ensueño reclamándome para comer. Me cambio de ropa y bajo.

—Has rejuvenecido —exclama ella en cuanto me ve.

Unos pantalones vaqueros, una camiseta de manga corta y unas zapatillas deportivas rejuvenecen a cualquiera, especialmente a un náufrago que lleva tres días vistiéndose igual. La mesa ya está dispuesta.

—He comprado comida preparada —anuncia Marina señalando una silla para que me siente—, espero que te guste.

Me siento abrumado. Duermo y como en su casa sin pagar un céntimo y encima se preocupa de que me guste la comida. Y, una vez más, me lee el pensamiento.

—No te apures —dice sirviéndome dos cucharones de ensaladilla rusa—. Tendrás la oportunidad de devolverme el favor en la mallata.

No sé si me cree un hombre hábil con las manos o, precisamente, pronuncia esas palabras a modo de conjuro para convocar la poca o mucha habilidad que pueda haber en mí. De cualquier manera estoy deseando recompensarla, incluso si me pidiese consejo para dar masajes de espalda.

—Tengo que arreglar la toma de agua —explica cuando termina su plato de ensaladilla, mientras empieza a recoger la mesa con evidentes signos de impaciencia—. Creo que he comprado todo el material necesario, pero es una labor para la que se necesitan dos personas. Luego verás por qué. El único problema es que no estoy segura de si podremos volver a dormir a casa, así que llevaremos todo lo necesario para pasar allí la noche.

Sigo sus palabras con dificultad a la vez que le ayudo a cargar el

lavavajillas. Puede que me haya proporcionado demasiada información. O todo lo contrario. No tengo la menor idea de lo que me está pidiendo, dado que aún no sé lo que es una mallata.

—Ya te he dicho que deberías haber comprado un pijama —añade con un cómico gesto de reproche—. Hace frío allí arriba.

La miro tratando de calibrar en vano si su comicidad es un disfraz para camuflar alguna clase de pudor.

—Te espero en el coche —dice dirigiéndose hacia el patio—. No tardes.

Me calzo mis botas nuevas, meto ropa limpia en una bolsa junto con mi cepillo de dientes y mi bote de desodorante, y finalmente ocupo mi sitio en el vehículo. Marina ya ha cargado las bolsas con el tubo y las abrazaderas que guardaba en el rincón del patio y cierra la puerta de la casa con llave. Cuando se sienta al volante observo que también está preparada para la montaña, como su coche. Lleva unos recios pantalones con refuerzos en las rodillas y unas botas impermeables. Ascendemos por su calle en dirección al pozo y seguimos hasta el final del pueblo. Tomamos la pista de tierra y nos dirigimos hacia las peñas, lo cual me provoca una excitación difícil de explicar sin recurrir a la mística. O al magnetismo. Me siento atraído por las dos moles de piedra que se alzan ante nosotros y no puedo descartar la idea de que me haya convertido en víctima de la ley de la gravitación universal. Quién sabe si la masa de una montaña no es suficiente para atraer el cuerpo de un hombre. O su espíritu.

El coche demuestra su rudeza cuando la pista se convierte en una trampa de piedras y charcos por la que no podría transitar un vehículo normal. Marina conduce con la soltura de quien conoce el camino, evitando algunos pedruscos y pasando por encima de otros, con una mano en el volante y la otra en el cambio de marchas. Yo voy firmemente agarrado al asa que hay sobre la puerta, tal vez para mitigar el temor de salir despedido hacia las peñas, ahora que las veo más cerca y su poder gravitatorio es por tanto mayor. Pinos, robles y bojes se suceden a ambos lados de la pista hasta que llegamos a un claro sin vegetación en el que hay unas mesas de pícnic y un cartel explicativo.

—El collado —me indica Marina—. Ya casi estamos.

Nos encontramos justo en medio de las dos peñas. La Clara se

alza a nuestra izquierda, la Roya junto a mí, al lado del copiloto. Arriba. La observo durante unos metros sacando el brazo y la cabeza por la ventanilla del coche, sin poder evitar una sensación de gloriosa inminencia, como un peregrino que está a punto de llegar a su destino. La pista comienza entonces un suave descenso, que se intensifica después de la primera curva y se suaviza un par de kilómetros más adelante, donde por fin termina, dando lugar a un sendero por el que ningún vehículo podría transitar.

—Hemos llegado —anuncia Marina, quizá innecesariamente.

Gira el coche para dejarlo encarado hacia Sinia y poder así descargar con más facilidad el maletero. Ha llegado la hora de comenzar a pagar la deuda que he contraído con mi benefactora, de modo que cargo con todas las bolsas que puedo y la sigo por el sendero hasta un prado salpicado de grandes boñigas al final del cual se levanta una pequeña construcción de piedra rematada por un tejado de lajas. Una mallata. Y un montón de vacas a su lado. Marina vuelve la cabeza y me sonríe con picardía, como si le divirtiera haber jugado con las palabras. Y con mi ignorancia.

—¿Las vacas también son tuyas? —le pregunto señalándolas con la barbilla.

—Son de Paco —me explica—. Se las guardo en el prado, de ese modo ellas pueden comer y yo no tengo que ocuparme de las malas hierbas.

—No sabía que hubiera vacas especializadas en jardinería.

—Pues las hay. Y además todas tienen nombres de flores.

Vuelve a sonreír, se adelanta para abrir la puerta de la edificación con una enorme llave de hierro y me indica dónde debo dejar las bolsas. Lo hago con cuidado y vuelvo al coche en busca del resto de las cosas. Cuando regreso, el interior de la mallata está iluminado por un par de velas colocadas en sus palmatorias, con la llama inmóvil y la cera todavía sólida. Miro a mi alrededor. Se trata de una única estancia de unos quince metros cuadrados con un hogar en una esquina, una mesa de madera en el centro y una escalera de mano que asciende al piso superior. No hay ni una sola ventana.

—La comida en ese banco, las herramientas allí. La ropa en la buhardilla.

Marina habla y señala al unísono mientras limpia las cenizas que

hay en el hogar. Tiene un control espacial absoluto de aquel lugar, así que ha debido de encender las velas por mí. Creo que ella podría manejarse perfectamente con la escasa luz que se cuela por la puerta. Subo la escalera de madera tratando de disimular la dificultad que encuentro en cada travesaño. Llevo dos bolsas llenas de ropa en la mano derecha y una respiración fatigosa que responde más a mi curiosidad que al esfuerzo de subir. No puedo evitarlo. De nuevo me siento como un niño, esta vez recorriendo una atracción de un parque temático: la casa mágica de la montaña. La casa de la montaña mágica.

En la buhardilla de la mallata sí que hay un ventanuco irregularmente redondo, abierto en la pared a un palmo del suelo. Tendría que agacharme para mirar por él, así que prefiero arrodillarme. A través de su vano veo una falda montañosa poblada de pinos, encima de la cual se levanta una mole rocosa que me cuesta reconocer. Es la Peña Roya vista desde el otro lado del collado. Permanezco arrodillado y en silencio durante unos minutos, disfrutando de la sensación de recogimiento que provoca el salvaje esplendor de la naturaleza visto desde el interior de un refugio. Supongo que ahora, más que nunca, parezco el peregrino recién llegado a su destino.

Regreso al piso inferior. Marina ha amontonado unos troncos en el hogar y se dispone a encenderlos. También ella se encuentra arrodillada ante el altar del fuego, ayudándose de un fuelle de mano que usa a intervalos rítmicos. La leña desprende una densa humareda que asciende por el tiro de la chimenea, pero la llama se resiste a prender. Marina intensifica el ritmo del fuelle. El humo se hace todavía más denso y abundante, y el tiro amenaza con no ser capaz de tragarse toda la humareda. Ella sopla con fuerza. Vuelve a tomar el fuelle y lo acciona varias veces más hasta que por fin aparece una rotunda llama acompañada de un hondo suspiro que no sé si procede de la leña o de Marina.

—¿Qué haces ahí? —me pregunta cuando me ve al pie de la escalera.

Quizá no se haya dado cuenta de la intensidad erótica que han tenido sus movimientos, junto con el resoplido de su respiración y la postura de sus nalgas. O tal vez sí, y precisamente por eso percibo que el tono de su voz es más seco de lo normal. Creo que

nunca me había excitado tanto viendo a una mujer prendiendo una llama, aunque es posible que nunca haya visto a una mujer haciendo tal cosa.

—Reúne las herramientas y todo el material que he comprado —me ordena mirando hacia la puerta—, y llévalo a la gamella del agua.

Hago lo que me pide sin dilación, observando un protocolo casi castrense. No lejos de la mallata hay medio tronco de madera vaciado en forma de artesa con un tubo de plástico dispuesto encima. Me acerco y lo estudio atentamente. El tubo repta hasta desaparecer tras los pinos más cercanos, dejando a su paso un brillante rastro de humedad, pero la gamella está vacía. Marina se acerca dando largas zancadas.

—El tubo está agujereado por varios sitios —me informa señalándolo con un dedo—, además de doblado y agrietado. Tenemos que cambiarlo entero desde aquí hasta el arroyo, que es de donde traigo el agua. Sígueme.

Avanzamos juntos pisando la hojarasca mientras desplegamos el nuevo tubo al lado del viejo, labor para la que necesitamos la asistencia de varias piedras y ramas, tal es la inercia que tiene el tubo por recuperar la curvatura que traía de fábrica. El aire es fresco y huele intensamente a pino, como un suelo recién fregado. Por suerte para mi espalda no tardamos en llegar a nuestro destino, un pequeño arroyo de agua transparente que remontamos hasta una badina del tamaño de un lavabo en la que Marina sumerge el nuevo tubo, a la vez que extrae el viejo.

—¿Sabes silbar? —me pregunta.

Tengo que hacer un esfuerzo para recordar si sé hacerlo o no. Puede que haga más de treinta años que no practico, aunque sospecho que es una de esas habilidades que nunca se olvidan. Le hago una demostración a modo de respuesta, y de paso confirmo mis conjeturas.

—Vuelve a la gamella —me pide asintiendo— y silba cuando salga agua por el tubo. ¿De acuerdo?

—¿Y si no sale?

Marina ha comenzado a fijar el tubo a la badina con la ayuda de barro y piedras. Se vuelve hacia mí un segundo y responde con un suspiro.

—Entonces no silbes.

Vuelvo a la mallata siguiendo los tubos de plástico con la risa contenida de un chiquillo. No quiero reír en voz alta. Ni puedo hacerlo. Ahora comprendo por qué eran necesarias dos personas para solucionar el problema de Marina. Llego a la gamella y me apuesto a su lado a la espera de que salga el agua, mientras pierdo la vista en el cielo de la tarde siguiendo el tránsito de un banco de nubes que parecen nadar a favor del viento. No tardo en impacientarme, seguramente porque no soporto la soledad. No me soporto. Menos aún en medio de una pradera de hierba flanqueada por la cara oculta de la Peña Roya, cuya enorme sombra se aproxima a la mallata. Tampoco me atrevo a abandonar mi posición y acudir al encuentro de Marina. No quiero defraudarla. Lo único que puedo hacer es ir cambiando el tubo viejo por el nuevo, fijándolo con unas abrazaderas a la horquilla de hierro que lo sostiene sobre la gamella. Es un trabajo manual que no tarda en resultar una eficaz terapia contra los remordimientos. Y las sombras.

No mucho después escucho un ruido ahogado en el interior del tubo y un líquido en forma de hilo sale de su interior. Lo toco como si quisiera cortarlo para comprobar que está hecho de agua y aprovecho para mojarme el pelo. Está fría como el silencio. Me levanto y silbo. Espero un segundo y sonrío. Marina me ha devuelto el silbido desde el arroyo. El hilo de agua cae sostenidamente sobre la gamella, la llena, la desborda y forma un reguero que se desplaza prado abajo, fregando la hierba.

Marina no tarda en aparecer por entre los pinos arrastrando el tubo viejo. Está tratando de darle la curvatura que hace sólo unos minutos tenía el nuevo, pero resulta una labor tan costosa como su contraria. Se detiene ante mi trabajo de fontanería y sonríe con satisfacción, quizá porque ya esperaba que tomara esa iniciativa sin que ella me lo pidiese. Se lava las manos en el hilo de agua y las agita en el aire para secárselas, como si quisiera volar. La sombra de la Peña Roya ha cubierto ya todo el prado y el cielo parece el telón del día.

Es la hora de avivar el fuego de la mallata con la ayuda del fuelle y preparar una parrilla donde asar una vuelta de longaniza y unos chorizos. Y cuatro lonchas de panceta de cerdo. Un delicioso

menú que comemos con apetito, sin apenas hablarnos, disfrutando por igual del sabor del embutido y del calor del hogar. Y el espectáculo del fuego. Los labios de Marina brillan de grasa, como dos brasas. Su respiración crepita, su aliento huele a humo. Afuera refresca. El cielo ha perdido sus colores y, entre los huecos de las nubes, se ha llenado de estrellas. El interior de la mallata es igualmente un firmamento de velas en llamas. Marina ha encendido media docena más, generando un ambiente de recogimiento casi monacal, como si fuéramos viajeros en el tiempo recién llegados a una época sin luz eléctrica. Ni agua corriente.

Terminamos de cenar, limpiamos la parrilla en el fuego y salimos a lavarnos las manos y los labios en el hilo de agua, que todavía parece más fría al contraste con el calor del hogar. Marina se dispone a preparar una bebida caliente con la ayuda de un cazo y un hornillo de gas. Abre una caja de latón que guarda en la mallata y me la ofrece. Huele a azafrán, romero, perejil y otras especias, pero está llena de sobres de café instantáneo y unas cuantas infusiones, sin olvidar los sobrecitos de azúcar. Nos acomodamos a ambos lados del fuego con una taza cada uno, sentados sobre una alfombra vieja, apoyando la espalda sobre los troncos que nos han servido de taburetes, igual que dos jefes indios a punto de parlamentar. Marina eleva su infusión a modo de brindis y yo le correspondo. Supongo que es un gesto de agradecimiento. O de la camaradería que une a los jefes indios antes de fumar una pipa de la paz.

—¿De qué murió tu mujer? —pregunta después de dar el primer sorbo.

8

—Sufrió un ictus cerebral.

—¿Qué?

—Una embolia.

Marina asiente en silencio y bebe de nuevo. Luego niega y pregunta.

—¿Sufrió una embolia y se murió sin más?

—No —respondo con un largo suspiro—. Estuvo nueve días en coma.

Vuelve a beber. Creo que está aprovechando la magia de las velas y los rescoldos del fuego para satisfacer su curiosidad.

—Murió durmiendo —dice, o quizá pregunta.

Afirmo sin estar de acuerdo con ella, sólo para hacerla callar. El coma no es exactamente una clase de sueño, pero no tengo ningún interés en mostrarme divulgativo.

—Es una buena forma de morir —añade, y se enciende un cigarrillo—. Tal vez la mejor.

—Es posible.

Se queda pensativa el tiempo necesario para darle dos caladas a su cigarrillo. Luego recupera su tono interrogativo.

—¿Has pensado en cómo te gustaría morir? —dice.

Y me provoca un ataque de tos que atribuye erróneamente al humo del tabaco.

—No creo que nadie en su sano juicio piense en semejante cosa —respondo en un tono despectivo.

Aunque tampoco esta vez estoy de acuerdo conmigo mismo. Simplemente no se me ocurre otra forma de zanjar el tema.

—Te equivocas —replica ella.

—¿Tú has pensado en eso?

—Muchas veces.

—¿Por qué?

Apaga el cigarrillo en el suelo y lanza la colilla a las brasas.

—Quizá porque sólo hay una forma de nacer —responde—, pero hay mil maneras distintas de morir.

Contengo la respiración y la observo con ojos muy abiertos, como una de las lechuzas que ululan en el exterior. No esperaba una respuesta tan convincente por su parte. Luego cierro los ojos y veo el rostro de Laura durante los días que estuvo en coma, quién sabe si durmiendo tan profundamente como hago yo desde que llegué a las montañas. Suspiro hondo, casi jadeando. Por nada del mundo deseo enfrentarme ahora a mis remordimientos. Debo seguir hablando.

—¿Por qué te marchaste del pueblo? —digo.

E intento mostrar una naturalidad muy difícil de sostener. Ella frunce las cejas y achina los ojos, como si tratase de averiguar de dónde demonios he sacado una pregunta tan intempestiva.

—Eso es algo que sucedió hace mucho tiempo.

Se cambia de postura y se sienta con las piernas estiradas hacia mí, lo cual me permite contemplar la armonía con que se suceden sus muslos, sus caderas y su cintura. Lo hago con descaro, emboscado en la penumbra reinante y ansioso por encontrar algo que me ayude a mitigar mi dolor.

—¿Te fuiste porque construyeron el pantano?

—¿Quién te ha dicho eso? ¿León?

Contesto afirmativamente. Hay un poso de rencor en sus palabras, aunque ignoro si se debe a mi impertinente curiosidad o a la indiscreción del guardia civil.

—En cierto modo así fue —admite.

—¿No querías vivir en el nuevo pueblo de juguete?

Estoy tratando de recuperar nuestra camaradería, que parece haberse consumido como la cera de las velas. Ella tarda en contestar. Creo que está eligiendo cuidadosamente las palabras precisas para no responder una verdad desnuda ni una mentira adornada.

—No lo sé —dice por fin—. Supongo que tuve que irme.

La desnudez de su respuesta es extrema, tanto que no debería seguir preguntando, pero mi temor al silencio es mayor que mi sentido del deber.

—¿Adónde fuiste?

—A Barcelona.

—¿Tenías trabajo?

—Lo busqué.

Le sostengo la mirada para que vea mis ojos, firmes pero exentos de dobles intenciones. No quiero que piense que estoy tomándome la revancha por sus preguntas anteriores, aunque es posible que así sea.

—¿Por qué regresaste?

—Regresé cuando murió mi madre —dice antes de hacer una pausa, inspirar y añadir—, una vez que estuvo enterrada.

Siempre he creído que las preguntas son eslabones que se abren y se cierran consecutivamente, generando una cadena de información que a veces resulta ligera como una gargantilla y otras pesada como una condena a perpetuidad. La respuesta de Marina pertenece a esta última clase, lo que significa que ha llegado el momento de guardar silencio, algo muy difícil de hacer dado que ignoro lo que ha querido decir. Pero estoy convencido de que, si sigo preguntando, convertiré la cadena en una trampa peligrosa. Y será mi propia condena.

Trato de razonar. Quizá no podía volver al pueblo mientras su madre estuviera viva porque no se llevaban bien. O todo lo contrario. Tal vez regresó a su muerte para compensar los años que había pasado en la ciudad, lejos de ella y del pueblo. No he visto ningún cementerio en Sinia, pero debe de haber un lugar donde enterrar a los vecinos que murieron después de que el pantano anegara el viejo campo santo. El cementerio de juguete.

Marina se levanta, se pone una chaqueta y sale afuera. La imito y acompaño. El exterior es un agujero negro en el que no se distingue el prado ni la gamella, las vacas ni los pinos. Ni la Peña Roya. El cielo está cubierto y sin luna. Podría decirse que ha desaparecido, lo mismo que Marina cuando se aleja unos metros de mí. El mundo ha dejado de existir ante mis ojos. Aun así puedo escuchar el hilo de agua de la gamella, el siseo de los bojes mecidos por el viento y los pasos de Marina. También puedo oler la humedad del aire, el aroma de los pinos y el rastro de las vacas en el prado. Y no mucho después puedo incluso sentir las gotas de la lluvia en el rostro y las manos.

—Vamos dentro —dice Marina surgiendo de la oscuridad—. Va

a caer una buena.

De pronto parece una niña ilusionada por el anuncio de la tormenta, no sé si porque la lluvia siempre es bien recibida en las montañas o por alguna otra razón menos consecuente. Me coge de la mano, tira de mí hacia el interior de la mallata y confirma mi intuición.

—Me encanta la lluvia —dice con una amplia sonrisa.

No es sin embargo una sonrisa de satisfacción sino más bien de alivio. Su actitud roza la adoración religiosa, como si la lluvia fuera un acto de purificación natural capaz de expiar todas las culpas. Pasamos unos minutos disfrutando del sonido de la tormenta, con la puerta de la mallata abierta, delante de una lluvia que ha desaparecido en la oscuridad de la noche.

—Es hora de acostarse —dice todavía desde la puerta—. ¿Has orinado?

La miro con el ceño dividido entre la incertidumbre y la sorpresa.

—En la mallata no hay lavabo —añade mirando alrededor—, ni siquiera tengo un orinal.

Entonces me doy cuenta de que lo que he oído hace un momento no era el hilo de agua de la gamella. Salgo al exterior y busco el abrigo de un árbol cercano para que durante unos segundos mi orina se mezcle con la lluvia. Y mi aliento con el aire. Vuelvo a la mallata y cierro la puerta. El fuego del hogar y las llamas de las velas se han apagado. La única luz que veo procede de la buhardilla.

Marina ha extendido dos sacos de dormir en el suelo y ha encendido una vela a sus pies. Está sentada sobre una caja de madera quitándose las botas. Vuelvo a imitarla. Es lo único que puedo hacer ya que desconozco el protocolo de las mallatas de las montañas. Sin falsos pudores ni melindres, ella me da la espalda y se quita la chaqueta, la camiseta y el sujetador, mostrándome las marcas que han dejado las tiras elásticas en su piel. Se introduce un camisón por los brazos y lo estira hasta la cintura. Luego se pone de pie y se desprende de los pantalones, sin que el camisón me permita contemplar nada que no sea su estampado de flores silvestres.

Después de plegar cuidadosamente su ropa y colocarla en una tabla de madera, se tiende sobre uno de los sacos de dormir y me

mira, invitándome a ponerme cómodo.

—Echas de menos el pijama —dice con sorna—, ¿a que sí?

—Habría sido más útil un camisón como el que llevas tú.

Me quito los pantalones y me quedo en camiseta y calzoncillos. Y calcetines. Me arrodillo y tumbo sobre mi saco de dormir, introduciendo las piernas en su interior mientras acomodo la cabeza en un cojín que me ofrece Marina.

—¿No apagamos la vela? —pregunto.

—Déjala que se consuma.

Su respuesta me place, lo mismo que el saco y el cojín, sobre los que me encuentro más a gusto de lo que imaginaba. Tanto es así que, por un momento, juego a creerme una cría en su madriguera, un polluelo camuflado entre el amable plumaje de su madre. No quiero moverme, ni para apagar la vela ni para buscar ningún tipo de contacto físico con mi anfitriona. Me gusta sentirla a mi lado, respirando pausadamente, pero no estoy dispuesto a ceder ante el inevitable desvelo que me produce dormir junto a una hembra, aunque a mi olfato llegue el aroma de su pelo derramado sobre el lecho y el calor de su aliento. Sólo tengo ganas de rendirme a la gravedad terrestre y dejarme llevar por el sueño, mientras un soplo de aire acaricia mi rostro y el hilo de agua suena afuera, confundido con las goteras que la lluvia ha provocado en la mallata, ninguna de las cuales acierta en el blanco de nuestro reposo.

Contemplo la techumbre interior de paja y madera, por encima de la cual se asientan las lajas de piedra, dejando entre sus bordes el mismo hueco luminoso que ocupan las estrellas en el firmamento. Es una techumbre celeste en la que pueden encontrarse constelaciones y galaxias de paja, planetas y asteroides habitados por el liquen y el musgo. Y quién sabe si por una inoportuna nebulosa de carcoma. La llama de la vela ilumina el firmamento con la luz dorada de un atardecer, creando sombras que siguen el rumbo del aire que se cuela por el ventanuco abierto. Me detengo a observarlo un momento. Es un vano circular sin hojas, sin cristales ni postigos. Un agujero por el que se asiste a la diaria aparición y desaparición de la Peña Roya. Un calendario de luz y oscuridad. Un reloj sin saetas. Un ojo que primero se abre y luego se cierra, como los míos.

Escucho un sonido familiar que no identifico al primer intento y

que no proviene del exterior, ni de la carcoma del techo. Es un corto silbido seguido de un largo lamento, como una brisa enredada en el tronco de un árbol que estuviera habitado por un pájaro con sentido del ritmo. Se repite con melodiosa precisión, emboscado junto a otros sonidos difíciles de escuchar por el día. Es Marina durmiendo, respirando con la pesadez propia de la gravedad terrestre. Una inhalación rápida seguida de un largo soplido que parece un ronquido. Me concentro en él mientras sigo admirando las sombras de la vela, dejando la mente en blanco y el cuerpo en total estado de inacción. Y así, poco a poco, yo también desaparezco en la oscuridad de unos párpados cerrados.

Cuando los abro ya ha amanecido. Puedo verlo a través de la ventana sin postigos. El frío de la mañana me ha despertado. Me vuelvo hacia Marina en busca del calor de su cuerpo, pero sólo encuentro la huella que ha dejado impresa en su saco de dormir. Ya se ha levantado. Por extraño que parezca no tengo la sensación del niño que se despierta en una cama desconocida, quizá porque ni siquiera he dormido sobre una cama. O porque guardo el vivo recuerdo de los sueños que he tenido, especialmente el último, que ha llegado a parecerme una vivencia real y así es como ha quedado almacenado en mi memoria. Por su culpa ostento una erección completa bajo el saco, algo que ya va siendo difícil de conseguir a mi edad y que en estas circunstancias me ocasiona más molestia que placer. Puede que sólo sea un estímulo fisiológico provocado por la vejiga de la orina, que parece a punto de reventar.

Me pongo los pantalones, desciendo por la escalera y salgo al exterior con la prisa de quien no puede aguantarse más. Orino tras el primer árbol que veo, igual que hice anoche, sin darme tiempo a buscar un lugar más discreto y alejado de la vivienda. Vuelvo adentro y me cambio de calcetines y ropa interior. Y de camiseta. Abandono nuevamente la mallata y me dirijo al hilo de agua para lavarme las manos y la cara. Otra vez parezco un rudo *cowboy* de las montañas, en esta ocasión aseándose de cintura para arriba antes de salir a cuidar del ganado. El frío del agua se transfiere a mi piel y me ayuda a despertar entre muecas y reniegos de sorpresa, todo lo cual se intensifica cuando me doy cuenta de que he olvidado coger una toalla y tengo que secarme al aire de la mañana, que no parece más templado que el agua del arroyo.

Al lado de la mallata veo una tabla dispuesta sobre dos troncos a modo de mesa. Marina la ha preparado para tomar el desayuno a la luz del día. En ella distingo una bolsa de magdalenas y una torta de aceite, dos tazas y el hornillo de gas. Y la caja de las infusiones. Marina aparece por el fondo del prado, caminando lentamente. Lleva los brazos cruzados sobre el pecho. Tal vez ha ido al coche a dejar alguna cosa.

—Buenos días —me saluda desde la distancia.

—¿Dónde estabas?

—He ido a dar un paseo. La mañana está muy buena.

—¿Has desayunado?

Niega y provoca una onda en sus cabellos. Tiene un aire distinto, como de heroína romántica, que la separa varias décadas de la mujer desenvuelta y casi vulgar junto a la que he ganado el campeonato de guiñote.

—Siéntate —le digo.

Y voy en busca del cazo para llenarlo bajo el hilo de agua y colocarlo sobre el hornillo. Me siento obligado a demostrar mi gratitud con hechos, no con gestos. Ni mucho menos con palabras. Abro la bolsa de las magdalenas y las pongo en un plato de porcelana.

—¿Has podido dormir con mis ronquidos? —me pregunta partiendo un trozo de torta con la mano.

Su franqueza me arranca una carcajada medio afónica que me obliga a carraspear.

—Me ha parecido un sonido muy relajante —respondo.

Y le ofrezco la caja de las infusiones. Entonces es ella quien ríe. O quizá también carraspea. Elige una bolsa de té negro y la coloca en su taza.

—Eres muy amable.

—Lo digo en serio —confirmo, guiado por mi gratitud—. Ha sido como escuchar el rumor del mar.

—No te pases —dice.

Y me provoca un desconcierto que por suerte sólo dura un instante. Tiene razón. Me estoy pasando. Rasgo un sobre de café soluble y lo vuelco en mi taza. Apago el hornillo y sirvo agua hirviendo en ambas tazas, mientras acepto el trozo de torta que ella me ofrece.

—Me encanta dormir aquí —comenta calentándose las manos con la infusión—. Es incómodo y hace frío, pero por la mañana tengo la sensación de ser el único habitante de las montañas.

—¿Y las vacas jardineras con nombres de flores? —replico apuntándolas con un dedo.

—El único habitante humano.

—Ah.

—La naturaleza es real —añade con la mirada perdida en las faldas de la peña—, la naturaleza en estado salvaje, quiero decir. No los parques ni los jardines de las ciudades y los pueblos, sino esto, las montañas, los bosques, los arroyos. Todo es real, todo es de verdad.

Ignoro adónde quiere ir a parar con ese maniqueo y casi infantil razonamiento, pero comprendo que no debo interrumpirla ni hacer ningún gesto de afirmación. Ni siquiera en el dudoso caso de que estuviera de acuerdo con sus palabras.

—¿Nunca te has planteado estas cosas? —dice—. Los pueblos y las ciudades dependen de los hombres. Pueden levantarse, destruirse, reconstruirse o anegarse, pero la naturaleza no. ¿Sabes por qué?

—Porque la naturaleza es de verdad —respondo y afirmo con la cabeza.

—Exacto.

—¿Y el pantano?

Marina me mira entornando los ojos, como si quisiera ver en mí algo distante.

—El pantano es obra del hombre —responde con el ceño fruncido—, un estanque grande al que sólo le faltan unos nenúfares, unos cisnes y unas barcas de remos. No es de verdad. Si a ti te lo parece es porque se asemeja a un lago entre las montañas, pero no lo es. Los lagos naturales están más arriba, a dos mil metros de altitud.

Permanezco en silencio. No comparto su sentido de la verdad pero intuyo la fuerza de su argumentación.

—Esta mallata era de mis abuelos —añade, dándole un sorbo a su infusión—. Vengo aquí desde que era una niña. Y aquí es donde siento que yo también soy alguien real, un ser humano de verdad.

Entonces recuerdo lo que me dijo ayer.

—Este es el único lugar de tu infancia que sigue en pie —digo, o tal vez pregunto de manera retórica.

—Así es —confirma ella con un atisbo de orgullo—. Es muy difícil recrear tu infancia sin poder volver a los escenarios donde transcurrió.

Pestañeo de incredulidad un par de veces. Marina no es el tipo de persona que sienta la necesidad de recrear su infancia. Lo sé porque yo tampoco lo soy, aunque confieso que no me importaría regresar por allí algún día, tal vez para confirmar o desmentir la validez de mis recuerdos.

—Todo el mundo debería tener derecho a volver de vez en cuando al lugar donde se crio, ¿no crees?

—Supongo que sí.

—Sin embargo, ningún habitante de Sinia puede hacerlo…

—Salvo Clotilde y Bonifacio.

—… así que esta mallata y estos prados significan mucho para mí.

Definitivamente su discurso la está transformando en otra persona.

—¿Qué darías por volver a pasear por el pueblo viejo? —pregunto, como si yo también formara parte de su ficción.

—Yo no he dicho que quiera volver allí. He dicho que debería tener el derecho de hacerlo —matiza ella.

Y guarda silencio, tan precipitadamente que da vértigo. Algunas personas hablan así, entre palabras y silencios, usando la elipsis como un eficaz recurso lingüístico. Tal vez por eso los sujetos con menos recursos, como yo, tenemos dificultades para seguir el hilo de sus argumentos. Ahora mismo Marina me parece más grande que un iceberg, una enorme montaña de hielo de la que sólo veo una pequeña parte. El resto se halla anegado bajo las aguas del pasado.

Es evidente que la conversación ha terminado. Y también el desayuno. Lavamos las tazas y los platos de porcelana en la gamella y nos disponemos a fijar las lajas del tejado de la mallata, según la voluntad de Marina. Necesitaremos una escalera de mano, un buen martillo, piedras de varios tamaños, cuñas de madera y abundantes clavos. Y unas cuantas lajas nuevas que hay apiladas junto a la mallata para reemplazar las que se han partido. Parezco justamente lo que soy: un neurólogo a punto de reparar mi propia cabeza,

usando las lajas como si fueran las piezas de un *puzzle* que formase la imagen de mi conciencia. Me subo al tejado y comienzo a ordenarlas. Es un trabajo artesano y metódico que nos tiene ocupados varias horas y para el que también se necesitan dos personas: una sobre el tejado con el martillo en la mano y la otra en el interior de la mallata, identificando los agujeros del techo de la buhardilla, como un astrónomo que catalogase las estrellas de un nuevo firmamento.

Después de comer unas costillas de ternasco a la brasa, que acompañamos con un vino oscuro y mal decantado que elabora Tomás artesanalmente, Marina comienza a prepararse para volver a Sinia. Repasa el contenido de la mallata y decide qué cosas se quedan allí y cuáles hay que cargar de nuevo en el coche. No puedo ayudarla. No todavía. Me interno en el bosque con un rollo de papel higiénico en la mano y evacuo a pulso, sosteniendo el peso de mi cuerpo con las piernas flexionadas. Y, mientras lo hago, tengo la extraña sensación de salir de mí mismo y apartarme unos metros para observarme en este trance, como si de pronto me estuviera mirando en un espejo. Quizá he terminado el *puzzle* y estoy viendo la imagen de mi conciencia. Creo que no había hecho nada parecido desde que iba de campamentos con mis compañeros del colegio, lo que me provoca una sonrisa de melancolía. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de este sencillo acto orgánico, que resulta más natural al abrigo de los pinos, frente a un prado lleno de cagadas de vaca. Supongo que, como diría Marina, esto es evacuar de verdad y lo que hacemos en nuestros retretes de juguete, entre desodorantes y toallitas húmedas, no es más que un vulgar simulacro que nos aleja de nuestra verdadera naturaleza.

Ocupo el lugar que me corresponde en el vehículo con la certeza de que me encuentro al lado de una Marina desconocida, más prudente y silenciosa que la que vino ayer. Y más reflexiva. Conduce con la mirada perdida al frente, sin necesidad de fijarse en el camino, como si supiera de memoria dónde se encuentran las piedras que va sorteando con rápidos volantazos. Es posible que se haya extraviado en algún momento de su infancia y no sepa cómo regresar al presente. O no desee hacerlo. Puede que en realidad me encuentre sentado junto a una niña que no quiere marcharse de la mallata de sus abuelos.

El silencio del vehículo me permite escuchar de nuevo el eco de los remordimientos, esta vez amplificados por el recuerdo del sueño que he tenido esta noche. He soñado con Rebeca, la esposa de Javier, mi nuera. No sé por qué. Hay ocasiones en que somos capaces de hilar un vínculo entre la realidad y el argumento de los sueños, como un reencuentro, un aroma, una conversación o una imagen que nos ha sorprendido, pero otras veces, como ahora mismo, no hay explicación posible. Rebeca no se parece a Marina. Nunca antes había dormido en la buhardilla de una mallata. No hay referencias en este mundo de agua, roca y pino que me conduzcan al trajín del hospital o a las aulas de la Facultad de Medicina. Cierro y aprieto los ojos. Estoy confundido y disgustado, seguramente porque habría preferido soñar con Laura. Creo que me sentiría más aliviado si pudiera volver a escuchar la voz de mi esposa, aunque fuera en sueños. Bastaría con uno de sus habituales reproches para calmar el dolor que me produce no echar de menos su presencia.

Una mujer espera a Marina a la puerta de casa. Es una clienta a la que va a darle un masaje terapéutico, según me cuenta. Descargo el coche en solitario, dejando mis cosas en mi cuarto y las de Marina en la cocina. Y no tardo en salir de nuevo a la calle con la intención de dar un paseo. Lo hago con una prisa innecesaria, como si fuera un buzo sin oxígeno y necesitara respirar con urgencia el aire de la tarde, aunque no puedo descartar la posibilidad de que esté huyendo de la terapia de los masajes. No quiero volver a recordarme lo que soy. Lo que he sido.

Me dirijo hacia el pantano, que me reclama desde su hondura con un silencio magnético. Quiero sentir de nuevo el cielo bajo mis pies e imaginar que puedo caminar por un firmamento diurno de nubes y pájaros en vuelo, como si estuviera soñando, no importa si despierto o dormido. Atravieso las huertas y descubro a Sebastián en plena faena, sudoroso y sonriente, cavando la tierra para formar un cauce por donde conducir el agua hasta sus hortalizas. Me pregunto si puedo serle de alguna utilidad, pero no me detengo a averiguarlo. Lo saludo desde el camino y continúo andando. El agua remansada me reclama de nuevo, esta vez mediante un soplo de viento perfectamente audible.

Tomo asiento al final de la loma y observo la lámina compuesta de infinitas gotas sobre la que se posa el atardecer. Es un

espectáculo digno del silencio, aunque echo de menos el repique de unas campanas desde la torre insumergible del pueblo viejo. Sería tétrico pero al mismo tiempo hermoso, como el interior de un templo gótico o una nube de tormenta. Escucho unos pasos que se acercan a mi espalda. Es Sebastián. Se sienta a mi lado y suspira profundamente. Parece el viento que baja de las peñas.

—Yo nací allí —dice señalando con el dedo a la derecha de la torre.

Lo miro pero él no me devuelve la mirada.

—Más allá estaba la escuela —continúa señalando—, detrás la plaza. Todo eso eran las cuadras y al fondo estaban las huertas.

Prolongo su dedo con la mirada para seguir sus indicaciones.

—Aquello era el barrio alto, donde había casas solariegas, que llegaban hasta las eras. Y junto a la iglesia —añade—, a este lado de la torre, se encontraba el cementerio.

Guardo silencio para que él continúe hablando pero no lo hace. Es mi turno de palabra.

—Marina me ha dicho que sus hermanos han muerto.

No me responde ni con la mirada, quizá porque no le he formulado ninguna pregunta.

—¿Están enterrados ahí abajo?

—Sólo dos de ellos —responde mostrándome tres dedos extendidos—. Los otros tres descansan lejos de Sinia. Y Valentín, que fue el último en morir, se encuentra en el cementerio nuevo.

Señala a su espalda, torciendo un momento el cuello hacia atrás. Luego devuelve su mirada al pantano.

—La que también está enterrada ahí abajo es mi mujer —dice.

Ahora es él quien me mira y yo quien me niego a devolverle la mirada, ni siquiera cuando continúa hablando.

—Marina me ha dicho que su mujer acaba de fallecer.

No le respondo de ninguna manera, quizá porque tampoco me ha formulado ninguna pregunta. Nuestra conversación se ha repetido igual que si se hubiera reflejado en la lámina de infinitas gotas del pantano.

—¿Tiene usted hijos?

—Uno —respondo.

—Yo tengo tres pero apenas los veo.

No detecto el tono de reproche que cabría esperarse,

posiblemente porque hace años que Sebastián aceptó su solitaria existencia.

—¿Y nietos? —vuelve a preguntarme—. ¿Tiene nietos?

—Tengo uno.

—Yo seis, pero tampoco vienen por aquí.

Miro al cielo oscurecido del pantano y suspiro. Al nombrar a mi nieto ha sucedido justo lo contrario de lo habitual. El sueño que he tenido esta noche ha convocado a la realidad, convirtiéndose en el presagio de mis palabras en lugar de ser la consecuencia de mis recuerdos.

9

Nunca antes había observado las estrellas reflejadas en el agua. Brillan con una intermitencia especial y forman constelaciones nuevas, imposibles de identificar. Y además se mueven con la cadencia de una onda cuando el viento sopla, como si estuvieran tejidas en la tela de una bandera izada, en la falda de una mujer caminando o en el telón de un escenario al finalizar una actuación.

Hace un buen rato que Sebastián se ha marchado. Tenía que repartir sus verduras por las casas de sus convecinos. Una labor que lleva a cabo voluntariamente, sin cobrar nada a cambio, tan sólo por el gusto de compartir con los demás los frutos de su huerta. No es posible administrar una huerta para una sola persona. La tierra es enemiga de la soledad de los hombres, por eso da frutos suficientes para reunirlos en la mesa. Eso es al menos lo que él dice. Y puede que no le falte razón. Ni a él ni a los demás habitantes de Sinia, que gustan de compartir lo que les sobra con los demás: ya sean hortalizas, como es su caso, o vino, como le sucede a Tomás, o masajes, como a Marina.

Vuelvo a casa azuzado por el frío. He pasado más de dos horas sentado junto al pantano, mirando el ondear de las estrellas, mecido por los sonidos y los aromas del campo, en un estado de inacción cercano a la catalepsia que ha concluido cuando el frío me ha devuelto a la realidad nocturna. Marina ya ha cenado y se dispone a salir. Va a echar una partida a casa de Tomás, aunque no descarta la opción de acercarse a Aínsa para tomar una cerveza. No me invita a acompañarla, ni yo hago ninguna mención de ir con ella. Quiero quedarme en casa, a ser posible realizando alguna labor manual que me entretenga y me relaje, quizá porque mi pequeña obra de fontanería de ayer y mi trabajo con las lajas de la mallata me han devuelto la confianza en mis manos. Hacía tiempo que no las utilizaba más que para teclear ante un ordenador y acometer las

labores cotidianas básicas, incluidas las profesionales. Ya casi había olvidado que son dos valiosas herramientas que sirven para arreglar los desajustes del cerebro.

Hay unas coles sobre la mesa de la cocina que sin duda proceden del huerto de Sebastián. Incluso es posible que el viejo haya dejado más cantidad de la habitual pensando en mí. Están llenas de tierra y hay que lavarlas bien. Lo hago en el fregadero de la cocina, con cuidado de no salpicar. Y de no romperlas. Son unos hermosos cogollos de nervios tiernos. Y tersas frondas. Con la ayuda de un cuchillo y una tabla de madera los troceo y los meto en una olla que pongo al fuego después de añadir tres patatas grandes, agua y un puñado de sal.

Siempre he sentido una inclinación natural por la cocina, pero pocas veces he tenido la oportunidad de ponerla en práctica. Laura es quien se ha ocupado de mi alimentación desde que nos casamos, hace más de veinticinco años. Primero cocinando personalmente, luego delegando esa labor en manos de una asistenta o recurriendo a los platos de una tienda especializada que hay cerca de casa, en el llano, al otro lado del horizonte. Durante los primeros años de nuestra vida en común me gustaba cocinar, sobre todo cuando recibíamos visitas o celebrábamos algún acontecimiento familiar, pero no tardé en dejar de hacerlo. Fue mi respuesta a la inevitable resistencia de Laura, que nunca me dejó actuar a mi aire. Ni tampoco apreció los resultados de mi esfuerzo. Todo lo que recibí fueron amargos reproches y críticas dirigidas al resultado final de los platos. Así que abandoné mis aficiones culinarias y me dejé alimentar mansamente por ella y por el encargado de la tienda especializada. Y por los cocineros de los restaurantes que frecuentábamos. Llegué a olvidar la forma y la textura que tienen los alimentos antes de aparecer servidos con una salsa por encima y una guarnición al lado.

Y ahora me deleito viendo el borboteo del agua hirviendo entre hojas de col y patatas, dejando que el vapor alcance mi rostro y mis ojos se empapen de una humedad ajena a sus lagrimales, como si me hubiera convertido en un cómico interpretando una escena dramática con una cebolla en la manga o un farsante que sólo fuera capaz de llorar durante los días de lluvia.

Mientras la col se cuece, limpio la encimera de la cocina y barro

la tierra de la huerta que ha caído al suelo. La bolsa de la basura está llena. La ato y salgo a la calle en busca del contenedor que hay en la plaza del pozo. El frío ha arreciado y me obliga a volver corriendo para conjurarlo. Al entrar en el patio la bolsa de golosinas reclama mi atención desde el banco, como el primer día. Otra vez los caramelos de fresa, los regalices en espiral, las barras de azúcar de distintos colores y hasta un huevo de chocolate. No me atrevo a tocar nada, seguramente porque no comprendo su significado. Lo incomprensible nos vuelve recelosos, y el recelo coarta nuestras reacciones, especialmente las primarias. No he visto a Marina comer golosinas ni tener contacto con los pocos niños que hay en el pueblo, así que ignoro por completo para quién pueden ser.

Vuelvo a la cocina y apago el fuego. La verdura ya está cocida. La escurro y la dejo en la olla para que se enfríe, con la intención de rehogarla mañana en aceite y ajos. Subo a mi dormitorio vencido por el sueño. Antes de cerrar la ventana miro de nuevo el cielo estrellado de Sinia, esta vez sin pasar por el reflejo del agua. Reconozco el cinturón de Orión, que aprendí a distinguir cuando era un niño, y caigo en la cuenta de que las estrellas forman parte del paisaje de nuestra infancia. Es posible que baste con mirarlas detenidamente para ser capaces de confirmar o desmentir la validez de nuestros recuerdos.

Me tumbo en la cama con la seguridad de que voy a dormir hasta bien entrada la mañana, pero esta vez me equivoco. A las dos y media de la madrugada unos ruidos me despiertan. No es un sonido aislado ni casual, sino una serie de golpes que forman un ritmo insistente, casi musical. Me incorporo y aplico la oreja a la pared. El ruido proviene de la habitación de Marina y es sin ninguna duda el que hace una pareja practicando el sexo.

Inmediatamente siento una mezcla de curiosidad y sorpresa, aliñada con una pizca de envidia y quién sabe si también con unos ridículos celos. Me pregunto con quién estará compartiendo mi anfitriona ese perturbador ritmo musical. No puedo evitarlo. Afino el oído y distingo algunos jadeos masculinos pero son del todo anónimos. Lo mismo podrían ser de Lorenzo que de León, Tomás, Rafael o cualquier otro hombre del pueblo. O de la comarca. Supongo, eso sí, que se trata del tipo que desayunó anteayer con Marina, uno de esos amantes a quienes nadie espera en otra cama:

de lo contrario no se quedaría a pasar la noche después del sexo. Es incluso posible que se trate del destinatario de la bolsa de caramelos que hay en el patio. Un amante goloso.

El ritmo cesa rematado por ahogados lamentos de placer. Oigo un murmullo de voces, un batir de pasos y el aullido de la puerta del baño al abrirse y cerrarse. Luego el silencio toma de nuevo la casa pero no puedo conciliar el sueño. La curiosidad induce al insomnio, como un café bien cargado tomado a deshora. Tengo ganas de levantarme y acudir al baño en busca de alguna pista que me ayude a identificar al amante goloso. Por fortuna logro contenerme a tiempo. No puedo arriesgarme a parecer un fisgón inoportuno y curioso. Debo volver a dormirme. Cierro los ojos y visiono un cielo de estrellas ondeando en un agua oscura y silenciosa. Es una imagen hipnótica que anula mi curiosidad y convoca poco a poco un sueño salpicado de caderas de mujer, pechos blancos, pezones oscuros, espirales de regaliz y hojas de col.

Me despierto pasadas las nueve de la mañana con un molesto amargor en la garganta, como si hubiera comido algo en mal estado. He vuelto a soñar con Rebeca, más concretamente, con sus caderas y sus pechos, con su brillante melena y sus ojos traviesos. Me levanto, voy al baño y me lavo los dientes. No soporto el sabor de la culpa. Bajo a la cocina con la esperanza de encontrar a Marina, consciente de que puedo sorprenderla desayunando con su amante. La cocina está, sin embargo, vacía. El único sonido audible es el zumbido del frigorífico y las únicas palabras que hay para mí están escritas en una nota, junto a dos barras de pan y una torta de aceite, sobre la mesa. Marina me informa de que volverá a la hora de comer.

Salgo al patio y contemplo el banco. La bolsa de golosinas ha desaparecido. En su lugar yace de nuevo el clavel blanco. Me rasco la frente y aspiro el aire perfumado de la estancia, que es lo propio cuando alguien se encuentra ante un misterio sin resolver, aunque no se trate más que de los obsequios que recibe o entrega una humilde esteticista de las montañas. Regreso a la cocina con dotes de detective privado. El fregadero y la mesa están limpios. Quizá Marina y su amante no han desayunado juntos esta vez. Abro el lavavajillas y trato de sacar alguna conclusión, una ardua labor considerando la parquedad expresiva de este electrodoméstico,

nada que ver con la elocuente lavadora o el explícito frigorífico. Dos tazas reclaman mi atención desde la bandeja superior. Están goteando. Las saco del lavavajillas y las dejo sobre la encimera para observarlas atentamente. Una de ellas ha contenido café con leche y la otra tiene marcas de carmín en el borde, lo que significa que Marina se ha maquillado, señal inequívoca de que ha salido del pueblo. Hasta ahora sólo la he visto maquillada la primera mañana que pasé en su casa, cuando me trajo tres calzoncillos de Aínsa, y el día que fui al taller de Lorién. No, miento. También se maquilló para jugar la final de guiñote, pero eso es distinto. Se trataba de una ocasión especial.

La taza de su acompañante no me proporciona ninguna pista. La olfateo en busca de un rastro imposible, como si el olor de los hombres pudiera quedar fijado a una taza igual que el carmín de las mujeres. No consigo averiguar nada y estoy a punto de rendirme. Tal vez sea mejor preguntarle a Marina si ha retomado su relación con Lorenzo, aunque no sé si me conviene resolver tan pronto esta intriga detectivesca que, en el fondo, me sirve para olvidar mis propios secretos. Y mis incestuosos sueños.

Salgo a la calle recién duchado y peinado, luciendo una camiseta nueva que no es exactamente de mi talla y unas gafas de sol que he tomado prestadas de Marina. Y que tampoco se ajustan a las dimensiones de mi rostro. Me dejo llevar por un rumbo errático y calmoso, paseando sin prisa con las manos sujetas a la espalda y los ojos muy abiertos en busca de entretenimiento. Me divierte observar los pequeños detalles que me ofrecen las casas y las calles. Creo que es un pasatiempo tan distraído como descubrir los siete errores de un dibujo o completar una sopa de letras, con la ventaja de que se juega al aire libre. Y paseando.

Veo una antena de televisión torcida con un pájaro encima, como si fuera una veleta con forma de gallo orientada al viento. Veo una caja de electricidad con un nido de avispas y no sé distinguir si el zumbido que escucho procede de los insectos o de los cables que hay en su interior. Veo un desfile de macetas alineadas a los lados de la puerta de una casa, una parra ascendiendo por un porche de madera tal como haría una serpiente, un gato durmiendo al sol con los ojos muy apretados y un coche tan viejo y sucio que parece recién sacado del fondo del pantano.

Me detengo ante la carretera. Mis pasos, inmunes esta vez al magnetismo del pantano, me han conducido a las afueras del pueblo. Cruzo al otro lado y avanzo en dirección sur, caminando por el arcén, atraído por el magnetismo de la muerte. El cuerpo de la jabalina yace sobre el campo de Tomás tal como lo dejamos aquella noche, hace apenas unos días, que se han convertido en mi memoria en semanas, con ese capricho que tiene nuestro cerebro para modificar la distancia que nos separa de nuestros recuerdos. Ha adquirido el color del barro y la hierba que lo circunda, como si el tiempo pudiera camuflar los cuerpos que todavía no han sido enterrados, dándoles precisamente la apariencia de la tierra. Me agacho y toco su lomo. Tal vez debería pedir una pala y un pico para cavar yo mismo una pequeña tumba y enterrar al animal como es debido. Ignoro la razón por la que continúa allí expuesto. Alguien debería haber pasado a recogerlo, aunque lo más probable es que nadie se acuerde ya de él. De ella. No obstante, dudo que un hombre solo pueda mover una mole tan compacta de pelo y barro. La única alternativa sería cavar la tumba lo más cerca posible del cuerpo y empujarlo hacia ella.

—Es una tierra muy dura —oigo que dicen a mi espalda—. Está apelmazada por el arcén de la carretera.

Me doy la vuelta y encuentro el sonriente rostro de Sebastián, a quien saludo levantando una mano. Por alguna inexplicable razón no me sorprendo de que me haya leído el pensamiento. Quizá la postura de mi cuerpo me haya delatado.

—¿No se lo va a llevar nadie?

No es una pregunta concreta para Sebastián. Simplemente estoy pensando en voz alta.

—Si hubiera servido para cocinar ya no estaría ahí —responde el anciano—. Pero tal como está no tiene ningún valor, salvo para los carroñeros. No creo que tarden en bajar a devorarlo.

Mira al cielo y señala hacia las dos peñas, alrededor de cuyas cimas hay unos buitres volando en círculos, como niños montados en una atracción de feria.

—No me gusta la idea —digo.

—¿Quiere enterrarlo?

—¿Por qué no?

—No se entierra a los animales —responde Sebastián—. La

naturaleza tiene sus propios métodos para hacerse cargo de los cadáveres.

Es probable que tenga razón pero me siento en deuda con la jabalina y no pienso dejarla allí. Sebastián lee la resolución en mis ojos.

—Podemos llevarla al muladar —propone, señalando hacia la curva de la carretera—. Es donde antiguamente echábamos las caballerías muertas.

—Estará lleno de buitres —replico.

Él afirma y se cruza de brazos.

—Pues entonces sólo hay una solución.

Nuestras miradas coinciden durante un segundo, acertando mutuamente en el blanco de nuestros ojos.

—Acompáñeme.

Tengo que reprimir la intención de sujetar su brazo para ayudarle a cruzar la carretera. Es un absurdo e inevitable instinto de protección, tal vez destinado exclusivamente a preservar la integridad de su sonrisa. Caminamos en silencio hasta atravesar la plaza del pozo en diagonal y ascender por una cuesta que termina en un rellano con dos puertas de distinta anchura entre las que asciende el esqueleto de un rosal trepador. Es un lugar recogido y discreto, invisible desde la calle, casi secreto. Sebastián abre la puerta de su casa pero no me invita a entrar. Sólo quiere coger un juego de llaves y abrir la otra puerta, que corresponde a su garaje, dentro del cual no hay otro vehículo que el que saca al exterior: una carretilla de una sola rueda en cuyo interior deposita una gruesa cadena cubierta de herrumbre.

Desciendo la cuesta empujando la carretilla con el cuidado necesario para no tirar la cadena. Sebastián insiste en llevarla él mismo pero no se lo permito. Puede que sea la primera vez en mi vida que conduzco una carretilla. No estoy seguro. Tendría que regresar a los lugares donde transcurrió mi infancia para confirmarlo. De lo único de lo que estoy seguro es que no es una labor sencilla, especialmente cuando hay que doblar una esquina o salvar el bordillo de la acera.

Volvemos a la carretera, cruzamos y llegamos junto a la jabalina. Sebastián comienza a limpiar la hierba que hay alrededor de las patas traseras y señala las delanteras para que yo haga lo

mismo. Sin necesidad de hablarnos, agarramos una pata con cada mano y tratamos de levantar el cadáver pero sólo logramos mover sus patas, no su cuerpo. Parece estar pegado a la misma tierra que le niega una tumba digna.

El viejo coloca la carretilla junto al animal y la vuelca hasta tocar el cuerpo con su borde metálico, como si llevara una cuchara y se encontrase ante un plato de sopa. Ancla la carretilla con dos piedras grandes y me indica desde dónde debo ayudarle a empujar el contenido hacia el continente, la sopa hacia la cuchara. A la de tres. La ligera pendiente del terraplén y un par de buenos empujones al unísono dan con el cadáver sobre la carretilla, mientras en el aire queda el rastro inmundo de la muerte, un olor tan fuerte que parece irrespirable. Sebastián se tapa la nariz, engancha la cadena a la parte delantera de la carretilla y me da instrucciones.

—Cuando yo le diga, usted tira.

Me trata de usted, y con respeto, pero son las mismas instrucciones que le habría dado a una mula, o a un buey, lo cual provoca una sonrisa de amable burla en mis labios. Es incluso probable que antiguamente, como él dice, Sebastián tratara de usted a las caballerías. Siguiendo su voz, yo tiro de la cadena y él empuja la carretilla. Y aunque por dos veces estamos a punto de perder el equilibrio y derramar la sopa, logramos acceder a la carretera sin intención de cruzarla, caminando por el arcén izquierdo en dirección norte.

—No conviene llamar la atención —comenta Sebastián.

Está claro que nos disponemos a realizar un enterramiento atípico y seguramente ilegal. Lo que no está tan claro es que caminar por el arcén de una carretera nacional con una carretilla sobre la que reposa una jabalina muerta sea la mejor forma de no llamar la atención. Aun así no replico. Es evidente que el viejo se refiere a la gente del pueblo, no a ninguna clase de autoridad legal. Transcurridos unos minutos de singular peregrinaje cruzamos al arcén derecho y tomamos un sendero que desciende entre zarzas hasta un camino de piedras de río, el cauce de un arroyo por el que en esta época del año todavía no discurre ni una gota de agua. Pronto llegamos a nuestro destino, al final del arroyo, frente a un mar oscuro donde se reflejan las dos peñas y sus correspondientes

buitres.

Sebastián me pide ayuda para amarrar el cuerpo de la jabalina con la cadena de hierro. Supongo que quiere asegurarse de que se va a ir directamente al fondo del pantano, cautela que aplaudo con agrado pero en completo silencio. Le ayudo a pasar los eslabones por sus patas, como si la jabalina fuera una res y nosotros unos intrépidos *cowboys*. Tal como está, inerte y maniatada, parece una prisionera en lugar de una víctima. El viejo da un paso atrás y me cede la carretilla. Quizá crea que voy a pronunciar un responso de despedida. Sujeto firmemente sus asas, la empujo hasta el borde del arroyo y la levanto todo lo que puedo, tanto que no soy capaz de ver lo que sucede. Sólo escucho un rotundo salpicar de agua que se convierte de inmediato en una onda concéntrica de nubes y buitres.

Sebastián se acerca a la orilla para contemplar el hundimiento. O tal vez debería decir el lanzamiento. Yo dejo la carretilla a un lado, me siento sobre el muñón de un árbol cortado y observo el centro de las ondas, como si mi mirada fuera una flecha con vocación de hacer diana. Pronto las ondas se alejan y el agua muestra el paisaje reflejado, circunstancia que aprovecho para situarme geográficamente, buscando la loma desde donde suelo contemplar este espejo de agua. La encuentro más a la derecha, en dirección al pueblo, a unos doscientos metros de donde estamos. El pantano resulta más ancho que largo visto desde aquí. No parece el mismo.

—¿Adónde se dirigía?

Sospecho que la pregunta ha rondado la cabeza de Sebastián desde que me ha sorprendido observando la jabalina, hace casi dos horas. Las preguntas son así: se mueven en círculos sobre nuestras cabezas, como los buitres. Por un momento tengo la estúpida idea de hacerme el sueco y tomar una de las múltiples tangentes dialécticas que acuden a mis labios, pero él me mira sin prisa, con su gesto risueño y sus ojos brillantes. No pretende resultar indiscreto ni tampoco preocuparse por mí. No quiere ser un chismoso ni un camarada. Es posible que sólo pretenda darle sentido a la muerte de la jabalina que acabamos de enterrar en agua y lodo.

—Estaba huyendo —confieso.

Trato de no impostar la voz ni a favor ni en contra del sentido

de mis palabras. No quiero compasión ni castigo. Tan sólo intento responder una pregunta.

—¿De qué?

El viejo cree haberse ganado el derecho a preguntar, dado que me ha prestado su ayuda, su carretilla y su cadena de hierro.

—De mi esposa.

—¿De su esposa muerta?

—Precisamente.

A primera vista no es un cruce de palabras muy significativo, pero creo que he encontrado la fórmula exacta para responderle. A veces el significado de las palabras depende enteramente del contexto en que se pronuncian. No obstante, me veo en la obligación de añadir algo más, porque mi escueta declaración alude por igual al duelo que al alivio. Y ahí está la clave de su exactitud.

—Hace unos días mi esposa sufrió una embolia cerebral —digo mirando hacia las peñas, quizá con la esperanza de que los buitres se acerquen a devorar mi culpa—. Cayó desplomada delante de mí, como muerta.

Sebastián asiente en silencio.

—La llevé al hospital en una ambulancia pero llegó en estado de coma. —Me detengo un momento para tomar aliento, como quien realiza un intenso esfuerzo físico—. Los médicos le realizaron todas las pruebas necesarias y concluyeron que los daños eran prácticamente irreparables, lo que significaba que había muy pocas esperanzas de que pudiera recuperar la conciencia.

No me entretengo en explicarle al viejo que yo mismo formé parte de ese equipo de médicos. No quiero adornar mis palabras con detalles irrelevantes, ni tampoco puedo permitir que se haga una idea equivocada de lo que le estoy contando.

—Como puede imaginar, fue un momento muy difícil —prosigo sin esperar a que él diga nada—. Y no me refiero sólo a la evidencia que mostraban las pruebas médicas. No. Lo digo porque en ese mismo instante sentí un inmenso alivio muy difícil de comprender.

Tengo la sensación de que el rostro de Sebastián ha perdido su forma de sonrisa, aunque me abstengo de comprobarlo. No quiero correr riesgos innecesarios justo ahora que he abandonado toda suerte de cautela y me he rendido al discurso de la sinceridad.

—Llevo días tratando de comprenderlo y aún no lo he

conseguido.

Sebastián suspira muy despacio, casi en silencio, mirando al cielo, como si no quisiera que yo lo viera. Lo más probable es que a estas alturas se haya arrepentido de haber mostrado su curiosidad.

—¿No la quería…?

Es una pregunta en cierto modo forzada y Sebastián no se siente cómodo formulándola. Tampoco ha tenido otro remedio porque, después de mi confesión, el silencio se ha vuelto receloso, casi pervertido.

—¿… o es que la quería demasiado?

—Su ausencia significaba mi libertad —digo con la misma mueca de dolor que si tuviera un flemón de palabras en la boca.

Sebastián tuerce la cabeza y me mira desde otra perspectiva. Es probable que ahora me vea más ancho y menos largo que antes.

—No me refiero a la libertad del día a día —continúo diciendo —, sino a mi identidad personal. A mi condición de ser humano.

No añado nada más. Me siento incapaz de explicar con palabras hasta dónde es posible que un ser humano anule la identidad de un congénere, de un cónyuge. Hasta qué punto una personalidad puede proyectar su sombra sobre otra, tal como la Peña Clara hace cada día sobre la Peña Roya, impidiéndole disfrutar de la luz y el calor del sol.

—Vámonos.

Es una invitación para cambiar de tema más que una propuesta para marcharnos de allí, aunque sirve igualmente para que me levante del tronco con intención de seguir sus pasos. Sebastián recoge la carretilla y la conduce con mano maestra. Bordeamos la orilla del pantano hasta encauzar nuestros pasos entre la grava de un sendero estrecho que va ganando anchura conforme se acerca al pueblo. El viejo camina a mi lado con el rostro risueño de nuevo, señal de que no se ha violentado al escuchar mis agrias confesiones, quién sabe si por haberlas creído fruto de alguna categoría del despecho o por ser un consumado superviviente de las tormentas emocionales ajenas. Yo, en cambio, coloco una mano en mi mandíbula y la aprieto muy suavemente, tratando de mitigar el dolor que me ha causado el flemón.

Es la primera vez que comparto la naturaleza de mi culpa con otro ser humano. Y posiblemente será la última. Me siento vil y

cobarde, igual que si me hubiera arrodillado ante un sacerdote en busca de penitencia para mi verdad inconfesable. Quizá lo he hecho con la vana esperanza de que mis palabras me reportasen el alivio del que huyo, sin considerar que esa meta no depende de su dicción ni su significado, sino del tiempo que tarde mi memoria en confundir mis recuerdos, haciéndome dudar de lo vivido, mezclando los sueños con la realidad, la esperanza con la decepción. La sombra con el sol.

O tal vez mi confesión haya sido un homenaje póstumo en memoria de la jabalina, muerta para detener mi huida y señalar la línea invisible del horizonte. Para hacerme saber que había llegado a mi destino. No tengo ánimo para seguir conversando. Ni para soportar la presencia de otro ser humano a mi alrededor, así que al pasar por la plaza del pozo me despido precipitadamente de Sebastián y me dirijo a casa de Marina, rezando para que no haya llegado todavía.

En cuanto introduzco la llave en la cerradura constato que así es. Estoy solo y necesito distraer a los buitres de la mente. Debo ocupar a la vez mis manos y mis ojos haciendo algo tan sencillo como rehogar la col que cocí ayer en un delicioso sofrito de ajos.

10

Marina llega a la hora de comer con el rostro enrojecido y terso, como si se hubiera enfrentado durante un buen rato a un viento frío. La saludo y siento el impulso de preguntarle de dónde viene, pero algo me retiene a este lado de la ignorancia, tal vez la luz del sol que entra por la ventana de la cocina, signo inequívoco de que no ha enfrentado su rostro a ninguna inclemencia meteorológica.

Agradece mis coles rehogadas con una fugaz sonrisa de cortesía y se sienta a la mesa, no sin antes haber puesto una sartén sobre el fuego para freír unas chuletas de cordero que ha traído en una bolsa de plástico. La observo mientras come en silencio, sujetando el tenedor con la mano derecha y un mendrugo de pan con la izquierda, y tengo la certeza de que no se ha ausentado de Sinia por ningún asunto de trabajo. No ha estado haciéndole las piernas, las axilas ni el bigote a ninguna clienta. No ha dado masajes ni aplicado ninguno de sus potingues, aunque por supuesto ignoro de dónde procede mi certeza. Quizá de la ausencia de ese aroma mentolado al que suelen oler sus manos. O, quién sabe, de la languidez con que sostiene el mendrugo de pan, un ejemplo de la inacción que sucede a cualquier traumatismo, por incorpóreo que este sea.

Después de comer se disculpa para echarse la siesta aludiendo a lo poco que ha dormido esta noche. Nuevamente debo contenerme para no hacer comentarios o gesticular de alguna manera, ni siquiera cuando mi memoria auditiva reproduce los gemidos que me han despertado de madrugada. Lo único que pronuncio son amables palabras de discreta e inmutable solidaridad.

—Acuéstate. Yo recogeré la cocina.

Ella afirma y desaparece de arriba abajo, de la cabeza a los pies, ascendiendo muy despacio por la escalera rumbo a su dormitorio, mientras yo me dispongo a cargar el lavaplatos. Es curioso. Cada

día que pasa experimento con más intensidad la ilusión de encontrarme en mi propia casa, como si la propiedad de una vivienda no dependiera de una escritura notarial, sino de la cantidad de veces que se carga el lavaplatos o se usa el lavabo. O se sueña bajo su techo.

Estoy a punto de atar la bolsa de la basura para sacarla al contenedor de la plaza pero no lo hago. No la ato. Algo reclama mi atención desde su interior. Extraigo el papel de la carnicería donde Marina ha traído envuelta la carne y leo su origen: Barbastro. Demasiado lejos para haber ido a trabajar, demasiado cerca para huir. Recuerdo haber pasado por allí el sábado por la tarde, cuando buscaba el horizonte de las montañas. Es una ciudad pequeña, un pueblo grande del que dependen administrativamente las demás poblaciones que forman los valles de esta comarca.

Entro en el salón de Marina en busca de un mapa de carreteras. No hay ninguno, así que sólo puedo recurrir a mi memoria. Barbastro debe de encontrarse a unos cincuenta o sesenta kilómetros de Sinia. Considerando la velocidad media a la que se circula por estas sinuosas carreteras, deduzco que debe de costar unos cincuenta minutos llegar hasta allí. Si supiera la hora exacta a la que ha salido de casa Marina, podría calcular el tiempo que ha pasado allí, aunque tampoco estoy seguro de que esa información fuera relevante. A veces el asunto más banal tarda horas en completarse y otras veces el más trascendente se consuma en un segundo. Y viceversa. Enredado en estos cálculos me entra sueño y recuesto la cabeza en el sofá del salón, que cruje bajo mi peso declarando su avanzada edad.

No tardo en dormirme en la penumbra de la estancia, acunado por el segundero de un reloj de pared y la carcoma de los muebles. Tengo sueños cortos pero nítidos en los que vuelvo a conducir mi montura. Veo desaparecer la raya discontinua de la carretera y siento cómo el animal expulsa el humo de la digestión por el tubo de escape. Ignoro si voy o vengo. No sé dónde me encuentro, sólo sé que el motor hace un ruido extraño, molesto y muy alarmante, igual que la carcoma de los muebles.

El estruendo de un portazo me despierta en mitad de la carretera. Presto atención y escucho el eco de unas pisadas acompasadas por el segundero del reloj de pared. Calculo el tiempo

que he estado dormitando. Poco para una siesta, mucho para una cabezada. Me levanto desorientado y sin equilibrio. Y con ganas de orinar. Al abandonar el salón comprendo lo que ha sucedido. Marina acaba de marcharse de casa llevándose el clavel blanco. Ella era la dueña de las pisadas y la autora del portazo. No hay tiempo que perder.

Cojo mi chaqueta y salgo a la calle con la misma actitud que un sabueso en busca de un rastro a punto de esfumarse. Paso por delante de la ventana del salón y sigo calle arriba hasta la plaza, en la que veo aparcado el coche de Marina. Tengo que decidir por dónde seguir. Descarto la calle de la derecha, que lleva a la carretera nacional, y la de la izquierda, que asciende hasta la vivienda de Sebastián. Sigo en dirección a la pista que conduce al collado de las dos peñas. Clotilde y Bonifacio me sobrevuelan rumbo a su nido. Se deslizan en paralelo y en silencio, dejando una estela invisible en el aire. Me dan ganas de saludarlas. Veo prados delimitados por pretiles de piedra a ambos lados del camino y cruzo por un animado corral de gallinas y gansos antes de toparme con un desvío a la derecha que desciende hasta un cuadrilátero rodeado por cipreses en posición de firmes. El perro de caza ha encontrado el rastro del clavel blanco.

Marina se encuentra agachada en el suelo entre lo que desde la reja de entrada parece un mar de tumbas, un pantano de lápidas de mármol sobre las que se refleja un sol que me deslumbra. Cuando llego a su lado ya se ha puesto en pie. Lleva guantes de fregar y una gamuza en una mano, señal de que ha limpiado la lápida antes de depositar el clavel sobre el mármol. Con la otra mano sujeta el clavel sustituido, un puñado de pétalos caduco y oscuro como un alimento en mal estado o un sentimiento largamente silenciado. Se vuelve hacia mí pero no encuentra mis ojos, quizá porque en ese momento estoy leyendo el nombre que hay grabado bajo la cruz vertical de la tumba.

—Es mi madre —dice Marina, observando un innecesario protocolo.

Siento el deseo de replicar un educado «mucho gusto», pero me limito a inclinar ligeramente la cabeza.

—¿De dónde sacas los claveles?

La pregunta brota de mi interior de forma natural, como una

surgencia lingüística de un diccionario. Estoy seguro de que en cualquier otro escenario Marina se habría molestado por mi imprudente curiosidad, pero no delante de la tumba de su madre. Incluso es posible que comprenda el interés que despiertan en mí esos claveles que aparecen y desaparecen del banco de madera de su patio.

—Me los trae el panadero —responde ella mirando la flor caduca que lleva entre las manos—, junto con el pan, las magdalenas y las tortas de aceite.

Afirmo por pura cortesía, sin comprender la relación que hay entre la repostería y las flores.

—El panadero lleva cada día el pan hasta un vivero que hay cerca de Aínsa —me explica—. Allí le dan las flores.

Sigo afirmando, tal vez porque no encuentro un gesto alternativo para hacerle saber que ahora sí comprendo lo que dice. Y mientras tanto, me pregunto si también el panadero será su proveedor de caramelos y golosinas.

—Se llamaba igual que tú —señalo.

Marina imita el movimiento de mi cabeza y sonríe la amable obviedad de mis palabras.

—¿Nunca te has preguntado por qué es tan frecuente que los hijos se llamen igual que los padres?

Soy consciente de que formulo en masculino una pregunta dedicada a Marina y su madre, y aun así no me siento obligado a añadir ninguna aclaración genérica.

—Los padres bautizan a sus hijos con sus nombres para poder replicarse, como si fueran clones —contesta, ella sí, distinguiendo los géneros—. Las madres en cambio lo hacen para honrar a otras personas, no a ellas mismas.

La miro expectante.

—En nuestro caso a mi abuela. Mi madre me puso el nombre de la suya para que tuviera la oportunidad de volver a la existencia.

Dudo que una sola palabra sea capaz de tanto pero me ahorro el comentario.

—¿Cómo se llama tu hijo? —pregunta Marina con cejas inquisitivas.

—Javier —respondo.

Y le muestro las palmas de las manos en señal de sumisión.

—¿Y tu nieto?

—Igual.

Ella sonríe, yo no. Sólo recuerdo haber nombrado a mi nieto delante de Sebastián, lo que significa que el viejo ha hablado de mí con Marina y quién sabe si con los demás vecinos de Sinia. Es algo que no debería sorprenderme. El interés que suscita un forastero en un lugar determinado es inversamente proporcional al número de sus habitantes, así que soy mucho más interesante de lo que creía.

—¿Y tu padre? —pregunto mirando alrededor.

—No está enterrado aquí.

Me responde con las mandíbulas apretadas, como si estuviera pronunciando y masticando las palabras a la vez.

—¿A él no le llevas flores?

Es una pregunta tan o tan poco inocente como el resto de las que formulo, un simple paralelismo formal a medio camino entre la curiosidad, la lógica y la indolencia, pero provoca un brillo de calor en sus ojos y un gesto de hielo en su boca. Me mira con mal disimulada suspicacia, como si quisiera desenmascararme. Tal vez se esté preguntando por mis verdaderas intenciones, calibrando si se encuentra ante un incauto, un farsante o un imbécil.

—¿Qué es lo contrario de un clavel blanco? —me pregunta elevando la barbilla al cielo, como retándome desde un pedestal.

Balbuceo. El brillo de sus ojos está a punto de inflamarse. No sé qué responder, entre otras razones porque ignoro qué es lo contrario de un clavel blanco. Quizá una cucaracha, una nube de granizo, el vuelo circular de un buitre o las aguas estancadas de un oscuro pantano.

—No lo sé —admito.

Marina me observa fijamente. Su mirada me ofende como la luz del sol reflejada en el mar de tumbas.

—Sea lo que sea —dice agriamente—. Eso es lo que merece la tumba de mi padre.

Y se da media vuelta rumbo a casa, dejándome solo ante el clavel de su madre, sin saber qué hacer. Siento la urgencia de demostrarle que puedo ser un incauto o un imbécil, cualquier cosa menos un farsante, pero me abstengo de seguirla. No creo que sea buena idea continuar hablando en este momento, no al menos hasta que su mirada se enfríe un poco. Tampoco quiero permanecer en el

cementerio ni un segundo más. Es posible que en estas aguas de mármol haya tiburones hambrientos de incautos e imbéciles.

Vuelvo al camino y observo las peñas, que me atraen con su duplicada gravedad. Parezco un asteroide a punto de trazar una órbita circular alrededor de una frondosa estrella de pinos y rocas. El sol de la tarde alumbra la Peña Clara y esta cubre la Roya, como la cara y la cruz de una moneda. O como una medalla con el relieve de una virgen por un lado y la inscripción de una fecha por el otro, parecida a la que yo mismo llevé colgada al cuello durante los años de mi infancia. Venzo esa fuerte atracción gravitatoria caminando en dirección al pueblo y no tardo en alcanzar el desvío que conduce al bar de Tomás. No he vuelto por allí desde que disputé la final de guiñote y decido acercarme. Así es el cerebro humano: elige lo que ve, no lo que en realidad desea. Y hace coincidir lo que desea con lo que ve porque incluso tengo ganas de darme un baño de multitudes, quién sabe si para jugar unas manos de guiñote, o para descubrir lo que Sebastián ha hablado de mí con sus convecinos.

La puerta está abierta y de la bodega asciende un rumor de voces confundido con una nube de humo. Una nube de voces. Bajo las escaleras y soy recibido por un coro afónico pero entusiasta de viejos conocidos. Tomás me sirve un pacharán y me ofrece una silla a su lado para que pueda seguir la partida que se libra en la mesa más concurrida. Paco y Rafael están jugando contra una pareja que no conozco. Bebo y observo. Paco muestra la misma concentración que cuando jugó contra Marina y contra mí. Rafael está más distendido. Comenta las bazas y se entretiene riendo las ocurrencias de los demás.

—¿Cuándo te arreglan el coche?

Tomás aprovecha el remate de una de las bazas para interesarse por mí.

—Hasta el viernes no lo sabré.

Temo que se interese demasiado y me pregunte qué demonios estoy haciendo en su pueblo en lugar de estar de vuelta en mi casa montado en un vehículo de cortesía. En un taxi o en un autobús, pero por fortuna no lo hace.

—Entonces el viernes por la mañana todavía estarás aquí —deduce.

—Así es.

—¿Y tienes algo que hacer?

—Tengo que ir al taller de Lorién.

—¿Nada más?

—Nada.

Creo que hace muchos años que no tengo la oportunidad de responder algo tan concluyente y simple a la vez. Hasta ahora mi vida ha sido un conjunto de obligaciones y tareas susceptibles de resumirse en las páginas de un dietario, todas ellas ordenadas por horas, días, semanas y quincenas bajo la supervisión de mi jefe de servicio en el hospital y el consentimiento de Laura en casa.

—De puta madre —sonríe abiertamente—. Este fin de semana termina la temporada de caza. El viernes hemos quedado temprano, así que a la hora de comer ya estaremos de vuelta. Podrás ir a ver a Lorién por la tarde.

Ignoro cómo debo aceptar la invitación, si es que es eso lo que acabo de recibir.

—¿Sabes disparar? —pregunta Tomás.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—No lo he hecho nunca.

Se ríe con la boca muy abierta, como boqueando de risa. Supongo que mi forma de responder le parece graciosa, aunque no he pretendido hacer ningún juego de palabras. Simplemente ignoro si sé hacer algo que jamás he hecho.

—Javier se apunta a la batida del viernes —anuncia Tomás dirigiéndose a los presentes.

Un nuevo coro, esta vez de voces y miradas, acepta la noticia de buen grado, algo que me produce extrañeza, seguramente porque su unanimidad me ha vuelto suspicaz. Quizá estén tramando algo contra el forastero, como cuando querían tumbarme con el vino de sus bodegas.

—No tengo licencia de caza —digo, permitiendo que mi suspicacia hable por mí.

—No te hará falta.

—¿Y si aparece la Guardia Civil?

Tomás ríe con la franqueza de un niño.

—La Guardia Civil es de la partida —dice dándome una palmada en la espalda—. No te preocupes. Sólo hace falta un requisito para

salir a cazar con nosotros y tú lo cumples.

Me miro ambas manos, como si de repente hubiera perdido algo.

—¿Qué requisito?

—Haber matado un jabalí.

Y vuelve a palmearme la espalda para rematar su frase, obligándome a asentir sin ninguna convicción, como un escéptico. O, quién sabe, tal vez mi cabeza se esté moviendo como resultado de la onda expansiva que ha producido en mi cuerpo su rotunda palmada. Ni siquiera se me había ocurrido pensar cuál era el objeto de la caza y resulta que se trata de un jabalí como el que he enterrado esta mañana en el pantano.

Paso la siguiente media hora en silencio, escuchando el rumor de la partida como si no estuviera presente. Me sigue atormentando la idea de haber atropellado a un ser vivo, y me disgusta que me consideren un cazador por haberlo hecho. Sin embargo, no rechazo la invitación de Tomás, e incluso siento una hasta ahora inédita curiosidad por salir de caza. No sé por qué.

La partida de Paco y Rafael termina y el grupo se disuelve. Vuelvo a la realidad y miro alrededor. Hay más parejas enfrentándose en otras mesas. Debería acercarme a una de ellas para seguir su juego pero ni siquiera tengo la oportunidad de levantarme de la silla, porque alguien se sienta frente a mí.

—¿Le apetece jugar?

Es Sebastián, con una baraja en una mano y un café con leche en la otra. No respondo inmediatamente, aunque le ofrezco mi mejor sonrisa, como si aceptara su ofrecimiento. A mi memoria vuelven las palabras que pronunció Marina en la carretera el día que me convertí en cazador, cuando aludió a lo molesto que resultaba jugar con una persona incapaz de seguir el juego. Levanto la mirada y busco a Tomás o a Julio para invitarlos a sentarse con nosotros, pero no me hacen caso, seguramente porque no desean batirse contra un rival que consideran inferior. Mientras tanto Sebastián ya ha comenzado a repartir las cartas. Supongo que se ha acostumbrado a que nadie quiera jugar con él y es consciente de que soy su única alternativa. Vuelvo a sonreír y cojo mis cartas. Se lo debo. Él me ha ayudado a transportar a la jabalina hasta el pantano y ha escuchado el testimonio de mi culpa con la discreción de un sacerdote. Y la paciencia de un verdadero amigo, lo que me

produce una inesperada sensación de alivio, no sólo por encontrar ese rastro de camaradería en Sebastián, sino porque me doy cuenta de que la jabalina que yace en el fondo del pantano es la prueba definitiva de que no soy un cazador. No es propio de cazadores enterrar a sus presas.

El guiñote es un juego distinto cuando se practica contra un solo adversario. Mano a mano es posible controlar todas las cartas de la baraja y la fortuna influye mucho más que cuando se juega en pareja. Posiblemente por eso, porque la fortuna se reparte con equidad entre el viejo y yo, no tengo dificultades para jugar con él, ganando y perdiendo alternativamente, sin forzarme a favor ni en contra del resultado, aunque percibo las limitaciones de su memoria y sus frecuentes despistes. Me complace verlo sonreír una décima de segundo antes de cantar un veinte, compartir la expectación con que roba la siguiente carta o contemplar la cara de niño travieso que pone cuando se dispone a matar con un guiñote. Tomás pasa de vez en cuando por nuestra mesa para interesarse por la partida y rellenarme el vaso de pacharán. He perdido la cuenta de los chupitos que he tomado, pero deben de ser ya unos cuantos. El bienestar que experimento comienza a ser demasiado intenso para atribuirlo al altruismo de jugar con un viejo solitario.

Por suerte para mi organismo, Tomás nos trae también un plato de jamón y un poco de pan a modo de merienda.

—¿Tienes botas de monte? —me pregunta el bodeguero sentándose a mi derecha.

—Casi sin estrenar.

—Tendrás que ponértelas —dice—. Y ropa de abrigo. Hará frío.

Sebastián frunce el ceño antes de preguntar.

—¿Nunca ha ido de caza?

Niego con un rápido movimiento de cabeza.

—¿Ni siquiera a la perdiz o la codorniz?

—Nunca.

Imagino que para un hombre de monte no haber ido nunca de caza es como no haber entrado en unos grandes almacenes para un hombre de ciudad.

—Entonces vendrás conmigo —resuelve Tomás, con esa actitud de falso sacrificio que suele adoptar el experto en cualquier materia delante de un neófito—. Te gustará.

—Eso espero.

—¿Y esta noche? —añade Tomás, bajando la voz hasta el nivel de la confidencia—. ¿Te apuntas a la batida?

Sebastián, que ha comenzado a reírse distraída y casi puerilmente, me mira a los ojos y se queda muy serio, lo cual me provoca un desconcierto violento, como si me hubieran atizado una inaudible bofetada.

—¿A qué batida?

—A qué batida va a ser —dice Tomás, colocando una mano sobre mi hombro—. Vamos a ir a Las Tres Sorores.

Sebastián ha concentrado su mirada en la baraja que lleva entre manos, lo que interpreto como un claro gesto de evasión. No quiere participar en la conversación.

—¿Y eso qué es? —me veo obligado a preguntar.

Tomás se hace cargo de mi desorientación.

—Un bar de copas —me dice prácticamente al oído—. Y música.

Entonces comprendo las primeras risas de Sebastián y su repentino cambio de actitud. Comprendo incluso su necesidad de evadirse de la conversación. No parece muy respetuoso invitar a un hombre que acaba de enviudar a ir de copas, aunque sea lo más juicioso que pueda hacer. Bebo otro trago. No creo que Tomás sea un hombre irrespetuoso, así que lo más probable es que ignore mi estado civil y las circunstancias que me han traído hasta Sinia. No puedo saberlo, puesto que ignoro lo que Sebastián ha ido contando sobre mí a sus convecinos.

—¿Y para esta batida también hace falta llevar botas de monte? —pregunto con claros indicios de travesura en la voz.

—Sí, y ropa de abrigo —replica Tomás, dando una palmada en la mesa—, por si la mujer no te deja luego entrar en casa y tienes que pasar la noche al raso.

Y estalla en una sonora carcajada, a la que me sumo de buena gana con el doble objetivo de agradecer su invitación y liberar a Sebastián de sus remordimientos. No quiero que se atormente por mí, especialmente en lo que concierne a mi reciente viudedad.

—Hay una camarera nueva espectacular —continúa susurrando el bodeguero—. Tiene las tetas más grandes del valle, contando las vacas de Paco. Ya lo verás.

Y entonces soy yo quien teme que nos escuche alguien, una

mujer que pueda sentirse ofendida por el comentario. Siento un escalofrío que pasa por mi cuello en dirección a mi cabeza y me sirvo otro chupito de pacharán. De pronto temo que Laura se despierte y pueda escuchar lo que estamos hablando. He pasado tantos años de mi vida evitando que escuchara palabras incómodas o prohibidas, que he acabado desarrollando un hábito de censura del que todavía no me he liberado.

Tomás me mira con las cejas levantadas, como quien espera una respuesta. Está claro que su ofrecimiento es firme. Sebastián sigue ausente. No sé qué hacer. Supongo que debo rechazar su invitación, pero no quiero dar demasiadas explicaciones. O tal vez debería aceptarla, aunque sólo sea por lo halagado que me he sentido al recibirla. En todo caso, no hago ni una cosa ni la otra. Un rumor de pasos reclama nuestra atención desde las escaleras. León aparece en la bodega y se dirige directamente hacia mí.

—Tienes que acompañarme —dice.

Y, pese a que en cierto modo se trata de otra invitación, esta vez no me siento nada halagado.

11

Lo primero que pasa por mi cabeza es que Lorién ha conseguido las piezas de repuesto y va a entregarme el coche antes de lo previsto, una posibilidad que me disgusta hasta más allá de lo que podría considerarse razonable. No tengo la oportunidad de hablar con León en el camino hacia Aínsa porque la radio de su coche patrulla no lo deja en paz ni un minuto. Cuando le pregunto directamente qué es lo que sucede, el guardia civil se ampara en uno de esos formulismos que no transmiten ningún significado, como palabras pronunciadas en un idioma desconocido.

—Ahora lo verás.

Y continúa colgado de la radio, sin hacer ningún gesto que me resulte comprensible, obligándome a pensar en la razón por la que un guardia como él podría reclamar la presencia de un civil como yo, lo que no tarda en convertirse en un entretenimiento que me mantiene ocupado hasta que llegamos al cuartel de la Guardia Civil.

—Es por aquí.

León me abre paso por una escalera que asciende entre el eco de nuestras pisadas hasta el primer piso. Me hace tomar asiento en un despacho un tanto destartalado, frente a una mesa en la que hay un ordenador del siglo XX, y se disculpa por tener que ausentarse un momento. Me siento desnudo y descalzo, observado y analizado como si me encontrara en una sala de interrogatorios con mampara de cristal y falso espejo.

Trato de distraerme observando la estancia, lo que me provoca un incómodo desarreglo orgánico, igual que si acabara de regresar de un largo viaje en el tiempo. O tal vez sean los efectos secundarios del pacharán que he tomado en el bar de Tomás. Veo un archivador de los años setenta, un retrato del rey de los ochenta y una lámpara halógena de los noventa. Todo del siglo XX. Me levanto de la silla y miro hacia la puerta. Un objeto de brillantes

colores reclama mi atención desde el pasillo. Me acerco a él y compruebo que es un inofensivo correpasillos, un juguete que indica la cercana presencia de un niño pequeño. Sonrío aliviado. El viaje en el tiempo me conduce a la primera infancia. Me encuentro en una casa cuartel, un edificio con una doble finalidad, como su propio nombre indica, donde se mezcla lo profesional y lo familiar con un cierto e inevitable desorden.

León aparece por el vuelo superior de las escaleras con una servilleta entre las manos y restos de comida en la boca.

—Tenía mucho apetito —dice conduciéndome de nuevo al despacho—. Hoy no he podido sentarme a comer como es debido y no he tenido más remedio que subir a hacerme un bocadillo.

No sé cómo reaccionar al escucharlo. Mi sonrisa de alivio puede convertirse en un ataque de risa o una mueca de disgusto. No esperaba que me hubiera dejado solo para hacer algo tan primario como comerse un bocadillo, lo que confirma que no hay sentido más exagerado e impresionable que la imaginación, el famoso sexto sentido del que tanto hemos oído hablar. León se sienta al otro lado de la mesa y enciende el ordenador, mientras se limpia los labios y las manos y arroja la servilleta a una papelera coetánea del archivador en la que no me había fijado antes. Teclea algo, probablemente sus claves de acceso, y gira el monitor para que pueda verlo.

—Mira —dice.

Pulsa enter, amplía una foto en la pantalla y me muestra a un sujeto sonriendo de satisfacción. No me cuesta reconocerlo. Soy yo. Me acuerdo incluso del día en que me tomaron esa foto. Fue cuando Javier leyó su tesis doctoral, hará cerca de un año.

—Te están buscando.

La foto es tan reveladora que no sólo muestra a la persona buscada, sino también a quien va en su busca. Javier posa junto a mí.

—Es mi hijo —digo señalándolo en la pantalla.

León abre una carpeta que hay sobre la mesa y lee.

—Se llama Javier García.

—Así es.

—Y busca a Javier García.

León me mira con una brusquedad que resulta amablemente

cómica. Es evidente que está haciendo un esfuerzo para comprender la situación y, quizá por eso, porque la situación es sencilla y a la vez difícil de explicar, me siento durante unos segundos como el propietario del correpasillos que hay al otro lado de la puerta.

—Tiene veintiocho años —continúa leyendo—, es médico, busca a su padre de cincuenta y cinco años, también médico.

Vuelve a mirarme bruscamente, casi con fiereza, tal vez para disimular la risa que acaso le busca la boca. No creo que se haya enfrentado muchas veces a un caso similar. Parece un episodio de ciencia ficción en el que alguien encarga a la Guardia Civil que busque su rastro en el futuro. Yo, sin embargo, tengo que hacer un esfuerzo por esbozar una sonrisa que disimule mi disgusto.

—Él es Javier García Romero —aclaro—, yo soy Javier García Pazos.

León hace un inequívoco gesto con las cejas enarcadas y la nariz prominente pidiendo que lo demuestre. Saco mi cartera y le entrego mi documentación. Toma nota de mi número de identidad y me la devuelve.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta reclinándose sobre el respaldo de la silla.

Recojo una mano dentro de la otra y apoyo la barbilla sobre ellas. No sé por dónde empezar ni qué debo contarle. Desconozco lo que sabe y lo que ignora. Ni siquiera sé si estoy obligado a hablar con él, dado que no he cometido ningún delito ni he sido acusado de nada en concreto. Decido contraatacar con otra pregunta.

—¿Qué quieres saber? —digo.

—¿Por qué te busca tu hijo?

—Porque no sabe dónde estoy.

—¿No llevas teléfono móvil?

—Se ha quedado sin batería.

—¿Por qué no le has llamado desde el bar de Tomás o desde casa de Mari?

—Porque no quiero que sepa dónde estoy.

Se frota la cara con las palmas de las manos y se acoda en la mesa, gesto que aprovecho para reclinarme sobre el respaldo de mi asiento. Es una manera como otra cualquiera de seguir manteniendo las distancias, supongo que porque en el fondo me siento intimidado por su legítima curiosidad.

—¿No quieres que venga a buscarte?

—No.

—¿Por qué? —Separa las manos invitándome a que me explique —. ¿Qué es lo que has hecho?

La situación exige una explicación, aunque no estoy seguro de quién se la debe a quién.

—Es un asunto privado entre nosotros dos —digo—. No creo que sea de la incumbencia de la Guardia Civil.

León me muestra su sonrisa y dispone las manos sobre la mesa para demostrar que no esconde nada.

—No enfadarse, tranquilo —dice—. Nadie te ha acusado de nada.

Asiento con firmeza.

—Entonces —replico—, ¿por qué debo responder a tus preguntas?

Se encoge de hombros.

—Hay varias razones —contesta.

—Dime una.

—Estás en mi jurisdicción.

—¿Y eso te da derecho a interrogarme?

—Sí, si creo que ocultas información que puede afectar a algún vecino de esta jurisdicción.

Lo miro con ojos de incrédula sorpresa.

—¿De qué estás hablando?

—Te diré de lo que estoy hablando —contesta levantándose—. Estoy hablando de un tipo que aparece de pronto en un tranquilo pueblo de montaña, se aloja en casa de una voluntariosa lugareña, a la que en teoría no conoce de nada en absoluto, y casi inmediatamente comienza a interesarse por su pasado.

Mi cara responde por mí antes de que encuentre las palabras adecuadas para expresar mi asombro. Debo hacer un meritorio ejercicio de memoria para comprender que se está refiriendo a la conversación que mantuvimos en su coche patrulla cuando me trajo por primera vez a Aínsa.

—¿Eso? —digo volviéndome hacia la puerta, que es adonde se ha dirigido—. Era simple curiosidad. No creo que haya motivos para ser tan suspicaz.

—A mí me pagan por ser suspicaz —dice cerrando la puerta—,

¿por qué te pagan a ti?

Estoy tentado de responder que, entre otras cosas, por diagnosticar lesiones en el cerebro pero logro guardar silencio. Podría tomárselo como un insulto.

—¿Qué crees que soy? —contesto separando los brazos, como quien se rinde a la evidencia—. ¿Un detective privado o algo así?

Esta vez no puede contener la risa que surge de su boca. Es una cascada de franqueza tan auténtica que no me ofende. Vuelve a la mesa y se sienta ante el ordenador.

—Tranquilizarse un poco —dice preparado para teclear mis respuestas—. ¿Dónde trabajas?

—En el Hospital Universitario.

—¿En qué especialidad?

—Neurología.

Por desgracia no llevo encima mi acreditación para demostrárselo. Habría sido más útil que, por ejemplo, nombrar todos los proyectos de investigación en los que participo.

—¿Cómo se llama tu jefe de servicio?

Resoplo de impaciencia. Me disgusta ver atacada mi intimidad, especialmente si es para demostrar que no soy un embustero.

—¿Tengo que responderte?

—Es sólo una pregunta, Javier —dice después de emitir un sonoro suspiro—. No mosquearse, por favor.

—Se llama Ramón Silva. Tiene sesenta y dos años, es natural de Salamanca y le encanta el arroz con bogavante.

León pasa por alto mi sarcasmo, toma nota de lo que digo y recapacita durante unos segundos.

—Tendrás que disculparme, pero mi deber es hacer un par de llamadas para comprobarlo.

—Si lo haces, mi hijo sabrá dónde estoy.

—No voy a llamarlo a él.

—Es igual —replico haciendo un gesto de desprecio con la mano —. Trabaja en el mismo hospital que yo y se enterará.

Mi interrogador vuelve a encoger los hombros y pone los ojos en blanco. Es su forma de decirme que hemos llegado a una especie de acuerdo: yo no tendré que responder a más preguntas y él no se compromete a mantener el secreto de mi paradero. En ese momento alguien llama a la puerta. Es un guardia joven que reclama la

presencia del sargento.

—Perdona un momento.

León sale al pasillo y habla con su compañero durante unos minutos que yo empleo en repasar la conversación que acabamos de mantener. O de intentarlo, porque todavía siento los efectos del pacharán corriendo por mis venas. Está claro que León ha tratado de jugar a polis y cacos conmigo, haciendo unas veces de poli bueno y otras de poli malo. Su actitud ha sido algo peliculera, demasiado condescendiente para ir en serio y poco informal para ir en broma, como si estuviera interpretando un papel previamente aprendido.

No comprendo qué clase de secreto esconde Marina para levantar tanta suspicacia en su amigo el guardia civil. Mi curiosidad se ha multiplicado como por arte de encantamiento. Necesito saber por qué se fue del pueblo, a qué se dedicó durante el tiempo que pasó en Barcelona y para qué demonios ha ido esta mañana a Barbastro con una bolsa de golosinas, preguntas todas ellas que se atropellan en mi cerebro y me obligan a sonreír, quizá porque me hacen comprender que en realidad soy yo el que quiere jugar a polis y cacos.

—No te molesto más —dice León regresando a la estancia—. Puedes irte.

Me levanto de la silla y choco la mano que me ofrece.

—¿Cómo voy a irme? —replico—. Aún no tengo coche.

Él da una sonora palmada al aire.

—Joder, es verdad —dice.

—¿Estoy a tiempo de coger algún autobús o algún taxi?

Soy consciente de que no es una verdadera pregunta sino tan sólo una fórmula de cortesía.

—Olvidarse de eso —rechaza León negando con firmeza—. Yo te llevaré de vuelta a Sinia, no te preocupes, pero antes debo pedirte un favor.

Lo miro asintiendo. No me va a quedar más remedio que aceptar lo que quiera proponerme.

—Acompañarme a cenar —dice tocándose el abdomen—. Sigo estando muerto de hambre.

Acepto su propuesta de inmediato, aunque ni siquiera ha quedado claro si se trata de una verdadera invitación. Es igual. En

realidad soy yo quien estaría encantado de invitarlo a una buena cena, pese a correr el riesgo de hacerle creer que estoy comprando su silencio para que no haga esa llamada al hospital.

Abandonamos la casa cuartel y cruzamos el puente que hay junto a ella. Debajo suena el río. Encima ya ha anochecido. La acera es tan estrecha que tenemos que caminar en fila india, uno detrás del otro, como una auténtica pareja de la Guardia Civil. León señala hacia delante para indicarme que nos dirigimos al bar en el que esperé a Marina el otro día, lo cual me intranquiliza y desconcierta, supongo que por la embarazosa presencia de los dos ordenadores con conexión a Internet. Una puerta de acceso al mundo del que estoy huyendo. El bar está menos concurrido que el otro día. Nos sentamos en una esquina, junto a la cristalera que muestra el cauce principal del pueblo. Sin preguntarme qué deseo tomar, León pide dos cervezas y la carta de raciones y bocadillos.

—Perdonarme si te he avasallado antes —me dice después de dar el primer sorbo a su jarra de cerveza.

Me atraganto y toso. Lo último que esperaba escuchar era una disculpa.

—Tranquilo.

—No es nada personal —dice.

Y, una vez más, extiende las palmas de las manos sobre un imaginario cristal que nos separase.

—Es sólo —añade, dejando en silencio un segundo de suspense — que no entiendo qué cojones estás haciendo aquí…

En ese momento una de las camareras deposita un papel plastificado sobre la mesa, ocasión que aprovecho para dejar de sostener la pesada mirada del guardia.

—… y espero que algún día me lo digas.

Vuelvo a soportar su mirada. Ahora pesa más que antes, tanto que me dan ganas de levantarme de la mesa y marcharme de allí. No esperaba que el interrogatorio prosiguiera fuera de las dependencias de la casa cuartel. Quizá me haya invitado a cenar para averiguar más cosas sobre mí.

—De momento lo único que voy a decirte es lo que quiero para cenar —respondo—, y eso que no veo arroz con bogavante en la carta.

Y provoco una nueva carcajada de aprobación en su rostro. Está

claro que a León le agradan las respuestas audaces, especialmente si mezclan la osadía con un poco de sentido del humor.

—Tú dirás.

La camarera ha vuelto con una libreta y un boli. Pido una ración de callos, una ensalada de anchoas y una botella de vino. León se apunta a los callos y añade a la comanda unas madejas al ajillo y unos huevos rotos. Y una botella de gaseosa para acompañar el vino. Ignoro si él también ha pedido lo más fuerte que había en la carta con el único objetivo de intimidarme, como he hecho yo pidiendo los callos, o si acostumbra a cenar con esa contundencia.

Terminamos las cervezas y abrimos el vino. Se trata de un caldo cosechero que admite una buena dosis de gaseosa bien fría. La camarera trae las madejas y la ensalada de anchoas. León aplaude los platos con las manos y los ojos, y comienza a devorarlos mucho antes de que lleguen a su boca. Mi estómago también agradece la presencia de algo sólido que le ayude a empapar el vino y la cerveza. Y el pacharán que todavía recorre mi cuerpo. Nos sirven dos cazuelas de barro con el guiso de callos y una botella más de gaseosa. Pronto necesitaremos otra de vino.

León y yo nos hacemos gestos de complacencia. Todo está exquisito, en su punto de sal y temperatura. En mi caso los gestos tratan de paliar la ausencia de palabras. No sé de qué puedo o debo hablar con León. No quiero volver a nombrar a Marina y me niego a contarle nada relacionado conmigo porque sé que podría volverse en mi contra. Por suerte es él quien toma la palabra y comienza a hablarme sobre la caza. Lo hace justo cuando la camarera nos trae los huevos rotos y la nueva botella de vino. Sabe que Tomás me ha invitado a la batida del viernes y trata de describir lo que voy a encontrarme. Me habla de los perros, las armas automáticas, la forma en herradura de los puestos de tiro y el almuerzo a base de cecina curada y tocino crudo que llevará Tomás.

—¿Y a la otra batida no te han invitado? —añade.

Tampoco sé qué debo responder. Me encuentro ante un agente de la ley y desconozco sus límites, los de la ley, pero algo me dice que no debo comportarme como un timorato esta vez.

—Lo han hecho.

—¿Y no has querido ir?

—No me has dejado tú. Acababan de proponérmelo cuando has

aparecido en el bar de Tomás.

—Siento haberte fastidiado el plan —dice mientras mastica—, pero no preocuparse. Luego te llevo a Las Tres Sorores.

Es evidente que no está al corriente de mi reciente viudedad y, desde luego, no voy a ser yo quien le informe al respecto. No quiero darle ni una sola pista sobre mí ahora que sé que me vigila, incluso cuando comemos y bebemos juntos. En realidad tampoco me apetece ir al bar de copas, pero no sé cómo hacérselo saber sin poner en riesgo mi presunción de inocencia, de modo que otorgo por medio del silencio y relleno los vasos de vino. En ese momento se escuchan las bisagras de la puerta e instintivamente volvemos la mirada hacia allí, como dos autómatas. Son Marina y Lorenzo. Se acomodan frente a la barra, en uno de sus laterales, justo al lado de los ordenadores capaces de conectarse con mi pasado. León reclama su atención en cuanto los ve.

—Mari —la llama—, venirse para aquí, que hay sitio de sobras.

Marina se baja del taburete y camina hacia nosotros sin emitir ningún signo de aprobación o sorpresa. Creo que sigue un instinto igualmente automático, quizá inevitable, el de obedecer una orden de alguien que viste de uniforme. Toma asiento junto a mí y prepara una silla para que también lo haga Lorenzo, que aparece detrás de ella con un café en cada mano.

—Qué ven mis ojos —exclama León—. No me digas que os habéis arreglado.

—Hablas como si estuviéramos estropeados —replica Lorenzo.

—Tú sí lo estás, so cabrón. La otra noche te fuiste del campeonato de guiñote derrapando a toda hostia con el coche. Y ya sabes lo poco que me gustan esas cosas.

León le habla con esa falsa autoridad cargada de palabras malsonantes que esconde una sólida camaradería.

—A ti qué te importa si nos hemos arreglado o no —contesta Marina, blandiendo el sobrecito del azúcar a modo de bandera de tregua—. Hemos quedado para tomar un café y hablar de lo nuestro a solas.

Habla y fulmina con la mirada al guardia civil, como si pronunciase las palabras con la ayuda de sus párpados. Es evidente que hemos violado su intimidad, si es que puede violarse algo así en un bar de provincias a la hora de la cena.

—No preocuparse —dice León, dándose por aludido—. Nosotros nos iremos enseguida. Tenemos cosas que hacer.

Me da un significativo codazo de complicidad y me obliga a mostrar una sonrisa que, pese a todo lo que he bebido, está muy lejos de mi boca.

—Antes de irnos nos tomaremos un café —añade levantando la mano para llamar a la camarera—, aunque os advierto que podéis hablar de lo que queráis en nuestra presencia. Yo soy un agente de la ley y aquí el doctor García Pazos ha hecho un juramento de confidencialidad.

Estoy tentado de responder que los juramentos médicos sólo afectan a lo relacionado con las enfermedades de los pacientes, no con la vida íntima de sus conocidos, pero una vez más logro guardar silencio y soportar la broma con el mismo estoicismo que Marina. La camarera toma nota de nuestros cafés, más cuatro chupitos de aguardiente que pide León.

—¿No me preguntas por tu coche?

Lorenzo me mira con mal disimulada insolencia, supongo que porque la reparación de mi vehículo y mi estancia en casa de su exnovia están íntimamente ligadas.

—Tu hijo me dijo que hasta el viernes no estaría arreglado.

—No te preocupes —contesta—, con un poco de suerte las piezas no llegarán hasta el lunes.

Asiento despreocupadamente. No estoy dispuesto a dejarme acorralar por la celosa ironía de un hombre de mi edad, menos aún cuando hace ya un rato que siento el balsámico efecto del vino en mi conciencia. En estos momentos todo comienza a darme igual, incluido el brillo azulado que despide la melena de Marina.

La camarera sirve los cafés y los chupitos, lo que provoca en la mesa otro gesto inevitable, esta vez accionado por un automatismo social. Levantamos los vasos y brindamos en silencio por una causa desconocida, quizá para que lleguen de una vez las piezas de mi coche y me vaya lo antes posible de aquí. León le pregunta a Lorenzo por uno de sus todoterrenos, que también está en su taller. Marina aprovecha la ocasión para excusarse un momento. Tiene que hacer una consulta. La sigo con los ojos y veo que se sienta ante uno de los ordenadores. Casi sin pensarlo, apuro mi chupito y me acerco a ella, quién sabe si magnetizado por el brillo de su pelo. O

simplemente huyendo de la ironía de su exnovio.

—¿Qué miras?

Tengo que hacer un esfuerzo para pronunciar correctamente las consonantes de mis palabras, lo que significa que el alcohol ha llegado ya al hemisferio lingüístico del cerebro.

—La predicción meteorológica.

—¿Para qué?

—Quiero saber si va a llover.

—¿Por qué?

Marina me mira con un gesto de pereza, como quien está a punto de hartarse de algo. O de alguien. Además creo que, pese a mis esfuerzos, se ha dado cuenta de que me cuesta expresarme correctamente.

—No me mires así —le pido parpadeando a la defensiva—, lo normal es consultar la predicción de las lluvias si se tiene algún plan en concreto. Un partido de fútbol, una barbacoa, una boda o un viaje a Barbastro.

Ella entorna la mirada y eleva los pómulos pero no responde a mi provocación. No está segura de mis intenciones, tal vez porque es difícil que un tipo que habla farfullando tenga ningún tipo de intención.

—Yo sólo quiero saber cuánto va a llover, no cuándo.

La repentina firmeza de su voz me hace sonreír. Marina pertenece a esa clase de personas que muestra su energía cuando los demás se relajan. Y viceversa. Un verdadero espíritu de contradicción con el cabello más bonito que he visto jamás.

—¿Para qué quieres saber semejante cosa?

Su pulso se acelera y sus pupilas se dilatan. Está a punto de levantarse y volver junto a Lorenzo.

—Para saber cuándo va a desaparecer ese maldito pueblo debajo del agua —dice congelando la ebriedad de mi sonrisa.

No soy capaz de responder nada más. Me siento mal. No he sabido comprender que la cercanía de sus pupilas era el desnudo anticipo de la sinceridad. Sus ojos reflejan la luz de la pantalla del ordenador con una intensidad húmeda, aunque ignoro si se trata de una humedad triste o rabiosa. La veo introducir el nombre de Sinia en el buscador meteorológico mientras me pregunto por qué quiere que el pueblo viejo desaparezca bajo las aguas, una cuestión

peliaguda, que se hace imposible de responder cuando el pacharán, la cerveza, el vino y el aguardiente circulan por las arterias rumbo a los órganos de la conciencia. La pantalla del ordenador refleja los resultados de la búsqueda con iconos de nubes negras y gotas de agua. Durante las próximas horas va a llover de manera intensa en Sinia, quizá para diluir la humedad que brilla en los ojos de Marina.

En ese instante León se levanta ruidosamente de la silla con intención de marcharse, no sin antes palmear a Lorenzo en la espalda a modo de varonil despedida. Se acerca a la barra para pagar la cuenta y me hace un gesto desde la puerta de salida.

—Venirse conmigo.

12

Me dejo guiar como un chiquillo. O como un cordero. Subo al coche patrulla, me abrocho el cinturón de seguridad y apoyo la cabeza en la ventanilla. Siento que me mareo, y eso que el coche no ha empezado a moverse todavía. Lo que se mueve son las nubes del cielo a causa del viento que se ha levantado. León me mira con una traviesa sonrisa a medio camino entre la burla y la conjura. No sé a qué clase de bar de copas me lleva, así que es posible que se trate de la sonrisa de un macho dispuesto a compartir el favor de unas hembras. No debemos olvidar que en nuestra tribu la competencia por el sexo ha quedado reducida a una mera y aséptica formalidad monetaria.

Nos dirigimos al sur por la carretera que conduce hacia Barbastro. En el trayecto comienza a llover. Marina estará contenta ahora que la torre de la iglesia se sumerge en el agua celestial. Ella sabrá por qué. León, sin embargo, blasfema contra la lluvia. Está harto del clima de las montañas y echa de menos la luz y el calor del sol, sin duda el horizonte al que se dirigirá cuando decida huir de aquí.

Mis ojos se cierran y estoy a punto de dormirme. O puede que me haya dormido durante unos minutos. En cualquier caso un brusco frenazo me despierta. Y me provoca un pinchazo de dolor en el cuello. Hemos llegado. Nos encontramos en una gasolinera con tienda y bar. León se apea y se recoloca la camisa y el pantalón, aunque ignoro si se está acicalando para resultar más atractivo o preparando para entrar en combate. No sé si venimos a tomar unas copas, a echar un polvo o si en realidad vamos a hacer una redada. Ni siquiera sé si hemos abandonado esa jurisdicción suya que guarda con tanto celo profesional. Hay otros coches aparcados junto al nuestro. Y dos camiones. Sigo a León como un cordero. O como un chiquillo. Accedemos a un salón espacioso, con barra en forma

de ele, jarras de cerveza colgando encima, mesas para comer enfrente, reservados separados por biombos de madera, pista de baile y hasta un pequeño escenario en una de las esquinas. La luz es tenue y la música suena alta, creando una atmósfera que resulta acogedora, quizá porque no es fácil escuchar lo que nadie dice. Un hombre y una mujer sirven copas detrás de la barra. El tamaño del pecho de la mujer no llama mi atención, aunque puede que sea por la falta de luz.

—¡Qué honor! —exclama esta última con abundante guasa—. Si ha llegado la todopoderosa autoridad.

—Menos cachondeo, Isabel, guapa.

León sonríe a la defensiva, como quien de pronto ha dejado de tener el control de la situación. Tal vez por eso mismo, mientras los veo besarse en ambas mejillas, me parece estar asistiendo a la rendición de un país en guerra. León le está entregando la autoridad a Isabel.

—Este es Javier —dice señalándome—. Está de paso.

—Encantada. —Ella me ofrece su mano—. Aquí todo el mundo está de paso.

Hago una reverencia con mi dolorido cuello mientras sonrío. Es posible que Isabel la considere una sonrisa de cortesía. También es posible que León piense que actúo bajo los efectos secundarios del alcohol. Si es así, ambos se equivocan. No estoy tan encantado ni tan borracho, no después del rato que he pasado sentado junto a León, en el asiento del copiloto. Sencillamente me hace gracia el rancio costumbrismo con que se tratan el uno al otro.

—Hay mucha gente —dice León.

Y tiene razón. La barra está llena de parroquianos. Y también de algunas parroquianas vestidas de fiesta, quién sabe si celebrando algo entre hombres de ojos brillantes y mejillas encendidas. Ellas llevan los colores en los labios y ellos en los ojos. León saluda al camarero chocando las manos con los pulgares hacia arriba, como si fueran a echar un pulso. Es otro de esos inconfundibles gestos de la camaradería masculina.

—¿Qué quieres tomar? —me pregunta.

—De momento nada —contesto—. Necesito ir al baño.

El suelo de madera cruje bajo mis botas, y durante un instante, mientras camino entre las mesas siguiendo las indicaciones que he

recibido, me siento como el *cowboy* de las montañas en el saloon del pueblo. Echo de menos al pianista y las coristas. Y las escaleras que conducen a las habitaciones del piso superior. Entro en los servicios. Me lavo las manos y la cara. Y, aunque todavía no sé exactamente a qué hemos venido, me mojo el pelo con intención de peinarme, quizá contagiado del automatismo que provocan los labios de colores en un macho heterosexual sano.

Cuando salgo me encuentro con Julio, que no se extraña lo más mínimo de verme allí. Al contrario, se apresura a señalar hacia uno de los reservados donde Tomás y Paco juegan a las cartas sobre un tapete rodeado de vasos de tubo. Es la célebre batida de Sinia. Me acerco a ellos y saludo.

—Creíamos que ya no vendrías —dice Tomás señalando una silla que hay a su lado. Luego se vuelve hacia Julio—. Tráele algo de beber a Javier, que es forastero.

Tal vez los paisanos de Sinia hayan decidido tumbarme de una vez por todas.

—No estaréis jugando al guiñote —digo con el tono que media entre la sorpresa y el amable reproche.

Tomás y Paco afirman en silencio hasta que coinciden en una simétrica carcajada, como si uno fuera el reflejo del otro. No me extraña que rían, sobre todo si sus cubatas están bien cargados.

—No es lo que parece —responde Tomás sin mirarme—. Jugamos para ver quién paga la siguiente ronda.

—Los cubatas saben mejor cuando los paga un perdedor —añade Paco.

Es una forma como otra cualquiera de batirse en duelo, una variación, digamos, lúdica y rural de un combate de espadas. O de copas. Julio me ha traído un gintonic y me hace señas para que mire hacia la barra. Ha aparecido una segunda camarera y, esta vez sí, su pecho reclama toda mi atención. Y la del resto de mis congéneres. Es una joven rubia de aire exótico. Viste una camiseta de tirantes tan ajustada como los rasgos de su rostro. Ni una ni otros parecen de la talla apropiada.

León continúa en la barra tomando una cerveza junto a Isabel y una chica delgada que de inmediato me trae un amargo recuerdo visual. Suspiro con la misma intensidad que si estuviera fumando. Paco canta un veinte en oros, muestra el as y el tres y da por

terminada la partida lanzando una exclamación triunfal, lo que supone que el más hábil y afortunado se va a aprovechar del que lo es menos, como por otra parte sucede en la mayoría de las especies que pueblan este planeta. Toda una lección de etología animal en Las Tres Sorores. Paco y Tomás se dirigen a la barra, dejando la mesa vacía y la baraja libre.

—Siéntate ahí —me indica Julio.

Y me señala la silla frente a la que se acaba de sentar.

—El que gane puede ir a hablar con ella.

Y vuelve a mirar a la camarera, provocando a la vez mi interés y mi desconcierto.

—Es psicóloga —añade.

Y sonríe, dejando en evidencia mi desconocimiento de las costumbres locales. Ignoro cómo se ganan o se pierden los derechos y los privilegios, como por ejemplo el de hablar con la camarera psicóloga. No obstante reparto y juego. No me atrevo a mirar hacia la barra por si nuestra rivalidad ha molestado al objeto de nuestra disputa. Por nada del mundo quiero herir la sensibilidad de nadie. Julio juega con el desenfado de quien no tiene tantos reparos. Incluso es posible que considere respetable y moral todo lo que puede resolverse mediante una batalla de naipes.

El juego me anima y el ánimo me da sed. Y no sólo me bebo el gintonic que me han servido, sino que pido otro igual de cargado. Julio canta dos veintes y me gana la partida. Dos a una a mi favor. Y el duelo de cartas es a un coto. Él reparte. Me da el tres de triunfo y dos reyes. Hay esperanzas. Robo una sota y canto un veinte, pero no me llegan más triunfos en toda la partida. Cuando ya no hay cartas para robar se materializa mi suerte. Julio responde a mi as de espadas con su tres del mismo palo, regalándome veintiún puntos que, junto con el veinte, me catapultan a la victoria final.

No es propio de un consumado jugador descartarse a destiempo, así que atribuyo mi victoria a la dificultad de mi rival para concentrarse en el juego en un universo de música marchosa y labios de colores. Me levanto y me dirijo hacia la camarera. Deposito mi vaso sobre la mesa sin decir nada, dejando claro que quiero otro gintonic. Y que traigo el envase. Ella me lo sirve y se acoda frente a mí, como si supiera que he ganado el legítimo derecho de hablarle. Sus ojos recorren mis facciones, desde el

cabello a la barbilla, igual que si me estuviera escaneando.

—¿De dónde eres? —le pregunto.

—De la Argentina.

Asiento y bebo.

—¿Qué haces aquí?

—Te estoy mirando.

Sonrío y bebo.

—Estás lejos de tu tierra.

—No tanto.

Pestañeo y bebo.

—Nací en Mendoza.

—¿Dónde?

—Cerca de los Andes.

Frunzo el entrecejo.

—Las montañas se parecen en todos los sitios.

Doy el trago final al gintonic. Por fin la entiendo.

—¿Cómo te llamás? —me pregunta.

—¿Cómo quieres que me llame?

Esta vez es ella quien sonríe. Me prepara otro gintonic, se sirve un chupito y brindamos por la ocurrencia, después de lo cual le digo mi nombre.

—Soy Diana —responde ella.

—Prefiero llamarte Rebeca.

No sé quién de los dos se sorprende más al escuchar mis palabras. El alcohol ha tomado el control de mi conciencia y se ha hecho fuerte en mis estructuras cerebrales. He dejado de ser yo.

—Muy bien —admite Diana—, podés llamarme Rebeca si es lo que deseas, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que me digás por qué.

Su osadía nos provoca un nuevo y mutuo acceso de risa.

—Porque así es como se llama la mujer de mi hijo.

Diana deja el chupito sobre la barra con suma cautela, como quien no quiere que sus gestos resulten expresivos, pero su frente se pliega una décima de segundo, el tiempo suficiente para demostrar que es capaz de reconocer una perversión cuando la tiene delante.

—¿Te referís a tu nuera?

Su pregunta vuelve a hacerme sonreír. Quizá crea que una sola

palabra puede cambiar la realidad de las cosas. Tal vez sea una psicóloga poetisa.

—A mi nuera Rebeca, sí —afirmo convencido y temerario—, la mujer que me volvió loco.

Doy otro sorbo al gintonic con la seguridad de que, si sigo bebiendo, seré incapaz de recordar lo que estoy viviendo. Me siento como el suicida que se ha tomado ya media caja de barbitúricos y sostiene la otra media en la mano.

—No pongas esa cara de susto —añado con hombros encogidos y manos extendidas—. Es la cosa más normal del mundo.

Diana no se atreve a responderme. Y en las presentes circunstancias eso significa que no aprueba mi sentido de la normalidad. No es necesario que lo exprese con palabras esta vez, quizá porque no es una poetisa después de todo.

—No soy el único padre del mundo que se vuelve loco por la esposa de su hijo —digo casi sin respirar, con la voz rasgada por la rabia y el alcohol—. Nos ocurre a muchos. Es la ley de la naturaleza. ¿No lo sabías?

—No tenía idea.

Niega con una rotundidad difusa, como si en lugar de contestar a mi pregunta quisiera expresar un juicio negativo en mi contra.

—Pues así es —recalco—. No es más que una reacción animal que sucede cuando una hembra hermosa se interpone entre dos machos.

Diana abre la boca, probablemente para defender la legitimidad de la pareja que uno de esos machos forma con la hembra, o viceversa, pero yo mismo se lo impido.

—Ya sé lo que vas a decir —digo, en realidad, sin saberlo—, y te aseguro que te equivocas. Ninguna hembra pertenece a un solo macho, por mucha legitimidad y ceremonia que haya mediado entre ellos.

Termino de hablar y levanto la mano igual que hacen mis alumnos cuando tienen dudas y quieren preguntar algo. Pido más bebida. Diana me mira con ojos inquietos. Puede que esté calculando el grado de alcohol que circula por mis venas. O tal vez se ha escandalizado al escuchar el salvaje machismo que supura mi discurso.

—Espero que no me tomes por un chiflado —continúo diciendo

con un nuevo gintonic en la mano—. Sé bien lo que digo. Las hembras sois el recipiente de la vida, las demiurgas todopoderosas capaces de generar nuevos seres vivos. Y por esa razón no debéis pertenecer a un solo hombre.

Ella compone la mueca de la duda, mientras yo sonrío y sigo bebiendo.

—¿Por qué no? —dice—. Yo siento que pertenezco a un solo hombre.

Y señala hacia el camarero que se encuentra en el otro extremo de la barra.

—Pues te equivocas —la corrijo—. Tú eres una mujer hermosa y eso te convierte en la dueña del mundo. Puedes ser de quien quieras, las veces que quieras, cuando quieras.

Ella aprieta los dientes y agarra una botella con la mano, pero afortunadamente la usa para rellenarse el vaso.

—No te ofendas —niego, convirtiendo mi dedo índice en un metrónomo—. La hembra es quien elige a su pareja en la mayor parte de las especies animales.

—No me digás.

—Así es.

Diana inspira el aire de la estancia y espira un aliento húmedo que me reconforta. Es posible que esté comenzando a perder la paciencia y vaya a dejarme plantado en beneficio de otro cliente con menos ganas de hablar y más de beber.

—¿Sentís celos de tu hijo porque tu nuera lo eligió a él en vez de a vos? —dice después de procesar toda la información que le he ido dando.

Es una pregunta cargada de intenciones, afilada y certera, que me provoca una incontenible carcajada y me confirma que, detrás de esa actitud dialéctica, esos ojos interrogativos y ese simétrico escote, Diana es en efecto una psicóloga con mucho sentido del humor.

—Puede que sí —admito—. Mi hijo y yo somos muy parecidos. Todos los hijos se parecen a sus padres. No comprendo por qué lo eligió a él. Yo tengo mucha más experiencia.

Ella comienza a negar con la cabeza. Creo que definitivamente se está cansando de mi discurso.

—Quizá porque es más joven que vos —dice, y luego se burla de

mí—. Todos los hijos son más jóvenes que sus padres.

Su cabeza deja de moverse para mirarme a los ojos.

—Y por eso mismo son más aptos para la reproducción —añade —. No es una cuestión de experiencia. Es justo lo contrario: es una cuestión de juventud.

—Entonces —digo aceptando su inquisición—, ¿por qué se me insinuó Rebeca?

—¿Eso hizo?

—Muchas veces.

—Quizá la malinterpretaste.

Trato apresuradamente de ordenar mis recuerdos.

—Venía a mi despacho fuera de las horas de tutoría, me pedía que le recomendase libros y artículos, me escribía correos electrónicos llenos de confidencias.

Diana se acaricia el mentón y suspira en silencio. Le faltan datos.

—Fui su profesor durante dos años —añado—, en la Facultad de Medicina.

Ella asiente, con el cuello y los párpados.

—¿Allí se conocieron Rebeca y tu hijo? —pregunta.

—También fue alumno mío.

—Entonces tal vez estabas vengándote de él.

La miro, con los ojos y las palmas de las manos.

—¿Por qué iba a hacer una cosa así?

—¿Por qué no? —replica ella elevando una ceja—. Él también se enamoró de tu esposa cuando era un niño.

—¿Cómo dices?

—Muchos niños sufren el complejo de Edipo. Es la ley de la naturaleza. ¿No lo sabías?

Me mira con un falso candor que no es capaz de ocultar una ironía burlona y algo arrogante.

—Quizá tendrías que hablar con tu mujer de todo esto —dice.

—Mi mujer murió la semana pasada.

—¿Y entonces qué haces aquí?

Estoy a punto de responder que me encuentro en una batida de caza junto a mis compañeros de Sinia, pero logro mantener la boca cerrada. Bastantes desatinos he dicho ya. Es hora de recurrir a la honestidad.

—No lo sé.

Es lo más honesto que se me ocurre decir. Ella vuelve a negar con la cabeza y aprieta los labios en un gesto de asco que me ofende, aunque me lo merezca. Le he confesado que mi mujer ha muerto, que mi nuera desata mis instintos sexuales y que entiendo las relaciones humanas como si viviéramos en el parque nacional del Serengeti, entre leones y hienas. Y todo en la misma conversación y sin intención de ligar con ella. Siento la tentación de ofrecerle algo de dinero por soportar mi verborrea pero no quiero correr el riesgo de ofenderla, en el supuesto de que una profesional pueda ofenderse por recibir los honorarios que previamente se ha ganado.

—¿De verdad eres psicóloga? —pregunto levantándome.

—Ya te lo he dicho —contesta sin inmutarse—, soy argentina.

Sonrío, palmeo el mostrador a modo de despedida y busco a los vecinos de Sinia, pero no doy ni tres pasos cuando veo a Sebastián acodado al final de la barra con una copa de coñac en la mano, confundido en un coro de alegres carcajadas. Es un vecino del pueblo y tiene el mismo derecho que los demás a salir de copas, pero no esperaba verlo por aquí. No esta noche. Por alguna razón que no acierto a comprender lo había supuesto completamente abstemio. Supongo que mis prejuicios proceden de esa moral de juguete que nos enseñaron cuando éramos niños, el rompecabezas de los valores morales. O tal vez mi reacción no sea más que otro efecto secundario del alcohol, tan ridículo y vulgar como las carcajadas que todavía escucho.

Regreso al lavabo pero soy incapaz de orinar porque tengo una inoportuna aunque comprensible erección. No hay que olvidar que he estado un buen rato hablando de sexo con una mujer joven y atractiva. Y por primera vez le he confesado a un semejante la locura que siento por Rebeca, un pecado imperdonable incluso para un sistema moral de juguete. Esa confesión me ha producido una sobredosis de remordimientos y una firme erección, dos armas blancas capaces de clavarse en el fondo del alma, donde más duele. El alcohol se encarga de eliminar los remordimientos y yo me ocupo de la erección. Trato inútilmente de masturbarme para librarme de ella, pero mi estómago se pliega sobre sí mismo provocándome dos sonoras arcadas y unas gotas de sudor frío que se manifiestan en mi frente y mi espalda. Me tiemblan las piernas como si de repente

hubiera perdido las fuerzas que me daban los gintonics. No hace falta decir que de la erección no queda ni el recuerdo.

Abandono el lavabo y busco a León. Lo encuentro rodeado de más vecinos de Sinia, todos reunidos en torno a la última copa antes de marcharse. Me sorprende ver a tantos conocidos bebiendo a la vez. Sólo falta que pase volando Bonifacio. Las arcadas vuelven y las piernas se me doblan. Me arrodillo en el suelo igual que si me hubieran disparado un tiro. Quizá sin saberlo yo era la presa de la cacería.

—Ayudarme con él.

León y otro sujeto se aproximan y me aúpan sujetándome de las axilas. Los perros cobran su presa. Escucho la risa del guardia civil y la voz de su ayudante. Me vuelvo hacia él y descubro que es Lorenzo. Creo que me habría sorprendido menos ver a Bonifacio sosteniéndome con la ayuda de su largo pico. Oigo frases de agradecimiento y risas de despedida. Y de pronto noto un frío doloroso en la nuca, como si me hubieran rematado con un tiro de gracia. Pero no. Es sólo que hemos salido al exterior y la noche está fresca. Y sigue lloviendo. Noto el aliento de León y oigo los gemidos de Lorenzo. Y las risas de ambos. No es fácil llevar en volandas a un borracho, sobre todo si este ha perdido la capacidad de alternar el movimiento de sus piernas. Puede que en el fondo resulte divertido, aunque sólo se trate de un juego infantil. Una broma macabra.

Me ayudan a subir al todoterreno de León, en cuyo asiento trasero me dejan doblado e inmóvil, como un cadáver, mientras ellos ocupan los asientos delanteros. Escucho el sonido del motor y percibo sus vibraciones amplificadas hasta hacerse insoportables, seguramente porque mi sentido del oído se ha desarrollado en perjuicio de otros atributos de mi persona, como el juicio. Trato de incorporarme para tomar asiento como es debido, pero una curva inesperada vuelve a tumbarme y me provoca más arcadas. Me estoy mareando, mucho, tanto que lo más prudente sería avisar a León para que detuviera el vehículo y me dejara salir a vomitar en el arcén de la carretera. El problema es que no consigo coordinar todos los pasos y palabras que deberían ser dados y dichas respectivamente. Comunicarse con los demás de forma coherente es más difícil de lo que parece, sobre todo cuando se ha perdido el juicio. Así que me abandono en silencio al dictado de mi maltrecho

organismo, percibiendo cómo surte de mis entrañas un calor agrio que se manifiesta sobre el asiento trasero del coche en forma de vómito oscuro y maloliente. Y en ese momento comprendo qué es lo contrario de un clavel blanco.

13

No recuerdo nada más hasta unas horas después, cuando unos repetidos golpes sobresaltan mi habitación e interrumpen mis sueños. Y me devuelven la conciencia, con todas sus consecuencias. Supongo que el alcohol ha eliminado temporalmente mis remordimientos a costa de borrar también el recuerdo de las causas que los provocaron, otro efecto secundario de la ginebra, igual que los múltiples desarreglos que detecto en mi organismo.

Los golpes provienen del dormitorio de Marina. Su cama se mueve y golpea contra la pared con el brío propio del sexo. Enciendo la luz. Mi cama se mantiene inmóvil pero la habitación parece temblar a mi alrededor siguiendo el ritmo que marcan los golpes. Y eso no tiene nada que ver con el alcohol. Miro el reloj. Son las siete de la mañana. Demasiado tarde para el sexo, muy pronto para levantarme.

Permanezco despierto unos minutos más tratando de imaginar quién podrá ser el brioso amante de mi anfitriona. León y Lorenzo me han traído a casa y son los primeros sospechosos que me vienen a la cabeza, aunque no los únicos. La mayor parte de los machos de Sinia han vuelto al pueblo con las fuerzas renovadas por el alcohol. Podría ser cualquiera, incluso alguno que haya bebido en exceso, como es mi caso. No debo olvidar que me encuentro rodeado de machos más fuertes y poderosos que yo, en todos los sentidos.

Incapaz de razonar por más tiempo, pierdo de nuevo la conciencia, pero esta vez no es por culpa del alcohol sino porque vuelvo a dormirme. Tengo sueños desbocados que combinan elementos de la realidad, la ficción, la imaginación y los recuerdos, como si fueran los cuatro palos de una baraja y pudieran mezclarse antes de repartir las cartas y comenzar el juego. Me veo navegando en una barca, surcando un mar de nubes que deshago con las palas de mis remos, bajo las dos magníficas peñas que rozan las capas

más profundas del cielo. Me dirijo hacia la torre insumergible, sobre la que hay dos cigüeñas esperándome con las maletas hechas, dispuestas para la huida. Una de ellas, la hembra, es Rebeca. La otra, el macho, soy yo. ¿Quién está remando entonces? Miro el agua de las nubes y descubro que soy, en realidad, mi propio hijo. Me da un ataque de risa que coincide con el zumbido de un timbre. Y me despierto. Tengo la sensación de que apenas han pasado diez minutos desde que he vuelto a dormirme, pero el reloj de la mesilla me saca de mi error. Son las nueve y media, como casi todas las mañanas. Ignoro si el timbre formaba parte del sueño o si alguien ha llamado de verdad a la puerta.

Me levanto con el equilibrio tocado, como si anduviera en una atracción de feria que diera vueltas sin parar y me impidiera caminar en línea recta. Quizá estoy sufriendo la atracción gravitatoria de las peñas del monte. O tal vez sigo en la barca de mis sueños, rompiendo las nubes con los remos. Consigo llegar al baño, orino y regreso al dormitorio. Abro la ventana y descubro que sigue lloviendo, lo que significa que Marina estará contenta. Tengo ganas de acercarme al pantano y comprobar hasta qué altura se ha cubierto la torre de la iglesia.

Huelo mal. No sé a qué. A sudor, a ginebra y a claveles oscuros. Tengo que darme una ducha pero dudo entre hacerlo en el baño de Marina o en la calle. Por un momento siento el deseo de salir a la plaza del pozo completamente desnudo para que la lluvia moje mi piel y cale mis huesos. Sería una experiencia irrepetible y purificante. Una ducha de verdad, tan auténtica como evacuar en el monte, como respirar el aire de la mallata al despertar, nada que ver con el agua caliente que mana obedientemente de la alcachofa del baño.

Todavía me queda ropa nueva sin usar y deseo estrenarla, seguramente porque quiero combatir mi resaca con la sensación de pureza que proporcionan las prendas nuevas. Me duele la cabeza y me pesan los hombros. Bajo a la cocina sin saber si encontraré a Marina desayunando sola o en compañía de su amante. O de quien ha llamado a la puerta, si es que alguien lo ha hecho. Al final la encuentro sola y, contrariamente a lo que esperaba, en actitud de derrota, con los codos apoyados en la mesa y la cabeza escondida tras sus manos, como una avestruz en apuros.

—Buenos días —dice cuando me oye entrar, ajena a la jovialidad que suele provocar la resaca del prójimo.

Le devuelvo el saludo mientras barajo otra posibilidad. Tal vez la causa de su mal humor sea que no ha llovido aún lo suficiente.

—He preparado café.

—Gracias, es lo único que soy capaz de tomar.

Me sirve una taza y se sienta a mi lado.

—¿Bebiste mucho?

Asiento y me dejo seducir por su curiosidad.

—Mucho más de lo que me conviene —respondo—. Empecé a beber pacharanes en el bar de Tomás, seguí con las cervezas y el vino que compartí con León en la cena y luego me tomé unos cuantos gintonics.

Sorbo el café mientras ella se levanta y recoge las dos tazas que hay sobre la mesa, lo que de nuevo me induce a pensar en León y Lorenzo. Quiero saber si debo descartarlos de mi lista de sospechosos o no.

—¿Quién me trajo a casa? —pregunto impostando la voz para encubrir mis intenciones.

Marina eleva las cejas de pura incredulidad.

—¿No te acuerdas?

Niego y curvo los labios igual que si sonriera hacia abajo. Ella me mira con una sombra de sospecha en los párpados, como recién maquillada.

—Te trajeron León y Lorenzo —dice emitiendo un largo suspiro —. Vomitaste en el asiento trasero del coche y León montó en cólera. Es raro que no te acuerdes. Sus gritos debieron de oírse en todo el valle.

Resoplo, cierro los ojos unos segundos y me acabo el café.

—Tendré que limpiarle el coche —digo.

—A estas horas ya se lo habrá limpiado alguno de sus subalternos —replica Marina—. No te preocupes.

Se acerca a mí y coloca una mano en mi hombro, aumentando el peso que siento sobre él.

—Lo que sí tienes que hacer es disculparte. Se fueron muy enfadados.

Sonrío con el estómago, sin mover un músculo de la cara. El plural del verbo es definitivo, significa que ni León ni Lorenzo han

pasado la noche en esta casa. Y al mismo tiempo abre un nuevo abanico de posibilidades sobre la identidad del amante de Marina, especialmente si tengo que descartar a todos los vecinos de Sinia que asistieron a la batida. La espiral de mis pensamientos se convierte en un itinerario infernal que me provoca un súbito mareo. Mi estómago deja de sonreír y Marina me recomienda que me acueste otra vez.

—Tengo que ver a una clienta en Aínsa —me informa—. Volveré después de comer, así que nadie te molestará.

Me resisto a volver a la cama. Al contrario, tengo ganas de salir a la calle y respirar el aire puro del monte. Lo necesito con la misma urgencia que un asmático necesita abrir sus vías respiratorias con un broncodilatador.

—Además sigue lloviendo —añade Marina a la vez que señala por la ventana—. Es mejor que no salgas de casa.

Lo dice con una sonrisa aparentemente leal, sin dobleces, dándome pie a hacer un comentario que sólo es trivial en apariencia.

—Veo que se han cumplido las predicciones meteorológicas.

—Eso parece.

Responde sin mirarme, señal de que no ha advertido mi tono inquisitivo. Me sorprende que ni el mareo que todavía siento ni los demás síntomas de la resaca hayan acabado con mi curiosidad. Es posible que en mi fuero interno sea consciente de que el vacío de la curiosidad sería ocupado de inmediato por los remordimientos.

—¿Cuánto ha llovido? —insisto.

—Unos treinta litros por metro cuadrado.

—¿Y cuánto tiene que llover?

Son demasiadas preguntas incluso para la más indolente de las mujeres, para la menos suspicaz, la más sorda. Marina detiene su trajín en la cocina, pero lo hace muy despacio, como aquejada de una inercia doméstica y, ahora sí, me mira fijamente tratando de averiguar lo que me propongo.

—Había previstos entre cuarenta y cincuenta litros.

—No me refiero a lo que estaba previsto —replico con inesperada y puede que maleducada resolución—, sino a la cantidad de agua necesaria para que el pueblo viejo desaparezca por completo.

Me cuesta sostenerle la mirada. Ella no la aparta ni siquiera cuando acerca una silla a la mía y se sienta frente a mí, rostro contra rostro, como si estuviéramos echando un pulso con las pupilas.

—¿Por qué quieres saberlo? —pregunta.

—Porque no lo entiendo.

Supongo que es la respuesta propia de una persona que ha dirigido varios proyectos de investigación científica.

—No hay nada que entender.

Respiro hondo.

—Los pantanos sirven para embalsar agua —digo, y trato de que mis pupilas transmitan la misma amabilidad que mi tono de voz—, no para hacer desaparecer poblaciones enteras.

Marina se sabe acorralada por mi amistoso pero implacable discurso. Agacha la cabeza y provoca un torrente de cabellos negros que se precipita a pocos centímetros de mis piernas. Tengo que contener las ganas de remojarme las manos y el rostro con ellos.

—No sé cómo explicártelo —oigo que dice desde su incómoda posición, boca abajo, con los cabellos salpicando sobre el suelo de la cocina.

—Inténtalo.

Escucho un corto pero enérgico suspiro de impotencia.

—¿Has subido alguna vez hasta lo alto de un campanario? —dice.

—No sé. —Hago memoria—. Creo que no.

—Durante unos años yo subía a lo alto del campanario cada día —prosigue.

Pero inmediatamente se detiene y pronuncia un largo y molesto silencio que me veo obligado a romper.

—¿Qué buscabas allí?

—Altura.

—¿Para qué?

El torrente de cabellos negros se recoge y vuelve a derramarse por detrás de su rostro, que emerge de sus piernas congestionado por la sangre acumulada, igual que si hubiera renacido después de un doloroso parto.

—¿Tú has pensado en suicidarte alguna vez?

No respondo, lo cual es una digna manera de contestar a una

pregunta como esa, considerando que atenta contra cualquier grado de intimidad, por elevado que este sea.

—Entonces no puedes entenderlo —dice.

Y abandona la cocina subiendo las escaleras a toda prisa, como si de pronto hubiera aprendido a volar, fuera una cigüeña y hubiera construido su nido en lo alto de un campanario. Me quedo mudo e inmóvil, ciego y ausente, incapaz de asimilar lo que me ha contado ni de suponer lo que ha callado. Sin embargo, tengo la sensación de haberme acercado a ella más que nunca. Más que nadie. Incluso me considero capaz de ayudarla de alguna manera, aunque ni siquiera sé si necesita ayuda. Siento las ínfulas de un osado y puede que ridículo caballero andante que se hubiera topado con una dama en peligro. Y todo ello pese a mi dolor de cabeza y mi desarreglo gástrico, lo cual me hace dudar de mis pretensiones. Ignoro si deseo ayudar al prójimo o sencillamente busco el agradecimiento de una mujer hermosa, no importa de qué modo se manifieste. No sé si sirvo a mi curiosidad o a mi vanidad. Ni si mi última intención no es agradecer su hospitalidad.

La veo descender las escaleras con la misma sensación de ingravidez que antes, esta vez planeando hacia abajo, como un ave de presa en plena caza. Pasa por delante de la puerta de la cocina y prolonga el vuelo hasta el patio en cuyo suelo se posa. Me gustaría levantarme y seguirla pero me contengo. Es evidente que no busca mi compañía, incluso es posible que esté huyendo precisamente de ella. Oigo la puerta, los pasos, el ruido del motor y el chirrido que las ruedas dejan en los adoquines de la calzada, un lamento del pasado que me hace sentir culpable.

La casa se sume de repente en un rotundo silencio que resulta casi audible. La presencia de Marina es tan poderosa que se percibe hasta en los sonidos que deja de producir cuando se ausenta. No hay que olvidar que el silencio es tan elocuente como la oscuridad, aunque resulte mucho menos tenebroso. Me siento desamparado, igual que un anciano solitario, que una cigüeña sin pareja o una peña levantando su porte rocoso sin otra mole al lado sobre la que proyectar su sombra. Quizá sea mi primera sensación de viudedad.

Consigo levantarme de la silla y asciendo las escaleras muy despacio. Al contrario que Marina soy incapaz de volar. Me dirijo a mi cuarto, hago la cama y ordeno la ropa. Separo las prendas sucias

y las llevo hasta el cesto de lavar que Marina guarda en el baño. Al pasar por delante de su habitación veo una rendija de luz en el vano de la puerta. Es lo suficientemente ancha para incitarme al allanamiento. Siento el irrefrenable deseo de entrar en ese dormitorio y buscar pistas que me ayuden a identificar al amante de Marina. O puede que esas pistas no sean más que una excusa para justificar mi conducta y en realidad busque otra cosa. No sé qué. Quiero ver la cama de Marina, abrir su armario y husmear entre sus cajones. Soy presa de una curiosidad enfermiza que atribuyo al hecho de que, puesto que nadie puede verme, me he convertido en un ser invisible.

Si tuviera unos guantes me los pondría, así mis dedos también se volverían invisibles, pero como no los tengo me veo obligado a abrir los cajones de la cómoda con la ayuda de los puños de mi camisa. No quiero dejar ningún rastro. Empiezo por el de más abajo y voy ascendiendo. Encuentro ropa de cama perfectamente planchada y doblada con iniciales bordadas en las sábanas. Una eme y una ge. La eme puede corresponder a Marina, pero la ge es una incógnita, entre otras razones porque no sé cómo se apellida. Palpo el tacto del algodón tratando de fecharlo. Marina se llama igual que su madre y que su abuela, así que esa inicial puede corresponder a otra Marina. No tengo medio de saberlo. En el siguiente cajón hallo bufandas, pañuelos, manoplas y guantes de punto para combatir el frío. Los hay de mujer y de niña, y aunque no sé nada sobre costura y labores del hogar, tengo la seguridad de que han sido confeccionados en casa porque muestran las mismas iniciales que las sábanas.

El penúltimo cajón pesa menos que los demás. Lo percibo en cuanto tiro de él para abrirlo. Las prendas que contiene se acolchan en busca de espacio, como presos que inspirasen el aire de la libertad. Es un variado surtido de ropa íntima que tiene la virtud de revolverme de nuevo el estómago, no porque me disguste sino más bien por todo lo contrario. Sé que no debo, pero no puedo evitar hacer un ejercicio de composición visual y visto mentalmente el cuerpo de Marina con esas prendas, igual que si estuviera jugando a las muñecas recortables con los ojos cerrados. Me siento mal. No es propio de caballeros andantes fisgar entre la ropa interior de sus protegidas, ni mucho menos dar rienda suelta a la lascivia

imaginándola dispuesta sobre sus cuerpos. Dejo el cajón abierto y tomo asiento en la butaca que hay junto a la ventana. La lascivia me ha traído recuerdos de Rebeca, de sus caderas, sus piernas, sus rodillas, de ese cuerpo esbelto que contemplé a diario mientras asistía a mis clases y que sin embargo nunca tuve la oportunidad de ver desnudo, ni siquiera durante aquella noche.

Vuelvo al cajón, atraído por el magnetismo de lo indebido, quizá de lo prohibido. Toco las prendas y las abro entre mis manos, seguro de que no voy a dejar huellas dactilares entre las puntillas y los rasos. Marina tiene más pecho y más cadera que Rebeca. Y más cabello y más mirada. Y más voz. A Rebeca no le sentarían bien estas prendas excesivas, procaces, en cierto modo barrocas y sugerentes como pétalos de flores, plumas de pájaros y otros reclamos de la naturaleza. El aliento de Rebeca es un reclamo sexual más eficaz que cualquiera de esos conjuntos, incluyendo el liguero de fantasía que acabo de encontrar.

De pronto tengo miedo de ser descubierto. Como un superhéroe novato y torpe, temo volverme visible en el momento más inoportuno, delante de mis enemigos. Intento dejar las prendas en su sitio, tal como estaban, un ejercicio que no resulta nada fácil debido a sus costuras y volúmenes. Es como si las prendas buscaran en el aire la carne destinada a embutirse en sus perfiles y no quisieran volver a la prisión de la cómoda.

El último cajón, el primero, no se abre porque está cerrado con llave. Es el único que tiene cerradura, por lo que no resulta difícil suponer lo que contiene: documentos, recuerdos de familia, joyas u otros objetos valiosos. Si la cómoda fuera mía, creo que habría encerrado con llave la lencería para mantener la lascivia bajo control, pero Marina prefiere guardar a buen recaudo la intimidad de sus recuerdos y sus objetos valiosos, como cualquier persona en su sano juicio.

Abandono la cómoda y me centro en los cajones de la mesilla que hay junto a la cama. Tengo prisa. Quiero salir de aquí lo antes posible. Me doy cuenta de que, tal como sospechaba, no he venido a buscar pistas sobre el amante de Marina sino sobre ella misma, aunque desconozco lo que espero encontrar. Tal vez una simple bolsa de golosinas, un clavel oscuro para depositar sobre la tumba de su padre o una razón para comprender por qué subía a lo alto

del campanario en busca de la altura necesaria para morir. Hasta ahora lo único que he encontrado son sus iniciales bordadas en unas sábanas y un cajón con su ropa íntima, demasiado bagaje para un simple huésped que ocupa la habitación de al lado, muy poco para un fisgón invisible.

En la mesilla encuentro un anillo doble, de los que se forman uniendo el aro de un muerto con el de la viuda que lo sobrevive, o viceversa, un paquete de pañuelos y una caja de preservativos. Y tarjetas de visita de Marina, en las que se indica su teléfono. Y su nombre, al que por primera vez tengo acceso. Se llama Marina Villa, una eme y una uve. Y ninguna ge. Esteticista y masajista. Y su dirección de Sinia.

No puedo continuar. Es hora de salir del dormitorio, maniobra que llevo a cabo muy despacio, como aquejado de un doloroso derrotismo. Me siento más culpable que cuando he entrado, quizá porque no he encontrado nada verdaderamente elocuente. O tal vez porque ni siquiera hoy, en una situación tan propicia, he logrado dedicar un solo recuerdo al cuerpo de Laura, mi esposa muerta, cuyo anillo debería estar unido al que llevo en mi mano izquierda.

Todo el botín que he logrado reunir es una de las tarjetas de Marina. Y la inquietud de continuar sin saber quién disfruta de su cuerpo adornado con el arsenal de fantasía que he descubierto. Demasiado exquisito para León, totalmente excesivo para Lorenzo, implanteable para el resto de los habitantes de Sinia que conozco, con la única excepción de Rafael. Quién sabe si ese hombre de maneras elegantes y acento ajeno a esta tierra ha sido capaz de seducir a una mujer como Marina.

Desciendo las escaleras con la mirada perdida, sin entender por qué no soy capaz de preguntarle directamente a ella por su amante. Es probable que Marina crea que conozco su identidad, lo que explicaría por qué nunca ha tratado de ocultar su existencia, recogiendo por ejemplo los dos servicios de desayuno antes de que yo me despierte. O haciendo menos ruido por las noches. Claro que no hay que confundir la existencia con la identidad. Puedo ser consciente de que tiene un amante sin saber quién es, aunque no estoy seguro de que sea posible que suceda lo contrario.

Entro en la cocina y me lavo las manos en el fregadero. Quiero borrar todo rastro de invisibilidad, como si las prendas de Marina

pudieran haber dejado sus huellas sobre mis manos. Miro por la ventana y compruebo que está dejando de llover. Las gotas que ahora oigo no provienen de las nubes sino del tejado, el cielo particular de cada casa. Bajo la ventana hay un cesto de mimbre que contiene unas matas de borrajas. Deben de proceder del huerto de Sebastián. Las lavo y troceo, estirando de sus hilos laterales para dejarlas bien limpias, como si realizara una labor de costura. Es algo que me gustaba hacer en mi infancia, junto a mi abuela, cuando pasaba las vacaciones en su casa, después de haber jugado con ella al guiñote durante toda la tarde. Igual que entonces, los ásperos tallos de las matas dejan un rastro de negrura en mis dedos. Y eso me hace viajar en el tiempo. Los recuerdos son mucho más potentes que la más sofisticada máquina del tiempo que pueda inventarse. Hacía muchos años que no tenía dos recuerdos de mi infancia en la misma semana. Son tantos, los años, que parece que nunca hubiera sido un niño.

Pelo un par de patatas y las pongo a cocer junto a los tallos de las borrajas, todo sumergido en el agua que mana del grifo. Mientras tanto recojo los restos inservibles de las hojas y aprovecho para limpiar la encimera, lavarme las manos y fregar el suelo de la cocina, estas dos últimas tareas con la ayuda de unas gotas de lejía. Nuevamente tengo la sensación de que no hacía nada parecido desde tiempo atrás, cuando estudiaba medicina y vivía en un piso alquilado que compartía con otros compañeros. Las borrajas de Sebastián me llevan y me traen a lomos de los recuerdos, provocándome el aturdimiento que caracteriza a quien no acaba de saber quién es pero recuerda con claridad quién ha sido. Es un enredo sentimental que recibo con complacencia, un juego inofensivo que por eso mismo no me provoca ningún síntoma de ansiedad. Ni ningún remordimiento. Sencillamente no soy quien debería haber sido, que es una forma de autoafirmarse en negativo, como sucedía en las fotografías de la era no digital. No soy el hombre que corresponde al niño que pelaba borrajas junto a su abuela, ni al joven que fregaba el suelo de su habitación una vez a la semana.

Cuelo las verduras pero conservo el caldo. Sé que tiene propiedades depurativas que mi cuerpo necesita. Me tomo dos tazas. El caldo positiva mi autoestima y me devuelve

definitivamente la visibilidad que he creído perder al encontrarme solo en casa. Deseo salir a la luz y respirar el aire fresco que sucede a la tormenta. Me cambio las zapatillas de deporte por las botas, cojo la llave y me dispongo a abrir la puerta cuando algo reclama mi atención desde el banco de la entrada. No es un clavel blanco ni una bolsa de golosinas. Son tres sobres cerrados, la correspondencia que Marina ha recibido esta mañana de manos del cartero, lo cual explicaría el timbrazo que me ha despertado cuando remaba entre sueños. Es posible que el correo se reparta en Sinia una o dos veces por semana, como los dobladillos y las tortas de aceite.

Mi recién recuperada visibilidad no me impide acercarme y coger una de las cartas, la que tiene el logotipo de una entidad bancaria en el sobre. Leo los datos personales de Marina: su dirección completa y su nombre. Se apellida Garcés Villa, con la ge de los bordados incluida. Pronuncio un largo suspiro. No me sorprende que alguien que reniega de su padre se haya desprendido de su primer apellido en sus tarjetas profesionales, pero no sé cómo relacionar este dato con su interés por ver el pueblo viejo anegado bajo las aguas de la lluvia. Ni con las visitas que hacía a diario a lo alto del campanario de la iglesia.

Salgo de casa con una nueva sensación de mareo. Las preguntas sin respuesta tienden a curvarse sobre las conjeturas provocando espirales de incertidumbre y un acusado desequilibrio al andar.

14

Me dirijo el pantano. Quiero medir su profundidad en la torre del campanario. La hierba de las eras está mojada y los caminos embarrados, llenos de charcos. Cada uno de ellos es un espejo que refleja las nubes que todavía quedan en el cielo, como pequeños pantanos de juguete. A lo lejos veo un hombre trabajando la tierra de una huerta. Lleva un impermeable y un gorro de lluvia. Parece un espantapájaros que hubiera cobrado a la vez la vida y las ganas de trabajar. Es Sebastián. No advierte mi presencia hasta que llego junto a él.

—Buenas tardes.

En realidad es mediodía e ignoro si el viejo ha comido ya o no. Tal vez debería haberle saludado con un buenos días.

—Hola —contesta él.

Y abandona su actividad por un momento.

—¿Qué hace? —pregunto.

—Achicar el agua —responde señalando la regata que ha abierto en la tierra—. Ha llovido mucho y se han formado grandes charcos. Si el agua no corre se me pudrirá la verdura.

Está cubierto de barro como si fuera de arcilla. Más que un espantapájaros parece un accidente del terreno. O un fruto más de la huerta.

—¿Cómo se encuentra?

Me formula la pregunta con la traviesa sonrisa de los cómplices.

—Mejor, gracias.

—¿Lo pasó bien anoche?

—Creo que peor que usted.

Deja la azada en el suelo, se limpia la cara con un pañuelo que se saca del bolsillo y se acerca a mí.

—¿Por qué dice eso?

—Lo único que hice fue emborracharme.

—¿No ligó con la camarera nueva?

Carraspeo incómodo. Pese a la complicidad que hay entre nosotros, me molesta el grado de su indiscreción. Creo que no estoy acostumbrado al exceso de camaradería.

—Me temo que no —respondo.

—Pues es una pena.

Lo miro con curiosidad. Y con un notable esfuerzo, porque se encuentra a contraluz y me cuesta distinguir sus rasgos.

—Estar con una mujer es lo contrario a morir —añade.

—¿Cómo dice?

Frunzo el entrecejo y elevo los pómulos. Carezco de la paciencia necesaria para escuchar frases lapidarias.

—Usted me confesó que huía de su esposa muerta —responde con una naturalidad que me sorprende y, casi diría, me escandaliza —. Y estar con una mujer, se lo aseguro, es la mejor manera de huir de la muerte.

Enarco las cejas y arrugo los labios. O al revés. Y espiro el aire del monte mientras medito. Es posible que tenga razón pero me niego a concedérsela. No sé por qué. Tal vez porque ha pasado mucho tiempo desde la última vez que acepté el consejo de un semejante mayor que yo, de un hombre que podría ser mi padre.

—¿No está de acuerdo conmigo?

No puedo continuar sosteniendo mi silencio.

—Puede ser.

—Usted es mucho más joven que yo —prosigue señalándome con un dedo—. Cuando tenga mi edad comprenderá que la vida está siempre cerca de las mujeres, cuanto más cerca mejor. Ya me entiende.

No es lo que quiero hacer pero sonrío. No puedo evitarlo. Las palabras de Sebastián están acabando con mis prejuicios de hijo pródigo, de adulto incrédulo, de médico del coco y la espina dorsal. Siempre creí que los viejos buscaban las fuerzas necesarias para encarar la muerte en la iglesia o en sus recuerdos, pero Sebastián razona con la lógica de las hormonas y la vida, firmemente asido a la tierra por unos pies semienterrados en el barro.

—La próxima vez beberé menos y trataré de ligar más.

Vuelve a señalarme con el dedo, esta vez para aplaudir mi conclusión final. Luego toma la azada del suelo, se la echa al

hombro y da por terminada su faena. Una carretilla llena de verduras lo espera al otro lado de la huerta, junto al portillo de entrada. Es la misma que usamos para transportar la jabalina hasta el pantano, pero esta tarde se mueve con más dificultad, como si anduviera sobre un potente campo gravitatorio, entre otras razones porque Sebastián lleva las botas llenas de barro. No tengo más remedio que ofrecerle mi ayuda y olvidarme del pantano, aunque no pienso hacerlo con la boca cerrada.

—¿Usted conoció al padre de Marina? —pregunto en cuanto se limpia el barro de las botas y comienza a caminar a mi lado.

Me mira un segundo antes de responder esperando que le devuelva la mirada, cosa que no hago. En vez de eso, me entretengo contemplando las nubes del cielo, en un gesto de disimulo que probablemente resulta poco natural.

—Claro que lo conocí —dice sabiendo que pregunto una obviedad—. Era algo más joven que yo, pero nos veíamos muy a menudo, sobre todo durante un tiempo en que pretendió a una de mis hermanas.

Por alguna estúpida razón me había hecho a la idea de que todos los hermanos de Sebastián eran varones, supongo que por culpa del machismo genérico de nuestra lengua.

—¿Cómo era?

—¿Por qué quiere saberlo?

Mi pregunta rebota en la suya como la imagen de las nubes en los charcos del camino.

—Quiero saber por qué Marina ha borrado el apellido paterno de su nombre —respondo.

E inmediatamente siento una punzada de culpa en la boca del estómago, confundida con los restos de la resaca. No pretendo defender mi curiosidad a costa de desvelar los secretos de Marina, pero tampoco soy capaz de encontrar otro medio para que Sebastián comprenda el origen de mi interés.

—No se llevaban bien.

Cualquiera habría sido capaz de llegar a esa conclusión, incluso sin haber conocido ni a Marina ni a su padre.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Aparentemente el viejo responde con franqueza, aunque no

puede disimular la incómoda suspicacia que le ocasionan mis preguntas. Y todo ello sin abandonar su eterna sonrisa.

—¿Dónde está enterrado?

—Tampoco lo sé —balbucea—. Murió lejos del pueblo.

—¿Era un hombre violento?

—No.

—¿Bebía?

—Tampoco.

—¿Se llevaba bien con su mujer?

Sebastián se detiene en mitad del camino.

—¿Qué es lo que pretende? —pregunta abriendo los brazos, como quien planea entre nubes de recelo.

Carraspeo y trago saliva. Lo cierto es que ni yo mismo sé lo que pretendo interrogando al viejo con tal carencia de escrúpulos.

—Perdone —digo.

Y sigo caminando. Me doy cuenta de que me falta demasiada información para comprender a Marina. Es inútil que siga haciendo preguntas a sus vecinos. Mi única opción es hablar con ella.

—Me gustaría saber si alguien se suicidó alguna vez saltando al vacío desde la torre del pueblo viejo.

La pregunta surge de mis entrañas como la náusea de mi resaca, sin darme tiempo a contenerla. No sé lo que me sucede. Parezco presa de un conjuro, como si los gintonics de ayer contuvieran un ingrediente desconocido capaz de convertirme en un bocazas incurable.

—¿Quién diablos es usted?

Las palabras de Sebastián también proceden de sus entrañas. Ha debido de estar haciéndose esa pregunta desde la noche que llegué aquí, cuando se apostó en la curva para advertir del accidente a los demás conductores. No le respondo. Me estoy comportando como un traidor de mí mismo, y si sigo así, merezco que León vuelva a interrogarme en la casa cuartel. Tal vez de ese modo sería capaz de comprender quién diablos soy.

El viejo me aparta de la carretilla, empuña sus mangos con enérgica resolución y se aleja de mí caminando a la escasa velocidad que le permite el barro del camino. Mis puños se cierran de rabia. Deseo darle un puñetazo a una pared, una patada a una piedra o un mordisco a un cuello, por ejemplo y, sin ir más lejos, al

que une mi coco con mi espina dorsal. He logrado enfadar al hombre más cordial que he conocido en toda mi vida, lo que significa que Marina tenía razón: habría sido mejor quedarse en casa.

Descarto la idea de seguir a Sebastián para disculparme. No me fío de mi lengua ni reúno las condiciones adecuadas para encarar un verdadero acto de contrición. Prefiero deambular por el monte como un animal, ajeno a la razón y al juicio, dejando que mi cuerpo se recupere de la resaca y mi mente vuelva poco a poco a su ser. Piso los charcos y hago estallar las nubes salpicando el agua turbia del camino, como si fuera capaz de licuar la humedad del cielo y depositarla sobre la tierra sin recurrir a la lluvia, aunque todo lo que consigo es mancharme los pantalones.

Así, manchado y huraño, llego al borde de la pista que asciende hacia la mallata de Marina, bajo las peñas. Las observo con devoción, impresionado por su duplicada corpulencia. Me he acostumbrado a sus perfiles y a su forma repetida, pero no a su tamaño, seguramente porque este cambia con la distancia. Y tal vez con el ángulo de observación. Estoy tan cerca de su base que se muestran ante mí con la contundencia de una imagen contrapicada, sujeta a una violenta perspectiva sobre los confines del cielo. Este efecto óptico me hace sentir insignificante, mucho más de lo que realmente puedo llegar a ser. Al lado de estas dos moles de piedra caliza que parecen eternas, la fugacidad de mis gestos e intenciones se acentúa, lo mismo que la intrascendencia de mis palabras, mis miradas, mi aliento y mis pasos. Mi mortalidad.

Como un hombre primitivo, un náufrago solitario o un salvaje criado en una remota selva, siento un fervor religioso hacia ellas que sólo puede comprenderse atendiendo a la diferencia de tamaño y masa que nos separa, lo cual tiene todo el sentido posible porque los dioses acostumbran a ser entidades grandes y los fieles pequeños entes sin importancia. El mar por ejemplo es un dios, el desierto, la pradera, el volcán, incluso el pantano. Son dioses. Quizá hasta el campanario de la iglesia lo sea. Y desde luego la luna. Y el sol. Y la sonrisa de Sebastián.

Los buitres rodean la Peña Clara como querubines alrededor de la imagen de una virgen. El sol le arranca brillantes destellos de escapulario, tan hermosos que tengo que vencer la tentación de

arrodillarme ante ella, ante ellos. A cambio me siento en una piedra que hay junto al camino. Una nube cubre el sol y a mis retinas llega una nueva imagen de la infancia. Me encuentro en la penumbra de un templo, orando junto a alguien, sin duda mi abuela, que huele intensamente a lejía. Quizá hemos ido a misa después de haber pelado las borrajas. O tal vez alguien ha fregado el suelo de la iglesia antes de arrodillarnos en los reclinatorios.

El sol reaparece por el borde de la nube. Hace calor y necesito buscar una sombra para cobijarme. Cruzo al otro lado del camino y me siento entre dos pinos, aprovechando la afilada hojarasca del suelo para recostarme sobre uno de los troncos. Parezco un faquir a la hora de la siesta. La luz solar se quiebra entre la fronda de los árboles generando un silencioso pero armónico juego de rayos y centellas que ciega mis ojos y serena mi ánimo. No tengo sueño pero me siento como si lo tuviera. Creo que me está dando un ataque de calma.

Mis manos se vuelven más pesadas que de costumbre, lo mismo que mis piernas y mi espalda. El vientre se aligera. Y los pulmones. Y el corazón late sin hacer ruido, como a escondidas. El aire entra en mi pecho perfumado por esencias de pino, igual que un bálsamo para la tos, purificando todos los órganos por los que transita. Percibo los rayos del sol incluso con los ojos cerrados, coloreados por la sangre que recorre mis párpados. Soy un elemento del bosque, otro pino, otro boj, y todo lo que necesito para seguir viviendo es la luz, el olor de los pinos, el agua de los charcos y la hojarasca del suelo.

Veo a Rebeca. Está sentada en la primera fila de clase. Siempre allí, nunca más atrás, tomando notas en sus folios y siguiendo mis explicaciones sin dejar de mirarme con descaro. A veces señalo la pizarra para concentrar la atención de mis alumnos en otra parte, pero ella sólo me mira a mí. O eso es lo que creo. Muchos días, al terminar la clase, me pregunto si no será una simple alucinación, fruto de esa sobredosis de autoestima que supone dirigirse a un auditorio en la Facultad de Medicina. Y al día siguiente vuelvo a hacerlo: concentro la atención de mis alumnos en la pizarra mientras su mirada y la mía se reflejan mutuamente.

Viste pantalones ceñidos que revelan su perfección geométrica. Y anatómica. Sus brazos y su cuello están bronceados incluso en

invierno, quizá porque reciben la luz de sus cabellos, castaños como un sol de tarde. Sus ojos se rasgan hacia atrás, sujetos a la nuca por medio de arrugas invisibles que cruzan su rostro creando dos simétricos hoyuelos bajo las mejillas, especial aunque no exclusivamente cuando sonríe. Detrás de ella se sienta Javier. Pulcro y ordenado como su madre, tomando también apuntes mientras trata de disimular el embarazo que le causa recibir clases de su padre, motivo por el cual nunca se sienta en la primera fila. Su cabeza emerge tras el cabello de Rebeca como una luna saliendo de un eclipse, pero, al contrario que ella, nunca me mira. Igual que la mayoría de sus compañeros, sigue mi dedo y estampa la mirada en la pizarra o en la pantalla del proyector. No quiere arriesgarse a que malinterprete una mirada suya, y tampoco quiere correr el riesgo de percibir un destello de familiaridad en mis ojos. Es un ser calculador y cerebral con una mermada capacidad para la improvisación o la sorpresa, ni siquiera cuando está sentado detrás de una musa capaz de atentar contra todo lo que no sea improvisado y sorprendente.

El ataque de calma remite. Ya me encuentro peor. Puede que todo se haya debido a un fenómeno gravitatorio provocado por esa diferencia de masas que existe entre las peñas y yo. Es posible que la devoción religiosa, o la mística, puedan explicarse mediante la fórmula de la gravitación universal de Newton. Por qué no. Los principios de la ciencia son aplicables a todos los entes del universo, montañas y hombres incluidos.

Mi vientre recupera su peso y me obliga a abandonar el lecho del faquir. Me levanto trabajosamente apoyándome en el tronco del pino más cercano, pero enseguida comprendo que tengo que volver a sentarme, esta vez sobre mis propios talones y con los pantalones bajados. La calma ha relajado mis músculos y la gravedad terrestre atrae para sí los restos de mi digestión, incluidos los restos de mi resaca. Por segunda vez desde que llegué a Sinia defeco en mitad de la naturaleza, completando el ciclo bioquímico de la energía. De la vida.

Cuando termino, siento el alivio intestino de quien ha expiado sus errores, en mi caso una copiosa cena seguida de unos gintonics y una insólita confesión declamada ante una camarera con dificultades para disimular su desprecio. Tengo escalofríos. He

salido de casa vestido solamente con una camisa que no abriga lo suficiente. O tal vez no se trate de una cuestión térmica. Es posible que esté sufriendo los estertores de mi expiación corporal. Me froto los brazos y miro al cielo. El sol se ha puesto ya tras las nubes que cubren su mitad occidental. Algunas son tan grandes como las peñas, pero mucho menos masivas, así que no me siento atraído por ellas.

Un vehículo se aproxima por el camino. Llega a mi altura y frena. Es Marina. La saludo mientras baja la ventanilla. Yo estoy de pie y ella sentada, circunstancia que convierte mi ángulo de visión en un picado sobre su escote. Sus mamas me recuerdan a las peñas del monte. E inmediatamente me siento atraído por ellas, lo que me hace dudar de la ley de Newton. Tal vez la masa de los cuerpos no sea una magnitud tan decisiva. O puede que Marina se encuentre demasiado cerca de mi centro de gravedad.

—¿Adónde vas?

—A la mallata.

Me responde mirando al horizonte del parabrisas, gesto que interpreto como lo contrario de una invitación para acompañarla. Creo que esta vez quiere ser el único ser humano que se despierte entre las vacas.

—¿Te encuentras bien?

—Perfectamente.

Su firmeza me hace sonreír. El hecho mismo de que corra a refugiarse a la mallata de su infancia prueba que está muy lejos de encontrarse perfectamente.

—¿Qué haces aquí?

Ahora es ella quien pregunta y mira. Sus ojos tienen el suficiente brillo como para reflejar el cielo que se alza a mi espalda. No sé qué puedo decirle.

—Estaba paseando.

—¿No tienes frío?

—Sí.

Por un momento creo que va a abrir la puerta del copiloto para invitarme a entrar, no con intención de llevarme a la mallata, simplemente para acercarme a casa.

—¿Has cogido la llave que te di? —me pregunta.

Saco el llavero del bolsillo del pantalón y lo hago sonar entre

mis dedos, como si una prueba sonora fuera más valiosa que una palabra.

—Pues será mejor que te des prisa en regresar —añade mirando al cielo—. Va a volver a llover y puedes resfriarte.

Me muerdo la lengua para no hacer ningún comentario sobre las predicciones meteorológicas de Internet. Lo más probable es que haya estado consultando los litros que se prevén para las próximas horas en el bar del cruce de Aínsa. No quiero provocarla. Ni tampoco retenerla. En realidad lo único que deseo es seguir contemplando la tersura, simetría y el volumen de su escote.

—Yo volveré mañana a mediodía.

Arranca y levanta el barro de la pista, obligándome a dar la vuelta y comenzar a andar. El frío espolea el ritmo de mis pasos. Trato de concentrarme en el camino. No quiero pensar en ella. Temo descubrir que mi exceso de curiosidad le ha causado una regresión temporal y la ha empujado hacia la mallata. No podría soportar más remordimientos, ni siquiera si estos fueran nuevos.

Llego a casa con una capa de barro sobre la ropa y la piel. Parezco otro fruto de la huerta, como Sebastián. Me quito la camisa, los pantalones y los calzoncillos en la cocina, junto a la lavadora, y subo a la ducha desnudo. Me gusta sentir la ridícula pero intensa sensación de libertad que me provoca encontrarme solo en casa, especialmente en un hogar ajeno como el de Marina. Es una sensación de inmaduro candor, de candorosa inmadurez, a la que sin embargo no estoy dispuesto a renunciar.

Dejo que el agua de la ducha se mezcle con el barro del camino y se convierta en lodo a mis pies, mientras escucho el inconfundible sonido de la tormenta sobre el tejado. El agua de la ducha me parece entonces un aguacero, como si el cielo de las casas pudiera cubrirse de nubes y la lluvia cayera por los grifos y las alcachofas siguiendo las predicciones meteorológicas de Internet. Escampa y me seco. Me visto y bajo a la cocina en busca de algo para comer. Tengo el estómago tan vacío como los intestinos. Si no como algo pronto soy capaz de desaparecer absorbido por mi vacío interior, como un agujero negro recién duchado.

Me sirvo un cumplido plato de borrajas, que acompaño con un trozo de pan que encuentro sobre la mesa. Las unas están tiernas y el otro crujiente. No obstante, mi estómago se sacia enseguida.

Tenía más apetito con los ojos que con las entrañas. Afuera sigue lloviendo intensamente, lo que me hace pensar en el tejado de la mallata bajo el que va a dormir Marina, un firmamento de goteras muy poco acogedor en una noche como esta. Espero que los arreglos que hicimos el otro día sean suficientes para que la buhardilla permanezca seca. Sé que es una sensación pasada de moda, seguramente irrisoria, pero no puedo evitar la inercia de protegerla, quién sabe si trastornado por la implacable gravedad de su escote. O simplemente atormentado por haber despertado los fantasmas de su pasado.

Llaman a la puerta, dos veces, con un zumbido que me resulta extraño. El timbre suena de otra manera cuando Marina no está en casa. Siento un escalofrío de sorpresa, tal vez de miedo, que me impide levantarme de la silla y abrir. Oigo la voz de un hombre pronunciando el nombre de mi anfitriona. No la reconozco. No sé quién es. Quizá se trate de uno de esos fantasmas del pasado.

Venzo mi momentánea invalidez, me acerco a la puerta y la abro. En la calle, debajo de un paraguas negro, está Rafael.

—Hola —me saluda con un gesto de dolor—. ¿Ha vuelto Marina?

Niego con la cabeza antes de comenzar a hablar.

—Va a pasar la noche fuera.

Evito decirle dónde. Rafael lanza un rabioso improperio.

—Estoy hecho polvo —confiesa llevándose la mano al hombro contrario—. Tengo un pinzamiento en las cervicales y se me duerme todo el brazo.

No sé qué espera de mí pero está claro que debo dejarle pasar.

—Entra, por favor —digo dando un paso atrás—. Está lloviendo mucho.

—La humedad aumenta el dolor —declara.

Y deja el paraguas apoyado en la acera, a cubierto bajo el dintel de la puerta.

—Tú eres médico, ¿verdad?

Asiento sin ninguna convicción, como si todavía me quedaran unas cuantas asignaturas pendientes para acabar la carrera. Me cuesta mucho recordar a qué me dedico, posiblemente porque no he hecho más que renegar de mí mismo desde que murió Laura.

—Soy neurólogo —respondo—. Y tú lo que necesitas es un

traumatólogo.

—No hay muchos traumatólogos en Sinia —dice él con una forzada sonrisa.

—Si quieres, puedo recetarte un antiinflamatorio.

Levanta tres dedos de su mano derecha y me los muestra.

—Ya me he tomado tres pastillas y no me han servido de nada. Lo que necesito es uno de los masajes de Marina.

No seguimos hablando en el patio, entre otras cosas porque Rafael ha tomado el rumbo de la cocina, sin esperar a ser invitado. La resolución que leo en sus gestos y en sus palabras me mantiene en estado de alerta. Es posible que me encuentre ante el furtivo amante de Marina.

—¿Te los da muy a menudo? —pregunto ofreciéndole una silla.

—Cada vez que me duele.

—¿Quieres tomar algo?

—No, gracias.

Pese a no estar en mi casa, ejecuto mi papel de anfitrión con toda naturalidad. No en vano yo estaba dentro de la casa cuando he abierto la puerta. Y él fuera.

—¿Los neurólogos no dais masajes?

—Nunca —respondo sentándome frente a él.

—Pues es una pena —dice chasqueando la lengua—, porque así no puedo ir a la batida de caza.

De pronto me doy cuenta de que aún no he quedado con nadie para mañana. Sebastián se ha enfadado conmigo y no creo que León pase a recogerme después de haber vomitado mis oscuros claveles en su asiento. Me levanto de la silla y me acerco a Rafael.

—Déjame echarte un vistazo.

No sé si estoy actuando como haría mi anfitriona o si lo que deseo es que me informe de la hora y el lugar donde han quedado. En cualquier caso comienzo a palparle las cervicales con las dos manos. Al hacerlo me doy cuenta de que no estoy sustituyendo a Marina ni intercambiando mis conocimientos médicos por información. Tan sólo estoy tratando de averiguar si Rafael dice la verdad. Quiero saber si realmente necesita un masaje o si ha venido en busca de otro tipo de terapia. Quiero descartarlo de la lista de posibles amantes.

Al tocarle entre la tercera y la cuarta vértebra lanza un grito de

dolor y se desembaraza de mis manos. No puedo dar un diagnóstico fiable, porque para ello necesitaría al menos una radiografía de la zona dañada, pero es evidente que no se trata de ningún montaje. Lo más probable es que sea una luxación. A falta de mejores opciones me mojo las manos con aceite de oliva y me paso los siguientes minutos masajeando la zona dañada. Luego se la envuelvo en papel de cocina para que no pierda calor y le doy unos cuantos consejos sobre la mejor postura para dormir. Él agradece mis atenciones sin mover el cuello, afirmando con los párpados y manteniendo los pulgares levantados.

—Si deja de llover —dice para rematar su agradecimiento—, Tomás pasará a buscarte a las ocho de la mañana.

15

Duermo con múltiples interrupciones, hilando microsueños que parecen sucederse unos a otros, como si fueran los capítulos de un libro que se leyera en una noche de insomnio. Supongo que no estoy acostumbrado a dormir solo. Echo de menos el sonido del colchón de Marina, el crujido del suelo cuando va al baño, las bisagras de la puerta, el agua de la cisterna del inodoro y los gemidos de placer que le arranca su amante invisible. Echo incluso de menos el silencio que sucede a esos gemidos.

Por primera vez desde que llegué a Sinia me levanto temprano, con esa sensación de urgencia que caracteriza al viajero que está a punto de partir. Cualquiera diría que debo abandonar el pueblo hoy mismo. Me asomo a la ventana para comprobar si continúa lloviendo y descubro un cielo limpio, brillante y aromático, como recién fregado. La batida de caza tendrá lugar sin contratiempos. Y Marina se habrá despertado en un lecho seco.

Me visto con la intención de abrigarme, con camiseta y jersey. Y me calzo mis botas de monte. Bajo a la cocina y me preparo café. Justo cuando me lo sirvo, oigo el frenar de un vehículo y el sonar de un claxon. En un primer momento creo que es Marina, que vuelve de la mallata con sus heridas curadas, pero enseguida caigo en la cuenta de que hoy es viernes. Cojo dinero y salgo a la plaza del pozo, donde el panadero ya está atendiendo a una convecina. Saludo y aguardo. Cuando la mujer termina, compro dos barras de pan, un dobladillo de cabello de ángel y una torta de aceite con anisetes, tal como habría hecho mi anfitriona. Y además le pido al panadero que me entregue el clavel blanco con la promesa de dárselo en cuanto la vea. Pago y vuelvo. Dejo el clavel en el banco del patio y me tomo el café con un trozo de torta de aceite, consciente de la elocuencia que tienen los sentidos del gusto y el olfato, que van a proponerme en cada bocado un viaje en el tiempo.

Ya me estoy acostumbrando a su previsible forma de actuar.

A las ocho en punto salgo de casa para esperar a Tomás. No tarda ni un minuto en aparecer con un enorme todoterreno lleno de barro en el que van montados Julio y Paco. Como no podía ser de otra manera me han reservado el asiento del copiloto. También me estoy acostumbrando a ocuparlo, una y otra vez eximido de cualquier actividad relacionada con la conducción. Después de los saludos protocolarios, Tomás me examina de arriba abajo, reparando en mi atuendo y mis botas. No hace ningún comentario, así que deduzco que voy adecuadamente vestido para la ocasión.

—Vamos a la Fuente Mayor —dice señalando la pista que acaba de tomar—. Es el punto de reunión. Allí nos repartiremos las líneas y los apostaderos.

Asiento con un audible murmullo, comprendiendo que me está leyendo el manual de instrucciones de la batida.

—Tú vendrás conmigo —prosigue—. En silencio. El silencio es sagrado. Los únicos que pueden quebrarlo son los perros, ¿estamos?

—Estamos.

—Compartiremos el arma. Llevo una semiautomática muy fácil de manejar. La he elegido especialmente para que puedas averiguar si sabes disparar.

Esta vez, además de asentir, sonrío.

—En cuanto lleguemos al apostadero, estaremos atentos al ladrido de los perros y a las señales que recibamos por radio. Con un poco de suerte tendremos una o dos oportunidades de disparar al marrano. Los novatos siempre me han traído buena suerte.

Mi sonrisa se acentúa un milímetro por cada comisura, como le ocurriría a cualquier cincuentón que fuera considerado un novato, en cualquier campo, de cualquier cosa. Hemos tomado el camino del cementerio, hacia el oeste, y nos alejamos lo suficiente para que las peñas se vean distintas. La Peña Roya se alza más próxima que la Clara y parece menos agreste, quizá porque además de alejarnos hemos ganado altura y hemos cambiado el ángulo de visión.

La Fuente Mayor resulta ser un cruce de caminos en un claro del bosque, aunque no veo por ninguna parte surgencias, caños ni grifos que justifiquen su nombre. Nos apeamos. El suelo está embarrado y lleno de charcos incapaces de reflejar el azul del cielo. Hay varios todoterrenos aparcados en la cuneta de la pista. Camino

detrás de Tomás hasta el círculo que han formado los cazadores y, al igual que él, los saludo. Enfrente de mí está Sebastián, pero no consigo que nuestras miradas impacten mutuamente, quizá porque no son semiautomáticas. Ni fáciles de manejar. Veo también a Rafael y otros rostros conocidos del bar de Tomás. Y de Las Tres Sorores. Todos se saludan con la camaradería que cabría esperarse de unos compañeros de batida, esta vez en su versión diurna. Pese a haber matado al último jabalí de la zona, no me siento un miembro del grupo y asisto a la escena como un mero espectador. Parezco uno de esos fotógrafos de guerra que disparan sus ojos tratando de captar la imagen de la muerte.

A lo lejos diviso dos vehículos más. Vienen en sentido contrario al que hemos seguido nosotros, así que no proceden de Sinia. Ambos arrastran sendos remolques cargados con una jauría de ladridos que atropella el aire de la mañana.

—Verás qué perros —dice Tomás agitando su mano derecha—. Están entrenados para seguir rastros incluso en días húmedos como hoy.

—¿De qué raza son?

Lo pregunto sin ningún afán de conocimiento, con la única pretensión de hacerme el interesado. Tomás me mira esta vez de abajo arriba, saltando de mis botas a mis ojos, como se mira a quien resulta impertinente.

—No son de ninguna raza —responde—. Son simples sabuesos de caza, pero no los encontrarás mejores en toda la comarca. Seguro que te gustan.

Su explicación es incoherente y no me convence. Si son los mejores será porque su dueño se ha preocupado de cruzar a los ejemplares más válidos.

—No me gustan los perros —confieso—. La mayor parte de las veces no son más que experimentos genéticos de los criadores.

Nuevamente tengo dificultades para guardar mis ocurrencias en el interior de mi cabeza, como me sucedió ayer durante mi conversación con Sebastián. Tomás me mira con el mismo recelo que el viejo.

—En ese caso —puntualiza—, deberías decir que no te gustan los criadores.

No sólo me reta con su impecable argumentación, sino también

con el tono de su voz. Y con su postura corporal. A estas alturas ya ha debido de arrepentirse de haberme invitado a la batida.

—Puedo entender que se crucen los mejores machos con las mejores hembras —trato de explicarme—, pero no me gusta que se crucen ejemplares más cercanos, como hermanos de la misma camada…

Tomás entorna tanto los ojos que está a punto de cerrarlos. No es capaz de ver adónde quiero ir a parar.

—… o padres y madres con sus hijos —añado.

—¿Por qué no? No es más que el instinto natural de los animales.

—Porque de ese modo se empobrece la raza —digo lanzando un suspiro—, y los animales acaban volviéndose anormales.

Pronuncio un rotundo punto final. No deseo seguir hablando del tema, ni Tomás muestra signos de querer seguir escuchándome.

—En cuanto bajen del remolque y comiencen a seguir el rastro del jabalí tendrás la oportunidad de comprobar lo anormales que son estos perros —responde negando con la cabeza, como quien se encuentra ante un ignorante que no sabe lo que dice.

El círculo de cazadores se abre para dejar paso a los perros. Su audible excitación resulta a la vez molesta y contagiosa, quizá porque ese sonido ha quedado grabado en nuestra memoria colectiva de cazadores desde hace miles de años, más o menos desde que decidimos manipularlos genéticamente, orientando sus encuentros sexuales. De uno de los vehículos recién llegados sale León. Saluda con su aire de incorregible marcialidad y se coloca en el centro del círculo, una vez que este se rehace a su alrededor. Me fijo en su atuendo. Más que vestido de cazador se diría que va disfrazado. Lleva botas de media caña, pantalones y camisa de camuflaje y chaleco de plumas sobre el que se cruzan dos cananas de balas doradas. Parece un guerrero de juguete, el muñeco vestido de cazador de jabalíes.

—Separarse en dos grupos —dice dirigiéndose a los presentes por el procedimiento de ir girando sobre sí mismo cada pocas palabras—. Los de la segunda línea me cogéis los coches y os colocáis en vuestras posiciones con los gualquis encendidos. Los de la primera línea me cargáis las armas antes de salir y os dispersáis sin hacer ruido cuando yo os diga.

Los cazadores asisten al discurso en silencio, dejando claro que no sólo acatan la autoridad de León cuando va vestido de guardia civil. Después de escuchar sus palabras, la mitad de los presentes, Sebastián incluido, se dirige a los todoterrenos y toma una dirección distinta, unos hacia el este y otros hacia el oeste. El norte queda para la infantería y el sur por tanto no cuenta.

Tomás carga su arma provocando un sonido de película de *cowboys*. Los demás lo imitan. Es un curioso ritual sonoro, más propio de actores que de cazadores, que me devuelve la sensación de ser un espectador, esta vez asistiendo a una representación en cierto modo teatral, acentuada por el aire castrense que León impone a sus gestos. Y a su voz.

—Julio y Paco.

Ha comenzado a cantar los nombres de los presentes por parejas. Los nombrados se acercan y él les asigna uno de los apostaderos que hay en el monte. Ahora más que nunca parece un militar al mando de una brigada de infantería. Llega nuestro turno.

—Ponerse a la derecha de la vaguada —le dice León a Tomás—. El gualqui con el volumen al mínimo, si no te importa.

Tomás asiente. León me pone una mano en el pecho y me mira fijamente. Puede que vaya a amonestarme por haberle vomitado en el coche.

—¿Has venido meado de casa? —me pregunta.

—¿Cómo?

—Ya me has oído. Te pregunto si te estás meando.

No alcanzo a comprender si se está burlando de mí, como sugieren las risas de los presentes, o si me está hablando en serio.

—Creo que no.

—Mejor —resuelve con cejas rectas, en posición igualmente marcial—. No se puede mear ni cagar en una batida porque los perros se despistan. ¿Está claro?

Este último alegato, pronunciado en voz más alta, va dirigido a todos los presentes. León me libera y corro al encuentro de Tomás, que me espera a pocos metros con una sonrisa de amable benevolencia. Es evidente que ha escuchado muchas veces las consignas de León.

Nos adentramos en un bosque de encinas y robles, aunque tal como indica el aroma del aire también hay pinos y bojes. Tomás

avanza deprisa por un estrecho sendero sin mirar atrás. Da por hecho que le sigo. Y lo hago, pero con muchas dificultades, porque la hojarasca del suelo es una trampa bajo la que se esconde el barro que se ha formado tras las últimas lluvias. Mis pies pesan como si me hubiera convertido en un gigante más alto y corpulento que el más alto y corpulento de los robles entre los que avanzamos. Por suerte no tardamos en llegar al apostadero, un lugar marcado con cuatro tablas apoyadas entre dos encinas que parece el burladero de una plaza de toros.

Tomás deja en el suelo el zurrón que lleva al hombro y se coloca detrás de las tablas. En ese momento suena el gualqui.

—Soltamos los perros.

Es la voz de León, metalizada y entrecortada por las ondas de radio. El sonido de la jauría se diluye en el monte, como la lluvia que ha caído sobre la hojarasca. Tomás hace un gesto para que me acerque a él.

—Ahora los perros manipulados genéticamente tienen que localizar el encame —me susurra al oído sin renunciar a la ironía—. Cuando lo hagan, habrá que estar muy atentos. Si el marrano baja por aquí, lo más probable es que cruce por debajo de aquellos bojes.

Mientras habla, señala con el dedo un grupo de arbustos que tenemos enfrente.

—¿Y si son cachorros? —pregunto pensando en los hijos de mi víctima.

Tomás sacude la cabeza un par de veces antes de seguir susurrando. Sin duda estoy asistiendo a mi primera y última cacería en Sinia.

—No se puede disparar a los rayones —dice—. Sólo a los adultos machos o a las hembras que no vayan acompañadas de crías.

Pestañeo de preocupación. De igual manera que soy incapaz de distinguir una cigüeña macho de una hembra, no sé diferenciar un jabalí de una jabalina, pero me abstengo de compartir estas inquietudes con el ya suficientemente inquieto Tomás. El gualqui vuelve a hablar. Esta vez con una voz distinta a la de León.

—Los perros han encontrado el rastro.

Tomás me mira con una sonrisa triunfal, como quien se sabe secundado por los acontecimientos. Retira el seguro del arma semiautomática y me la pasa.

—Ten cuidado —me dice—. Está listo para disparar.

Pesa más de lo que creía pero tiene un tacto cálido y suave que me sorprende. Parece un instrumento musical con sus piezas de madera y su traste de metal. Mis pies se hunden un poco más en el barro por su culpa. Tomás me indica la mira telescópica y hace el gesto de disparar con las dos manos para invitarme a usarla. Apoyo la culata a la altura del hombro, trato de apuntar con mi ojo izquierdo e inmediatamente provoco el instinto didáctico de Tomás, que se aproxima para corregir mi postura.

—Atento al retroceso cuando dispares —me dice—. Apoya el arma firmemente y echa el cuerpo un poco hacia delante, con las rodillas algo flexionadas y la cara metida en la culata para alinear la mirada con el cañón.

Son demasiadas instrucciones para un novato cincuentón y me cuesta asimilarlas. Y eso que desde que llegué a Sinia no he hecho más que compensar el fuerte retroceso que experimenta mi cuerpo cada vez que orino. Así que en cierto modo me encuentro preparado para disparar. Apunto a través de la mira telescópica haciendo blancos imaginarios sobre las ramas de los bojes, como si yo también fuera un cazador de juguete y las balas de mi rifle fueran de plástico. Y de colores.

—Han localizado el encame.

El gualqui ha hablado otra vez.

—Prevenidos —y otra.

Los ladridos de los perros se multiplican en el aire como amplificados por el eco de la inminencia. El bosque entero es presa de la tensión de la caza. Igual que los árboles que nos rodean, me siento incapaz de mover los pies. Tomás en cambio tiene dificultades para permanecer quieto. En lugar de paralizarlo como a mí, la tensión lo desata, más aún cuando el gualqui vuelve a sonar.

—Baja por la vaguada —dice León.

—Todo tuyo —añade Tomás con el puño cerrado, confirmando la buena suerte que estamos teniendo.

Y me da una palmada en el hombro que me hace daño, tal vez porque en lugar de una palmada es un puñetazo. A partir de ese momento dejo de mirar por mis ojos y lo hago a través de la mira telescópica del rifle, el visor de mi cámara de reportero de guerra. Los ladridos se escuchan cada vez más próximos, junto con el

chasquido de la hojarasca y el rameado de los bojes. No sé cómo ha sucedido pero creo que me he convertido en un autómata. Mis sentidos responden a estímulos ya conocidos por otros hombres antes que yo. Soy la parte viva de una especie animal milenaria, la copa de un árbol genealógico bajo el que yacen los ancestros que en estos momentos controlan mis sentidos, especialmente la vista y el oído.

Tomás señala al frente con su brazo y su dedo índice extendidos. Se queda inmóvil como la estatua de un conquistador. Los bojes se estremecen y, junto con los ladridos, escucho el gruñido de mi rival. Me concentro en la cruz que marca el centro de la mira telescópica, con el dedo preparado y la pupila del ojo que mantengo abierto dilatada. El marrano no tarda en aparecer a los pies de una encina, como si fuera un erizo gigante que saliera de un túnel excavado bajo tierra. Quizá por eso, deslumbrado por la hojarasca, no percibe el hoyo que hay en la vaguada y cae rodando un par de metros hacia nuestra posición. Cuando se levanta está justo en la cruz del telescopio, delante de mí. Mirándome con los ojos de un fugitivo. Dos machos del Serengeti frente a frente.

El pulso no me tiembla. Tampoco estoy sudando ni tengo miedo. No me sucede nada. Simplemente no puedo apretar el gatillo, tal vez porque me doy cuenta de la diferencia que hay entre nuestras armas. Mi rival tiene unos colmillos a los lados del hocico y abundante barro sobre el lomo. Yo el barro lo llevo en las suelas de las botas y en las manos un arma semiautomática. Demasiada diferencia. Y además no puedo olvidarme de la jabalina enterrada en el pantano. Quién sabe si me encuentro ante el padre de sus hijos, su viudo. La violenta irrupción de los perros hace que el animal desaparezca del visor y continúe huyendo. Es entonces cuando me vuelvo hacia Tomás y le entrego el arma. Él me mira como si estuviera apuntándole directamente a la cara. Su gesto de incomprensión y sorpresa parece de terror.

—Acabo de descubrir que no sé disparar —digo con una dignidad muy difícil de sostener en ese momento.

No me responde. Acaricia la culata del arma y el gatillo, tratando de comprobar que no han sufrido ningún daño en manos de un incompetente como yo. El gualqui toma la palabra.

—¿Ha cruzado por allí? —dice León.

—Afirmativo —responde Tomás dándome la espalda.

—¿Se ha puesto a tiro?

—Afirmativo.

—No he oído ningún disparo.

—Es que no hemos disparado.

—Joder —exclama el gualqui—. ¿Quién tenía el rifle?

—Javier.

—Me cago en mi madre.

Tomás se vuelve hacia mí para que escuche el exabrupto del guardia civil con toda claridad.

—¿Quieres hablar con él?

—No será necesario —responde León—. Ya casi estoy ahí.

Y en efecto, los sonidos del bosque no tardan en delatar su presencia ante nosotros, siguiendo más o menos los pasos del jabalí. Avanza hacia el apostadero y se detiene delante de mí con las manos abiertas. Nuevamente dos machos del Serengeti frente a frente.

—Perdona —le digo.

Y logro que suspire tan fuerte como un caballo relinchando.

—No tienes que pedirme perdón —protesta en voz alta, olvidando la regla sagrada del silencio—. Lo que tenías que haber hecho es disparar.

—No estoy pidiéndote perdón por no disparar —le corrijo—, sino por vomitar en tu coche el otro día.

Nuevo relincho, esta vez hinchando mucho los mofletes, como quien escucha el colmo de los colmos.

—Bajarse hacia los coches —dice señalando el camino por el que hemos venido—. Tú y yo nos volvemos al encame. Es posible que el marrano regrese por allí.

Estas últimas palabras van dirigidas a Tomás, dado que yo he sido descartado de la partida de caza. Me doy la vuelta e inicio la bajada hacia la Fuente Mayor sin siquiera despedirme de ellos. No es un acto de descortesía ni de enojo. Simplemente no tengo la oportunidad de hacer otra cosa. El gualqui de León ha reclamado su atención y han echado a correr vaguada arriba, sin duda porque alguien ha avistado al marrano.

Llego a los coches y me siento en una piedra para poder limpiarme las suelas de las botas con la ayuda de un palo. El barro

se ha metido en el dibujo de la goma formando el molde de mi huella. Es un ejercicio expiatorio, casi un exorcismo que me ayuda a deshacerme de algo más que una mezcla de agua y tierra. Parezco un hombre de arcilla que estuviera acabando de automodelarse y eliminara el barro que le sobra de los pies. O un muerto resucitado que hubiera logrado salir de su tumba y abandonara el fondo del pantano.

Escucho dos disparos, tal vez uno seguido de su eco. El marrano ha vuelto a su encame.

16

El coche de León es un clamor de voces y risas. Los cazadores han abatido a su presa con la ayuda de los perros. Y lo han hecho además justo cuando se acaba la temporada de caza, lo que confiere más valor al trofeo. Voy sentado en la parte de atrás, junto a Paco. Por primera vez me han destronado de mi asiento de copiloto, que ocupa Julio. León conduce exultante de alegría, con la misma sensación de triunfo que si él en persona hubiera abatido al jabalí, posiblemente porque suya ha sido la idea de volver sobre sus pasos y esperarlo en el lugar de donde salió huyendo. El tiro mortal lo ha disparado Tomás con el mismo rifle que yo he tenido en mis manos. Con la misma bala.

Yo me dirijo a Aínsa para hablar con Lorién. Los demás van a celebrar su éxito, igual que los pasajeros de los otros tres todoterrenos que nos siguen. No hace falta decir que esta vez no me siento invitado a la batida festiva, incluso si deciden acudir a Las Tres Sorores, como les oigo decir. Y no se lo reprocho. Mi actitud ha sido impropia de una cacería. No he estado a la altura ni de un simple cazador de mariposas.

Detienen los coches delante de la casa cuartel y se apean entre bromas y más voces que ya empiezan a molestarme, tal vez porque las interpreto como un desaire a mi silencio. Se encaminan hacia el centro del pueblo sin esperarme ni despedirse de mí. No trato de seguirlos. Supongo que tengo lo que merezco, ni más ni menos. No importa. Cruzo el puente en dirección al taller de Lorién con una extraña percepción temporal. Parece que han pasado varios meses desde que estuve aquí por última vez.

—Te estaba esperando, Javier.

Lorién pronuncia estas cuatro palabras sin saber el efecto analgésico que me provocan. Me agrada que recuerde mi nombre.

—El radiador y los manguitos ya están listos —comienza a

informarme mientras camina hacia la parte posterior del taller—. El chasis y la chapa también.

Gira a la derecha, se detiene y señala mi montura, siguiendo un ceremonial ajeno a quien luce unos dedos tan negros.

—Pero me temo que no he conseguido que llegara a tiempo ni la rejilla ni el anagrama de la marca.

Doy los pasos necesarios para acercarme al coche y acariciar su recién reparado morro, pero algo se interpone entre la chapa y mi mano, tal vez el miedo a que despierte y reclame mi presencia en su interior.

—Así que tenemos dos opciones —prosigue Lorién ajeno a mis remilgos—. Puedes dejarlo aquí hasta el lunes y lo recoges totalmente acabado. O te lo llevas ahora y ordeno que envíen las piezas que faltan al taller que tú me digas.

Se frota las manos con un trapo que saca del bolsillo de su mono y espera mi respuesta.

—No tengo prisa —digo.

Y me siento inmediatamente aliviado, como suele suceder cuando las circunstancias se alinean con nuestros deseos. No quiero volver a casa todavía. No quiero que Lorién termine de arreglar el vehículo que me trajo hasta aquí. No quiero marcharme del horizonte.

—En ese caso —propone el mecánico—, puedes pasar a recogerlo el lunes a primera hora de la tarde.

—Así lo haré.

Asiente con resolución y camina hacia la salida para librarse de mí y seguir trabajando.

—¿Quién te ha traído? —pregunta antes de que me vaya.

—He venido con León —respondo señalando mis botas embarradas—. Esta mañana hemos salido de caza.

—¿Vas a volver con él o esperas a Marina?

Ignoro si es una pregunta con doble intención. Y esa ignorancia cambia el gesto de mi rostro.

—No lo sé —respondo con un ademán dubitativo—. Creo que León no va a volver a Sinia y no he quedado en nada concreto con ella.

Lo más probable es que León y el resto de los cazadores se encuentren ya camino de Las Tres Sorores. Y no he visto a Marina

desde ayer, cuando me la encontré en la pista que conduce a la mallata.

—Quizá Lorenzo pueda acercarme más tarde, si va a encontrarse con Marina —propongo mirando hacia el cuarto donde vi a su padre la última vez que estuve aquí.

Lorién suspira profundamente, como si roncara despierto.

—Mi padre no va a ir por casa de Marina —dice—, al menos durante una buena temporada.

—¿Qué ha pasado?

—¿No lo sabes? —Da por hecho que estoy al tanto de su situación—. Lo que pasó ayer significa su ruptura definitiva.

Pese a que ignoro a qué se refiere, la noticia me alivia tanto o más que no poder disponer de mi coche hasta después del fin de semana. Estoy exculpado. Soy inocente. Marina no huyó por mi culpa al único lugar de su infancia que permanece en pie.

—No lo sabía —digo después de carraspear un par de veces—. Y lo siento.

—No lo sientas —replica Lorién—. Marina no es mujer para mi padre. Él necesita a alguien de su edad. Ella es demasiado joven.

Tuerzo la cabeza para expresar el desconcierto que me inspira ese juicio estereotipado y probablemente injusto, pero no abro la boca. Quién sabe si me encuentro frente a uno de esos individuos que se sinceran ante los desconocidos con el único objetivo de que les den la razón. Y no deseo correr el riesgo de pronunciarme.

—Si te esperas un rato —añade él, que tampoco espera ninguna respuesta por mi parte—, yo mismo puedo acercarte a Sinia.

No quiero causarle molestias ni esbozar la típica protesta de quien no quiere causar molestias. Simplemente deseo aceptar la ayuda que está dispuesto a prestarme, aunque sea al precio de darle la razón en lo que me vaya contando.

—De acuerdo —digo—. Estaré en el bar del cruce.

Y salgo a la calle sintiéndome hambriento y cansado. Necesito comer y sentarme, así que en cuanto llego al bar pido una ración de callos, una cerveza, un bolígrafo y un periódico. Tomo asiento en la misma mesa que ocupé la otra noche con León y abro el periódico con la indolencia de quien no está interesado en las noticias. En realidad sólo quiero comprobar qué día es hoy, como si el periódico no fuera más que un calendario certificado por las noticias del día

anterior. También quiero hacer el crucigrama, el sudoku o la sopa de letras que haya en su interior, cualquier ejercicio mental que me ayude a matar el tiempo hasta que Lorién venga a buscarme.

Transcurrido un sudoku y medio autodefinido, me levanto para ir al servicio y paso junto a los ordenadores conectados a Internet con la misma indiferencia que he guardado para las noticias del periódico. No siento la necesidad de comunicarme con Javier, aun sabiendo que habrá respondido varias veces al correo que le envié el otro día. Tampoco estoy interesado en conocer la previsión meteorológica.

Lorién no tarda en aparecer. Me chista desde la puerta y señala la calle, dando a entender que no desea tomar nada, ni siquiera el café al que pensaba invitarle. Pago en la barra y me reúno con él. Caminamos de vuelta al taller y montamos en una furgoneta parecida a la de Marina, en cuyas puertas leo el apellido de Lorién y su padre. Y su teléfono. Ocupo mi asiento de copiloto y espero acontecimientos. No quiero ofrecerle una conversación banal y gratuita, probablemente porque tampoco quiero que perciba mi ansiedad por mostrarle la gratitud que merece.

—Marina se parece mucho a mi madre —dice él en cuanto salimos de Aínsa.

Afirmo sin entender lo que quiere decirme, pero vuelvo a mantener la boca cerrada. Quizá lo hago porque sus palabras no parecen formar parte de una conversación banal. Ni gratuita.

—Murió cuando yo era un niño.

Dejo de afirmar y comienzo a negar. Hay un punto cómico en mi comportamiento que por suerte Lorién no percibe. Ni siquiera con el rabillo del ojo, que es por donde me ve.

—Mi padre se ha vuelto a enamorar de la misma mujer.

Dice estas palabras, pronuncia una pausa suspensiva y, ahora sí, me mira directamente, desatendiendo durante unos segundos la carretera.

—Tú eres médico, ¿no? —me pregunta sabiendo que lo soy—. ¿Cómo puedes explicar semejante coincidencia?

Definitivamente no se trata de una conversación banal. Ni es la clase de charla que pensaba mantener con él. Me rasco la barbilla a conciencia, como si pretendiera afeitarme con las manos.

—Tú lo has dicho —respondo—. No es más que una

coincidencia.

Lorién guarda silencio, adelanta a un tractor que circula por el arcén de la carretera y saluda a su ocupante con la mano derecha a través de la luna trasera de la furgoneta.

—No creo en las coincidencias —dice con la voz grave—. He visto muchas fotografías de mi madre y sé perfectamente cómo era. Se parecía mucho a mi abuela, la madre de mi padre.

De nuevo me toca asentir mientras Lorién toma aire y prosigue.

—No entiendo por qué un hombre busca una y otra vez el modelo de su madre como pareja.

—¿Qué hay de malo en ello? —contesto enarcando visiblemente las cejas.

Lorién me mira de abajo arriba, tal como ha hecho Tomás hace sólo unas horas.

—¿No va en contra de la diversidad de la vida? —dice con un convencimiento que nada tiene de interrogativo.

Es probable que se esté preguntando la clase de científico que soy, lo que sería muy lógico, dado que yo no hago más que preguntarme la clase de mecánico que es él.

—Supongo que el primer modelo de un hijo es su padre —digo poniéndome serio.

Lorién vuelve a mirarme entre curva y curva. De pronto tengo la impresión de que es uno de mis alumnos de la facultad y estoy seguro de que, si no fuera por el volante que conduce, sacaría su cuaderno y se pondría a tomar apuntes.

—Precisamente por eso —sigo argumentando—, cuando el hijo crece, el primer rival al que tiene que enfrentarse es su propio padre, que no es más que una versión madura de sí mismo. Así que cuando el hijo conquista a una mujer parecida a su madre es como si lograse vencer a su padre.

Lorién procesa mis palabras con el ceño muy fruncido, percibiendo que están a medio camino entre una explicación científica y la respuesta que podría haber recibido en un consultorio sentimental. Asiente un par de veces. Creo que le he convencido. Es posible que él haya elaborado el mismo razonamiento más de una vez, pero necesitaba escucharlo en boca de otra persona. Necesitaba que le dieran la razón.

Las peñas aparecen después de una curva a la izquierda. La

lámina del pantano a sus pies, las nubes y los buitres alrededor. Me siento en casa. Lorién acciona el intermitente y entra en Sinia. Se dirige a la plaza del pozo y detiene el coche. Dadas las circunstancias no me atrevo a invitarlo a casa de Marina, aunque soy consciente de que tengo que agradecerle de alguna manera el favor que acaba de hacerme.

—Vamos a la bodega de Tomás y nos tomamos algo —le propongo mientras abandono el coche.

—Lo siento pero no puedo —declina él consultando su reloj—. Aún tengo mucho que hacer.

—No sé cómo darte las gracias.

—No me debes nada —contesta con lo más parecido a una sonrisa que le he visto hasta ahora—. Es lo menos que puedo hacer por ti después de no haber sido capaz de entregarte el coche el día que te prometí.

Sonrío y palmeo el techo de la furgoneta en señal de despedida. Realmente él no tiene la culpa de que mi montura no esté reparada y tampoco me prometió nada en concreto, así que entiendo sus palabras como un salvoconducto para dar marcha atrás, girar las ruedas y salir del pueblo por la misma calle que ha entrado. A mi lado veo el coche de Marina, más embarrado aún que yo, señal de que hemos recorrido senderos parejos. Entro en casa y la busco. Quiero ver sus ojos y comprobar si el efecto balsámico de la mallata ha vuelto a funcionar, pero no la encuentro por ningún lado. Es entonces cuando advierto la ausencia del clavel blanco que he dejado esta mañana en el banco del patio.

Me descalzo y dejo las botas en la acera, junto a la puerta, para limpiarlas más tarde. Subo a la ducha y dejo que el agua del arroyo aclare una vez más el barro que ha llegado hasta mi cuerpo y lo haga desaparecer por el desagüe formando un remolino. Es una imagen plástica y dinámica que tiene la virtud de purificarme, como si la turbiedad que resbala por mis piernas surtiera en realidad de mis entrañas, de mi cabeza, tal vez de mi espíritu.

Me afeito, peino, visto y calzo. Y salgo en busca de Marina rumbo al cementerio con la esperanza de encontrarla mientras regresa, pero tampoco tengo suerte. No regresa. Busco la tumba de su madre para averiguar si ha estado allí. El clavel blanco así me lo indica. Dudo entre volver a casa o pasarme por la bodega de Tomás.

Y no hago ni una cosa ni la otra, sino que continúo caminando hacia el pantano guiado por una firme corazonada.

Marina está sentada sobre el resplandor del cielo, con los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia arriba, igual que si tomara un sol invisible, anegado bajo las aguas. Me siento a su lado mientras pronuncio un largo suspiro que procede directamente de mis doloridas articulaciones. Me alivia comprobar que su rostro se ha liberado de cualquier clase de crispación.

—¿Cómo te ha ido? —pregunto.

Emite un breve murmullo que por un momento me parece el ronroneo de un gato. De una gata.

—¿Te has mojado?

El murmullo se repite por duplicado, en señal negativa. Me abstengo de preguntarle si se ha levantado con la sensación de ser el único habitante de las montañas. Si se ha sentido un ser vivo de verdad, como dice ella. Es evidente que no tiene ganas de hablar. Clotilde y Bonifacio cruzan el pantano volando bajo, tanto que cuando se alejan es posible ver las dos parejas reflejadas, una sobre la otra, cuatro cigüeñas volando hacia el norte, como si una mujer estuviera a punto de alumbrar cuatrillizos en algún lugar de las montañas.

—¿Ya tienes el coche? —dice.

—Todavía no.

Ignoro hasta qué punto es una pregunta retórica destinada a corresponder mi interés por ella o una forma de calcular el tiempo que voy a seguir siendo su invitado.

—Faltan un par de piezas —añado—. El lunes ya lo tendré listo.

—¿Quién te ha traído?

—Lorién.

Su nombre crea un vacío entre nosotros que se expande por la lámina de nubes como un eco inaudible, quizá también anegado por las aguas y el lodo. Marina cambia de postura pero mantiene los ojos cerrados. Invisibles.

—Me ha contado que Lorenzo y tú lo habéis dejado definitivamente.

No quiero que haga conjeturas sobre lo que he podido hablar o callar con Lorién. No quiero saber o ignorar algo sobre su vida privada sin que ella lo sepa.

—Le he hecho mucho daño —dice.

Y suspira sobre mí, como una brisa de cabellos negros y ojos por fin abiertos. Me mira y asiente. Quiere subrayar sus palabras con la cabeza, aunque no sé exactamente lo que espera de mí. Ni si percibe que estoy más cerca de la intromisión que de la confidencia. Tengo curiosidad por saber lo que ha pasado entre ellos pero no voy a preguntarle nada.

—Es un hombre hecho y derecho —digo por fin, forzado por la expectación del silencio—. Y se recuperará pronto.

No es más que una conjetura sin ningún valor y, sin embargo, después de haberla pronunciado, temo parecer mejor informado de lo que estoy.

—¿Por qué nos enamoramos de los hombres guapos? —dice ella.

La brisa se convierte de repente en una ráfaga de interrogantes. Su pregunta parece formar parte de la conversación que he mantenido con Lorién en el coche. Durante un instante creo que todavía me encuentro sentado en el asiento del copiloto, a la derecha de Marina, viendo el fluir de la carretera bajo mis pies. No deseo que me formule la misma clase de preguntas que él, dirigiéndose a mí como un científico obligado a explicar los fenómenos de la naturaleza.

—No sé —respondo después de un nuevo y amenazador silencio —. Supongo que queremos reencarnarnos en un ser hermoso.

—¿Pero por qué?

Nuevamente percibo que Marina pregunta sobre una montaña de palabras nunca dichas. Sus interrogantes son la parte visible de un enorme iceberg de inquietudes.

—Quizá porque sabemos que los seres hermosos tienen más posibilidades de continuar perpetuándose —digo—. No olvides que nuestro último objetivo como seres vivos es la inmortalidad.

Transcurren uno, dos, tres segundos.

—La inmortalidad —repite ella con la entonación de quien exclama y el gesto de quien pregunta, aunque ignoro por completo si lo hace porque está de acuerdo o no con mi juicio—. ¿Qué tiene que ver la inmortalidad con la belleza?

—La belleza es una manifestación de la salud.

Marina me mira despacio, girando su cuello a cámara lenta hacia su derecha. Esa lentitud es su respuesta. Le cuesta trabajo

creer lo que digo.

—Los seres humanos sanos y bellos presentan mayores garantías para perpetuar la vida —añado.

No obstante, me abstengo de poner ejemplos aludiendo a las partes del cuerpo humano, tanto masculino como femenino, que nos ayudan a parecer sanos y bellos, algo que he hecho muchas veces en mis clases, siempre con gran éxito de audiencia entre mis estudiantes.

—¿Y si esos seres humanos son nuestros hijos? —pregunta Marina, esta vez sin mirarme, dejando que el resplandor del agua ciegue sus pupilas.

Trago trabajosamente un poco de saliva, sintiendo que el iceberg de Marina pugna por sobresalir del agua, como si estuviera derritiéndose muy despacio.

—Eso va en contra de la diversidad de la vida —respondo.

Y sonrío con la mirada, como si le guiñara un ojo a Lorién desde la distancia por haber usado sus mismas palabras, preguntándome al mismo tiempo qué clase de científico citaría las palabras de un joven mecánico.

—¿Entonces no podemos enamorarnos de nuestros hijos?

—No con el objetivo de perpetuar la vida.

—¿Y de nuestros padres o nuestros hermanos?

—Tampoco.

Niega y chasquea la lengua.

—¿Y de otros miembros de la familia? —dice—. ¿Dónde está el límite? ¿Cuál es la barrera de seguridad que traza la vida para perpetuarse sin problemas?

Su insistencia es excesiva, terrible. Da la sensación de que un pedazo del iceberg se ha desprendido de la masa principal y navega sin rumbo por un océano de impertinencia. Habla de los seres humanos como si fuéramos esas camadas de perros que se cruzan sin miramientos hasta conseguir ejemplares aptos para la caza. No me gusta el tono de la conversación ni el modo en que me mira.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—No lo sé —responde.

Pero algo me dice que sí lo sabe, quizá la inoportuna determinación que veo en sus ojos. Un pozo tan oscuro que parece encontrarse muy lejos de aquí, enterrado en algún lugar del pasado,

quién sabe si sumergido delante de nosotros. Sea lo que sea, imagino que es demasiado íntimo para contárselo a un simple extraño, no importa si está pasando unos días en su casa y es un científico obligado a explicar los fenómenos de la naturaleza.

Observo el nivel del agua en la torre del pantano y compruebo que ya cubre completamente el hueco del campanario. Es la consecuencia de la lluvia. Y del deshielo que comienza a bajar del monte. Marina podría subir ahora mismo a esa torre para ganar altura y lanzarse al cielo conjurando todos sus temores, con la garantía de que iba a poder volar sin hacerse daño, como un pájaro, nadando entre las nubes y el reflejo del sol, como una sirena. Tal vez debería hablar con Sebastián y pedirle la barca que empleó para trasladar el nido de Clotilde y Bonifacio desde la torre hasta su ubicación actual. Así podría conducir a Marina al punto más alto de su propio iceberg.

17

El resto de la tarde transcurre en silencio. Volvemos a casa y decido cocinar, esta vez una fritada con todas las hortalizas maduras que encuentro tanto en la nevera de Marina como en la cesta de Sebastián. Es una forma de aprovecharlas antes de que definitivamente haya que tirarlas al cubo de la basura. La caducidad de los alimentos ha dado lugar a muchas recetas parecidas, en las que se construye algo comestible partiendo de alimentos que están a punto de dejar de serlo. Tal vez me encuentre ante una metáfora de la vida. O de la muerte.

Después de cenar alguien llama a la puerta. Es Rafael, que viene en busca de alivio para su lesión cervical. Por suerte para mí no hace ninguna alusión a la batida de caza de esta mañana. Ni a mis dotes como cazador. Se disculpa por lo tarde que es y sube con Marina al cuarto donde da los masajes. Yo recojo la cocina con celeridad y me dirijo a mi habitación. No creo que Rafael sea el amante de Marina pero quiero estar seguro de lo que creo. Me tumbo en la cama y escucho los sonidos que se cuelan por la rendija que he dejado en la puerta. Apenas nada. Un murmullo inaudible pero sostenido de voces intercaladas entre largos silencios y el ruido de pasos que hacen masajista y paciente cuando terminan.

Marina acompaña a Rafael hasta la calle, vuelve a subir las escaleras y se acerca a mi puerta para comunicarme que se va a dormir. Tal vez sea el momento de preguntarle por la identidad de su amante y abandonar este estúpido juego cabalístico, pero no encuentro las palabras adecuadas. Es demasiado tarde para eso. Lo más probable es que las palabras se hayan estropeado en el silencio y ya no sirvan ni para hacer una fritada de significados. Debo tirarlas al cubo de la basura.

Estoy tan cansado que siento la tentación de dormirme tal como estoy, con la ropa que llevo puesta. Sin embargo, logro levantarme

para ponerme algo más cómodo. Y además doblo cuidadosamente la ropa que me quito y la dejo sobre la silla. Luego me tumbo de nuevo, cierro los ojos y no tardo en volver al pantano a bordo de un pequeño bote gobernado por dos remos. Debe de ser la barca de Sebastián, aunque él no aparece en mis sueños. Remo solo, vestido con una camiseta y unos calzoncillos. Quizá habría sido mejor dormirme con la ropa que he dejado sobre la silla. Me dirijo a la torre de la iglesia, en cuyo interior veo la sombra de lo que parece una gran campana y alguien que se asoma al vacío. No distingo los rasgos de su rostro pero sospecho que es Marina. No hay tiempo que perder. Comienzo a remar con más intensidad, mucho más deprisa, tratando de llegar a la torre para evitar que se lance al mar de nubes. Cuando por fin me acerco lo suficiente observo que no es ella, no es Marina, sino Laura. Entonces me despierto tan bruscamente como si la barca hubiera chocado contra la torre y yo mismo me hubiera precipitado al agua.

Estoy sudado y tengo frío, aunque no sé si es una sensación térmica o un efecto secundario provocado por el miedo. Echo de menos un cuerpo durmiendo junto al mío, la cadencia de una respiración y el abrigo del calor ajeno. Vuelvo a ser un niño, esta vez a punto de abandonar su cama para refugiarse en la habitación contigua, junto a su abuela, después de haber tenido un mal sueño. Durante unos segundos siento la disparatada tentación de levantarme y refugiarme en la cama de Marina para escuchar el afónico ronquido de su sueño y percibir la humedad de su aliento, como si estuviéramos durmiendo en la mallata, uno junto al otro, sin necesidad de tocarnos. Como una pareja de cigüeñas.

Finalmente permanezco en la cama. Me arropo y acomodo entre las sábanas con el temor de no volver a conciliar el sueño en toda la noche y, cuando abro los ojos, tengo la certeza de que no sólo ya ha amanecido sino que otra vez he dormido más de la cuenta. Así de paradójicas son las sensaciones que se tienen en vigilia cuando se intercalan en la realidad alternativa de los sueños. El reloj marca las nueve y media. Y la vejiga de la orina también, o más tarde, lo que me obliga a levantarme para ir al baño.

Al pasar por delante de su dormitorio descubro que Marina sigue durmiendo. Es posible que sólo le guste levantarse temprano cuando su amante se queda a pasar la noche con ella. O

simplemente no acostumbra a madrugar los sábados. No puedo saberlo. Este es el primer y probablemente el último sábado que me despierto en su casa. Me cuesta creer que haya pasado ya una semana entera en Sinia. Es un lapso de tiempo que se ha alargado en mi memoria hasta convertirse en varios meses. O varios años, si tenemos en cuenta que en más de una ocasión he tenido la sensación de volver a ser un niño.

Preparo café y me corto un buen pedazo de la torta de aceite que yo mismo compré ayer. Me siento hambriento como un lobo. O como un niño. Desayuno preguntándome dónde podré encontrar a Sebastián esta mañana. Quiero disculparme enseguida, antes de recuperar mi coche y tener que marcharme definitivamente de aquí. Lo más probable es que se encuentre en la huerta o en el bar de Tomás, aunque también puede estar en su casa o dando un paseo por la carretera.

Vuelvo a mi cuarto con intención de vestirme y aprovecho para escuchar el ronquido de Marina. Echo en falta el agujero de una cerradura o cualquier otro medio para atisbar en el interior de su dormitorio. Me gustaría ver a Marina durmiendo, tal vez porque conozco la clase de ropa interior que usa y quiero comprobar si duerme vestida con ella, lo que me conduce a pensar que la curiosidad de un hombre es tan inflamable como su miembro viril, capaz de duplicar su tamaño en cuanto recibe los estímulos adecuados.

Salgo a la calle y descubro un día saturado de colores y sonidos procedentes de los rayos del sol y los trinos de los pájaros. Saludo a un par de vecinos y me dirijo hacia las huertas con las manos a la espalda, manteniendo la actitud relajada que corresponde a una curiosidad que ha retomado su tamaño natural. Las peñas vírgenes lucen sus coronas de buitres en movimiento. Los charcos han desaparecido del camino, quién sabe si precedidos también de movimientos espirales, como si el camino tuviera desagües.

No hay nadie en la huerta de Sebastián, salvo un espantapájaros confeccionado con una camisa vieja y una gorra de propaganda. Me siento junto a él y espero. Es probable que el viejo se acerque por aquí más tarde, cuando el sol gane altura entre los trinos. Entretanto puedo ir practicando mis disculpas ante su espantapájaros. Me recuesto contra el tronco de un roble y vuelvo a

asistir al espectáculo de chispas que el sol prende entre sus ramas. De nuevo siento la gravedad terrestre sobre mis brazos y mis piernas y presiento que estoy a punto de sufrir otro ataque de calma.

Veo a Rebeca el día de su boda. Es verano y hace calor. Va vestida con un traje blanco como la bata que suele usar en el hospital. No parece una novia sino una princesa. Una princesa doctorada en medicina. Una diosa en un templo religioso. Está de espaldas, frente al sacerdote, junto a Javier. Al lado de Javier se encuentra Laura. Un órgano hace sonar con solemnidad el aire de sus tubos. La ceremonia finaliza y ella pasa junto a mi banco con una sonrisa en la boca que no le devuelvo. Javier camina a su lado y no quiero hacer gestos equívocos en su presencia. Mi relación con él se ha enfriado desde que comenzó a salir con Rebeca. No puedo seguir actuando como su padre, ahora que en realidad soy su rival. Deseo retarle, batirme con él por el favor de su hembra y arrebatársela en el campo de batalla. Soy y me siento un macho de Homo sapiens compitiendo por ganar la inmortalidad de los genes. Quiero derrotarle a él y desnudarla a ella, abrazar su cuerpo y engendrar en su interior un nuevo hijo con el que volver a batirme por los favores sexuales de otra hembra.

El ataque de calma remite bruscamente, tan pronto como una solitaria nube me priva de los destellos solares. El árbol me ha debido de contagiar su naturaleza vegetal ayudándome a recordar en presencia del sol, como si mi materia gris estuviera contaminada del verde que caracteriza a la clorofila. Me levanto y miro hacia el camino con la esperanza de ver a Sebastián pero no veo un alma, así que decido ir a buscarlo a la bodega de Tomás, no sin antes dedicarle un saludo de despedida al silencioso espantapájaros.

La nube que ha interrumpido mis recuerdos se dirige hacia las peñas, rota en dos largos fragmentos, cada uno rumbo a una cima distinta. El camino ha recuperado el polvo que tenía antes de las últimas lluvias y yo mismo levanto una pequeña nube detrás de mis pasos, como si quisiera dejar en el trayecto una estela de mi presencia. Llego a la bodega sin haberme encontrado con nadie. En la explanada sólo está el todoterreno de Tomás, pero en cuanto bajo las escaleras veo a Sebastián sentado en una silla, enfrente del televisor encendido.

Pido dos cortados en la barra y me siento junto al viejo.

—He estado esperándolo en la huerta —le digo mientras dejo los cafés en la mesa.

—¿Le ha mandado Marina?

Niego sin comprender a qué se refiere.

—Creía que se había quedado sin verdura —explica él—. Si es así, esta tarde le llevaré una cesta llena.

—No es eso —digo, ahora sí, comprendiendo—. Simplemente quería disculparme con usted.

El viejo me mira un segundo con su rostro risueño y a continuación desvía su atención hacia el televisor. No parece muy acostumbrado a hablar entre confidencias y disculpas. Está claro que se siente incómodo y busca el refugio de colores y sonidos que proporciona la telenovela que está viendo, uno de esos culebrones en los que se reclaman herencias y se desvelan paternidades secretas.

—No tendría que haberle abrumado con mis preguntas —añado.

Y sorbo el café. Él me imita pero sin dejar de seguir la telenovela. Si tuviera el mando a distancia cerca, es posible que me apuntara con él para bajarme el volumen. Sobre la mesa hay un mazo de cartas y un tapete doblado. Lo extiendo y comienzo a barajar las cartas. Sebastián me observa sin reaccionar. Quizá no es la hora apropiada de echar una partida. O tal vez se figure que me dispongo a jugar un solitario. Nada más lejos de mis intenciones, como confirma la invitación que le hago al viejo para que corte la baraja y me permita repartir.

—Al mejor de tres cotos —digo haciéndolo.

Él no responde pero acepta las cartas y las ordena en sus manos, como si llevara un abanico hecho pedazos, que también es una forma de responder. Se juega la primera carta y se olvida de los colores y sonidos de la pantalla, lo que me confirma que el juego es una forma de comunicación mucho más eficaz que la televisión. Al fin y al cabo no somos más que muñecos habitando en un mundo de piezas de plástico. Hemos nacido para jugar o para que los demás jueguen con nosotros.

—Veinte en espadas —exclama el viejo mostrándome el rey y la sota.

Y una sonrisa se superpone a su rictus facial, haciéndome

confundir lo que es gesto con lo que es rasgo. Terminamos la partida casi empatados, pero Sebastián recibe el as y el tres de triunfo cuando jugamos de vueltas y los usa para tumbarme sin necesidad de terminar las cartas del mazo. El triunfo lo estimula, como nos estimula a todos. Incluso diría que juega con más atención que la última vez que me enfrenté a él, algo completamente lógico si consideramos que el juego, como casi todas las destrezas animales, es una cuestión de práctica.

Le toca repartir y me da unas cartas pésimas. A duras penas logro deshacerme de ellas mientras voy robando otras nuevas después de cada baza. Sebastián no canta esta vez pero hace las diez últimas. Él suma treinta y una buenas y yo cuarenta y nueve malas, una diferencia considerable que no logro remontar en la vuelta. Dos a cero. La siguiente partida cae de mi cuenta, lo que me produce un considerable alivio. No quiero dar la falsa impresión de que me estoy dejando ganar para compensar los pecados de mi curiosidad.

Tomás y dos lugareños más se sientan a nuestro lado y nos observan. Por un momento creo que nos van a proponer jugar por parejas, pero enseguida comprendo que sólo pretenden observar la contienda. Sin embargo, antes de comenzar a jugar la que puede ser la última partida del primer coto, sucede algo extraordinario que nos interrumpe. Es justo cuando Sebastián se dispone a repartir las cartas. De pronto se queda inmóvil, mirando detrás de mí con las cejas arrugadas por la extrañeza. O la incredulidad. Esta vez no se trata de la mirada contemplativa que ha estado dirigiendo a la televisión. Ahora parece haber visto a un fantasma. Me vuelvo hacia donde indican sus cejas y no puedo evitar un respingo de sorpresa. Me veo a mí mismo. Soy yo con treinta años menos. Estoy de pie junto a las escaleras, tratando de acostumbrar mis ojos a la oscuridad reinante. Miro hacia los presentes como si buscara a alguien en particular y, cuando por fin me encuentro, me acerco a mí.

—¿Qué haces aquí?

—He matado una jabalina.

—¿Has matado una qué?

—Con el coche.

—Levántate.

Dudo un momento pero termino obedeciéndole. Y lo hago justo

a tiempo de encajar un soberbio puñetazo en mi pómulo izquierdo que me derriba contra la silla donde he estado sentado, provocando un estrépito metálico que recorre toda la bodega. Es un eco violento que tensa los nervios y hace hervir la sangre. Tomás se levanta decidido a salir en mi defensa, pero yo se lo impido desde el suelo.

—Es mi hijo —digo.

—¿Qué dices?

—Mi hijo Javier.

El aludido da un paso al frente, coge el vaso que contenía mi cortado, se lo lleva a la nariz y lo olfatea, quizá porque mis escuetas explicaciones lo estaban desconcertando. Luego me mira con una mezcla de rabia y condescendencia.

—Te espero afuera —dice.

Se da la vuelta y asciende las escaleras rumbo al exterior. Tomás y otro lugareño me ayudan a levantarme y la mujer del primero me pone una bolsa de hielos en el pómulo. Parezco un boxeador atendido por su equipo en el rincón del cuadrilátero. Sólo les falta decirme dónde está el punto flaco de mi rival para tratar de tumbarlo en el siguiente asalto. Vuelvo a sentarme con el convencimiento de que tengo que dar alguna clase de explicación. El silencio que me rodea es tan expectante que resulta intimidatorio.

—No es mal chico —digo con dificultades, sintiendo el dolor del golpe mientras hablo—, pero a veces pierde los nervios.

—¿Qué le has hecho? —pregunta Tomás.

—No he contestado sus llamadas.

Tomás se rasca la frente y mira a su mujer. Está claro que nadie le pega un puñetazo a su padre por no contestar sus llamadas. Dejo la bolsa de hielos sobre la mesa y me dispongo a seguir jugando. Sebastián me hace una seña muy significativa. Significa que podemos prescindir del juego ahora que tengo asuntos más importantes que tratar, pero el viejo ignora cuál es el orden de mis prioridades después de haber dormido en una mallata y haber recuperado el olor a lejía de mi infancia. Duda unos instantes más, sin dejar de observarme, hasta que por fin coge el mazo de cartas y comienza a barajarlas. Tomás me estudia con la misma preocupación. Ambos deben de estar preguntándose qué clase de padre soy. O he sido.

—Los oros son triunfo —dice Sebastián después de repartir la primera baza.

Trato de concentrarme en las cartas y jugar normalmente, como si nada hubiera sucedido. Pero no es posible. Mi vida en el anonimato está a punto de terminar. Ahora que Javier me ha encontrado no puedo seguir experimentando la salvaje liberación que me proporcionan las montañas del horizonte.

—Veinte en espadas —canto y enseño las dos cartas reglamentarias.

Y remato la partida haciendo las diez últimas, lo que significa que me toca repartir en la próxima. Mientras lo hago, no puedo dejar de pensar en la peripecia que habrá vivido Javier hasta encontrarme: él, que es tan poco amigo de locuras e imprevistos. Lo más probable es que León lo haya localizado y guiado hasta aquí. Supongo que forma parte de su trabajo. O tal vez se haya vengado de mí por no haber abatido al jabalí de la cacería. Quién sabe, puede que al perdonarle la vida al marrano me condenara a volver a ser quien era.

Sebastián hace acopio de la mayor parte de los triunfos de la baraja y gana la partida y el coto. Me sonríe y se levanta de la silla sin ninguna intención de seguir jugando.

—Era al mejor de tres cotos —le recuerdo yo.

—Será mejor que vaya en busca de su hijo.

—Al cuerno con mi hijo. No subiré hasta que no hayamos terminado.

Sebastián se aleja de la mesa para darme a entender que su decisión está tomada.

—Su hijo ha hecho un largo camino hasta aquí —añade deteniéndose un momento.

Y continúa andando hacia la barra, donde Tomás le sirve un vaso de vino. Los demás piden unas cervezas. Yo permanezco sentado por espacio de un par de minutos más. Trato de averiguar qué resulta más insoportable, si los resentimientos que me inspira el pasado o el miedo a enfrentarme con mi hijo. No quiero despertar de este ensueño que dura ya una semana. No todavía, aunque soy consciente de que el lunes, cuando Lorién me entregue el coche, tendré que hacerlo definitivamente. La televisión reclama mi atención. La miro absorto, como quien ve visiones. El culebrón ya

ha terminado y están emitiendo un concurso de preguntas y respuestas.

Me levanto con pesadez de la silla y subo las escaleras muy despacio. Ignoro si mi lentitud procede de alguna variación de la gravedad terrestre o de la subjetividad del tiempo, que tiende a dilatar la tensión que precede a un encuentro largamente esperado. O tal vez sólo se trate de una cuestión de economía energética. No quiero aparecer delante de mi hijo resoplando y sin resuello por haber subido las escaleras demasiado deprisa.

Su coche está en la explanada, aparcado junto al todoterreno de Tomás. Se apea del vehículo pero no hace ningún gesto de acercarse. Espera a que sea yo quien llegue a su lado. Tal vez es lo suficientemente incauto como para creer que sólo por haberme encontrado se ha ganado el derecho de llevarme con él.

—¿Qué quieres? —digo tocándome el pómulo izquierdo.

—No has respondido a una sola de mis llamadas.

—Respondí a tu *email*.

—¿A eso le llamas tú responder? —dice.

Y me hace un gesto con la cabeza señalando el coche.

—No me voy todavía —le informo—. Mi coche está en el taller y no puedo recogerlo hasta el lunes.

—¿Qué le ha pasado?

—El impacto contra el animal le rompió el radiador.

—¿A qué taller lo has llevado?

—A uno de Aínsa —respondo mirando hacia la carretera—. A diez minutos de aquí.

—El lunes pasaremos a recogerlo —dice Javier con el aire resuelto de quien cree haber tomado el mando de la situación—. Ahora tenemos que irnos.

Me reta con la mirada, como un macho joven tratando de ocupar el lugar de uno viejo.

—Yo no tengo que irme a ninguna parte —respondo con calma.

—Te esperan en la facultad y en el hospital.

Sonrío con amable indiferencia. Y con la sensación de estar venciendo la firmeza de sus palabras.

—Ya saben lo que ha pasado —digo con resignación—. No creo que me lo tengan en cuenta.

Javier comienza a hacer aspavientos con los brazos. Quizá se

acerque a mí y me aseste otro puñetazo.

—¿Cómo que saben lo que ha pasado? —repite enfadado—. ¿Es que a ellos sí les has avisado del accidente?

—Me refiero a lo de tu madre.

Los aspavientos cesan inmediatamente y Javier compone un penoso gesto de derrota. El mero hecho de recordarle a su madre lo ha convertido en un huérfano desvalido. Inspira el aire que baja de las peñas y lo espira con impaciencia.

—¿Dónde te has alojado esta semana? —pregunta.

—En casa de Marina.

—¿Quién es?

—Mi compañera de guiñote.

—¿Tú qué?

—Ya lo has oído —digo señalando hacia la bodega—. He vuelto a jugar al guiñote.

Guarda un silencio tenso. No es capaz de emitir una sonrisa de ironía, que sería lo apropiado después de escuchar mis deliberadamente absurdas respuestas. Sólo nos hemos cruzado los primeros golpes dialécticos, como si quisiéramos conocernos mejor antes de seguir combatiendo.

—¿Te has liado con ella? —contraataca él.

Lo miro, como quien apunta con los ojos.

—¿Con quién?

—Con Marisa.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—¿Por qué no?

—¿Por quién me tomas?

Se hace el pensativo para remarcar la intención de su respuesta.

—Por un hombre sin escrúpulos.

Trato de no hacer ningún gesto que me delate pero no puedo evitar que mis piernas se separen unos centímetros, como habría hecho un *cowboy* en un duelo al sol. O a la sombra.

—No tienes ningún derecho para decirme una cosa así —digo.

—Te equivocas —replica él con rotundidad.

Escarbo la tierra del aparcamiento con la bota del pie derecho, igual que haría un jabalí mientras decide con qué colmillo embestir a su contrincante. Desde que he recibido el puñetazo tengo la certeza de que Javier ha hablado con Rebeca. No hay otra

posibilidad que justifique la explícita violencia de su comportamiento porque es incapaz de jugar de farol. Se cruza de brazos y suspira hondo. Creo que se imagina lo que estoy pensando. Quizá me cree tan estúpido como para contarle lo que sucedió entre su mujer y yo, e incluso es posible que esté esperando alguna clase de disculpa.

—No se llama Marisa —digo dirigiéndome a la puerta del copiloto—, sino Marina.

Javier me mira sin comprender lo que digo, ni lo que hago.

—Sube al coche —le pido.

—¿Para qué?

—Tenemos que hablar.

18

Arranca el coche y abandonamos la explanada de Tomás. Le indico cómo tomar la pista que asciende a la mallata, sin ningún deseo de llegar tan lejos. Y eso que conduce un todoterreno mucho más potente que el mío y que cualquiera de los que he visto por los alrededores, así que podríamos llegar sin ninguna dificultad hasta la infancia de Marina. Y más allá.

Aparcamos en un cruce de caminos, debajo de un nogal, y caminamos hacia las huertas rumbo al pantano. Es sin duda el lugar más discreto de todo Sinia, un confesonario público al aire libre. Al pasar por delante de la huerta de Sebastián reprimo un gesto de saludo a su espantapájaros. No quiero que mi hijo crea que he perdido definitivamente el juicio, aunque de alguna manera tiene que enterarse de que no soy la persona que él conoce. Quizá por esa razón miro al cielo en busca de Clotilde y Bonifacio. Me gustaría verlos pasar para presentárselos a Javier.

Alcanzamos el borde del pantano y nos sentamos sobre un tronco que algún día se convertirá en un par de gamellas. El cielo está cubriéndose de nubes que provienen de las montañas del norte. Desconozco los datos de la previsión meteorológica pero es probable que esta tarde vuelva a llover.

—¿Sabes lo que hay debajo del agua? —le pregunto a Javier señalando la sección que despunta de la torre.

—Parece una iglesia.

—Ahí debajo está el pasado —digo con vocación de corregirle.

Javier contempla la superficie del pantano con ojos entornados, como si fuera capaz de visionar el fondo. Luego me mira desconcertado.

—¿A qué pasado te refieres?

—Al del pueblo de Sinia, que fue completamente anegado cuando se construyó este embalse.

Él se encoge de hombros. No es una persona de empatía fácil.

—Todo se quedó allí abajo —sigo contándole—. Las calles, las plazas, las casas, las huertas, los corrales. Todo, hasta el cementerio con los muertos y muchos recuerdos.

—¿Qué pretendes decirme?

—Sólo estoy describiendo lo que ves.

—No veo ningún pueblo ahí abajo.

—Por eso mismo.

Guardamos un silencio que para mí tiene algo de cómico. Javier observa las nubes reflejadas en el agua. Parece pensativo. Tal vez esté tratando de buscar un sentido a mis palabras, como si en vez de un mero juego dialéctico fueran una expresiva metáfora del pasado y el presente. Del cielo y el infierno.

—¿Por qué has venido hasta aquí?

Es la pregunta que esperaba, formulada además ante un espectáculo natural capaz de enmudecer a cualquiera, lo que casi la convierte en una pregunta retórica.

—Es un lugar bonito —respondo—, un paraíso entre las montañas.

—¿De qué huyes?

No tiene ninguna intención de distraerse con mis comentarios sobre el paisaje. Seguro que ha preparado a conciencia sus preguntas en el coche, mientras conducía hacia mí.

—¿Por qué crees que huyo? —pregunto a modo de respuesta.

—Porque no encuentro ninguna otra explicación para entender tu comportamiento —responde con firmeza—. ¿Viniste directamente desde el cementerio o pasaste primero por casa?

Me rasco la barbilla antes de seguir hablando. No es la clase de pregunta que esperaba.

—¿Para qué quieres saber una cosa así?

—Para determinar si huiste con premeditación o sólo se trató de un acto impulsivo.

Comprendo que no voy a librarme de él hasta que satisfaga su curiosidad, aunque sólo sea parcialmente.

—No sé qué responderte —digo—. Me monté en el coche sin saber adónde iba. Comencé a conducir y no me detuve hasta que la jabalina me cortó el paso.

—¿Tan mal te sentías?

—¿De qué te sorprendes? Acabábamos de enterrar a tu madre.

—Por eso mismo —insiste—. ¿Tantos remordimientos tenías que ni siquiera pudiste volver al hogar que compartíais juntos?

Guardo silencio. No quiero que sea él quien marque la velocidad de la conversación. Por algo me he sentado a su izquierda. No estoy dispuesto a seguir siendo el copiloto de los demás.

—¿Tú sabes por qué eres hijo único? —le pregunto.

Él se vuelve hacia mí pero no encuentra mis ojos. Los encontraría si observase las aguas del pantano, porque es ahí donde estoy mirando.

—¿Qué importancia tiene eso ahora?

—Yo quería tener una familia numerosa y vivir rodeado de niños —digo y, ahora sí, lo miro directamente—, pero tu madre no.

—Estaba en su derecho.

—Y yo en el mío.

—Tendrías que haberlo discutido con ella, no conmigo.

—Lo hice muchas veces y no sirvió de nada. Tu madre era un ser egoísta. Nunca supo ponerse en mi lugar.

—Estaba enferma —me recuerda.

—Vivía como una enferma —le corrijo—, que no es lo mismo.

—Vivía como una enferma porque estaba enferma.

—Yo diría más bien lo contrario.

Nos callamos bruscamente. Hemos hecho un perverso juego de palabras y necesitamos recuperar el aliento. Y la velocidad de crucero de la conversación.

—¿Qué clase de médico eres para decir una cosa así?

—Soy el médico que vivía con ella, si te parece poco.

—¿Entonces por qué no la ayudaste?

Elevo las dos manos al cielo, como un sacerdote en plena consagración de la verdad.

—Traté de hacerlo infinidad de veces —digo.

—Eso no es lo que ella decía.

Suspiro de impaciencia. Quizá de impotencia.

—Tiré la toalla hace muchos años —confieso—, cuando tú eras aún un niño.

—Te lo agradezco mucho.

—No tuve otro remedio.

—Entonces habría sido mejor que le hubieras pedido el divorcio.

Niego a diferentes velocidades, primero girando el cuello deprisa y luego despacio.

—No podía hacerlo —respondo—. Me amenazó con no permitirme volver a verte.

—Te lo agradezco otra vez.

—No es momento para burlas —le reprendo desde la distancia, sin mirarle—. Nuestra convivencia fue muy difícil.

No pone objeciones a mis palabras esta vez. Sabe que tengo razón. Vivió en casa con su madre y conmigo hasta que acabó sus estudios universitarios, tiempo más que suficiente para diagnosticar el deterioro de nuestra convivencia.

—¿Por qué lo hiciste?

Javier ha alcanzado la cumbre de sus inquietudes. Tiene prisa y no quiere seguir perdiendo el tiempo hablando de mi relación con su madre.

—¿A qué te refieres?

—Lo sabes muy bien. No me obligues a decirlo.

Su voz se ha endurecido por el procedimiento de adquirir un tono metálico. Tengo la sensación de estar hablando con una máquina, con un robot, lo cual hace que me ponga inmediatamente a la defensiva. Ignoro lo que sabe y no quiero descubrirme.

—¿Cómo sabes que he hecho algo que no debo obligarte a decir? —pregunto después de medir cada sílaba que pronuncio.

Se peina los cabellos con las dos manos y las entrecruza detrás de su nuca.

—Lo sospechaba desde hace tiempo pero no podía creerlo. Necesitaba una prueba para estar seguro. Cuando me enteré de que nada más enterrar a mamá habías huido comprendí la gravedad de tu culpa. Tu comportamiento de fugitivo te delató.

Debería sentirme orgulloso de él. Es astuto como su madre e intuitivo como yo, el hijo que haría feliz a cualquier padre.

—¿Qué crees que debo hacer yo ahora —insiste—: dejar las cosas como están o averiguar si sigo siendo hijo único?

Su crueldad nos salpica a los dos, igual que si hubiera lanzado una enorme piedra al agua del pantano. Me tapo el rostro con las palmas de las manos con la esperanza de desaparecer. O de hacer desaparecer a Javier. No quiero enfrentarme otra vez a mis remordimientos. Sólo quiero lanzarlos al pantano, como la piedra

de su crueldad o como la jabalina envuelta en cadenas que yace no muy lejos de donde nos encontramos.

El silencio perdura esta vez entre nosotros ocupando el espacio y el tiempo de las palabras que no nos atrevemos a pronunciar. Es un vacío articulado, sordo y mudo, como si hubiéramos comenzado a hablar sólo con los labios. Tal vez con las manos. Mientras tanto las nubes se han apoderado del pantano. Y amenazan con descargar el agua que ya se olfatea en el aire.

Sonrío para mis adentros con una tristeza orgánica. No puedo evitarlo. La persona que me acompaña, sentada en el asiento del copiloto de esta conversación, es una reencarnación de mí mismo: el niño al que protegí, crié y eduqué para que acabara convirtiéndose en mi propia sombra. No he olvidado lo orgulloso que me ha hecho sentir a lo largo de su infancia y juventud. Y, sin embargo ahora, todo ese orgullo se ha convertido en una celosa rivalidad. Los dos machos son en realidad uno solo, un mismo ejemplar reencarnado en distintas partes de la línea del tiempo. Un hallazgo digno de una triste sonrisa.

Comienza a llover, primero como una ducha de agua templada que nos reconforta, y un poco más tarde como un verdadero aguacero que debería obligarnos a buscar cobijo. Pero no reaccionamos. Javier parece una estatua. No mueve ni un músculo del rostro, tan sólo los párpados. Está mirando al infinito, a ese horizonte donde se pierde la mirada cuando no queremos comprender lo que vemos. Siento frío y temo pillar un resfriado, pero decido imitar su actitud y trato de no mover ni un músculo del cuerpo. Ni siquiera los párpados, dado que mantengo los ojos cerrados.

Es el combate final entre los machos, una lucha por la supervivencia exenta de ataques y defensas, sin voces ni violencia, tan sólo soportando el agua que parece ascender del fondo del pantano a su superficie, gotas de agua que impactan con reflejada precisión en las ondas concéntricas que causa la lluvia sobre la otra cara de la superficie. Así transcurre un tiempo indefinido, minutos subjetivos que parecen horas y transmutan nuestras almas de animales heridos en otras de naturaleza vegetal. Parecemos dos árboles recibiendo las bendiciones de la lluvia en el oasis de un desierto. O dos hombres de barro que se van diluyendo en el

pantano que hay a nuestros pies.

—Subirse al coche.

Un grito ahogado se cuela entre el rumor de la lluvia, como una ráfaga de viento en la tormenta.

—Subirse al coche de una puta vez, cojones —vuelve a escucharse—. Que vais a pillar una pulmonía.

Despierto de mi ensueño vegetal. El coche de León está en el camino, a menos de cincuenta metros de donde nos encontramos. León acciona las luces delanteras y agita el brazo por la ventanilla. Parece un farero guiando a una nave en apuros hacia la bocana del puerto. Javier y yo coordinamos nuestros movimientos a la vez. No queremos adelantarnos ni retrasarnos al ritmo del otro. Caminamos juntos, igualmente empapados, separados por la distancia de un brazo extendido, como si desfiláramos entre una muchedumbre de gotas de agua.

—¿Qué coño estabais haciendo ahí?

Esta vez León no ha venido solo, sino acompañado por otro guardia, el mismo que me ayudó con los papeles del seguro la noche que atropellé a la jabalina. Ocupa mi asiento de copiloto. Javier y yo nos vemos obligados a sentarnos detrás, de nuevo uno al lado del otro, sin dirigirnos la mirada. Ni mucho menos la palabra. León nos observa por el espejo retrovisor.

—¿Os habéis peleado? —dice.

No respondemos, ninguno de los dos, pero me quito la mano del pómulo dolorido y el golpe queda a la vista. León acciona la calefacción del vehículo y mueve los difusores para que el aire caliente impacte sobre nuestros cuerpos mojados. Su compañero nos proporciona un par de mantas para que nos calentemos. O nos sequemos.

Le indicamos dónde hemos aparcado el coche de Javier y el otro guardia lo conduce hasta Aínsa, que es adonde nos dirigimos. Durante el trayecto León no puede evitar la tentación de seguir atisbando por el espejo retrovisor. Supongo que está deseando conocer las causas que me trajeron a estas montañas y encajar así las últimas piezas del *puzzle* que represento para él, pómulo golpeado incluido. No creo que se enfrente muy a menudo a casos como el mío. Pese a ello no hace mención de iniciar ninguna conversación. La tensión entre nosotros es más audible de lo que

serían nuestras voces, así que opta por llamar al cuartelillo por radio para anunciar nuestra llegada.

Desconozco cuál es el trámite que requiere la denuncia de una desaparición, pero es seguro que tendremos que dar más de una explicación y firmar alguna diligencia o declaración. O puede que todo se resuelva rompiendo en pedazos y borrando los papeles y archivos informáticos de mi caso. Quién sabe. De momento aceptamos el café caliente que nos ofrecen en cuanto llegamos, junto con dos toallas y un peine. Nos encontramos en la estancia donde León me comunicó que mi hijo me estaba buscando, el despacho decorado con objetos del siglo XX. Su compañero coloca dos sillas frente a la mesa y se sienta ante el ordenador. León nos invita a tomar asiento, mientras él prefiere quedarse de pie, con las manos sujetas a la espalda, en una actitud que de nuevo me parece algo teatral. Su compañero nos pide los carnés de identidad y toma nuestros datos, leyéndolos en voz alta para que podamos corregirlos si no son correctos.

—¿Por qué denunció la desaparición de su padre?

León pregunta mirando por la ventana, como quien no quiere distraerse de sus graves reflexiones. Parece estar protagonizando una película de cine negro.

—Porque no estaba en su casa ni en el trabajo —responde Javier —. No contestaba a mis llamadas de móvil ni a mis correos electrónicos.

—Sin embargo tardó tres días en efectuar la denuncia.

—Quise darle algo de tiempo.

—¿Por qué?

Javier inspira hondo antes de responder.

—Porque mi madre acababa de morir.

León deja de mirar por la ventana y se vuelve hacia mí. Su rostro está más que tenso, rígido, seguramente para ahogar el gesto de sorpresa que compondría en otras circunstancias. Yo lo imito aunque guiado por razones muy distintas. No esperaba que Marina y Sebastián guardasen con tanto celo mi secreto.

—¿Tu mujer acababa de morir cuando cogiste el coche y comenzaste a conducir?

Sus palabras son mucho menos discretas que sus gestos. No sólo es incapaz de contenerlas sino que además ha elevado

considerablemente el volumen de su voz. Quizá esta pregunta no forme parte del interrogatorio. No puedo saber cuándo pregunta el guardia civil y cuándo el hombre.

—Responda, por favor.

El compañero de León me indica con su mirada que las preguntas son del guardia civil. Tiene que transcribirlas todas.

—Me monté en el coche después del entierro, sí —admito con un monosílabo final que invita al desafío.

—¿Y por qué no nos lo dijiste?

—Nadie me lo preguntó.

León da un sonoro paso al frente, abre las piernas y cruza los brazos.

—No me refiero sólo a aquella noche —replica—. Hace tan sólo unos días estuviste sentado en esa misma silla y tampoco me contaste nada.

—No es algo que sucediera en tu jurisdicción —respondo como quien trata de recordar una cita exacta.

—No tocar los cojones, ¿vale?

Javier estornuda a mi lado. Puede que la lluvia haya debilitado su sistema respiratorio o tal vez no esperaba encontrar rastros de camaradería en mi cruce de palabras con León. El guardia del ordenador se busca en el bolsillo y le ofrece un paquete de pañuelos de papel. Javier se lo agradece y se suena ruidosamente la nariz. León ha vuelto a mirar por la ventana. Debe de estar preparando su próxima pregunta.

—¿Por qué no respondiste a las llamadas de tu hijo?

Observo que definitivamente ha dejado de tratarme como a un simple interrogado. Es posible que el hombre haya ganado la batalla formal que libraba contra el guardia civil.

—Me quedé sin batería.

—Eso no es cierto —Javier toma la palabra—. Mis primeras llamadas sonaron correctamente. Fue a la mañana siguiente cuando tu móvil quedó fuera de servicio.

León observa a Javier con el gesto de aprobación de un maestro que escucha a su alumno más avezado. Y a mí como si fuera el más díscolo.

—No deseaba hablar con nadie —digo dirigiéndome al guardia que transcribe.

No quiero que León crea que me estoy dejando intimidar por su representación gestual. Javier se cambia de postura, cruzando una pierna sobre la otra, lo que me confirma que está empezando a impacientarse. Otra vez.

—¿Cuántos hijos tienes? —continúa preguntando León.

—Sólo uno —respondo con toda la firmeza que me permiten manifestar mis remordimientos.

Él da un paso hacia atrás, se gira sobre la puntera de sus botas y se encara conmigo. Supongo que es una táctica que ha aprendido en algún cursillo de hacer interrogatorios.

—¿Y no querías hablar con tu único hijo el día del entierro de tu esposa y su madre?

—No.

—Eso sí que no lo entiendo.

No cabe duda de que algo aprendió en el cursillo, porque con sólo dos preguntas me ha conducido a un callejón sin salida. Me siento como el jugador de guiñote que tiene malas cartas y escucha a su rival cantar las cuarenta.

—¿Por qué no les cuentas de una vez por todas lo que quieren saber?

Javier ha perdido definitivamente la paciencia y se ha puesto en pie. Al hacerlo ha obligado a León a dar los pasos necesarios para colocarse junto a él, quién sabe, tal vez porque ha creído que iba a agredirme. O a marcharse. El guardia le pone una mano en el hombro y le obliga a sentarse de nuevo. Luego se dirige a mí y repite las palabras de mi hijo.

—¿Por qué no nos cuentas lo que queremos saber?

—No sé lo que queréis saber.

—Lo sabes muy bien.

Suspiro ruidosamente y fulmino a Javier con la mirada. Yo también estoy a punto de perder la paciencia.

—No estoy acusado de haber hecho nada malo —digo sin apartar la vista de mi hijo.

—Por supuesto que no —contesta León—. Nadie ha dicho semejante cosa.

—Entonces, ¿por qué tengo la sensación de que estoy siendo interrogado?

—Porque, esta vez sí, estás siendo interrogado.

Abro los brazos para mostrar mi indefensión.

—¿Sólo por haber montado en mi coche y haber matado a una jabalina?

—Nada de eso —niega León—. El fin de este interrogatorio es averiguar por qué no querías hablar con tu hijo.

—Eso es algo que sólo nos concierne a él y a mí.

—Te equivocas —continúa negando—. También le concierne a la Guardia Civil.

—¿Y por qué razón le iba a concernir una cosa así a la Guardia Civil?

León señala a Javier.

—Porque él ha solicitado nuestra ayuda —dice.

—Tan sólo pretendía encontrarme —digo yo.

—Y averiguar por qué no respondías a sus llamadas.

—Él sabe perfectamente por qué no respondí.

León se calla por fin y vuelve a sujetarse las manos a la espalda. Nuestro cruce de palabras estaba durando demasiado.

—¿Es eso cierto? —le pregunta a Javier después de unos segundos.

—Así es —confirma este sin mirarlo.

—Entonces —concluye León—, ¿me queréis explicar qué cojones estamos haciendo aquí?

—Eso mismo me pregunto yo.

Javier se levanta de la silla y sale del despacho pronunciando unas zancadas de rabia mal contenida. No se molesta en despedirse de los guardias. Ni de mí. El eco de sus pasos se pierde por las escaleras que conducen al exterior. León vuelve a acercarse a la ventana.

—Bajarte con él —le ordena a su compañero—, y acompañarlo hasta su coche.

El guardia parece dudar un momento, puede que preguntándose qué debe hacer con la declaración que ha transcrito. Murmura una breve despedida y sale en busca de Javier cumpliendo con su obligación. León sigue la escena desde la ventana. Debe de estar observando cómo el guardia alcanza a mi hijo y le devuelve las llaves de su propio coche. Yo sólo alcanzo a escuchar el sonido de un vehículo que arranca, maniobra y se aleja. Cuando se hace el silencio, León abandona su posición y se sienta donde ha estado su

compañero, frente al ordenador. Apoya el mentón en su mano izquierda, mientras con la derecha acciona el ratón para poder leer toda la declaración.

—Vaya historia —dice cuando termina.

Ignoro qué espera de mí pero no le ofrezco nada, ni siquiera uno de esos gestos de impotencia que subrayan la diferencia que hay entre el candor de nuestras intenciones y las consecuencias de nuestros actos. León se da cuenta de mi actitud y opta por no retarme con la mirada, lo cual le agradezco hasta donde no se imagina. Por nada del mundo querría protagonizar un nuevo enfrentamiento.

—Tengo que hacerte una pregunta más —dice León.

Y se acoda en la mesa, frente a mí, poniendo las manos en sus mejillas, con la apremiante firmeza de quien sabe que ha llegado la hora de encarar un asunto peliagudo pero inevitable.

—¿Has comido?

19

Apenas veinte minutos después nos encontramos sentados a la misma mesa degustando sendos bocadillos de tortilla de queso a las finas hierbas con el pan untado con tomate y aceite de oliva, que es una de las especialidades del cuartelillo cuando se trata de solucionar una comida de urgencias, como es el caso. León ha abandonado unos minutos el despacho para encargar los bocadillos a algún subalterno. Mientras tanto, yo he salido al pasillo en busca del baño y he orinado con la fruición de costumbre.

Además de los bocadillos, León ha traído un porrón lleno de vino con gaseosa y un platillo con aceitunas negras a modo de guarnición. Hace rato que ha pasado la hora de comer y tenemos un hambre voraz, así que no nos molestamos en hablar mientras masticamos, pero cuando terminamos, León entreabre la ventana para fumarse un cigarrillo y yo carraspeo un par de veces y digo:

—Una noche de verano me puse enfermo.

El guardia espira el humo del cigarrillo con cuidado de no atragantarse y espera unos segundos antes de darle otra calada. Hay algo en mi actitud que le intriga, quizá lo espontáneo de mis palabras. O lo inoportuno.

—Me encontraba solo en casa. Mi mujer estaba pasando unos días fuera.

—Estabas de rodríguez —apostilla León.

Afirmo y prosigo.

—Por eso llamé a Javier. Respiraba con dificultad, tenía fiebre y eran más de las once de la noche.

León apaga el cigarrillo y se sienta a mi lado, en la silla que ha ocupado antes mi hijo, con las piernas y los brazos cruzados.

—No esperaba que vinieran los dos.

—¿Quiénes?

—Javier y Rebeca, su esposa.

A León le traicionan sus cejas. Tiene dificultades para mantenerlas quietas. Sería mejor que tratase de cruzarlas, como sus brazos y sus piernas. A estas alturas ya se ha debido de arrepentir de haberse sentado a mi lado en lugar de hacerlo ante el teclado del ordenador para continuar transcribiendo mis palabras.

—Pensé que vendría él solo, de lo contrario no le habría llamado. Me examinó el pecho y la garganta, dijo que necesitaba un antibiótico y él mismo bajó a comprarlo a una farmacia de guardia.

León tose un par de veces, como contagiado de lo que estoy contando. O tal vez presintiendo lo que voy a contar.

—Me quedé solo con Rebeca —digo.

Y callo. No puedo nombrarla y seguir hablando a la vez. Necesito reponerme del trauma que su nombre provoca en mi boca.

—Ella decidió entonces tomarme la temperatura, supongo que para tener algo útil que hacer mientras esperábamos el regreso de Javier. Encontró un termómetro en el cajón de mi mesilla y me lo colocó en la axila izquierda. Al hacerlo sus cabellos me rozaron la cara y me obligaron a cerrar los ojos.

Del pasillo proviene el eco de un llanto infantil, puede que del propietario del correpasillos que vi el otro día. León se levanta y cierra la puerta con rapidez. No quiere que nadie nos interrumpa.

—Sus cabellos volvieron a acariciarme cuando me quitó el termómetro. Tenía treinta y ocho con seis, así que no me convenía estar muy tapado. Eso fue lo que me dijo. Quise oponer resistencia pero no supe cómo. Ella misma retiró la sabana y, al hacerlo, descubrió lo que yo había estado tratando de ocultar.

He de detenerme otra vez. Con un gesto que tiene algo de impulsivo. León me acerca el porrón para que beba un trago. Mantiene su boca abierta pero no es capaz de articular palabra.

—Lo recuerdo todo como si lo hubiera leído en una novela y me hubiera hecho una composición mental de la escena. Estaba fuera de mí, hechizado por la presencia de Rebeca y aquejado de una fiebre que sin duda perturbó mi conducta, igual que si hubiera estado borracho. Nunca habíamos estado tan cerca el uno del otro. Yo vestía un simple calzoncillo y ella un vestido de tirantes. Y hacía mucho calor.

Me detengo y bebo. Hablar en susurros está afectando a mis cuerdas vocales. Tal vez sería mejor hacerlo a gritos.

—Tenía mucha sed —digo—. Necesitaba beber agua pero no quería que Rebeca se marchase de mi lado. No quería dejar de percibir su aroma, su aliento y el calor que irradiaba su cuerpo.

León se cambia de postura y aprovecha para dar un largo trago al porrón. Otra vez parece haberse contagiado de mi relato.

—Al principio no quise creer lo que estaba ocurriendo. O no pude. Sucede a menudo. No es fácil aceptar que los deseos se cumplan, especialmente cuando son deseos prohibidos. A veces pienso que hemos sido educados en el fracaso para poder asimilar la frustración que supone no conseguir lo que queremos.

Él asiente, varias veces, aunque ignoro si está de acuerdo con mi planteamiento o simplemente quiere que continúe hablando. Eso explicaría su incesante parpadeo y su prolongado silencio.

—Por eso creí que el intenso calor que había comenzado a sentir era producido por la fiebre y no por el cuerpo de Rebeca, que se había subido a la cama y se encontraba sobre mí, a horcajadas.

Me detengo para inspirar el aire que me falta.

—Sus ojos estaban cerrados y en su boca había un gesto difícil de comprender. Lo mismo podía ser una manifestación de placer que de desprecio. No puedo saber si pretendía burlarse del orden establecido y reírse de la misma vida o si ella también estaba cumpliendo un deseo largamente reprimido, quizá desde la primera vez que nos vimos en el aula magna de la facultad. Tampoco puedo descartar la posibilidad de que estuviera hechizada o borracha, o de que se hubiera contagiado de mi estado febril. Quién sabe.

León ladea la cabeza para indicarme su escepticismo, lo cual no me sorprende en absoluto porque mi relato está comenzando a ser difícil de creer.

—¿La forzaste? —me pregunta.

—Por supuesto que no —digo sin alterarme—. Casi todo lo hizo ella. Al principio comenzó a moverse con mucho cuidado, como si no quisiera hacerme daño.

»Luego más deprisa, como si no le importara hacérmelo. Sin decir una sola palabra apartó su ropa interior con una mano y con la otra se acopló a mi cuerpo. De pronto el calor se convirtió en humedad, un fuego líquido que tensó mi cuerpo y me hizo creer que estaba atado a un potro de tortura. Ella mantenía sus ojos cerrados y se movía con más ímpetu, de abajo arriba, como una amazona

cabalgando a ciegas.

El porrón se ha vaciado. En otras circunstancias León se habría levantado ya para rellenarlo y ofrecérmelo de nuevo, pero no hace mención de moverse.

—Gemía sin abrir la boca, estirando y encogiendo sus labios desde la sonrisa al sollozo. Y así continuó hasta que no pudo más y arqueó la espalda, no sé si para recibir el placer del orgasmo o para permitir que mi cuerpo se relajara de una vez, en pleno delirio de la fiebre.

León traga saliva con dificultad. No creo que haya escuchado muchas declaraciones teñidas de erotismo en aquel humilde despacho. Tal vez se ha dejado llevar por mis palabras y mis silencios y se encuentra excitado como un adolescente después de hojear una revista pornográfica.

—Nunca antes había hecho el amor con más de treinta y ocho grados de fiebre —añado—. Es más, creía que no era posible hacerlo.

Sonrío una décima de segundo. Quizá un segundo entero.

—Es curioso cómo el cuerpo contradice las suposiciones que hacemos sobre sus potencias y sus límites.

León me devuelve la fugaz sonrisa y aprovecha para suspirar. Se diría que ha estado aguantando el aire en sus pulmones durante varios minutos. Tal vez se está conteniendo para no meterme en el calabozo por lo que acabo de contarle.

—Permanecimos unidos durante unos minutos más, en silencio, ella sujetándose el vestido para evitar que se manchara, yo deseando que se tumbara sobre mí para poder abrazarla. Entonces escuchamos el sonido del ascensor. Javier volvía de la farmacia. Empujé a Rebeca fuera de la cama y la vi recolocarse la ropa interior y alisarse el vestido. A continuación me cubrió con la sabana y se sentó a los pies de la cama, tal como si hubiera estado velando mi descanso durante todo el rato. Javier no se dio cuenta de nada. Entró en la habitación con un vaso de agua, vació un sobre de antibiótico en él y me lo dio a beber. Nunca me ha sabido mejor una medicina, seguramente porque nunca había experimentado una sed tan intensa y extensa a la vez.

Entonces sí, León se levanta de la silla y abandona el despacho con el porrón en la mano, permitiendo que el indiscreto eco de las

escaleras se manifieste otra vez. Me deja solo y no tengo más remedio que apoyar los codos en la mesa y la cabeza en las manos. Estoy cansado, exhausto como un macho del Serengeti después de haber copulado con todas las hembras de su territorio. No quiero pensar en lo que acabo de decir. Jamás se lo había contado a nadie. Y no creo que vuelva a hacerlo. Ni siquiera sé por qué lo he hecho esta vez. No le debo a León ningún favor ni ninguna explicación. No he pretendido compensar errores previos ni tampoco premiar su actitud hacia mí. Quizá simplemente necesitaba que un ser humano distinto de Rebeca supiera lo que ocurrió aquella noche en mi dormitorio. Tal vez habría sido mejor que León hubiera transcrito mis palabras y mis recuerdos e impreso mi declaración para poder firmarla.

Mi confidente regresa al despacho con una bandeja sobre la que veo una cafetera, una botella de coñac y dos vasos. Se sienta ante el ordenador y sirve el café junto con dos bolsitas de azúcar para cada uno. Abre la botella y vierte igualmente un chorro en cada vaso. El café adquiere así un sabor alcohólico que no tarda en reconfortarme. Está claro que León sabe lo que conviene beber después de haber confesado la verdad, especialmente cuando la verdad duele.

—¿Por qué me lo has contado?

Estoy seguro de que es algo que ha estado preguntándose desde que he empezado a hablar y sus cejas se han agitado intrigadas.

—Tal vez porque no me lo has preguntado.

Observo su gesto de incomprensión mientras se sirve otro café con chorrada de coñac. No esperaba escuchar una respuesta tan adolescente, impropia de un cincuentón, pero es la verdad. Nunca se lo habría contado si me hubiera obligado a hacerlo. Acepto otro carajillo con una sonrisa de inquieta cortesía. Me siento como un doctorando que ha leído su tesis y espera la respuesta del tribunal. León se levanta, abre la ventana y se enciende un cigarrillo. Le da un par de caladas, mira durante unos segundos al exterior y se vuelve hacia mí. El tribunal está a punto de fallar.

—Me has dejado muy tranquilo —dice.

Es una intrigante frase que no satisface mi curiosidad. Ignoro si he aprobado o suspendido. Y no quiero pronunciar ni una sola palabra más antes de que él continúe hablando.

—Siempre supe que ocultabas algo —añade tras dar otra calada al cigarrillo—, pero temía que fuera algún asunto relacionado con el pasado de Marina.

No puedo evitar una mueca de disgusto, o de decepción, como si me costara creer que el tribunal me hubiera suspendido.

—No pongas esa cara —me recrimina León—. Yo mismo te expresé mis dudas hace apenas unos días en este mismo despacho, cara a cara, tal como estamos ahora. Tienes que comprender que tu caso no es normal.

—Lo que no comprendo es qué demonios hay en el pasado de Marina para que la protejas tanto.

Mis palabras tienen un aire de osadía que no se corresponde con mi triste figura, sentado de lado en la silla con los codos en las piernas y la mirada en el suelo. Tal vez el café ha empezado a hacerme efecto. O puede que todo sea obra del coñac que lo acompañaba.

—No alterarse —responde León apagando el cigarrillo—. Ya te dije que la suspicacia formaba parte de mi trabajo.

—No es eso lo que te he preguntado.

—No me has preguntado nada.

—Lo he hecho implícitamente.

—No acostumbro a responder ese tipo de preguntas.

Alzo la cabeza y le sostengo la mirada entre dos pestañeos consecutivos antes de proseguir. Ha llegado mi oportunidad de hacerle una pregunta, lo que me obliga a realizar un esfuerzo suplementario para concentrarme y ser coherente.

—¿Por qué se marchó Marina de Sinia?

También podría haberle preguntado por la identidad del compañero sexual con quien comparte la noche. O por la razón de que quiera ver el pueblo viejo completamente anegado bajo el pantano. O por el destino de las golosinas que aparecen de vez en cuando en el banco de su casa. Pero tengo la certeza de que estoy haciendo la pregunta fundamental. La pregunta clave. Me he concentrado y he sido coherente. Sin embargo, León consulta su reloj de pulsera y niega con la cabeza, guiado por una actitud que no sé interpretar. Lo mismo puede significar que se ha hecho tarde como que no quiere o no puede contestarme.

—Tengo que irme —dice recolocándose la camisa—, si quieres

te llevo a Sinia. Me va de camino.

Me resisto a aceptar su invitación porque me consta que es una forma de aceptar igualmente su silencio, como si la una contuviera el otro a modo de oferta indivisible, pero tampoco quiero quedarme varado en Aínsa un sábado por la tarde, sin ningún plan ni ningún conocido, así que me levanto y lo acompaño hacia las escaleras, dejando un eco de pasos que ya nadie escucha.

Una vez más, León conduce mientras habla por la radio del coche. A juzgar por lo intrascendente de sus palabras no me cabe duda de que es una artimaña para no dirigirse a mí. No quiere responder a mi pregunta. O no puede, aunque no sé si es consciente de que su silencio incrementa mi curiosidad, haciéndome barajar todo tipo de posibilidades, la mayor parte de las cuales resultarían ridículas si pudiera compararlas con los hechos silenciados.

La carretera está casi vacía. No encontramos más tráfico que una furgoneta circulando en sentido contrario y dos motoristas a los que adelantamos sin abandonar nuestro carril. Cuando entramos en el pueblo le pido a León que no me deje en casa de Marina. Lo último que podría soportar ahora es la claustrofobia de un hogar, cualquiera que este fuera. Necesito respirar aire fresco y perder la mirada en algún lugar lejano. Me siento como un náufrago recién encarcelado o como un preso recién naufragado. Él se encoge de hombros en silencio, mostrando una indiferencia que me esperaba. No es fácil explicar mi comportamiento, mucho menos entenderlo. Señalo la pista que conduce a la mallata y le pido a León que detenga el coche en la intersección con el camino de las huertas, al pie de las peñas.

—Me quedo aquí —digo desabrochándome el cinturón de seguridad.

León saca la cabeza por la ventanilla.

—¿Estás seguro? —pregunta—. Estamos en mitad de ninguna parte.

—Necesito estirar las piernas antes de volver a casa.

Me apeo del vehículo y lo rodeo por delante para acercarme a su ventanilla.

—Gracias —le digo.

Y provoco su perplejidad, posiblemente porque no sabe con certeza a qué me refiero. Tal vez al bocadillo de tortilla a las finas

hierbas que me ha ofrecido, al porrón de vino con gaseosa, a los dos carajillos o a la molestia de haberme traído de vuelta a Sinia. O a su amabilidad por haber escuchado mis palabras como una declaración que nunca ha tenido lugar. León aprieta los dientes y acelera el coche. Da la vuelta con violencia y se aleja de mi lado entre una nube de polvo que huele intensamente a gasoil.

No me muevo de allí porque presiento lo que va a suceder. He llegado a conocer a León mejor de lo que creía. La nube de polvo que ha dejado al marcharse se mezcla con la que levanta cuando regresa. León es un hombre de palabra y sabe que, después de mi confesión, merezco alguna clase de respuesta, aunque sea a costa de infringir sus más firmes principios personales. O profesionales. El auto frena de nuevo en la encrucijada de caminos y el guardia civil baja la ventanilla. Sus dientes siguen apretados y su rostro tenso.

—Marina se marchó a Barcelona porque se quedó embarazada —dice mirando al cielo, como quien implora el perdón divino.

Inmediatamente sus facciones se destensan y sus dientes se separan aliviados, señal de que, en efecto, prefiere ser fiel a su palabra de hombre antes que a sus principios profesionales.

—¿No podía tener el niño aquí, en el pueblo? —pregunto colocando mis manos en la puerta del todoterreno para que no se marche antes de responderme.

—Se fue a Barcelona porque quería abortar.

Y el coche se aleja de mis manos marcha atrás, como si el tiempo transcurriera al revés y el sol de la tarde amaneciera por entre las peñas. Es una sensación extraña que me perturba, tal vez porque de nuevo pienso en la posibilidad de que Laura recobre la vida si el tiempo transcurre hacia el pasado. Un pensamiento absurdo que amenaza con arrebatarme la poca cordura que me queda. Me llevo las manos a la cabeza, una contra la otra, con la misma intención que si mi cráneo fuera una estructura maleable y pudiera cambiarlo de forma. O de estado.

Busco una piedra y me siento sobre ella para observar las peñas. Creo que necesito sentir la atracción de su gravedad y la corpulencia de su consuelo, aunque esta vez no consigo verlas al completo. Se encuentran parcialmente cubiertas por retales de nubes prendidos entre sus riscos, una lencería vaporosa que subraya los contrastes de los colores y la crudeza de los perfiles que forman

sus relieves. Son dos montañas femeninas, quizá dos senos maternales adornados con sus prendas íntimas. Su agreste hermosura me obliga a cambiar de postura y acabo arrodillado ante ellas.

Soy consciente de que he confesado mis pecados ante la ley de los hombres, pero estoy esperando el veredicto de la justicia divina, lo que supongo que podría ser interpretado como una simple cuestión de jurisdicciones. No aspiro a conseguir el perdón de los hombres, ni siquiera el de mi hijo. Sólo pretendo lograr un atisbo de equilibrio entre mis remordimientos y mis recuerdos para poder soportar la libertad sin considerarla la prisión que merece quien es libre a costa de la muerte.

Las peñas me seducen con nuevas prendas de lencería, esta vez teñidas de un color encendido que procede del incipiente atardecer, nubes de fantasía que estilizan sus perfiles y elevan su volumen por encima del azul marino del cielo. Quizá lo hacen para agradecer mi peregrinación hasta los confines de su reino. No lo sé. Es difícil ponerse en el lugar de una virgen. O una diosa. Sólo sé que deseo olvidar a Rebeca tanto como recordar a Laura y dejar de sentir el dolor que produce el alivio cuando se siente a destiempo.

Vuelvo a sentarme en la piedra, cierro los ojos y me dejo llevar por la brisa del monte, absorto y ausente, como el náufrago, como el preso, como quien se sabe protagonista de una peripecia que parecía ajena y de pronto reconoce como propia. Transcurre un tiempo indefinido del que me queda un recuerdo confuso, exactamente igual que si me hubiera dormido sobre la piedra. Soy un eremita apartado del mundo, elevado sobre una ridícula columna con forma de roca caliza que no levanta ni treinta centímetros del suelo. No veo nada y todo lo que percibo es el aliento del monte en mi rostro. Debe de ser una maniobra de primeros auxilios, un boca a boca de urgencia. El intento del horizonte por devolverme la vida.

Abro los ojos y el horizonte vuelve a formarse ante mí, como la tramoya de un escenario que pudiera montarse y desmontarse con el simple gesto de abrirlos o cerrarlos. Las nubes se han vuelto grises. Parecen sombras de otras nubes. Han perdido todo su erotismo. Abandono la piedra que me ha servido de columna y regreso a casa de Marina con el mismo desconcierto que siento por

las mañanas, cuando me despierto y tengo que hacer un esfuerzo para saber quién soy. Y dónde estoy. Por suerte no me encuentro con nadie. Carezco de las fuerzas necesarias para hablar, seguramente porque he gastado todas las palabras que tenía durante mi enfrentamiento con Javier y mi posterior declaración en el despacho de León. Sólo deseo llegar a casa y ponerme a cocinar, ocupar las manos para liberar la mente, e irme a dormir lo antes posible con la esperanza de recuperar las fuerzas por la mañana.

Nada más abrir la puerta me encuentro con otra bolsa de chuches en el banco del patio. La observo detenidamente para poder compararla con las anteriores. Descubro que en esta no hay espiral de regaliz pero sí unas gominolas de colores con formas de animales. Lo demás es idéntico. Por un momento siento el deseo de abrir la bolsa y comerme una gominola con forma de jirafa, o de elefante, o de cualquier otro habitante del Serengeti.

No he visto a Marina desde ayer. La encuentro arriba, en el baño, recién maquillada y perfumada, vestida con un albornoz sin abrochar, secándose el pelo en medio de un ruido infernal. Ha dejado la puerta del baño abierta para deshacerse del vapor que se condensa en las baldosas de la pared, espejo incluido. Por eso no me ve, ni me oye. Soy un espectro que ha surgido de la nube de vapor, un fantasma que contempla embelesado la colorida lencería que asoma por entre el albornoz. Son prendas de color atardecer.

Dudo un momento. No quiero irme ni puedo quedarme. No quiero moverme pero tampoco puedo permanecer inmóvil y darle un susto de muerte cuando por fin me vea. No sé qué hacer, así que decido no hacer nada. Soy un mudo espectador de una escena de suspense y erotismo que tan sólo dura unos segundos y termina con un sonoro grito de Marina, seguido de una blasfemia, dos tacos y mi nombre.

—Mierda puta, Javier.

Si el secador que lleva en la mano fuera un arma de fuego es probable que me hubiera disparado con él, quizá apuntándome a los ojos, que es la parte más encendida de mi cuerpo. Como sólo es un chorro de aire del infierno, lo apaga y lo deja junto al lavabo. Se vuelve para coger el cinturón que cuelga del borde de la bañera y se ata el albornoz haciendo que los adornos de su cuerpo desaparezcan de mi vista.

—Qué susto me has dado.

—Lo siento —digo señalando el secador—. No me has oído entrar.

Ella asiente, esto es, niega para darme la razón. Luego se fija más detenidamente en mi rostro.

—¿Qué te ha pasado? —dice, y en vista de que no respondo, añade—: León me ha contado que tu hijo ha venido a buscarte.

Me cuesta un poco encajar el *puzzle* que sugieren sus palabras, pero acierto a comprender que León ha debido de verse con Marina después de dejarme en la encrucijada de caminos, bajo las peñas. Tal vez haya sido aquí mismo, en casa, o en la bodega de Tomás compartiendo otro carajillo.

—Sí.

Es todo lo que logro decir.

—Pero no te has ido con él.

Es una observación interrogativa que me disgusta escuchar. Tal vez Marina se haya cansado de soportar mi compañía y quiera librarse de mí cuanto antes. O puede que no sea más que una de esas constataciones de lo evidente que sirven para subrayar la realidad, como un expresivo gesto compuesto sólo por palabras.

—No —respondo.

—¿Y por eso te ha pegado?

Me encojo visiblemente de hombros con la esperanza de que la parquedad de mi comportamiento esté siendo más elocuente que mis también parcos monosílabos.

—No sé cómo se hace este maldito nudo de la corbata —escucho que alguien dice desde el dormitorio de Marina.

—Te envío ayuda —responde ella.

Y me hace un gesto para que vaya. Estoy perplejo. Me asomo a su dormitorio y me encuentro a Sebastián vestido con un traje gris perla, que lanza brillos guardados entre sus costuras desde hace años. Está mirándose al espejo del armario mientras trata infructuosamente de hacerse el nudo de la corbata. Me acerco y le ayudo, sin dejar de decir que no en voz baja. No es posible que el viejo sea el amante de Marina.

—Te he dejado un traje sobre la cama, Javier —me grita esta desde el cuarto de baño—. Espero que sea de tu talla.

Compruebo lo que dice inmediatamente, como quien busca un

poco de cordura a su alrededor. Me siento incapaz de discernir si veo visiones u oigo voces.

—¿Qué pasa? —le pregunto a Sebastián.

—Vamos a una fiesta —dice.

Y sonríe por encima de su perpetua sonrisa.

—Es una fiesta sorpresa.

—¿De quién es el traje? —pregunto.

—De Lorenzo —responde Marina entrando en el dormitorio—. Venga, póntelo. Sebastián te ha traído varias corbatas para que elijas una.

Y vuelve a marcharse, dejando una estela perfumada en el aire, mientras el aludido deposita sobre la cama, junto al traje, una colección de corbatas de los años setenta. O anteriores.

—¿Qué se celebra? —digo cogiendo el traje y una de las corbatas.

—Las bodas de plata de Paco y Alicia.

Lo miro sin mover un músculo.

—Paco, su rival de la final de guiñote, ¿se acuerda?

Asiento y enarco las cejas.

—Se casó con Alicia en una de las caravanas de mujeres que vinieron al valle —me informa—, hace veinticinco años.

Me rasco la nuca.

—¿No ha oído hablar de los solteros de Plan?

20

El traje de Lorenzo es de mi talla, lo mismo que la camisa y los zapatos que Marina ha conseguido para mí. He tenido el tiempo justo de afeitarme, peinarme y vestirme antes de volver a mi asiento de copiloto, en el coche de Marina, para dejarme llevar al restaurante de Aínsa donde se celebra la fiesta sorpresa. Sebastián me cuenta los pormenores desde el asiento de atrás. Todo el mundo está compinchado para sorprender a la mujer de Paco, que va a ser la única sorprendida, especialmente cuando vea las corbatas que llevamos Sebastián y yo.

Marina pasa de largo el cruce central de Aínsa y sube al pueblo viejo, en cuyo enorme aparcamiento estaciona el coche. Ayudo a Sebastián a apearse y le cepillo el traje con las manos, mientras Marina hace lo mismo con mi americana. Es un gesto natural que sin embargo me conmueve, seguramente porque en este momento parecemos los miembros de una familia camino de una celebración familiar. No sé si Marina podría ser mi esposa o mi hija, tal vez mi nuera. Sebastián podría ser mi padre, o mi yerno. Quizá mi consuegro.

Atravesamos el patio de armas del castillo y accedemos a la plaza Mayor, otro patio formado por casas construidas sobre pórticos de piedra que las convierten en gigantes con la boca muy abierta, víctimas también de la sorpresa. El restaurante se encuentra bajo unos balcones de los que cuelgan unos ramos que parecen de flores hasta que me acerco y compruebo que están hechos de mazorcas de maíz, más propios de gigantes enamorados. Es una taberna rústica con una terraza al fondo en la que se nos recibe con una copa de bienvenida. Marina se aleja de nosotros para saludar a otros invitados. Sebastián y yo tomamos dos copas de vino blanco y brindamos. El viejo está radiante, como si la fiesta fuera en su honor. Rafael y Julio se acercan a saludarnos. Me cuesta

reconocerlos. Llevan trajes oscuros y corbatas lisas, más contemporáneas que las nuestras, señal de que han tenido una vida social más activa que Sebastián. Toman una copa y la levantan antes de beber, brindando en mímica. Se comportan con una naturalidad que me desconcierta, posiblemente porque hasta ahora los había visto actuar en un entorno distinto, exento de copas altas y burbujas. Aparecen también Tomás y su mujer, que viste un traje de chaqueta con piedras brillantes y unos tacones incompatibles con el suelo empedrado que nos soporta. Todos se saludan como si hiciera tiempo que no se vieran, aunque lo más probable es que se hayan visto esta misma mañana, lo cual tiene sentido porque en realidad hace tiempo que no se habían visto así vestidos. Son en cierto modo otras personas, otras versiones de sí mismos.

—Estás muy elegante.

Un joven que me cuesta identificar me brinda su mano para que se la estreche, aquí sí, sin los inconvenientes de su oficio. Es Lorién. Se ha recogido el pelo en una coleta y se ha puesto un traje entallado que lo convierte en una estrella de cine.

—Llevo un traje de tu padre —le digo.

—Ya lo sé.

—Espero que no le importe que Marina me lo haya prestado.

Y elevo la vista por entre los presentes. Busco a Lorenzo pero encuentro a León. Igual que sus convecinos viste traje y corbata, sin insignias ni estandartes propios de su cargo. Está claro que al menos esta noche no pertenece a ningún colectivo, o mejor dicho, pertenece al colectivo que se dispone a celebrar las bodas de plata de unos amigos.

—Bonita corbata —dice cuando llega a mi altura.

Se sirve una copa de cava y se la bebe extendiendo ostensiblemente el dedo meñique, como si le sobraran dedos para conducir algo tan liviano hasta su boca.

—Casi no te reconozco sin el uniforme —le digo.

—¿Por qué no? —replica él mirándose de abajo arriba—. ¿Es que esto no es acaso un uniforme?

Y me hace reír, quizá porque ha dicho una de esas verdades que sólo son graciosas cuando se pronuncian con el sarcasmo adecuado. Un sonido electrónico nos interrumpe. León saca un gualqui del bolsillo y responde.

—Ya llegan —anuncia.

Y se convierte en el León que todos conocemos.

—Me vais pasando al restaurante en orden y sin hacer ruido —dice—. Darse prisa, que están subiendo la cuesta.

Ha debido de apostar a sus hombres en los puntos estratégicos del camino que van a recorrer los homenajeados. Obedecemos sus órdenes y entramos en un salón en el que hay cuatro mesas redondas dispuestas para ocho comensales cada una, pero no nos sentamos. El gualqui suena de nuevo.

—Agacharse, que ya están aquí.

Nos agachamos a la vez que se apagan las luces, como si fuéramos entidades eléctricas. Se escucha el rumor de unos pasos y el desconcierto de quien no sabe lo que está sucediendo.

—¿Adónde me llevas? ¿Qué significa esto?

Una mujer lleva los ojos vendados. Es Alicia. Paco la coloca en el centro de la sala y le hace una señal a León.

—Ponerme la música —oigo que dice por el gualqui.

Y los compases de una canción sirven para que Alicia empiece a comprender lo que sucede. Lo sé porque, aun desde la distancia, la siento sonreír. Está claro que se trata de su canción especial, probablemente la que le sirvió a Paco de banda sonora cuando le pidió que se casara con él.

—Luces —ordena León.

Y todos aplaudimos mientras recuperamos la verticalidad, algunos más deprisa que otros, todo hay que decirlo. Más de uno con la ayuda de dos personas, como es el caso del pobre Sebastián, que no deja de sonreír ni de aplaudir incluso con las rodillas doloridas. Alicia se sonroja y se ríe y parece de nuevo la chiquilla que llegó al valle hace veinticinco años, tal es el poder de sugestión que tienen las luces y la música, y la gente, y el gualqui de León para viajar en el tiempo y revivir lo que fuimos. Lo que fueron.

A continuación se sucede una escena caótica, y rítmica a la vez, de abrazos, besamanos y aspavientos. Todo el mundo quiere saludar a los novios y escuchar de primera mano la noticia del desconcierto de Alicia. Cómo la han tenido engañada en casa, cómo la han peinado y vestido creyendo que iban a cenar fuera, solos los tres, ella, Paco y su hijo Fran, allí presente también. Todo el mundo quiere sentirse cómplice.

Tomo asiento en la misma mesa que Marina, pero al otro extremo de su diámetro. A mi izquierda se sienta Sebastián y a mi derecha dos de aquellos solteros de Plan que organizaron las caravanas de mujeres en los años ochenta y se sienten por ello más cómplices aún que los demás invitados. Uno de ellos, el que viste lazo en lugar de corbata, toma la botella de vino tinto que hay sobre la mesa y comienza a servir a su alrededor.

—Tendrías que haber visto el valle en aquellos años —dice cuando llega a mi copa—. Nunca estuvo más animado.

—Ni más colorido —señala el otro—. A veces siento nostalgia de aquellos días, de aquellos colores, de aquella locura que nos cambió la vida.

Me cuentan que todo comenzó un día del mes de enero, después de ver por televisión la película Caravana de mujeres de William Wellman, protagonizada por Robert Taylor y Denise Darcel. Conocen los detalles como si fueran críticos profesionales de cine. El argumento es fácil de resumir. Robert Taylor conduce a unas mujeres desde Chicago a California, hasta un remoto valle en el que sólo hay hombres solitarios sin posibilidad de formar una familia.

—Era lo mismo que estaba pasando en el valle —me dicen.

—Por eso decidimos organizarnos y poner aquel anuncio en el periódico.

Los camareros nos sirven un plato de entremeses que también resulta muy colorido. Casi todo lo que me están contando me resulta familiar. Leí la historia en los periódicos y vi las imágenes por televisión. La noticia dio la vuelta al mundo.

—¿Hubo muchos matrimonios? —pregunto cuando termino los entremeses.

—Al principio sí —responde el del lazo.

—Luego también hubo unos cuantos divorcios —añade el otro levantando la mano, dándose por aludido.

Y se encogen de hombros, quizá con la intención de subrayar la naturalidad que tiene un divorcio, tanto o más que un matrimonio, incluso en un valle solitario que parecía condenado a la soltería.

—Paco conoció a Alicia en la última de las caravanas que se organizó —me informan—. Fue casi de rebote, cuando ya parecía demasiado tarde.

Doy un breve sorbo a mi copa y la mantengo junto a mi boca

para dejar claro que voy a seguir bebiendo.

—Sucedió durante el baile del último día —relata uno de ellos —. Paco no sabía bailar.

—Todavía lo hace fatal —replica el otro.

—Pero le gustaba mucho Alicia —sonríe el primero—, así que se acercó y se lo dijo.

—Exacto. Se lo dijo tal cual.

Se ríen y me hacen preguntar lo impreguntable.

—¿Qué le dijo?

—Que le enseñara a bailar.

Y Alicia le enseñó. Y al hacerlo se dio cuenta de que era un hombre fuerte y humilde a la vez, capaz de mostrar su impericia ante sus paisanos con el único fin de estar cerca de ella, con una mano en su mano y otra en su espalda.

—Brindo por eso —propone el del lazo.

Y brindamos todos, hasta los abstemios, que han llenado sus copas de agua, retando a la suerte, que al menos esta noche parece menos esquiva que de costumbre. El vino ha achispado nuestro discurso y ha relajado nuestros músculos. Y nuestros gestos. Nos reímos a la vez que hablamos, mientras comemos, como se reiría cualquiera que se sintiera cómplice del destino.

Nos sirven el plato principal, un asado de ternasco con patatas y ajos tiernos, y aprovecho para interesarme por las cuestiones prácticas de aquella locura colectiva. Lo hago con el doble objetivo de manifestarles mi interés y evitar que me pregunten qué demonios estoy haciendo aquí. Me hablan de los barracones que se instalaron junto al río, de las dificultades de la intendencia, de las múltiples actividades que organizaron y hasta del tiempo que hizo en el valle. Oyéndolos, me parece estar escuchando el relato de una aventura bélica, con los detalles estratégicos, el funcionamiento del campamento y la descripción del campo de batalla. Nunca mejor dicho, porque en realidad aquella fue una guerra contra el orden social, que se había llevado a las hembras del valle a trabajar al llano, y a favor de la naturaleza, que reclamaba la estricta paridad de sus cromosomas. Y entonces soy yo quien llena las copas de los demás comensales y elevo la mía en un gesto de mímica que, sin quererlo, se contagia al resto de las mesas.

—Viva los novios —gritan al fondo.

Y los novios sonríen, corresponden al brindis y se besan públicamente para que volvamos a sentarnos a tomar el postre. Marina me mira agradecida, satisfecha de poder exhibir a un invitado con capacidad de convocatoria y sentido del protocolo. Se nota que no asistió a la cacería de ayer por la mañana, de lo contrario no me consideraría tan protocolariamente correcto.

—Un momento de atención, por favor.

Paco se ha levantado con una copa de cava en la mano y se dirige a sus invitados. Su voz tiembla de emoción mientras recorre las cuatro mesas con la mirada.

—Quiero agradeceros vuestra presencia aquí, esta noche, para celebrar nuestras bodas de plata. —Hace una pausa antes de añadir —: Está claro que este año no voy a ganar ningún trofeo de oro.

Y lanza una mirada de pretendido reproche hacia la mesa que ocupamos Marina y yo, provocando las risas de los presentes, incluso de los que no estuvieron en la bodega de Tomás hace casi una semana, cuando ganamos el campeonato de guiñote.

—No soy un hombre de muchas palabras —confiesa mirando hacia su esposa—, así que sólo diré que llevo veinticinco años tratando de aprender a bailar. Y todavía no lo he conseguido. No sé si soy demasiado torpe o si temo perder a la maestra cuando finalmente aprenda a hacerlo.

Y provoca una ovación clamorosa, tan unánime que parece ordenada desde el gualqui de León. Se oyen más vivas, piropos, bromas, pitos y el júbilo reinante se concentra en las botellas de cava que descorchan los camareros, como si el alcohol fluyese en el sentido inverso al habitual y quedara encerrado en cada una de sus pequeñas burbujas.

Marina y la mujer de Tomás se dirigen a la mesa de los homenajeados con un sobre en la mano. Es el regalo comunitario de los vecinos de Sinia: un viaje al otro lado del horizonte, a una de esas islas de playas blancas y altas palmeras que parecen las antípodas de estas montañas de peñas y pinos, como si el regalo fuera visitar el fin del mundo. Alicia se abraza con Marina, delatando una más que probable complicidad que el propio Paco ignoraba. Este se dirige a Marina con el rostro muy serio.

—Cuida de Azucena —le pide.

—Tranquilo —responde ella.

Y siguen hablando, pero no soy capaz de escuchar lo que dicen porque dos hombres y una mujer han entrado en el salón, provocando nuevos aplausos. Sebastián me mira y hace el gesto de tocar una trompeta invisible. Son los músicos. Paco y Alicia se dirigen a la pista de baile, un espacio diáfano que queda a la derecha de las mesas, al final del cual veo un órgano electrónico, una guitarra eléctrica y varios micrófonos. Es la hora del vals nupcial, en este caso uno muy conocido de Joaquín Sabina, interpretado con voz de mujer y coreado por varios invitados, lo que le confiere la solemnidad de un himno popular.

—Y nos dieron las diez y las once, las doce, la una y las dos, y las tres. Y desnudos al amanecer nos encontró la luna.

Pese a lo que ha dicho, Paco baila con mucho estilo, poniéndose ligeramente de puntillas para dar los pasos necesarios que exige el ritmo. Lo sé porque yo mismo tomé unas apresuradas lecciones para bailar con Laura el día de nuestra boda. Y no las he olvidado, como tampoco lo ha hecho él. Alicia dedica un gesto a las mesas para compartir la música. Tomás se levanta, se pone la chaqueta y saca a bailar a su esposa. Lo mismo hace Julio y mis compañeros de mesa con otras mujeres. Me sorprende su sentido de la etiqueta. Y también su sentido del ritmo. No esperaba verlos bailar con tanta elegancia, trajeados y de puntillas, herederos de unas lecciones de baile que alguien debió de darles un día, quizá durante aquellas caravanas de mujeres que devolvieron el orden natural al valle.

Marina aprovecha la ocasión para sentarse a mi lado.

—¿Lo estás pasando bien? —me dice.

—Muy bien —respondo apurando mi copa—. Me ha encantado recordar las andanzas de los solteros de Plan.

—Fue toda una proeza —subraya ella.

—Seguro que sí. ¿Nunca se ha vuelto a repetir?

—Ya no es necesario. Hace tiempo que apenas queda gente joven en el valle. No hay ni solteros ni solteras.

—Claro.

—Todo el mundo se marcha a la ciudad —añade—. Y además está Internet.

—Internet —repito en voz baja, como si pronunciara un conjuro desconocido.

—¿Has conocido ya a Diana, la camarera de Las Tres Sorores?

—¿La psicóloga? —respondo.

—¿Es psicóloga? —se extraña Marina.

—¿No lo sabías?

—No me la han presentado todavía. Acaba de venir de Argentina.

—Lo sé.

—Lo que puede que no sepas es que conoció al que ahora es su novio a través de Internet.

—No —exclamo.

—Sí. Sucedió hace unos meses, en otoño. Mantuvieron una relación a distancia hasta que finalmente ella decidió cambiarse de hemisferio.

Me acaricio la frente con una mano, en un ambiguo gesto a medio camino entre el asombro y la aprobación.

—Supongo que los tiempos han cambiado —digo en un suspiro.

—Así es —confirma Marina poniéndose de pie—, pero no tanto como para que no me invites a bailar.

Da por terminada la conversación, espera a que yo también me levante y me ayuda a ponerme la americana de Lorenzo. Luego toma mi mano y me conduce junto a las demás parejas para sumarnos a sus movimientos de traslación y rotación con mecánica celeridad, como si fuéramos astros acostumbrados a orbitar entre otros satélites, sin provocar colisiones ni perder en ningún momento la inercia de nuestras trayectorias. Y de pronto, como si lo inesperado no fuera siempre inoportuno, percibo esa intensa y fugaz euforia que sentimos a veces los humanos, muy pocas veces, cuando se da la coincidencia de que estamos haciendo justo lo que debemos hacer. E inmediatamente me acuerdo de la jabalina. Y pienso que tal vez se cruzó en mi camino para que pudiera bailar este melancólico vals junto a Marina, vestido igual que mis paisanos de Sinia, formando parte de una comunidad, un equipo, una misma partida de caza.

Y cuando Marina me pregunta por qué sonrío, tal vez creyendo merecer una palabra de agradecimiento por haberme traído a la fiesta, no tengo más remedio que admitirlo.

—Me acuerdo de Laura —digo.

Y sigo bailando con ella, aunque no por mucho tiempo, porque el alegre pasodoble que interpretan los músicos ha levantado de su

silla a Sebastián, trayéndole memoria del pasado, y Marina se disculpa para bailar con él. Yo vuelvo a mi mesa y me sirvo una copa de cava, permitiendo que sus pequeñas burbujas realicen el trayecto que les corresponde por naturaleza, en el sentido del júbilo y la elocuencia. Y me entretengo observando cómo Sebastián trata de permanecer más serio que nunca, ahora que está bailando con Marina, viajando en el tiempo. Y por un momento creo que nos encontramos en el pueblo viejo de Sinia, antes de que las aguas lo borrasen del presente, antes de que existiese Internet, cuando los autobuses llenos de mujeres pasaban por la carretera rumbo al valle de Plan.

Y entonces, mientras continúo bebiendo mi copa, y luego, más tarde, cuando vuelvo a bailar con Marina y otras mujeres, e incluso mucho más tarde, cuando regreso a casa en el coche de Marina, escuchando los ronquidos de Sebastián en el asiento de atrás, me doy cuenta de que, en realidad, la fiesta sorpresa era para mí.

21

El frío de la humedad me despierta. Mi lecho y mi cuerpo están calientes pero el calzoncillo me quema en las piernas con un frío inoportuno que me cuesta identificar. Hacía años que no me despertaba por culpa de una polución nocturna, tal vez desde que era un adolescente y soñaba encendidas escenas de amor y sexo. O sólo de sexo. No recuerdo haber soñado nada romántico ni erótico en las pocas horas que llevo durmiendo, así que es posible que mi organismo haya reaccionado a la cercanía del cuerpo de Marina durante el baile, aliviándose en silencio, casi a traición, como si mi hijo Javier estuviera a punto de reaparecer para pegarme otro puñetazo.

Son las cinco y media de la madrugada. Un profundo gemido seguido de una risa contenida llega a mis oídos desde la habitación contigua. Marina comparte su cama con su amante invisible y juntos protagonizan una madrugada de amor y sexo digna de mis sueños de adolescencia. Su colchón cruje ruidosamente mientras los cuerpos se mueven en silencio y las bocas proclaman el sabor de la cópula. Quizá mi polución nocturna no haya sido provocada por el cuerpo de Marina en movimiento, sino por esos gemidos de placer que traspasan las paredes de la casa, igual que hacen los fantasmas del pasado que dejaron sin culminar una misión terrenal.

No puedo cambiarme de calzoncillos, no tengo otros limpios. Todo lo que puedo hacer es levantarme sigilosamente, ir al baño y lavarme. Cuando paso junto a ella, la puerta del dormitorio de Marina me reclama desde su marco con la promesa de amplificar los sonidos del amor. Tal vez pudiera identificar la voz del amante de Marina si aplicara mi oreja sobre su paño y aguzara un poco el oído. Y la memoria. Me lavo y bebo agua del grifo del lavabo. Regreso a mi dormitorio y vuelvo a acostarme. Convoco el silencio para seguir escuchando a los amantes, aunque es posible que mis

pasos o el grifo del lavabo los hayan interrumpido.

Pronto confirmo que no es así. No oigo el roce de las caricias, quizá porque son inaudibles, pero llega hasta mí el rumor de consonantes que provocan en el cuerpo ajeno. Arropado por la calidez de esos murmullos me precipito hacia la inconsistencia del almohadón y desaparezco. Sigo sin tener conciencia de lo que sueño. Es posible que haya perdido la capacidad de recordar lo soñado. No lo sé. Me despierto con el desconcierto habitual, incapaz de acostumbrarme a esta sensación de asombro, como si cada mañana me despertase en un lugar y un tiempo distintos. Un rayo de luz se filtra por las contraventanas. Es audaz como un reo recién fugado de una prisión inexpugnable. El reloj marca las diez menos cuarto. Abandono la cama con una prisa innecesaria e inevitable a la vez. Sé que no tengo ninguna posibilidad de encontrarme con el amante de Marina, pero puede que halle algún indicio de su presencia en el baño o en la mesa del desayuno.

El baño y la cocina están vacíos. No hay rastro de existencia humana que pueda servirme de ayuda. Oigo que Marina trasiega en el patio. Está a punto de salir. Me acerco a ella justo cuando introduce la bolsa de las golosinas en su bolso, gesto que termina con un atropello impropio de la naturalidad.

—Buenos días —digo.

Me responde sin palabras, simplemente levantando la cabeza, como habría hecho una de las vacas de su mallata.

—¿Ya te vas?

Mi pregunta confirma que he estado observando sus gestos y costumbres. Delata mi actitud detectivesca. Además no muestro ningún signo de sorpresa ante sus prisas, como supongo que hará el entomólogo cuando identifique un hábito mil veces ejecutado por el insecto que observa. Marina se queda inmóvil, prendida al suelo por el alfiler que inmoviliza a las mariposas que pueden contemplarse en los museos.

—Sí.

Su boca tarda en despegarse y sus manos se mueven con torpeza, puede que siguiendo el curso de sus pensamientos, que se debaten entre la sinceridad y la discreción.

—¿Has desayunado? —le pregunto.

No es lo que quiero saber. Tan sólo he sido consciente de que

tenía que preguntarle algo, acaso para manifestar al menos la entonación de mis verdaderas intenciones.

—Tengo que irme —dice, quién sabe si comprendiéndolas o ignorándolas.

—¿Adónde vas?

Las palabras se manifiestan por fin.

—Volveré a la hora de comer.

—¿Para quién es esa bolsa de caramelos?

Mi impertinencia le autoriza a responderme con brusquedad, usando incluso uno de los insultos que acostumbra a pronunciar cuando se siente agredida.

—Voy a Barbastro —contesta, no obstante, con sospechosa sumisión.

Esa información no añade nada nuevo a lo que ya había deducido después de leer el papel de la carnicería que trajo el otro día.

—¿Vas a ver a una clienta?

—Si fuera a trabajar no llevaría una bolsa de chuches —replica convirtiendo la sumisión en aplomo—, sino mi maletín con mis cosas, ¿no crees?

—Entonces vas a ver a un niño —deduzco.

—A una niña.

—¿Quién es?

—¿Quieres venir conmigo?

Es una pregunta de pura cortesía, nada más. Marina sabe muy bien que deseo acompañarla. Quizá de ahí procedía la sumisión que he percibido en su voz. Subo las escaleras de tres en tres y corro a mi cuarto para vestirme. Abro la ventana pero no hago la cama. No quiero que Marina cambie de idea y se marche sin mí. Cuando vuelvo a bajar descubro que ya no está en casa. Salgo a toda prisa a la calle y la veo en el coche, esperándome tranquilamente con el motor en marcha, fumando un cigarrillo. Entonces comprendo que no quiere ocultarme nada. Más bien al contrario, está deseando que la acompañe, lo cual disminuye un ápice mi curiosidad, posiblemente porque la curiosidad, a mi edad, es un reto a favor de la dificultad y en contra del tiempo, que no admite facilidades.

Abandonamos Sinia en silencio, dejando que una entrevista radiofónica hable por nosotros. Se trata de una voz femenina que

contesta las preguntas de una masculina. Sólo nos falta mover los labios y las manos para ejecutar el *playback* de esa conversación que no estamos manteniendo. El coche marca el ritmo de las palabras mientras devora las líneas discontinuas de la carretera. La estroboscopia de esa visión me recuerda que dentro de apenas unas horas seré un hombre libre. Y eso significa que tendré que tomar una difícil decisión, que es lo que suelen hacer los hombres libres. Suspiro y, de forma instintiva, me agarro el entrecejo con dos dedos, anticipando la jaqueca que va a producirme ese momento fatal.

Me canso de mirar al frente y apoyo la cabeza en la ventanilla para observar a Marina. Está guapa, más que ayer por la noche. Reluce igual que una mata de coles del huerto de Sebastián. Lleva unos vaqueros ceñidos que se ajustan a sus piernas como si fueran medias azules. Su blusa se posa en el principio de sus muslos, haciéndome creer por un instante que estoy sentado junto a una amazona en minifalda. Me gustaría comentar con ella los detalles de la fiesta de anoche, hablar de Paco y Alicia, de Sebastián o del vals de Joaquín Sabina, pero ella se siente observada y me devuelve la mirada con una determinación en cierto modo agresiva. Creo que lo hace para coartar cualquier conato de conversación por mi parte. Por alguna razón que no comprendo, no quiere hablar conmigo todavía.

Un par de kilómetros antes de llegar a la rotonda que conduce a Barbastro, escucho el sonido del intermitente y el coche toma una carretera irregularmente asfaltada que desfila entre campos de labranza escoltados por plátanos de sombra. La estroboscopia de la carretera es sustituida por la que forman los rayos del sol entre la fronda de los árboles. Es una sensación que reconozco y a la que me abandono cerrando los ojos, como un niño aburrido que juega con sus sentidos. Por esa razón no veo el edificio al que hemos llegado hasta que el coche se detiene.

Antes de apearse, Marina se mira en el espejo retrovisor, se retoca la coleta con la que ha apresado su cabello y coge el bolso que ha dejado en el asiento de atrás. Yo la sigo. El edificio tiene dos plantas y me recuerda el colegio en el que cursé mis estudios primarios, posiblemente por las ventanas de medio punto que adornan su fachada, el balcón de hierro con la bandera izada o,

simplemente, por la redondez de las escaleras que dan acceso al patio de entrada, una estancia sombría desde donde se percibe un intenso aroma a comedor escolar, aunque todavía no sea la hora de comer.

Marina saluda a la mujer que nos recibe en el patio, pero no se molesta en pronunciar una sola palabra, ni siquiera para presentarme. En realidad ninguna de las dos abre la boca, lo que significa que esperaban verse. La visita estaba programada, lo mismo que los gestos, que son recíprocos, reflejos, ejecutados con impecable precisión ante el espejo de la costumbre. La mujer nos franquea el paso y accedemos a un laberinto de pasillos, caminando sobre baldosas recién fregadas que huelen a esencias de pino y limón. Marina se detiene ante una puerta y se vuelve hacia mí para indicarme que ya hemos llegado. La puerta nos conduce a un patio soleado dividido en cuatro parterres rectangulares, en medio de los cuales se levanta un esbelto ciprés que parece de juguete, un cohete espacial a punto de despegar.

La luz de la mañana ciega mis ojos durante unos segundos, pero entre mis párpados veo a unos niños jugando en los parterres y a unos adultos paseando a su alrededor con las manos a la espalda, como guardianes de una prisión con forma de jardín. No hay rejas ni muros pero sí rosas con espinas y abundante yedra en la sombra. Marina se agacha y posa las manos sobre las piernas de una adolescente que está sentada en uno de los bancos del recinto. Permanece así un solo minuto, inmóvil y aliviada, casi arrodillada, como si también ella hubiera llegado al final de una larga peregrinación. Es el tiempo suficiente para que me fije en la adolescente, en el tamaño anormal de su cabeza, en sus ojos rasgados, en sus cejas prominentes y en los espasmos musculares de sus piernas y sus brazos, los signos característicos de algún tipo de subnormalidad.

Marina me toma de la muñeca y tira de mí hacia abajo para que me agache junto a ella, frente a la niña ya adolescente.

—Esta es Marina —dice colocando la mía sobre la mano de la niña.

—Marina —repito afirmando con la cabeza—, igual que tu madre.

La miro pero sus ojos ejecutan unos movimientos involuntarios

que le impiden fijarse en mí. De pronto sonríe y de su boca cae una baba cristalina que mi anfitriona recoge con un pañuelo de papel, mostrando una naturalidad que no resulta forzada, quizá porque ejecuta el gesto con la destreza de lo esperado. No me atrevo a decir nada, mucho menos dirigiéndome a la adolescente. Puede que me oiga pero estoy seguro de que no va a escucharme. Marina abre su bolso y saca la bolsa de las golosinas. Elige un caramelo que huele a fresa, lo desenvuelve y se lo pone en los labios a la niña. Su reacción es instantánea. Abre la boca y muerde el caramelo con los carrillos hinchados, como si estuviera comiéndose todo el contenido de la bolsa. Marina tiene que usar de nuevo el pañuelo para limpiar la saliva que sigue cayendo.

Me levanto sin poder evitar un velado gruñido de dolor y permanezco atento. Todos los internos que juegan en el patio muestran desviaciones físicas y algún signo de patología neurológica. No escucho ninguna palabra, tan sólo gemidos como el que yo mismo acabo de pronunciar. Me encuentro en un jardín de voces sin sentido, un coro de vocales inconexas, de sonrisas intestinas y miradas perdidas en el abismo del cielo. Me acerco a uno de los bancos, me siento y decido imitarlos. Quiero mirar donde ellos miran, sentir el sol sobre mi rostro y dejarme mecer por la punta del ciprés, que oscila de un lado a otro siguiendo la brisa de la mañana. Me gustaría que la megafonía del recinto pronunciara entonces una emocionante cuenta atrás, del nueve al cero, y el ciprés ejecutara la maniobra de despegue rumbo a lo desconocido.

Un timbre interrumpe la ficción que imagino. O la que sueño. Marina se incorpora y se acerca a la adolescente para depositar un maternal beso sobre su cabeza. El timbre moviliza a los monitores del patio, que comienzan a tomar a los internos de la mano, como guardianes de una cárcel donde cumplieran su condena la mansedumbre y la inocencia. Marina me busca y se sitúa a mi lado, junto a la puerta por la que los guardianes conducen de dos en dos a unos sonrientes reos incapaces de reconocer la libertad, quizá porque ya son libres.

El jardín se vacía de sombras y de vocales. Marina vuelve al banco, recoge la bolsa de las golosinas y se la entrega a uno de los monitores. Este le hace una seña de complicidad pero no dice nada, posiblemente para no quebrar el eco del silencio. Ella se da la

vuelta y comienza a desandar el camino que nos ha traído hasta aquí. La sigo de nuevo entre esencias cítricas, tratando de acompasar el ritmo de mis pasos a los suyos, como si el laberinto fuera un pentagrama de baldosas, un vals sin melodía, hasta que accedemos al patio y volvemos a encontrarnos con la portera. Marina alza una mano y emite un saludo rutinario. La portera se lo devuelve junto al zumbido que indica que nos ha abierto la puerta de entrada, ahora de salida.

En el exterior recobro a la vez la voz y el aliento. Me siento como un rehén recién liberado, todavía incapaz de contar lo que ha vivido durante su cautiverio. Llegamos al coche. Antes de montarnos Marina me mira fijamente, como si esperase un comentario por mi parte. Trago saliva y percibo un picor en la garganta que conozco bien.

—Tengo mucha sed —digo.

Y señalo al sol con las cejas para responsabilizarlo de mi situación. Marina asiente y sube al coche. Lo arranca sin prisas, espera a que me abroche el cinturón de seguridad y conduce rumbo a la rotonda, regresando por el camino de los árboles, como la sombra de un péndulo que va y viene a intervalos regulares. Toma la carretera de acceso a Barbastro y se detiene en la primera salida que encuentra, donde hay unas naves industriales y un restaurante. Y varios coches aparcados bajo un tejado de chapa.

El bar que precede al restaurante está muy concurrido. Es la hora del aperitivo. La saturación de voces que atrona la estancia contrasta con las vocales y los gemidos que hemos escuchado hace unos minutos. Y con el rítmico taconeo de nuestros pasos avanzando por el laberinto de baldosas. Marina se abre paso entre la gente con la esperanza de encontrar un sitio libre en la barra. Como no lo consigue, continúa hasta el comedor y toma asiento a una de las mesas, lo más lejos posible de una familia de comensales compuesta por un matrimonio y dos niños pequeños.

Estoy a punto de recordarle que lo que yo tenía era sed pero no lo hago, entre otras razones porque el olor a carne asada que llega de la cocina me ha abierto el apetito. Un camarero se acerca a nosotros, nos entrega una carta a cada uno y retira los dos servicios que sobran en la mesa. En la carta hay un menú especial para domingos y días festivos: ensalada de tomate y espárragos, chuletón

a la brasa y postre. Y dos cervezas muy frías que pedimos con la urgencia de los sedientos.

—Tiene quince años —dice Marina después de dar el segundo y casi definitivo trago a su cerveza.

No me atrevo a replicarle de ninguna manera, ni siquiera asintiendo. No quiero forzar ninguna explicación, ni provocar ninguna clase de confesión. Y tampoco sabría explicar por qué. Tal vez esté huyendo nuevamente de mi pasado y quiera evitar que me pida cualquier tipo de consejo profesional.

—Aquí la cuidan muy bien —prosigue—. Tiene todo lo que necesita para vivir y está atendida las veinticuatro horas del día.

Sus palabras componen el discurso de una innecesaria exculpación, por otra parte irremediable. Apuro mi cerveza y pido otras dos aprovechando que el camarero trae una fuente colmada de tomates, espárragos, atún en escabeche y aceitunas.

—Vengo a verla todos los miércoles y domingos.

Esta vez me permito un ligero movimiento de cabeza, el gesto mínimo para asumir la relación temporal entre la bolsa de las chuches y la niña, mientras sirvo la ensalada, primero en su plato y luego en el mío, con la ayuda de un cucharón.

—Me basta con darle un beso y poner una gominola en su boca —dice, para enmudecer súbitamente presa de una mueca de dolor.

No puede contener el llanto y se empapa los ojos con la servilleta, pero algunas lágrimas caen sobre el plato de la ensalada, aliñándola con un sabor amargo que quizá contraste con el aroma afrutado del aceite de oliva. Debo reprimir el inoportuno impulso que siento de alargar mi tenedor para probar su amargura.

—Perdona —dice sonándose la nariz—. No puedo evitarlo. Me ocurre cada vez que vengo a verla. Me duele su inocencia. Me duele que no sepa quién soy yo, ni quién es ella. Ni por qué está ahí. Me duele que me sonría sin saber que está sonriéndome. Y creo que sería más feliz si alguna vez la viera llorar.

Se calla y remueve los ingredientes de la ensalada sin decidirse a probarlos. El ajetreo de las aceitunas y el tomate secuestra mi mirada y me hipnotiza durante unos segundos, quizá unos minutos, los que ella emplea en recobrar el timbre de su voz y serenar la mirada.

—No me fui de Sinia por culpa del pantano —dice.

Y deja de remover la ensalada.

—Me fui porque me quedé embarazada…

Trato de que sus palabras me provoquen una mueca de sorpresa, aunque no sé si lo consigo. No quiero engañarla, ni tampoco traicionar a León.

—… y no quería tener el hijo que esperaba —añade, e inmediatamente se corrige a sí misma—, la hija.

Me doy cuenta de que León ha demostrado tener una astuta capacidad para la discreción, contándome sólo el principio de la historia. Nada más. Se ha limitado a nombrar las intenciones de Marina, con mucho cuidado de no mencionar sus consecuencias.

—Quise deshacerme de ella pero no pude.

En su voz hay un evidente tono pecaminoso, como si se culpase a sí misma de las deficiencias de su hija por haber deseado que no naciera.

—Di a luz y permanecí en Barcelona hasta que mi madre murió.

No comprendo por qué dice eso pero prefiero no interrumpirla, menos aún delante del camarero, que retira los platos y la fuente con los restos de la ensalada y nos trae dos chuletones a la brasa con guarnición de patatas y pimientos asados. El intenso aroma de la carne satura mi olfato y desvía mi atención de las palabras de Marina.

Ella no juega con la comida esta vez. El chuletón está en su punto y sería una pena comerlo frío. Es una carne tierna y jugosa que sabe al humo del sarmiento y al aire de los campos. Un placer para el paladar capaz de reactivar los recuerdos que se esconden en nuestra memoria de carnívoros prehistóricos, tal es el poder de convocatoria que tienen determinados aromas y sabores en nuestro cerebro. Cuando por fin terminamos, una vez bebido el último trago de cerveza y limpiados los labios con la servilleta, dejamos los cubiertos sobre el plato y nos miramos cara a cara, protagonizando una imagen reflejada a la vez en el espacio y el tiempo. Ha llegado el momento de resolver mis dudas.

—¿Por qué permaneciste en Barcelona hasta que tu madre murió?

La pregunta surge de mi boca con la misma naturalidad que ha entrado en ella la carne a la brasa, quizá contagiada por el aroma del sarmiento. Marina ejecuta un parpadeo a cámara lenta, como

quien escucha por fin la pregunta que esperaba. Respira hondo, captura el aire del comedor en los pulmones durante un par de segundos y lo espira pronunciando tres palabras.

—No podía volver.

—¿Por qué?

—Porque me daba vergüenza —dice.

Y me sostiene la mirada con una fuerza hasta ahora inédita que sólo puede proceder del universo del dolor.

22

En ese momento lo comprendo todo. Así, de pronto, como si fuera presa de una revelación divina, o cósmica, comprendo por qué a Marina le gusta tanto la lluvia, por qué quiere que el escenario donde transcurrió su adolescencia desaparezca bajo las aguas, por qué subía al campanario en busca del vértigo de la muerte, por qué no pudo volver a Sinia hasta que su madre murió y por qué decidió prescindir del apellido de su padre. Y al hacerlo mis ojos se hinchan como gominolas empapadas de incredulidad, mi nariz enrojece igual que si fuera un caramelo de fresa y mi lengua es un regaliz con forma de espiral. Mi rostro se parece a la bolsa de golosinas que Marina trae dos veces por semana para que su hija no se olvide de ella.

Me siento incapaz de ayudarla. He descubierto demasiado tarde el origen de su sufrimiento. He llegado con muchos años de retraso a este horizonte de montañas, tan a deshora que sólo puedo contemplar el rastro de dolor que ese tiempo ha dejado en su mirada. Inmediatamente percibo un intenso calor en mis mejillas. Creo que me avergüenzo de haber comprendido lo sucedido. Ella se da cuenta de lo que me pasa y añade un brillo de indulgencia a sus ojos, lo que resulta en cierto modo ridículo. Yo soy quien debería mostrar mi comprensión y mi transigencia, y sin embargo soy quien la recibe. Así son a veces los sentimientos, brillos que se reflejan en el prójimo, inquietudes que nos hacen creernos culpables de crímenes que nunca hemos cometido.

Esta vez es una camarera quien se acerca a la mesa y nos sirve el postre: un helado de vainilla con nata montada. Recoge los platos con los restos del chuletón y, cuando seguidamente retira mis cubiertos, me lanza una mirada que dura un segundo más de lo necesario. No se la devuelvo, ni me extraño en absoluto. Yo tampoco podría evitar una mirada de asombro si alguien tuviera la

cara como una bolsa de golosinas de colores.

Me siento incapaz de seguir comiendo. Tan sólo juego con mi helado hasta que le imprimo un movimiento de rotación parecido al de un planeta derritiéndose al sol. Este ejercicio manual me ayuda a ordenar mis pensamientos y gestionar mi estado de choque. No puedo seguir callado, porque la duración de mi silencio es directamente proporcional a la vergüenza que siente Marina al recordar su pasado.

—¿Te apetece un café? —digo después de carraspear como un anciano.

—No, gracias.

Marina responde mientras consulta su reloj. Ignoro si lo hace para calcular el daño que la cafeína puede provocar en sus sueños o si sólo se trata de un gesto reflejo para disimular la conmoción de la sinceridad.

—Entonces pediré la cuenta.

—Mientras la traen, saldré a fumar un cigarrillo —dice levantándose—. Te espero en el coche.

Asiento a la vez que levanto una mano, una economía gestual que me permite responder a Marina y llamar a la camarera a la vez. Luego pliego la servilleta sobre la mesa como si estuviera planchándola y quisiera dejarla intacta. Tal vez habría sido mejor no haber venido. Y no saber lo que acabo de saber.

La camarera trae la cuenta, la deja encima de la mesa y se sienta en la silla que ha dejado libre Marina.

—Es muy linda —dice susurrando a modo de confidencia—. No me extraña que perdieras la cabeza por ella.

La observo aturdido, empachado de confesiones y chuletón, resignado a seguir llegando tarde a todas partes. Y me cuesta reconocerla sin los labios pintados y el escote al descubierto.

—Diana.

—Hola.

—¿Qué haces aquí?

—Te estoy mirando.

Me hace sonreír.

—Los fines de semana ayudo a servir las mesas —explica mirando a su alrededor—. Este restaurante pertenece a la misma empresa que Las Tres Sorores.

Elevo las cejas y asiento aliviado. No me gustaría que Diana cambiase de trabajo, ni de horario, seguramente porque la otra noche me ofreció un valioso consuelo muy difícil de encontrar. La hostelería es un negocio con múltiples caras, como la verdad y la sorpresa. Suspiro por la nariz y me acaricio la barbilla. Sé que debo sacarla de su error, indicándole que Marina no es Rebeca, pero no me siento con fuerzas de poner a cada personaje en su lugar y, además, alguien la reclama desde una mesa cercana.

—Tengo trabajo —dice cogiendo el platillo con la cuenta y el dinero—. Espero verte por el bar alguna otra noche. Tenemos que seguir hablando del complejo de Edipo de tu hijo.

Alzo una mano, esta vez en señal de despedida, y mis labios se estiran hasta formar una sonrisa de cortesía, quizá de indulgencia para disculpar el equívoco de Diana, que ha confundido mis palabras con mis actos, creyendo que los unos eran consecuencia de las otras. Salgo en busca de Marina y la encuentro apoyada en su coche, fumando y mirando al cielo, como si quisiera formar nubes de humo para provocar más lluvias. En cuanto me ve se deshace del cigarrillo y se dirige a la puerta del copiloto.

—Conduce tú —dice lanzándome las llaves—. No me gusta conducir después de comer. Me entra sueño.

Acepto el encargo de buena gana, aun sospechando que en realidad se trata de una terapia para que pueda reflexionar. Marina quiere que termine de asumir lo que me ha contado sin palabras, por medio de la elipsis lingüística. De ese modo compartimos el habitáculo del coche sin que el silencio resulte incómodo entre nosotros. No he puesto las manos en un volante desde que llegué a Sinia y me siento con ganas de galopar sobre las líneas discontinuas, dejando que el aire que entra por la ventanilla refresque mi rostro y le devuelva su verdadero color.

Marina se acomoda a mi lado y no tarda en dormirse. Lo sé porque escucho de nuevo el rumor de olas en que se convierte su respiración, un sonido inconfundible aunque irreal si se escucha en un escenario rodeado de montañas. La miro para confirmar mi oído, esperando que sus sueños no estén condicionados por sus recuerdos sino por sus esperanzas. Deseo que sueñe en futuro, lo más alejada posible del pasado. E incluso del presente.

No estoy seguro de cuándo se despierta. Lo único que sé es que

no abre los ojos hasta que estamos muy cerca del pueblo. Es entonces cuando se despereza y contempla las dos peñas que se alzan ante nosotros, quién sabe si recitando mentalmente un salmo religioso con el fervor que provoca la fuerza de su gravedad. Luego se retoca el pelo ante el espejo de cortesía del copiloto y me mira con una resolución impropia de alguien que acaba de despertarse.

—¿Has pensado ya cuál va a ser tu última voluntad? —me pregunta.

—¿Estoy condenado a muerte? —respondo sin mirarla.

—Estás condenado a marcharte mañana, así que mereces algo especial.

Tengo la sospecha de que en el fondo se alegra de que llegue la hora de mi partida. Quizá echa de menos la soledad de su presente. O tal vez no quiere seguir siendo cómplice de un fugitivo como yo.

—No sé qué pedir.

—Puedes pensar en algo nuevo y distinto —propone ella—, o repetir alguna de las cosas que has hecho estos días. La que más te haya gustado.

No advierto ninguna ambigüedad en sus palabras, seguramente porque los dos estamos pensando en lo mismo.

—En ese caso —respondo con una incipiente sonrisa en la boca —, quiero volver a dormir en tu mallata.

—¿En serio?

Su entonación de sorpresa me saca de mi error. No estaba pensando en lo mismo que yo.

—¿Hay algún inconveniente?

—No suelo dormir allí los domingos —dice encogiendo los hombros—, pero si eso es lo que quieres podemos ir.

Asiento y acciono el intermitente para entrar en Sinia. Marina no dice una sola palabra más, quizá porque mi elección ha trastocado sus planes. Es probable que esta noche haya quedado con su amante invisible y tenga que inventar una buena excusa para poder ausentarse. En cualquier caso despliega su energía habitual nada más entrar en casa, preparando todo lo necesario para cumplir mi última voluntad. Es evidente que la perspectiva de una noche en la mallata la emociona tanto como a mí, si no más, aunque para ello tenga que renunciar a una velada de caricias y jadeos.

Subo a mi habitación y me cambio de ropa con la sensación de

ser, en efecto, un condenado, aunque ignoro cuál es la naturaleza de mi condena. Ni su duración. Sólo sé que todo lo que haga o diga a partir de ahora puedo hacerlo o decirlo por última vez, una trascendencia existencial que subraya todos los gestos y condiciona todas las palabras. Esta puede ser la última vez que me cambio de ropa en la que ha sido mi habitación durante estos días. Esta noche dormiré por última vez en la mallata de Marina y mañana será mi último despertar entre las vacas.

Intuyo que Sinia va a dejar en mi memoria una inevitable secuela de nostalgia como la que me ocasionaba abandonar la casa de mi abuela cuando terminaba el verano y tenía que volver a la ciudad, con mis padres. Sonrío y suspiro, puede que no en este orden. De nuevo un recuerdo infantil viene a librarme de la agonía que supone enfrentarse a nuevas sensaciones, probablemente porque a mi edad no existen esas sensaciones y todo lo que queda en la memoria son recuerdos de lo que una vez fue nuevo.

—Javier.

Marina me reclama desde la cocina para que le ayude a cargar el coche. Tiene una prisa ficticia que delata sus ansias por llegar a ese remoto lugar de su infancia que la convierte en una niña con un juguete nuevo: una máquina del tiempo de cuatro ruedas. Bajo las escaleras y observo que se ha puesto sus pantalones de parches y sus botas de montaña. Lleva el pelo recogido con una diadema y un polar atado a la cintura. Sospecho que ya ha hablado con su amante y se ha disculpado por ausentarse. Es incluso posible que le haya dicho que es la última vez que lo hace.

Ella conduce y yo vuelvo a ocupar el asiento del copiloto. Las peñas se acercan conforme la máquina del tiempo avanza hacia ellas, a la vez que se adentra en el pasado, añadiendo a la fórmula de la gravitación universal una nueva y desconcertante incógnita. El camino me trae recuerdos que parecen muy lejanos, aunque sólo hace una semana que visité por primera vez el mágico lugar al que nos dirigimos. Supongo que es un efecto secundario provocado por la mezcla del fervor gravitatorio de las montañas y la subjetividad del tiempo, cuando este deja de ser un parámetro y se convierte en una sensación.

Marina sortea los obstáculos del camino con su pericia acostumbrada. Podría subir a la mallata con los ojos cerrados. Me

sujeto al asa de la puerta con la firmeza de la semana pasada, cabalgando sobre el asiento mientras contemplo cómo las peñas se distancian entre sí. Estamos llegando al punto que las une y las separa, el collado que indica el final de la ascensión. El resto del trayecto es igual de incómodo pero más silencioso porque, en lugar de acelerarlo, Marina tiene que ir frenando el vehículo hasta que llegamos al final de la pista, el principio del camino.

Me apeo, cojo unas cuantas bolsas y me abro paso entre los bojes para llegar al prado donde se encuentra la mallata. Estoy ansioso por volver a verla. Necesito comprobar con mis ojos que no he soñado lo que he vivido, como a veces nos ocurre cuando regresamos a un lugar olvidado en el fondo de nuestra memoria. En el prado pastan las vacas de Paco, alguna de las cuales emite un sonido metálico y mal acompasado, como un metrónomo averiado. O un corazón inquieto. Las esquivo y me detengo un segundo para contemplar esa pequeña construcción de piedra y laja que parece un templo de la verdad, lo contrario de las casas de muñecas en las que solemos habitar. Marina me sobrepasa y se vuelve un momento para verme sonreír, quién sabe si por última vez.

Se repite el ritual que ya conozco: la llave de hierro, las velas en el interior, las herramientas abajo, la ropa en la buhardilla, el rápido vistazo a la cara posterior de la Peña Roya desde el ventanuco con forma de ojo. Después me acerco a la gamella. El agua sigue formando ese hilo de cristal en el que se reflejan los colores del prado, los pinos y las nubes. Sumerjo las manos en el agua acumulada y me lavo la cara con violencia, sin poder contener un grito agudo seguido de un par de suspiros, como si volviera a sorprenderme del frío que puede contener un recipiente de hilos de cristal.

Me dispongo a ayudar a Marina con el arreglo del tejado durante las dos o tres horas de luz que todavía promete el sol de la tarde. Es una terapia manual que me satisface tanto o más que la otra vez, seguramente porque tiene la virtud de desviar mi atención de la condena a la que me enfrento. De nuevo ajusto las lajas con la ayuda de cuñas de madera, clavos y otras piedras más pequeñas, sin importarme su manifiesta irregularidad. Es un rompecabezas de rocas y clavos, un mecano de piezas irregulares cuyos perfiles no encajan entre sí.

Cuando el sol desaparece definitivamente detrás de la peña, Marina da por terminado el trabajo y me ayuda a bajar del tejado. Mientras me lavo en la gamella, ella prepara leña para asar nuestra cena. Me asomo al interior de la mallata para volver a contemplar el erotismo que provoca el fuelle con el humo, hasta que la llama del fuego irrumpe en el hogar con el ímpetu de un verdadero orgasmo, aunque de nuevo me abstengo de compartir esta metáfora audiovisual con mi anfitriona. No me gustaría molestarla con mis ocurrencias.

Asamos longaniza en la parrilla y estrellamos unos huevos en una plancha que colocamos sobre el fuego. Cenamos en el exterior de la mallata, recostados contra las piedras de su fachada, viendo cómo el color del cielo se consume sobre nosotros, igual que las brasas. Tengo varias preguntas que hacer a Marina pero no abro la boca más que para comer y beber. No quiero parecer demasiado intrigado por lo que me ha contado esta mañana, ni tampoco hacerme el indolente. No quiero compadecerla ni confesarla.

Las estrellas no tardan en perforar la negrura del cielo, igual que velas en el interior de una mallata. El aire se vuelve frío y entre el silencio se escucha la respiración de los pinos junto al compás de los cencerros de las vacas. Marina saca de la mallata el hornillo y la caja de latón que contiene el café soluble y las infusiones. Yo traigo el agua de la gamella con un cazo que pongo a hervir y sirvo una infusión de manzanilla y un café.

—¿A qué hora has quedado mañana con Lorién? —me pregunta ella, rodeando la taza con las manos en busca de su calor.

—Después de comer. ¿Tienes que ir a Aínsa?

—No, tengo trabajo en el pueblo. León te llevará.

La miro para indicarle que no necesito ningún taxista, pero ella evita responder a mi gesto. Es posible que el propio León se haya ofrecido voluntario para acompañarme hasta el taller. Quiere comprobar con sus propios ojos cómo abandono de una vez por todas su jurisdicción.

—¿Vas a volver a tu casa?

Esta vez sí, me mira con un gesto de innegable desplante, dando a entender que ya he oído lo que ha dicho. Bebo un sorbo de café y agacho la cabeza. El suelo es también un firmamento invisible en el que perder la mirada. No sólo ignoro la respuesta a esa pregunta

sino que ni siquiera deseo pensar en ella. Es mi última noche en las montañas y no quiero hacer planes. Ni balances del tiempo que he pasado aquí. Sólo quiero aprovechar cada segundo que me queda sabiéndolo irrepetible, pero una vez más mis palabras traicionan mis intenciones, como si mi elocuencia y mi voluntad estuvieran regidas por distintos cerebros.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —respondo emergiendo del suelo.

—Ir a otro sitio.

—¿Adónde?

—Conduces un todoterreno —dice Marina, abriendo las manos para explicarse—, puedes ir a cualquier parte.

Sonrío buscando un brillo en su mirada o algún otro gesto de complicidad para celebrar el eslogan publicitario que acaba de pronunciar. Ella me devuelve la sonrisa y me palmea la espalda con el propósito de desenmascarar su broma. Luego se levanta y lleva los platos y los cubiertos hasta la gamella. Y los deja en remojo. Trae un poco de agua en una de las tazas, entra en la mallata y apaga las brasas que quedan en el hogar, provocando un silbido de vapor que me hace pensar en una locomotora a punto de partir.

Es hora de orinar entre los pinos y subir por la escalera de madera rumbo al lecho de sacos de dormir. Marina ha encendido dos velas esta vez, una junto a las piedras de la pared y otra a nuestros pies. Se ha sentado de espaldas a mí para ponerse el camisón de felpa y acostarse sobre su saco. Yo también me quito los pantalones y me introduzco en el saco con mi camiseta y mis calzoncillos a modo de pijama. No me molesto en preguntarle si apago las velas. Sé que le gusta sentir cómo se consumen a lo largo de la noche, a la vez que los sueños.

El techo está tibiamente iluminado y vuelve a recordarme a un crepúsculo de paja y madera. No llueve ni hace viento, así que el rumor del agua llega hasta nosotros con tanta nitidez que resulta molesto. Parece un estímulo para la diuresis, un obstáculo para conciliar el sueño. Quizá por eso no puedo dormir. Y Marina tampoco. Lo sé porque su respiración no se ha convertido aún en un cadencioso ir y venir de olas. Tengo que cambiar de postura. Me doy la vuelta y me enfrento a su espalda cubierta de cabellos. Ella percibe mi movimiento y me imita. Y el lugar de sus cabellos lo

ocupan ahora sus ojos, oscuros como invisibles, tanto que no sé si me miran o se han perdido detrás de la vacilante luz de las velas.

No quiero hacer gestos equívocos, y tengo la sensación de que cualquiera lo sería en este preciso momento, pero tampoco puedo permanecer impasible al lado de una mujer como Marina, aunque me sienta incapaz de saber lo que está mirando. O lo que espera de mí. Sé que soy un condenado viviendo mi última voluntad y reúno la audacia necesaria para desplegar el brazo izquierdo, elevarlo, desplazarlo hacia ella y posarlo sobre su costado con una pretendida e insostenible naturalidad.

Ella recibe el peso y el calor de mi brazo sin moverse, lo que significa que tampoco quiere que malinterprete su respuesta. No desea mostrarse ni demasiado hospitalaria ni poco acogedora, así que no retira el costado pero tampoco hace mención de devolverme el gesto. Yo me aproximo un poco más a su calor, no tanto como para acceder a su piel con mi boca, pero sí lo suficiente como para percibir el aroma de su aliento. Ignoro lo que pretendo pero sé al menos lo que no quiero que suceda. No deseo acostarme con Marina, pese a la vigorosa erección que siento bajo los calzoncillos, una simple respuesta refleja de un cerebro que no sabe separar los estímulos sensitivos de las reacciones viriles. Por eso tengo mucho cuidado de no rozar su cuerpo salvo con el brazo extendido. Me preocupa que mis reacciones orgánicas traicionen la naturaleza de mis intenciones, sean cuales sean. Y me niego a ser víctima de mis instintos animales.

Marina se deja querer como una niña que no puede dormir. Cierra los ojos y relaja el rostro con el propósito de provocar el oleaje del primer sueño, lo que me permite acomodarme a su lado dejando que mi brazo repte por su hombro y mi mano se sumerja en sus cabellos. Ella hunde la cabeza en el saco y me permite acariciarla sin oponer ninguna resistencia. De ese modo puedo enredar los dedos entre la oscuridad de sus hebras, una y otra vez, y dejar que se derramen sobre el suelo, igual que si pudieran licuarse y recogerse en una gamella como la que hay en el prado.

La erección disminuye. La parte más primitiva de mi cerebro comprende al fin lo que pretendo. Sólo estoy tratando de dormirme al lado de Marina, sintiendo su aroma y su calor, escuchando su respiración y acariciando su pelo. Vuelvo a ser un caballero andante

con la única obligación de cuidar a mi protegida. No quiero que busque el alivio en lo alto del campanario de la iglesia, ni que se avergüence ante su madre y siga reclamando su innecesario perdón con la ayuda de un clavel blanco. No quiero que vuelva a huir del pueblo, ni que piense en vomitar sobre la tumba de su padre. Ni que su estado de ánimo dependa de la cantidad de agua que traiga la lluvia o el deshielo. Y, por encima de todo, no quiero que vuelva a sentir la amarga pesadumbre de quien se siente culpable de haber sido una víctima.

Durante un instante, quizá porque en realidad me adentro sin darme cuenta entre las olas del sueño, mis sentidos me traicionan y me hacen creer que Marina es Rebeca. Creo estar tumbado junto a ella, dando y recibiendo ese abrazo que nunca nos dimos, ni siquiera durante aquella noche de sed y fiebre que compartimos en silencio. Y esa confusión me obliga a abrir los ojos en busca de la vigilia. Y tal vez la cordura, pero sólo encuentro la penumbra del techo, el sonido del agua y el intenso frío de la noche, que se cuela por el ojo de la mallata y me obliga a seguir tumbado muy cerca de su dueña, junto a la calma que irradia un cuerpo sometido a un profundo sueño.

La cadencia de su respiración condiciona la mía, hasta el punto de que acompaso mi aliento con el suyo, pero a la inversa, inspirando cuando ella espira y viceversa. De ese modo consigo que el aire que ha estado dentro de su cuerpo se introduzca en el mío, perfume mis sentidos, inflame mis pulmones y regrese de nuevo a los suyos, una y otra vez, alternativamente, repitiendo un ciclo orgánico que de alguna manera parece un acto sexual. No en vano estoy intercambiando fluidos de aliento con una mujer hermosa, mezclando la vigilia y el sueño en un coito gaseoso y sostenido que no parece terminarse nunca.

El ciclo dura unos minutos más. No muchos, porque el sueño está a punto de rendirme, pero todavía soy capaz de percibir cómo la respiración compartida ha cambiado el signo de nuestros papeles. Nos ha mezclado. Marina es ahora la amazona andante y yo el caballero en apuros que corre un grave peligro, posiblemente el que me convierte en víctima de mi propia culpa. Sólo espero que esta noche los dos logremos conjugar nuestros sueños en futuro, alejados de cualquier suceso que vaya en contra de la diversidad de la vida.

23

—Javier, Javier.

Marina me despierta inesperadamente cuando comienza a amanecer.

—Necesito tu ayuda, rápido —añade deslumbrándome con la luz de una linterna.

—¿Qué pasa?

—Es Azucena. Ven conmigo.

Y se dirige hacia la escalera que conduce al piso de abajo. La miro sin comprender. Es posible que sea sonámbula y se encuentre protagonizando una pesadilla.

—¿Quién es Azucena? —pregunto.

—Una vaca.

Me levanto sin decisión, como quien se cuestiona la veracidad de lo que vive. Tal vez sea yo quien esté protagonizando un sueño.

—Una de las vacas de Paco se ha puesto de parto —me informa Marina—. Lleva mucho rato tratando de sacar al ternero y no puede. Necesita tu ayuda.

Y me demuestra a la vez que ni ella ni yo estamos soñando, salvo que lo hiciéramos al unísono y en estado de mutuo sonambulismo.

—No soy veterinario —trato de excusarme.

—Eres médico —sentencia ella, pronunciando dos pasos hacia mí—, algo podrás hacer. La que no tiene ni idea soy yo. Y no puedo llamar a Paco porque ya sabes que está de viaje. Venga.

Es un argumento definitivo que no admite réplicas, así que me pongo los pantalones y la sigo escaleras abajo. Salimos al prado y nos dirigimos hacia una piedra grande contra la que se encuentra apoyada una vaca que, en efecto, parece estar en dificultades. Marina se coloca junto a ella y le acaricia la cabezota.

—Paco me advirtió de que podía ponerse de parto —dice—. Es

una primeriza y se ha adelantado.

Me agacho frente a sus cuartos traseros y hago un rápido reconocimiento de lo que veo. El olor es tan fuerte que me provoca una tos seca. Marina me alumbra con una linterna, gracias a la cual compruebo que la vagina se halla muy dilatada, enrojecida y cubierta de un líquido sanguinolento. El vientre está inflamado, las ubres llenas y los pezones rígidos. No hay tiempo que perder. Me quito la camiseta y el anillo que llevo en la mano derecha y le doy ambas cosas a Marina. El corazón me late tan deprisa que estoy tentado de dárselo también, para que no se interponga en mi labor. Me siento tan excitado como si fuera a desenterrar un valioso tesoro.

Tan pronto como introduzco la mano por la vagina de Azucena me topo con el morro del ternero. Sonrío y se lo hago saber a Marina. Está cubierto por la membrana amniótica y, bajo su cabeza, toco una de sus patas.

—Parece que tiene la otra pata trabada —digo, emitiendo un primer diagnóstico de aproximación.

Marina me alumbra con una mano y con la otra sujeta la cola de Azucena. Tengo que encontrar la otra pata de la ternera. Me tumbo en el suelo e introduzco el brazo en el interior de la vaca, mientras hago un recuento mental de lo que voy encontrando, hasta que palpo una pezuña y suspiro. Y vuelvo a toser.

—¿Qué pasa? —me apremia Marina.

—No sé qué debo hacer —le confieso—. He encontrado la pata derecha, pero la tiene doblada por la rodilla.

—Desdóblala.

—Va a ser difícil, hay muy poco sitio.

Valoro la posibilidad de sacar la ternera tal como está pero descarto la idea casi de inmediato. Azucena dispone del hueco justo para que su retoño pueda pasar con las dos patas estiradas y su cabeza entre ellas, como si se dispusiera a dar un salto mortal y zambullirse en el océano de la vida. Vuelvo al interior del animal pero esta vez con la mano izquierda por delante. Agarro la pezuña con dificultades, entre otras cosas porque también está cubierta por la membrana amniótica. Debo romperla de alguna manera. Azucena muge. El ternero se convulsiona. El tiempo se acaba.

Araño la membrana con las uñas y accedo por fin a la pata, pero

me resulta imposible desdoblarla tal como está. No hay holgura. Necesito que el ternero vuelva al útero, así que le pido a Marina que deje la linterna y me ayude a empujarlo hacia dentro, en el sentido contrario a la vida. Mientras lo hace, yo sigo con la pata en la mano, sin soltarla por miedo a perderla. Tan pronto como el ternero se desplaza unos centímetros hacia atrás, elevo la pata y la desdoblo con cuidado hacia delante, metiendo tanto el brazo que durante un instante me quedo unido a Azucena por el pecho, como si fuera un animal mitológico, mitad mamífero mitad rumiante. Le pido a Marina que se aparte y tiro de las dos patas hacia fuera con un considerable esfuerzo que mantengo bajo control, como un dios, un demiurgo que conoce su fortaleza y sabe que se arriesga a convertir la vida en muerte. Azucena me ayuda con una última contracción ventral y mi mano izquierda asoma a este lado de la vida sujetando firmemente ambas pezuñas, tras las que aparece la cabeza del ternero y, en apenas unos segundos, el cuerpo entero precipitándose sobre el prado entre el mugido final de su madre, los gritos de alegría de Marina y unas violentas carcajadas que me cuesta reconocer como mías.

Luego todo sucede a cámara lenta, supongo que por efecto de la relajación que experimenta mi cuerpo, un estado contrario a la excitación vivida capaz de estirar del tiempo con la misma fuerza que yo he estirado del ternero. Me tumbo sobre la hierba completamente exhausto. Azucena se levanta y comienza a lamer a su hijo. Marina se arrodilla frente a él. Y el sol despunta por fin sobre los montes, provocando sombras recién nacidas entre los pinos.

—Gracias —me dice Marina en nombre de Azucena.

Y de Paco.

—Ha sido mi último despertar en Sinia y puedo asegurarte que no va a ser fácil de olvidar —contesto.

Y miro al ternero, que acaba de ponerse en pie haciendo los malabares propios de las cosas que se hacen por primera vez. Lo imito y me dirijo a la gamella. La mañana huele a pino y a prado con esencias de vaca. El aire resulta todavía fresco, aunque no tanto como el agua de la gamella al contacto con las manos. Me lavo los dos brazos a conciencia, desde las axilas a las puntas de los dedos, y luego me seco al sol, exponiéndome a sus rayos como si fuera un

arbusto, o un árbol, y formara parte del bosque. Nada me gustaría más que recibir los trinos de un pájaro sobre mis brazos. O mi cabeza, aunque presiento que no tengo la más remota posibilidad de conseguirlo porque, más que un hombre secándose al sol, parezco un auténtico espantapájaros. Sólo me falta la gorra de propaganda.

Marina entra en la mallata y saca la bolsa de las magdalenas, una torta de aceite y la caja de las infusiones.

—Puedes volver por aquí siempre que quieras —dice.

Y me da una bolsita de café soluble y otra de azúcar.

—No sé —respondo negando con la cabeza.

—Ya sabes dónde vivo.

—No es eso —y niego también con las manos, como si me faltaran palabras para expresarme.

En realidad no me faltan, pero temo herir sus sentimientos si manifiesto mi escepticismo hacia las vanas promesas que se conjugan en futuro, olvidando el poder que tiene la rutina del presente en nuestras vidas. Una fuerza magnética que sólo puede vencerse modificando la distancia, exactamente igual que sucede con la ley que rige la atracción gravitatoria entre dos masas.

—Es que no quiero molestarte más.

—No me molestas —replica ella mientras sirve el agua en las tazas—. Vivo sola y ya conoces mis costumbres.

—A eso me refiero… —comienzo a decir.

Ella me escucha con un hilo de expectación en la mirada.

—… a que no siempre estás sola.

Me cuesta un gran esfuerzo pronunciar esta velada insinuación sobre su vida privada. No quiero seguir removiendo sus sentimientos después de lo que supe ayer. Ella deja de mirarme, y además lo hace bruscamente, así que ignoro si el hilo de expectación sigue en sus ojos o se ha derramado sobre su silencio.

—Puedes hacer lo que quieras, ir donde quieras —dice rompiéndolo.

Y sonríe, tal vez porque recuerda la broma sobre las posibilidades de mi todoterreno. O quizá sólo pretende zanjar la cuestión y no dar pie a nuevas réplicas. En todo caso masticamos y sorbemos uno frente al otro, entre trinos de pájaro y tañidos de cencerro, sin decirnos nada más. Puede que haya dejado escapar la última oportunidad que tenía de averiguar con quién comparte

Marina su cama y su lencería.

El sol alumbra la mesa del desayuno. Es una señal celestial que nos espolea hacia la realidad, lejos de este lugar atemporal y sagrado que el cerebro humano reconoce como propio porque es donde ha vivido durante miles de generaciones. Recogemos, cargamos el coche y, una vez que Marina cierra con llave la mallata y se despide de Azucena y su pequeño ternero, iniciamos el regreso hacia Sinia evitando las piedras y los baches de la pista, cabizbajos y silenciosos, como dos condenados a abandonar el paraíso después de haber cometido el primer pecado. O el último. Podría decirse que, además de las piedras y los baches, también evitamos las miradas y las palabras, quién sabe si influidos por el inevitable suspense que provoca una despedida anunciada.

Marina tiene una cita con una clienta antes de comer. Eso significa que dispongo de un rato para buscar a Sebastián y despedirme de él, una obligación que considero ineludible. Me dirijo a la huerta caminando con una notoria trascendencia sobre los adoquines de las calles y la tierra de los caminos. Mis ojos lo observan todo con la concentración necesaria para poder recordarlo en el futuro. La antena torcida, esta vez sin ningún pájaro encima, el nido de avispas en la caja de la electricidad, el desfile de las macetas, la sombra de la parra, el gato al sol, el coche viejo. Y más atrás las peñas con sus faldas de fronda y el cielo con sus nubes de agua.

A lo lejos dos hombres parecen trabajar la huerta de Sebastián. Es sólo un espejismo porque uno de ellos luce una gorra de propaganda a modo de cabeza. El otro no lleva camisa pero sí tiene cabeza. Y se aproxima a mí, secándose la frente con un pañuelo blanco.

—Me han dicho que ya se marcha —dice a modo de saludo.

—Así es, después de comer.

Se seca el cuello con el pañuelo y lo recoge en el bolsillo del pantalón hecho un manojo, como una nube arrugada.

—¿Va a regresar a la ciudad?

—Aún no lo sé.

Respondo con el laconismo de quien vuelve a escuchar la misma pregunta en menos de doce horas. Estoy a punto de añadir que conduzco un vehículo todoterreno y que por tanto puedo ir a donde

me plazca, pero me resisto a compartir la broma de Marina. Prefiero ser fiel a mi incertidumbre.

—¿Ha visto cómo está el pantano? —dice Sebastián con el ceño fruncido, como sopesando la importancia de sus palabras.

—No.

—Venga conmigo.

Me enseña la palma de su mano derecha para que no me mueva de donde estoy y se dirige hacia el espantapájaros. Le quita la camisa y se la pone él mismo, convirtiendo al espantapájaros en un simple perchero. Vuelve a mi lado y me guía. Yo lo sigo sin ninguna intriga. Sé perfectamente lo que quiere mostrarme. Sebastián se detiene al borde de la loma, extiende la mano y la pasea por las hechuras del pantano. Parece un torero brindando su faena a la afición.

—Mire —dice.

Y miro. La torre de la iglesia está prácticamente cubierta por el agua. Apenas son visibles unos centímetros cuadrados de su cubierta. Si Clotilde y Bonifacio siguieran anidados sobre ella serían dos náufragos en medio del cielo.

—Las lluvias y el deshielo han obligado a abrir las compuertas del pantano —me informa el viejo, señalando hacia donde se supone que se encuentran—. No cabe ni una gota de agua más. Hay que dejarla correr.

Observo la superficie líquida buscando una señal de movimiento, un oleaje, un remolino provocado por el caudal que abandona el pantano. Incluso aguzo el oído para escuchar el sonido del desagüe, como si me encontrara ante una inmensa bañera a la que le hubieran quitado el tapón. Y entonces siento un escalofrío que a duras penas logro disimular delante de Sebastián. Me preocupa que la jabalina abandone el lecho del pantano y aparezca un día en una acequia o un canal, resucitada como un fantasma del pasado envuelto en cadenas. Una imagen tétrica que paraliza mis ojos y mis oídos, seguramente porque no es el único fantasma que temo ver resucitado.

Sebastián permanece inmóvil frente al agua con las manos recogidas a la espalda. Ahora parece una estatua en actitud expectante. Creo que espera una respuesta a lo que acaba de decir. Supongo que ha querido subrayar el paralelismo vital entre el

destino del agua y el de los hombres. Y el caso es que no sé cómo responderle, ni si tengo la obligación de agradecerle algo. Tal vez sólo tenga que aceptar su sugerencia en silencio, decirle adiós y seguir el curso del agua rumbo al llano.

—Tengo un regalo para usted —dice metiendo dos dedos en el bolsillo de su camisa.

Lo hace con un gesto grave, casi serio.

—Juegue con su hijo —añade.

Y me da una baraja española en su estuche de cartón. Luego sonríe, aprieta los labios y comienza a caminar hacia su huerto, dejándome nuevamente paralizado, esta vez a la altura de las piernas, que se niegan a seguir sus pasos. Sólo mis ojos lo persiguen hasta que desaparece tras la loma.

—Adiós —digo entonces.

Aunque no sé si lo hago pensando en el viejo o en el pantano. O en las dos peñas que se reflejan en su lámina de agua. Se hace tarde y debo volver a casa, pero antes quiero sentarme sobre el cielo por última vez y contemplar el vuelo de los pájaros a mis pies. Vuelvo a ser un hombre de barro sometido a un potente campo gravitatorio que mantiene unidos los miembros de su cuerpo. Y de su mente. Permanezco un rato con los ojos fijos en el agua, dejándome mecer por las fuerzas que confluyen en ese punto, sin oponer ninguna resistencia ni abrigar ninguna esperanza, como corresponde a la actitud de un hombre de barro.

Demoro el regreso unos minutos más para que Sebastián tenga tiempo de marcharse del huerto. No quiero volver a decirle adiós. Me disgusta repetir las palabras incómodas. Al pasar por su huerto sólo veo a su espantapájaros, un hombre hecho con las ropas viejas de su dueño, como un fantasma del presente. Tengo que hacer un esfuerzo y contener el impulso de desnudarme y vestirlo con mis ropas de *cowboy*. No quiero quedarme desnudo, pero nada me agradaría más que dejar un anticipo de mi espectro al pie de estas peñas sagradas.

Cuando llego a casa oigo el rumor de una conversación procedente de la cocina. Marina no está sola. Es posible que esté despidiéndose de su clienta o recibiendo a su amante. Acelero el paso y entro en la estancia saludando con una prisa ficticia que camufla mi ataque de curiosidad. Marina está agachada junto al

horno y León se encuentra sentado a la mesa bebiendo un refresco.

—Ya estás aquí —dice Marina con un mal disimulado respingo de sorpresa, quizá de alivio.

—Creíamos que te habías perdido. Venirse y sentarse.

León se levanta y me ofrece su silla.

—¿Te gustan los pollos asados? —pregunta ella—. León ha traído dos de Aínsa.

Asiento y acepto la silla de León. Marina saca los pollos del horno y los sirve en una bandeja. León los trincha partiéndolos por la mitad y extrayendo su esqueleto, como quien se dispone a fabricar una pareja de espantapájaros con forma de pollo. No esperaba compartir con él mi última comida en Sinia. Debe de ser un servicio completo de la Guardia Civil. No sólo me escoltan hasta mi coche, sino que además se aseguran de que me marcho con el estómago lleno. Para que no se me ocurra volver demasiado pronto.

No tengo apetito pero como en silencio, obediente y resignado, escuchando la charla que mantienen León y Marina. Por un momento me parece que ya estoy en la carretera, conduciendo mi coche mientras escucho la tertulia de un programa de radio. Hablan sobre Azucena, sobre el viaje de Paco y Alicia, sobre la clienta que ha estado con Marina esta mañana o sobre la que va a venir por la tarde, no estoy seguro. Hablan con el único objetivo de rellenar el silencio, actuando con una naturalidad impostada que los delata. Ninguno de los dos es ajeno a la inminente ejecución de mi condena.

Después de comer soy liberado expresamente de las tareas domésticas para que pueda recoger mis cosas en una bolsa de tela que me proporciona Marina. Lo hago con desgana, convencido de que no quiero llevármelo todo, posiblemente porque temo llevarme más de lo que dejo. O porque busco una excusa para justificar mi vuelta. Escucho un portazo y el sonido de unos pasos en la calle. Me asomo a la ventana y veo cómo León se dirige al coche patrulla. Ha llegado mi hora. Marina me está esperando al pie de las escaleras.

—El agua del pantano ha cubierto por completo la torre de la iglesia —le digo a modo de despedida.

Ella suspira y sonríe a la vez, como quien escucha algo que esperaba. O que ya sabía. Detrás de ella, sobre el banco, veo un clavel de otro color, de color rojo. Y no puedo evitar una sombra de

sorpresa entre los ojos, un gesto que me delata.

—Es el último que le llevo —dice Marina.

—El rojo es mi color favorito —respondo.

—También era el suyo.

Y sonrío, pero no espontáneamente sino después de haber procesado y comprendido su respuesta. Y quizá por eso me sale una sonrisa torpona y ambigua, fruto de los malabares propios de las cosas que se hacen por primera vez.

—Hasta pronto —digo.

Y le entrego la llave de su casa, junto con un apretado abrazo que me devuelve el aroma de su aliento y me provoca el inevitable deseo de seguir abrazándola, tal como sucedió anoche. Me separo de ella sabiendo que mi nariz se ha convertido de nuevo en un caramelo de fresa, mis ojos en dos gominolas y mi lengua en una espiral de regaliz que me impide decir una palabra más.

Salgo a la calle con la bolsa de mis pertenencias en la mano y me acomodo en el asiento del copiloto del coche patrulla. León arranca y hace sonar el claxon tres veces, aunque ignoro si pretende despedirse de Marina o celebrar que haya llegado por fin el momento de conducirme al destierro.

—Lo siento pero no tenemos tiempo de parar en el bar de Tomás a echar un café —dice antes de incorporarse a la carretera nacional —. Me esperan en la casa cuartel a primera hora de la tarde.

—No pasa nada.

—Lo digo por si querías despedirte del grupo.

—Hace un rato me he acercado a la huerta de Sebastián para despedirme de él. De los demás será mejor que me despidas tú, te lo ruego.

León asiente con energía.

—No preocuparse —dice—. Así lo haré.

Y, sin dejar de asentir, añade un comentario que suena a innecesaria disculpa.

—Son buena gente.

—Lo sé y siento haberos estropeado la cacería del otro día.

—Tranquilo —contesta muy serio—. No sabes disparar, es cierto, pero al menos has demostrado que sabes bailar.

—No es tan difícil —contesto.

—Que sabes bailar como se debe —matiza él—, como nosotros.

Y me provoca una sonrisa de camaradería difícil de disimular, con movimiento afirmativo de cabeza incorporado. Él extiende su brazo derecho y me apunta con su dedo índice. Una de dos, o quiere subrayar lo que ha dicho o detener el movimiento de mi cabeza.

—Además —dice comenzando a reír—, te vas de Sinia como vigente campeón de guiñote.

—Eso sí.

—Lo cual te permitirá presumir delante de tus conocidos del hospital.

Y vuelve a apuntarme con el dedo, dejándome levemente aturdido, como si me hubiera disparado un cartucho de sal. No esperaba una ironía como esa a estas alturas de nuestra relación. Quizá por eso dejo de mirar la carretera y contemplo su perfil al volante, mientras me pregunto si habrá sido capaz de telefonear a mi jefe de servicio para confirmar mi identidad.

—¿Llamaste a Ramón Silva? —pregunto sin ambages.

Él se encoge de hombros y pone cara de niño travieso.

—No tuve otro remedio.

—¿Qué te dijo?

—Que te estaba esperando —responde con la misma naturalidad que si conociera personalmente al aludido—, lo mismo que tu hijo. Y tu nieto.

No estoy seguro de si me está transmitiendo una información o un juicio, entre otras cosas porque desconozco lo que ha averiguado sobre mí. En cualquier caso no quiero arriesgarme a que una simple conversación se convierta en otro interrogatorio, de modo que guardo un silencio posiblemente ruin, y sin duda ingrato, que por fortuna dura pocos kilómetros. Llegamos a Aínsa por última vez. Son cerca de las tres y media de la tarde y apenas hay nadie por la calle. León cruza el río, se detiene ante el taller de Lorién y se apea para ayudarme con la bolsa.

—¿Puedo considerarme ya un hombre libre? —le pregunto a modo de despedida.

Él se cruza de brazos delante de mí, ladea la cabeza y sonríe.

—Eso depende de las leyes que hayas infringido.

—Claro —respondo.

—Portarse bien —añade él.

Y me da un abrazo con dos palmadas incluidas y un cachete en

la mejilla, un gesto exagerado y tal vez inoportuno que sin embargo restaura de alguna manera mi energía y me proporciona un momento de plenitud.

—Cuida de Marina —respondo con su mismo aplomo.

Y le apunto con el dedo, como ha hecho él en el coche, obligándolo a asentir con un gesto nuevamente exagerado, casi marcial, a punto de hacer restallar sus talones para responderme con mayor rotundidad. Sin nada más que añadir, vuelve al coche patrulla y desaparece de mi vista. Me doy la vuelta y veo mi montura al lado de la puerta del taller, aparcada en batería junto a otros cuadrúpedos, otras máquinas del tiempo, señal de que está lista para ser entregada. Lorién sale a recibirme limpiándose las manos con un trapo lleno de grasa. Nos saludamos sólo con la cabeza.

—Aquí lo tienes —dice señalando el coche—, con su rejilla nueva y su flamante anagrama. Siento haber tardado tanto en acabarlo.

No me atrevo a contestarle.

—Toma las llaves —continúa diciendo—. Sólo tienes que echarme un par de firmas y puedes llevártelo.

—Muy bien.

—¿Te marchas ya?

—Sí —respondo con firmeza—. Ahora mismo.

—En ese caso, tendrás que hacer un alto en la gasolinera. Llevas muy poco combustible.

—De acuerdo.

Me guía hasta la oficina, donde abre una carpeta y saca dos albaranes para que los firme. Lo hago con un bolígrafo de propaganda, apoyado en una mesa llena de carpetas y documentos.

—¿No está Lorenzo? —pregunto mirando alrededor—. Querría despedirme de él.

Lorién se pasa el trapo de grasa por la nuca, como si quisiera ensuciarse, y me mira con una mueca que pretende ser de disculpa, pero que yo interpreto como de dolor. Por alguna razón que no comprendo, es un gesto que me resulta familiar.

—Mi padre se ha marchado —dice muy serio.

—¿Adónde?

—No lo sé —inspira profundamente el aire de la pequeña

estancia—. El otro día montó en su coche y se marchó. No dijo adónde iba ni cuándo volvería.

No encuentro palabras ni gestos para responderle. No sé de qué está huyendo Lorenzo exactamente, ni a qué horizonte se dirige. Y tengo la impresión de que Lorién me está hablando como si lo supiera.

—Quizá vuelva cuando pueda perdonarnos —añade.

Y sale de la oficina enarbolando el pañuelo manchado, como un soldado derrotado incapaz de reclamar la clemencia de su enemigo. Resoplo en silencio. Sigo sin entender lo que ha querido decirme, en el supuesto de que haya querido decirme algo. Mi única esperanza es que continúe hablando.

—Llevas las ruedas traseras muy gastadas —dice cambiando radicalmente de tema—, y convendría que te alinearan la dirección. Yo no tengo medios para hacerlo aquí.

—Vale.

—Que tengas buen viaje —concluye.

Y contraviniendo todos los protocolos de los hombres del motor, me ofrece su mano para que se la estreche. Nos damos un breve pero intenso apretón que parece más un pulso para medir nuestras fuerzas que un gesto de despedida. Luego me mira a los ojos con la misma expresión de dolorosa disculpa que antes y regresa a sus quehaceres.

Subo a mi coche como si fuera la primera vez que lo hiciera, igual que si acabara de comprarlo. Lo miro y lo toco. Y lo huelo. Poco a poco voy reconociendo los detalles del salpicadero, el tacto del volante y el navegador, los mandos de la radio, el cinturón de seguridad. Soy consciente de que durante esta semana yo he cambiado mucho más que él. A él sólo le han sustituido unas piezas por otras. A mí no sé lo que me ha pasado. Por eso necesito tocarlo, para que su tacto me ayude a recordar cómo eran mis dedos antes de atropellar a la jabalina. Cómo era mi mirada. Y mi olfato.

Abro la guantera y veo el cargador del móvil. Saco el teléfono de la bolsa que he dejado en el asiento de atrás y lo pongo a cargar. Me conviene recuperar cuanto antes mis recuerdos y buena parte de ellos están en la memoria de ese teléfono, Laura incluida. Necesito saber quién soy ahora, qué piezas me han sustituido y cómo han afectado esos cambios a mi comportamiento en carretera.

Arranco el motor con una inevitable y absurda ceremonia, como haría el condenado al que informan de que ha llegado su hora. Siguiendo el consejo de Lorién me detengo en la gasolinera, donde me dejo sorprender por la maniobra de llenado que ejecuta con rutinaria sencillez el operario que me atiende. Más que un condenado, parezco un preso recién liberado. O un inocente recién encarcelado. Tomo la carretera y abandono Aínsa, viendo cómo la señal que indica su nombre se aleja por el espejo retrovisor, detrás del reflejo de mis ojos.

Y entonces lo entiendo, por fin. Y a punto estoy de detener el coche en la cuneta, con las luces de avería encendidas, temeroso de que la sorpresa de mi descubrimiento me haga perder el control de la dirección. Ya sé quién es el misterioso amante de Marina, el hombre con quien intercambia por las noches fluidos más densos que el aire. De nuevo soy presa de una revelación divina. O cósmica, que se encontraba oculta tras ese impreciso brillo de dolor que había en los ojos de Lorién. Una expresión que soy capaz de reconocer, una mueca visual que pretende disimular y mostrar a la vez lo que se siente, quizá porque quien la muestra no sabe si merece la clemencia o el desprecio de quien le devuelve la mirada. Y sé que un reflejo así sólo puede proceder de alguien que soporta los mismos remordimientos que yo, sólo que a la inversa, como si ambos intercambiásemos nuestras miradas en la superficie de un pantano.

Reanudo el camino y conduzco mientras mi montura se traga las líneas discontinuas de la carretera, como un animal hambriento. Y sediento. Me dirijo al llano que forma el horizonte a lo lejos, como hacen algunos pájaros migratorios cuando se acerca el invierno, como el agua que abandona el pantano y se deja guiar por el cauce del río sin saber que un día llegará al mar, será calentada por el sol hasta evaporarse en forma de nube, se convertirá en gotas de lluvia, o en copos de nieve, y volverá al lugar del que acaba de escapar.

Joaquín Berges es un escritor español nacido en Zaragoza en 1965. Desde pequeño mostró interés por la lectura de novelas juveniles, clásicos y obras de teatro con las que fue encendiendo su vocación.

Berges estudió Filología Hispánica en la Universidad de Zaragoza y desde entonces ha trabajado en las áreas de *marketing* y comercio exterior.

En 2009 debutó como novelista con *El Club de los Estrellados*, donde presenta a un grupo de solitarios cuya afición por la astronomía no es más que la excusa perfecta para reunirse y combatir una soledad que muchas veces esconde secretos inconfesables.

Tras su primera novela llegarían *Vive como puedas* (2011), *Un estado del malestar* (2012), *La línea invisible del horizonte* (2014), *Nadie es perfecto* (2015), *Una sola palabra* (2017), *Los desertores* (2018) y *Peregrinas* (2021) y, recientemente, *Ganas de vivir* (2023).